

CASI COMPATIBLES



Anna garcía

CASI COMPATIBLES
Anna Garcia

Título: Casi compatibles

© 2017 Anna García

Primera Edición: Septiembre 2017

ISBN-13: 978-1975651084

ISBN-10: 1975651081

Licencia: Todos los derechos reservados

Diseño de portada César Gil

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin permiso expreso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

“No es tu tipo...”
“Quizá no, pero me arriesgaré...”

Índice

CAPÍTULO 1 - ADULTERIO

CAPÍTULO 2 - HOMICIDIO IMPRUDENTE

CAPÍTULO 3 - INCOMPATIBLES

CAPÍTULO 4 - CITA A CIEGAS

CAPÍTULO 5 - AMNÉSIA ETÍLICA

CAPÍTULO 6 - INOLVIDABLE

CAPÍTULO 7 - ATRACCIÓN

CAPÍTULO 8 - COMPATIBLE

CAPÍTULO 9 - ALGO EN COMÚN

CAPÍTULO 10 - VERDADES A MEDIAS

CAPÍTULO 11 - PRIMEROS CONTACTOS

CAPÍTULO 12 - ENAJENACIÓN MENTAL TRANSITORIA

CAPÍTULO 13 - ¿SOY COMO PENSABAS QUE SERÍA?

CAPÍTULO 14 - QUIERO VERTE

CAPÍTULO 15 - NECESITO ESTAR CONTIGO

CAPÍTULO 16 - MENTIRAS QUE DESEARÍAMOS QUE FUERAN VERDAD

CAPÍTULO 17 - UNA MARAVILLOSA, PERO FICTICIA CONVIVENCIA

CAPÍTULO 18 - DEVOLVIENDO UN FAVOR... O MÁS

CAPÍTULO 19 - INTENTO OLVIDARTE

CAPÍTULO 20 - NO PUEDO DEJAR DE PENSAR EN TI

CAPÍTULO 21 - QUIERO ESTAR CONTIGO

EPÍLOGO - UNA VIDA LLENA DE VIVENCIAS

AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO 1 - ADULTERIO

—¿Lirios violetas o blancos?

—Blancos.

—¿Tú crees?

—Violetas.

—¿Seguro?

—Rachel, cielo, me da igual de qué color sean las flores de las mesas.

—Te estaba preguntando por las flores de mi ramo...

—Da igual...

¿Da igual? ¿Cómo que da igual? ¡A mí no me da igual! ¡Estamos hablando de las puñeteras flores del puñetero ramo de la puñetera boda que sus puñeteros padres querían!

—Está bien —resoplo, conteniendo mi enfado—. Oye, esta tarde habíamos quedado con el carpintero, pero no creo que pueda ir porque tengo una reunión con un cliente.

—No te preocupes. Ya voy yo y mañana te cuento.

—¿Mañana? ¿Hasta mañana no nos vemos? ¿No vendrás a verme a casa esta noche?

—Eh... No creo. Estoy agotado...

—De acuerdo... —vuelvo a claudicar—. Acuérdate de decirle al carpintero que los muebles de la cocina los queremos en color crema, no blancos. Que los cambie.

—Sí, cielo. Lo haré.

—Está bien. Te echaré de menos...

—Y yo. Adiós.

Cuando se corta la llamada, despego el teléfono de la oreja y miro la pantalla. En la facultad de derecho, todas las chicas estaban locas por él por tres razones: su aspecto físico, su carisma y su cuenta corriente o, mejor dicho, la de sus padres. Así que digamos que Michael no me conquistó por ser un romántico, pero últimamente está más distante de lo habitual.

Quizá sea por culpa de la presión en el trabajo... Es ayudante del Fiscal General de Nueva York y eso le obliga a pasar horas y horas en los juzgados. Y en los ratos que le quedan libres, está reunido con clientes. Así que yo me tengo que conformar con las sobras de todo ello... cuando queda alguna, claro está.

O puede que sea porque aún vivimos separados, ya que la casa que ambos compramos en el Upper East Side está completamente desmantelada por culpa de las interminables obras. Nunca pensé que la casa necesitara ningún cambio, tenía ese aspecto rústico y antiguo, con algunas paredes de ladrillo a la vista y esa chimenea enorme... A mí me gustaba como estaba, pero poco a poco me fui dejando convencer por Michael para convertirla en un loft diáfano y blanco.

O a lo mejor sea por los nervios de la inminente boda... aunque eso es poco probable, ya que soy yo la que se está ocupando de todo. Soy yo la que soporta las llamadas a horas intempestivas de Candance, nuestra planificadora de bodas, para preguntarme si prefiero que las servilletas tengan forma de cisne o de flor. Además, no fui yo la que quiso casarse, no lo creía necesario, pero sus padres insistieron. Él hizo lo que siempre hace cuando se trata de sus padres, decir amén a todo. Y yo lo que siempre hago cuando se trata de él, claudicar.

—¿Rachel? ¿Hola?

—¿Qué?

—¿Has oído algo de lo que he dicho?

—Sí. Sí, claro, claro.

—¡Y una mierda! ¡Joder, Rachel...! Esta puñetera boda no va a acabar solo contigo, sino también con nuestro bufete, y, en consecuencia, conmigo. Por favor, céntrate...

Intento centrarme en lo que Kelly me dice. Acaba de llegar al despacho, porque aún lleva el maletín en la mano. Su serio atuendo compuesto por un traje de falda y americana negra contrasta con su pelo teñido de rojo y sus labios pintados del mismo color. Dice que este aspecto le ayuda a ganarse una reputación en los juzgados, y la verdad es que son muchos los colegas de profesión que la temen, aunque no sé si es más por su indumentaria que por su pico de oro. De todos es sabido que Kelly carece de ese sensato filtro entre el cerebro y la boca, tan necesario en algunas situaciones.

—Te decía que la reunión de esta tarde se ha adelantado. Tienes exactamente media hora para comer antes de tener que irte —dice tendiéndome una ensalada.

—¿Reunión...?

—¡Ay, la hostia! ¡¿No me jodas que no te acuerdas...?! ¡Te lo comenté hace unos días! ¿Ese cliente que me llamó la semana pasada...? ¿Un putero que después de haberse tirado a todas sus secretarias durante más de veinte años pretende escatimarle a su mujer hasta el último centavo de la pensión...? ¿Te suena de algo ya?

—Sí, sí —contesto—. Me acuerdo.

—Bueno es saberlo, porque ese putero es nuestro futuro cliente.

—Kelly... Te lo dije... No puedo defender a un tipo así.

—Incorrecto. Lo que no puedes es rechazar a un cliente que nos va a pagar lo que ese tipo nos va a pagar...

—¡Pero es inmoral!

—¡Pero el dinero nos da de comer! Además, he visto unos “Manolos” que tienen mi nombre escrito en la suela. —Pongo los ojos en blanco al escucharla y en cuanto me ve, se excusa—: Ríete, pero al lado de los “Kellys” me pareció ver unas botas “Rachels”. Que trabajar por “amor al arte” está muy bien y es muy gratificante, pero no paga las facturas...

—Lo sé, pero... Va contra mis principios.

—¿Comer va contra tus principios?

—Hazlo tú, Kelly. Tú tienes menos... más...

—No puedo. Estoy con la monjita a la que tú accediste a defender y que nos pagará, como mucho, con magdalenas y galletas hechas en el convento.

—Pero es reconfortante saber que estás ayudando a mejorar esta sociedad. Además, no me digas que cuando te compres esos zapatos y te los veas puestos, no se te encogerá un poquito el corazón al saber que te los ha comprado un adúltero.

—Bueno, quizá... —Kelly levanta la barbilla y mira al cielo, pensándoselo durante unos segundos, hasta que me vuelve a mirar y los ojos le brillan, y cuando creo que le he tocado la fibra, suelta—: ¡No veas lo bien que me quedan puestos! Me acabo de ver y... ¡tienen que ser míos!

La observo con la boca abierta, pero ella ni se inmuta. Se quita el abrigo y la americana, aparta una de las pilas de expedientes que sepultan mi mesa y que juro por Dios que algún día archivaré, y se sienta frente a mí.

—¿Cómo van esas obras? —me pregunta para cambiar de tema.

—¿En cuánto tiempo se construyó el Empire State?

—En poco más de un año.

—¡No fastidies! —le pregunto con los ojos muy abiertos y el tenedor a medio camino entre la ensalada y mi boca.

—¿Tan mal van?

—Mal no, lentas. Muy lentas. Esta tarde va el carpintero que nos está haciendo los muebles de la cocina para que Michael le explique la diferencia entre blanco y crema.

—¿Y ya te fías del criterio de un hombre en esas cosas? Ten en cuenta que su cerebro solo procesa los colores básicos. No les saques del negro, rojo, verde y azul.

—No puedo ir porque tenemos la... espera... la reunión que tenía es esta que se acaba de adelantar, ¿no?

—Supongo... Esta tarde solo teníamos esa preparada...

—Pues si se ha adelantado, sí podré llegar a tiempo para ver al carpintero. O más o menos...

—¿Ves qué bien? No hay mal que por bien no venga. Vamos a esa reunión, tenemos contento a nuestro cliente, yo consigo mis “Manolos” y tú una cita con tu carpintero daltónico —sentencia y a mí, al final, se me escapa la risa.

Es cierto que últimamente no entra demasiado dinero en nuestras cuentas, sobre todo desde que decidimos representar a una organización benéfica a la que no cobramos nada por nuestros servicios. La noticia corrió como la pólvora y nuestros dos clientes posteriores, una ONG y la novicia del convento de clausura que está defendiendo Kelly, tampoco han aportado nada a nuestras deprimidas cuentas bancarias. Así pues, esta vez me tragaré mis principios y defenderé a ese capullo lo mejor que pueda.

≈≈≈

Varias horas después, salgo de la reunión con unos retortijones mortales, y no es que me haya sentado mal la ensalada... Es que se me ha revuelto el estómago escuchando al impresentable al que acabo de

acceder a defender. Camino por la acera mirando hacia atrás, en busca de un taxi, mientras llamo a Kelly para informarla de todo.

—¿Tenemos “Manolos”?

—Te los haré poner todos los días, aunque te salgan juanetes.

—¡Gracias, gracias, gracias! ¿Es majo o qué?

—Kelly.

—¿Qué?

—Es repugnante.

—¿En serio? ¿Tan feo es? ¿Y cómo se ha tirado a tantas tías?

—¿Pues porque era su jefe y tenían ser despedidas?

—Qué poco amor propio.

—Ya te digo... Bueno, que llamaba solo para avisarte de que tenemos nuevo cliente y de que, aunque tarde, voy a mi futura casa para pelearme con el carpintero —digo mientras consigo detener un taxi, que se detiene a mi lado—. Al 122 de la 71, entre Park y Lexington.

—Perfecto. ¡Nos vemos mañana!

Durante el trayecto hacia mi futura casa, intento llamar a Michael para avisarle de que voy, pero su teléfono está apagado. Le envío un mensaje, aunque, veinte minutos después, cuando el taxi se detiene frente a nuestra futura casa, aún no he obtenido respuesta.

Antes de subir las escaleras de mi futura casa, levanto la vista para admirar la fachada. Me encanta el barrio, me encanta la calle y me encanta mi nueva casa, pienso junto antes de sacar las llaves del bolso. Cuando entro, la casa está demasiado silenciosa y oscura. Miro el reloj. Es cierto que el carpintero quedó en venir hace veinte minutos, pero, o ha entendido muy rápido el tema de los colores, o el muy impresentable aún no ha hecho acto de presencia. En todo caso, Michael debería estar aquí aún, pienso mientras salgo de la cocina y llego al salón comedor. No me molesto en encender los interruptores porque la luz está cortada, así que saco mi teléfono y uso la luz de su pantalla como linterna. Entonces escucho voces arriba y subo las escaleras. Al llegar al rellano de arriba, una luz tenue sale de lo que será nuestro dormitorio, donde por ahora solo hay una cama. Doy los últimos pasos y justo cuando estoy frente a la puerta, antes de empezar a abrirla, escucho una risa de mujer. Se me hiela la sangre y se me corta la respiración. Apoyo las yemas de los dedos en la madera y la abro lentamente para abrirla. Mientras lo hace, aún tengo la esperanza de ver algo totalmente inocente, con una explicación totalmente lógica, pero entonces veo velas encima de una silla, ropa escampada por el suelo, mis sábanas blancas revueltas en la cama y dos cuerpos desnudos frotándose entre sí. Michael está encima de una mujer y esta le rodea el trasero con una pierna mientras arquea la espalda de placer.

No me muevo, no grito, no lloro, no me enfurezco. Soy incapaz de hacer nada aparte de contemplar la escena, hasta que ella gira la cabeza y me ve en el quicio de la puerta. Pega un grito y eso alerta a Michael, que posa los ojos en mí. Enseguida se separa de ella y se baja de la cama. Camina hacia mí totalmente desnudo y por primera vez en todos estos años, siento arcadas al verle. La mujer se tapa con la sábana, mi sábana, la que compré para mi cama, no la suya, y entonces, presa de una rabia intensa, esquivo a Michael y me acerco a la cama.

—¡Son mis sábanas! —grito dando un tirón que la deja totalmente expuesta ante mí—. ¡Es mi cama!

—Rachel, cielo... —me dice Michael—. Te lo puedo explicar.

—¡No hace falta que me lo expliques! ¡Sé atar cabos yo solita!

Me acerco a la zorra que está ensuciando mi cama y la agarro por el pelo. Tiro de ella hasta obligarla a bajar de la cama y no la suelto ni siquiera cuando empezamos a bajar las escaleras hacia el salón.

—Rachel, por favor —me pide Michael mientras su amiga no deja de gritar y quejarse de dolor.

—¡Largo de mi casa! ¡Los dos!

—Pero... Rachel, escúchame...

—¡Fuera!

—¡No puedes echarme! —grita él entonces—. ¡Es mi casa también!

—¡Largo! ¡Fuera! ¡Marchaos los dos! ¡Id a follar a vuestra puta casa! ¡Y llevaos la sábana! —grito mientras se le tiro a la cara.

—Pero... Nuestra ropa está arriba...

Sin dejar de gritar y a empujones, consigo echarles de casa. Cierro la puerta con llave y entonces subo al dormitorio. Abro la ventana y tiro las velas, aún encendidas. Luego tiro la ropa de ella y finalmente, después de sacar las llaves de la casa del bolsillo del pantalón, se lo lanzo también.

No me molesto en mirar por la ventana mientras recogen todo, sino que bajo a la cocina. Nerviosa, impotente y fuera de mí, llena de rabia, apoyo las palmas de las manos en el impoluto mármol blanco, mirando a un lado y a otro mientras balanceo mi cuerpo hacia delante y hacia atrás. Entonces, movida por un impulso, me acerco al botellero. Está repleto de botellas de vino de Mike, la mayoría de ellas con un precio que ronda una cuarta parte de mi sueldo. No tengo costumbre de beber, pero necesito hacer algo, así que cojo una al azar, descorcho el tapón, y me sirvo una copa generosa.

Rato después, sigo sentada en lo que iba a ser mi cocina, rodeada de polvo y serrín, apoyada contra la pared, con la botella de vino vacía agarrada en la mano. Miro alrededor y entonces me pregunto si habrá venido el carpintero. Qué tontería, pienso para mí misma al caer en la cuenta de que puede que esta ya no vaya a ser mi cocina nunca más.

—¡Qué cojones! ¡Quiero que sea mi cocina! ¡Quiero mi puñetera cocina color crema!

Me seco las lágrimas con las mangas de la camisa y busco mi teléfono. Marco el número de Kelly, y espero a que conteste.

—¡Hola! —contesta jovial.

—Tengo dos noticias, una buena y una mala —digo con voz gangosa—. ¿Cuál quieres primero?

—Rachel, ¿estás llorando?

—¿La buena o la mala?

—¿La...? Joder, Rachel... No sé... ¿La... buena?

—Tienes una nueva clienta.

—¡Anda! ¡Eso es genial!

—La mala es que soy yo y no te pienso pagar.

—Eh...

—Necesito ayuda y no me voy a contratar a mí misma porque sería algo raro y necesito la opinión de una tercera persona.

—Eh... Rachel... Aunque me encante tener clientes nuevos, a pesar de que no me vayan a pagar, tengo que preguntar... ¿Qué ha pasado?

—He pillado a Michael con otra.

—¿Qué?!

—En mi casa. En mi cama. Encima de mis sábanas.

—¿Qué?! ¡Será hijo de puta! ¿Estás bien?

—¡No! ¡Estoy furiosa!

—No me extraña.

—¡No solo con él, sino conmigo misma! ¡¿Cómo he podido dejarme manipular por ese imbécil?! ¡He cambiado mi manera de ser por él! ¡Yo no necesitaba esta boda, y accedí por él! ¡Yo no quiero pasar las vacaciones en los Hamptons todos los puñeteros años! ¡No me apetece pasar los viernes por la noche soportando a los estirados de sus amigos! ¡¿Y cómo me lo paga?! ¡Tirándose a una furcia en mi cama!

—La hostia... ¿Y me quieres contratar para... apalearle? ¿Pincharle las ruedas del coche...? ¿Mandarle amenazas anónimas...?

—No, idiota. Te quiero contratar como abogada porque quiero quitárselo todo.

—Rachel, no estabais casados. No hay nada que dividir. No puedes quitarle algo que no tengáis a medias legalmente...

—Quiero mi casa. Para mí. No quiero que se la quede. No quiero que se tire a nadie en mi colchón, y necesito que me aconsejes cómo conseguirlo. Quiero aplastarle, Kelly, y para eso, eres la mejor.

—Quedarte con esa casa querrá decir que tendrás que comprarle su parte.

—Pues lo haré.

—¿Con qué dinero? Porque como todos nuestros clientes sean como tú, lo llevamos claro...

≈≈≈

—Quiero la casa —afirmo con rotundidad.

—De... De acuerdo... —contesta Michael.

—Te pagaré tu mitad.

—Tranquila...

—Dame unos días para pedir el crédito al banco y...

—Claro...

Me quedo callada sin saber qué más decir. Venía predispuesta a pelear, imaginando que me pondría las cosas mucho más difíciles, pero, por alguna razón que se me escapa, esto está siendo demasiado fácil.

—Rachel... —susurra Michael entonces—. Yo no quería que nada de esto pasara...

—¿Perdona?! ¿Qué es lo que no querías que pasara?! ¿Follarte a esa puta en nuestra casa?! ¿O que me enterara?! ¿Porque si lo que no querías es que me enterara, podrías haber elegido millones de sitios antes que mi casa, mi cama, mi colchón, mis sábanas...!

—O sea... No quería que te enteraras así... Quería contártelo, pero...

—¿Querías contarme que te tiras a una puta?!

—Estoy enamorado de Sylvia —confiesa, totalmente aterrorizado.

—¿Qué?!

—Estoy enamorado de ella... Yo... Nos llevamos viendo un tiempo y... Yo no quería que pasara, pero simplemente, pasó...

—¿Quieres decir que te la has tirado más veces?!

—Eh... Sí... Pero nunca antes en casa.

—¡Oh, joder! ¿Encima te lo tengo que agradecer?!

—No... Joder, Rachel... De verdad que quería contártelo, pero entre el trabajo y lo de la boda, nunca supe cuando hacerlo.

—¿Y aun estando enamorado de esa puta...?

—Sylvia —se atreve a interrumpirme, dejándome con la boca abierta durante unos segundos.

—Perdóname, pero si no te importa, puesto que se está tirando a mi prometido, para mí seguirá siendo la puta —le confirmo—. Y como iba diciendo, ¿aun estando enamorado de esa puta, seguías con la idea de casarte conmigo?

Se encoge de hombros a modo de respuesta y yo no puedo hacer otra cosa que mirarle boquiabierto.

—¡Michael! ¡No estábamos planeando irnos de excursión juntos! ¡Estábamos planeando casarnos!

Agacha la cabeza y la hunde entre los hombros. De repente parece mucho más pequeño y, sobre todo, muy vulnerable. Creo que incluso empiezo a sentir un poco de lástima por él.

—Te quiero, Rachel. Y nunca, nunca, nunca, quise hacerte daño.

—¿Realmente estás enamorado de ella? —le pregunto de forma cortante.

Tarda un poco en contestar, pero finalmente asiente con la cabeza.

—¿Y por qué seguías adelante con la boda?

—Porque era lo que mis padres querían...

—¡Por el amor de Dios, Michael! ¿Te ibas a casar conmigo porque era lo que tus padres querían?!

—No me atreví a decirles nada porque... Porque... Ellos nunca aceptarían a Sylvia como mi esposa. Ellos te quieren a ti y... —Supongo que mi cara de asombro no le pasa desapercibida, porque enseguida

se encarga de aclararme—: Sí. No me mires así. Mis padres te adoran. Guapa, inteligente... abogada...

Al final va a resultar que la bruja de su madre me tenía aprecio. Si lo llego a saber, no le compro esa báscula para su cumpleaños.

—Ella, en cambio, es peluquera y... Bueno... Ya sabes cómo son mis padres.

—Pues creo que ha llegado el momento de hablar con ellos —resoplo al final—, porque ambos estaremos de acuerdo en que esta boda no puede seguir adelante.

Michael asiente apretando los labios hasta convertirlos en una fina línea. Lo que más me cabrea es que ya no tenga ganas de asesinarle, sino que incluso me plantee darle una palmada en el hombro para darle ánimos. Él provocó esta situación, así que no quiero sentir ni una pizca de compasión por él. Así pues, antes de ablandarme más, le hago una señal con la cabeza a Kelly, que ha permanecido a mi lado durante todo este rato, y nos ponemos en pie.

—Tendrás noticias nuestras cuando tengamos el dinero para comprar tu parte de la casa —dice ella justo antes de salir del despacho de Michael.

Una vez en la calle, caminamos en busca de un taxi. Ninguna de las dos hablamos, pero nos miramos de reojo hasta que Kelly se atreve a preguntar:

—¿Qué cojones ha pasado ahí dentro?

—No tengo ni la más remota idea. De repente, más que rabia, me estaba compadeciendo de él. Ha sido... extraño. Pero he conseguido lo que quería.

—Sabes que con la de gastos que vas a tener, no podemos permitirnos ser durante más tiempo unas Hermanitas de la Caridad, ¿verdad? Tenemos que empezar a cobrar a nuestros clientes.

—Lo sé.

—Promételo.

—Lo prometo. Y ahora, necesito una copa de vino.

—¿Desde cuándo bebes vino?

—Desde que descubrí la fantástica colección de botellas de Michael.

CAPÍTULO 2 - HOMICIDIO IMPRUDENTE

—El viernes que viene tenemos partido. ¿Vendrás? —me pregunta Nolan.

—Por supuesto —respondo.

—¿No tienes que cambiar pañales o...?

—No —le corto.

—No te cabrees. Te lo pregunto solo porque son las cosas que se supone que hacen los padres normales...

—¿Acaso no veis que Elliott no es un padre normal? —les pregunta Ian justo después de esnifar una raya—. Además, jugamos contra el equipo del capullo aquel con el que tuviste problemas...

—Ian, macho, concreta. Elliott ha tenido problemas con el noventa por ciento de los jugadores de la liga. Y el otro diez se salva porque somos nosotros.

—Pues vete con ojito porque puedo rebajar ese dato —le amenazo, desatando las carcajadas de todos.

La puerta de la habitación se empieza a abrir lentamente.

—¿Elliott...? ¿Elliott...?

Stephanie asoma la cabeza con timidez justo en el momento en el que esnifo por la nariz la segunda raya de cocaína de la noche. Sé que me ha visto, pero también sé que odia que lo haga, así que agacha la vista. Se cree mejor que yo, porque ella lo dejó hace un tiempo, cuando se enteró de que estaba embarazada... Y sé que me juzga. Constantemente...

—Quiero quedarme un rato más —le respondo de forma cortante, frotándome la nariz mientras inspiro con fuerza.

—Pero Holden no está bien... La canguro dice que le ha vuelto a subir la fiebre y...

Chasqueo la lengua contrariado. Estoy cansado de que el crío sea su centro de atención. Siempre está pendiente de él, pero esta noche no. Esta noche quiero que haga lo que yo diga.

—¡Venga! ¿Cuánto hace que no nos divertimos? —Me pongo en pie y camino hacia ella. Intento acercar mi cara a la suya, pero me rehúye, así que insisto—. Te lo diré yo: desde que él nació.

—¡Eso no es verdad! ¡Sales con tus amigos siempre que quieres! —me contesta enojada y sé que si la discusión sigue por este camino tengo todas las de perder.

—Vale, pero... Yo... —baluceo. El alcohol y las drogas tampoco es que me ayuden mucho a pensar con claridad, hasta que finalmente veo la luz—. Yo me refería a los dos. Y eso no lo hacemos desde que te quedaste embarazada.

Me mira frunciendo el ceño, con una mueca de asco dibujada en la cara, y sé que he elegido el camino incorrecto. Se da la vuelta y se aleja hacia la salida. Mi amigo Ian y los demás son incapaces de contener la carcajada.

—¡Stephanie! ¡Eh! ¡Te estoy hablando! —grito a la desesperada, intentando recuperar mi autoridad

frente a mis colegas, aunque sé que ella no me va a hacer caso.

Empiezo a caminar para ir tras ella.

—Sí, es mejor que te vayas, o esta noche dormirás en el sofá —se mofa uno de los tipos.

—Ya sabemos quién lleva los pantalones en casa... —comenta otro.

Intentando no escucharles, empiezo a seguirla con paso decidido. La sigo sin llamar su atención, ya que tampoco quiero llamar la de los demás asistentes a la fiesta. Cuando la alcanzo, ya en el exterior, agarro su brazo, muy cabreado, y tiro de ella.

—¿Dónde cojones te piensas que vas?! —le grito.

—¿A ti qué te parece?! —me contesta zafándose de mi agarre—. ¡Me voy a casa, Elliott!

—¡No puedes irte!

—¿Por qué? ¿Por qué tú lo dices?

—¡Sí! —grito, totalmente fuera de mí.

—¿Y qué te hace pensar que haría caso de un drogadicto borracho?

Sin pensarlo, le doy un fuerte tortazo que le gira la cara. Ella, lejos de quejarse por el dolor, me mira con los ojos inyectados en sangre y empieza a alejarse de nuevo de mí.

No soy yo el que ha actuado, pienso de repente. Yo en realidad no quería pegarle... Y tampoco quiero perderla... Así que, producto de un arrebato de plena conciencia, corro de nuevo para darle alcance.

—¡Steph, espera...! —grito sin éxito, hasta que por fin logro llegar a ella—. Eh... ¿Vas a volver sola?

—Créeme, no sería la primera vez —me contesta en tono de reproche.

—Te llevo.

—Ni hablar.. ¿Ahora te preocupas por mí? ¿Después de pegarme?

—Steph, yo no quería... No era mi intención...

—¡No te acerques a mí! —grita, señalándome con un dedo—. No eres el mismo... No eres el Elliott del que me enamoré, porque él nunca me hubiera pegado... Es la mierda que te metes... Te controla, y lo más triste es que dejas que así sea. No haces nada para remediarlo, y a pesar de las veces que te lo he pedido, no le pones fin. Así que puede que se lo ponga yo.

Frunzo el ceño, impactado por sus palabras. De repente, un sentimiento de brutal soledad me aplasta el pecho. Es una amenaza que ya he escuchado de su boca, pero esta vez suena diferente. Así que, aterrorizado, rebajo el tono de voz.

—Déjame que te lleve a casa... Se acabó por hoy.

Cuando logro convencerla y nos metemos en el coche, bajo la ventanilla para que el aire me ayude a despejar mi cabeza. Ella se sienta a mi lado, se abrocha el cinturón de seguridad y fija la vista en la ventanilla de su lado.

—Ese es el problema: por hoy.

Maldigo en voz baja, contrariado. Puede que mi comportamiento sea infantil, pero estoy harto de perder siempre contra él... Necesito calmar los nervios, así que me agacho hacia el lado para abrir la guantera y saco uno de los cigarrillos de marihuana que guardo allí.

—Oh, vamos... No me digas que vas a fumar conduciendo...

—No me dejas fumar en casa, así que...

—¿Y te sorprende? No quiero que Holden acabe colocado. Además, ¿no te has metido suficientes drogas en el cuerpo por hoy?

—¿Quieres uno? —le pregunto con una sonrisa pícara en los labios, aunque sé que me lo va a rechazar. Ahora ella es Doña Perfecta. Holden la ha convertido en una aburrida—. Es buena... Me la ha pasado Ian esta semana...

Sin siquiera contestarme, chasquea la lengua y vuelve a fijar la vista en el paisaje que transcurre a través de su ventanilla. Doy varias caladas, expulsando el humo poco a poco, hasta que me siento mucho más relajado que hace unos minutos.

—Esto tiene que acabar... —susurra al cabo de un rato.

—Define “esto” ...

—Esto —repite abriendo los brazos, abarcando todo el ancho que puede—. No puedo hacerle esto a Holden... No quiero que crezca así...

—¿Así? ¿Así, cómo?

—No quiero que Holden crezca a tu lado...

Nos mantenemos la mirada fijamente. Entorno los ojos y tuerzo el gesto. De repente, escucho un bocinazo y en cuanto vuelvo la vista a la carretera, unas luces me ciegan por completo. Muevo el volante de forma brusca, escucho cómo las ruedas chirrían sobre el asfalto y luego todo se vuelve negro.

≈≈≈

Abro los ojos, pero la luz me ciega, así que vuelvo a cerrarlos. Trago saliva y siento como si tuviera puñales clavados en la garganta, así que me limito a humedecerme los labios. Vuelvo a intentar abrir los ojos y esta vez logro mantenerlos así durante unos segundos. Techo blanco, luces blancas... y se me vuelven a cerrar. Agudizo el oído, y excepto un incesante y rítmico pitido, no se oye nada más alrededor. Intento moverme, pero los músculos no me responden, así que pruebo primero con algo menos ambicioso, como mover los dedos de la mano. Tengo que concentrarme al máximo para conseguir mover un mísero dedo, pero nada más hacerlo, escucho la voz de Ian.

—Eh, colega... ¿Cómo estás?

Después de tragar saliva varias veces más, reuniendo las pocas energías que tengo, consigo responder.

—Como una... puta... mierda...

—Los médicos han dicho que te vas a poner bien. Solo tienes unas costillas fracturadas y el hombro dislocado, aparte del fuerte golpe en la cabeza que te ha tenido fuera de juego un tiempo...

—¿Qué... pasó?

—¿No...? ¿No recuerdas nada? —me pregunta con la voz rota.

—No... —contesto, aún con los ojos cerrados.

—Tuvisteis un accidente de coche...

—¿Accidente...?

Y entonces, de golpe, me asaltan varias imágenes terroríficas. Unos faros cegándome, yo dando un golpe de volante, gritos, el coche dando varias vueltas de campana y, por último, la imagen de los ojos de Stephanie retándome a través del espejo interior de mi coche.

Vuelvo a la realidad de sopetón, como si alguien me hubiera golpeado en la cabeza para hacerme despertar. Me incorporo a pesar del dolor que siento en todo el cuerpo, abro los ojos a pesar de que la luz me deja ciego e intento respirar. Estoy descolocado y de repente me siento muy mareado. Alguien me agarra, supongo que Ian, pero no lo puedo asegurar porque no puedo enfocar aún la vista. Me entran náuseas y vomito.

—¡Enfermera! —le oigo gritar y entonces siento la presencia de más gente en la habitación.

—Elliot, cálmese —me pide una voz femenina que intenta contenerme—. ¡Ayuda, por favor!

Y luego, después de unos minutos de forcejeo, todo se vuelve negro de nuevo.

≈≈≈

Escucho la voz de Ian a mi alrededor. Está hablando con alguien por teléfono. No parece contento, más bien al contrario. A pesar de su tono de voz, no me pongo nervioso. Me siento como cuando me fumo un porro: relajado, tranquilo... Y entonces asaltan mi cabeza otra ristra de imágenes. Una habitación, mi mano agarrando un vaso de tubo, un porro entre mis dedos, la imagen de Holden en su sillita...

—¿Ian...? —decido llamar su atención para hacerle ver que estoy consciente.

—Te tengo que dejar, Amy. Se ha despertado. Vale... Te llamaré cuando salga. Se los daré de tu parte...

Noto su mano en mi hombro y su voz suena mucho más cercana a mí. Trago saliva y abro poco a poco los ojos. Segundos después, por primera vez en lo que se me antojan meses, consigo mantener los ojos abiertos durante algo más de diez segundos.

—Eh... Hola...

—¿Dónde está Stephanie?

—Tienes buen aspecto, colega.

—No me jodas, Ian. ¿Dónde está Stephanie?

—Elliott... —Ian se muerde el labio inferior y agacha la mirada.

—¡¿Dónde está Stephanie?! —grito perdiendo la paciencia.

—Los médicos te informarán de todo...

—Ian... Por favor... —le suplico con la voz quebrada.

—Fue un accidente muy grave. El coche dio varias vueltas de campana y...

Su voz se apaga poco a poco hasta quedarse callado.

—¿Está... muerta?

—Escucha... Ahora, de lo único que te tienes que preocupar es de recuperarte perfectamente...

—¿Dónde está Holden? —le pregunto de repente.

—Está con los padres de Steph —contesta de forma escueta, pero su lenguaje corporal me dice que hay algo más.

—¿Por qué no me dices toda la verdad? —consigo decir, a pesar de que las fuerzas me están abandonando—. Ian...

—Tienes que descansar.

—¿Cómo puedes pedirme que haga eso? Ahora mismo no puedo.

—Descansa. Te prometo que te lo cuento todo cuando estés mejor.

Cansado de sus evasivas, me remuevo para intentar quitarme todo lo que tengo conectado. Él se abalanza sobre mí al instante y apoya las palmas de las manos en mis hombros para retenerme. A pesar de doblarme en tamaño, le cuesta retenerme.

—Elliott, tranquilo...

—Si tú no me das las respuestas que quiero, las tendré que buscar por mi cuenta.

—No quiero hacerte daño y no deberías moverte. Tienes varias costillas rotas... —me dice con firmeza, intentando detenerme, pero yo no dejo de forcejear, poniéndole las cosas difíciles a pesar de estar mermado físicamente—. ¡Invasión del sentido contrario y chocaste de frente contra otro vehículo!

Me quedo inmóvil al instante.

—Ellos te han denunciado... —prosigue Ian con un hilo de voz. De repente me doy por vencido y dejo que me aplaste contra el colchón. Me siento totalmente agotado, sin fuerzas para seguir luchando nunca más en la vida—. Por... homicidio.

≈≈≈

—¿Tienen veredicto?

—Sí, señorita.

—Encontramos al acusado... culpable de todos los cargos.

Culpable... Culpable... Culpable...

—Se le sentencia a una pena de cárcel de dos años por homicidio imprudente y por cometer un delito contra la seguridad vial por conducir bajo los efectos de alcohol y drogas...

Homicidio... Homicidio... Homicidio...

Me despierto sobresaltado, sudando y con la respiración agitada. Mi pecho sube y baja con rapidez y, aunque ya llevo aquí casi tres meses, giro la cabeza a un lado y a otro para asegurarme de ello.

La cabeza de Jerome asoma por un lado de la litera.

—¿Todo bien, hermano? —Asiento, aún con la mandíbula desencajada—. Otra pesadilla, ¿eh?

En cuanto vuelve a acostarse, me tumbo de nuevo sobre el fino colchón y me tapo con la manta, aunque ya soy incapaz de pegar ojo, como siempre. Me quedo en la misma postura hasta que los guardias empiezan a despertar a todo el mundo. Me pongo en pie, me lavo la cara, hago mi cama y me sitúo al lado de la misma, esperando a que abran la puerta de mi celda, la inspeccionen y me den el visto bueno, e ir a desayunar. Luego podré salir al patio durante media hora y después cumpliré con mi jornada laboral en el almacén, donde realizo todo tipo de trabajos de mantenimiento. Los días aquí dentro son siempre iguales, hasta que algo rompe la rutina.

—¡Fuller, tienes visita!

Recorro el pasillo arrastrando los pies, escoltado por un par de guardias. Durante esos breves segundos, tengo la esperanza de encontrarme con Stephanie y Holden, aunque sé que eso es imposible. Así que, cuando veo a Ian saludándome con una mano, no puedo evitar sentir una punzada de dolor. Un guardia me acompaña hasta la mesa y me dejo caer en la silla.

—Quince minutos —nos dice.

—Eh... ¿Cómo estás? —me pregunta en cuanto nos quedamos solos.

—Voy haciendo.

—Te veo más... mejor.

—Si tú lo dices...

Últimamente no soy el mejor conversador del mundo, lo sé, pero tampoco me apetece recibir visitas. Ni siquiera de mi mejor amigo. Sé que esta situación le resulta muy incómoda también a él, así que no sé para qué viene a verme.

—¿Sigues haciendo chapuzas por aquí...? —Asiento sin abrir la boca—. Al final te van a tener que pagar por ello...

—Ya lo hacen. Es un trabajo.

—Ah, pues genial, ¿no? Cuando salgas tendrás dinero ahorrado. —Sonríe durante unos segundos hasta que, viendo que yo no colaboro nada y dándose cuenta de que la conversación va de mal en peor, resopla y añade—: Joder, macho... No sé por qué cojones te hablo así. Todos me recomiendan que te hable con optimismo, pero no sé qué le puedes ver de bueno a estar aquí dentro.

—No tengo otro sitio al que ir... —digo esbozando una tímida sonrisa que enseguida borro de mi cara.

—Te echamos de menos, ¿sabes? Todos.

—Gracias.

—Ojalá pasen rápido estos...

—638 días.

—¿Llevas la cuenta? Qué tontería digo. Por supuesto que la llevas...

—¿Sabes algo de Holden?

—No...

—¿Intentaste ponerte en contacto con ellos?

—Sí...

—¿Y aún nada?

—No. Les dejé mensajes en el contestador e intenté ponerme en contacto con ellos en varias ocasiones, incluso a través de su abogado, pero me temo que no...

—Solo quiero verle, Ian. ¿Se lo has dicho?

—Sí.

—Incluso me conformaría con una foto...

—Lo sé.

Nos quedamos callados. Todo es por mi culpa. Ian lo sabe y piensa lo mismo, pero me aprecia lo suficiente como para no decírmelo. Si me hubiera comportado de forma diferente, nada de esto habría pasado. Si les hubiera dedicado algo más de tiempo, ella seguiría a mi lado. Si me hubiera comportado como un buen padre, ahora no tendría que mendigar para conseguir una triste foto de mi hijo.

—Cuando salga no se acordará de mí... —digo con pesar, y me quedo pensativo un rato, hasta que al final añado—: Aunque puede que eso sea lo mejor.

—Eso no es justo, Elliott. Fue un accidente, un terrible accidente.

—Iba borracho y drogado, Ian. Fue culpa mía. Habría sido un accidente si hubiera estado en plenitud de facultades, pero no fue así. Cometí un asesinato. Maté a su madre...

—Se nos fue de las manos...

—Pero tú no tenías un hijo al que educar. Dios... Ya hablo de él en pasado...

—Puedes intentar recuperarle... Puede haber perdido a su madre, pero aún tiene a su padre...

—¿Sabes lo que me aterra? —le pregunto, ignorando por completo su comentario ya que ambos sabemos que es una utopía—. Que cuando salga de aquí no se acuerde de mí... Que no le hayan contado quién es su padre... Qué tontería... Cuando le tenía a mi lado, no le prestaba atención, y de repente, no volver a verle se me antoja una puta pesadilla.

—Él va a estar bien...

—Lo sé.

CINCO AÑOS DESPUÉS

CAPÍTULO 3 - INCOMPATIBLES

Rachel

—Pues voy a inscribir a Foxtrot en la Triple Corona. ¿Lo conoces?

—No... —contesto, a la vez que niego con la cabeza.

Intento reprimir el bostezo. De hecho, lo llevo reprimiendo desde hace como... ¡Dios mío! ¿Lleva ya veinte minutos hablando de su dichoso purasangre de 20.000 dólares?

—¿Cómo puedes no conocer la Triple Corona?! ¡Pero si es la carrera de caballos purasangre más famosa del mundo! —dice en un tono de voz demasiado alto para mi gusto. Sonrío de forma forzada y miro alrededor, comprobando cómo algunas caras se han girado para mirarnos. Me sonrojo e intento esconder la cara con mi pelo—. La Triple Corona es un programa de tres carreras que se disputan en tres [hipódromos](#) diferentes: [Louisville](#), Baltimore y Elmont, aquí en Nueva York.

¿En serio me va a explicar toda la historia de la puñetera carrera?

—La primera carrera, la que se disputa en Louisville, tiene lugar el primer sábado de mayo. —Sí, lo va a hacer—. La segunda se corre catorce días después y, finalmente, veintiún días después, en Elmont.

Vamos, Rachel... La dichosa aplicación dice que tienes un 82% de compatibilidad con este tipo. Está claro que los caballos forman parte de ese 18% que nos separa... Y su forma de vestir demasiado clásica... Y su risa demasiado escandalosa para ser un hombre... Y esa manera de tratar al camarero cuando nos ha servido la cena, como si le estuviera perdonando la vida... Pero me tengo que centrar en ese 82%, si consigo que deje de hablar de su purasangre, algo que no parece factible durante los próximos minutos.

—La Triple Corona es uno de los objetivos más difíciles de lograr para un caballo de carreras. El primer Derby de Kentucky se corrió en el año de 1875 y desde esa fecha, la Triple Corona es la carrera de caballos [purasangre](#) más famosa del mundo. Tanto que, al caballo ganador, se le conoce para la posteridad como Campeón. ¿Imaginas el prestigio que supondría que a Foxtrot se le conociera como el Campeón?

—Fascinante... —Es lo único que se me ocurre decir, justo antes de excusarme para ir al baño.

Prácticamente corro por el pasillo hasta que me siento a salvo como para sacar el teléfono del bolso para llamar a Kelly.

—Esperaba tu llamada... ¿Cómo va tu cita con “Don 82%”?

—Lleva una eternidad hablando de purasangres y carreras... Y sigo esperando que ese 82% aparezca. Esto no va nada bien, Kelly. No me gusta nada de él...

—¡No empecemos! ¡La aplicación dice que sois perfectos el uno para el otro, así que lo sois!

—Sí, claro... Como cuando me dijo que tenía un 79% de compatibilidad con Zack...

—La tenías.

—¿En serio? ¿Con el instructor de yoga que se pasó toda la noche intentando alinear mis chacras? Esa maldita aplicación se está partiendo de la risa en mi cara, Kelly. Dios mío... Necesito salir de aquí...

—No dramáticas, Rachel.

—¿Quieres venir y soportar conmigo la explicación acerca de cuál es el mejor recogido o trenzado para la cola de un purasangre?

—¿Cuál es?

—Pues verás... —Empiezo, pero luego escucho las carcajadas de Kelly al otro lado de la línea—. ¿Qué cojones estoy haciendo? ¡Sácame de aquí y borra mi perfil de esa mierda de página web!

Kelly sigue riendo.

—¡No te rías! ¡Hablo en serio!

—Bueno, pues ve y dile que tienes diarrea y que te tienes que ir...

—¡Hablo en serio cuando te pido que me borres de la base de datos de esa web del infierno! No quiero que me intenten juntar con todos los “frikys” que corren por Nueva York.

—Sabes que eso no es verdad...

—¿No? Dime un solo tío con el que me haya emparejado que sea medianamente normal.

—Mmmmm... Trevor, por ejemplo.

—Kelly, se pasó media cita hablándome en “Klingon” porque pensaba que era sexy.

—¡Ay, sí! ¡Qué risa! ¡Y tú que al principio pensaste que se estaba atragantando con la cena...! ¡Qué cateta eres a veces!

—Me parto de la risa... Estás disfrutando con esto, ¿no? Irás al infierno, que lo sepas.

—¡Sí! O sea, no... Reconoce que tuvo gracia, al menos...

—Kelly, en serio. ¡Bórrame ya! Si no lo haces tú, dame las contraseñas y lo hago yo.

—A lo mejor, lo único que tenemos que hacer es cambiar el enfoque...

—¿Perdona?

—Vamos a ver... Hasta ahora, nos hemos centrado en los tipos con los que tenías altos porcentajes de compatibilidad... ¿Y si abrimos un poco más el abanico? ¿Y si miramos más abajo del 80%? ¿Y si empezamos a fijarnos en... no sé... tipos con los que tengas menos cosas en común? ¿Me estás escuchando?

—Ajá...

—¿Y qué me dices?

—Que me borres el perfil de esa web.

—¡Vamos, Rachel! No me digas que te estás rindiendo tan fácilmente...

—¿Fácilmente? Kelly, llevo nueve citas desastrosas en dos meses.

—Ahí fuera está el amor de tu vida, y te estás cerrando puertas.

—Estoy segura de que el amor de mi vida no va publicando su perfil por ahí para buscar novia.

—Te encuentro muy negativa. Haz una cosa: sal ahí, despídete de “Potro salvaje” poniendo cualquier excusa y vete a casa. Mañana paso a verte y, con la mente abierta, buscamos a nuestra siguiente víctima.

—Hablas en plural, pero quien los sufre soy yo.

—No te quejarías tanto si en lugar de sufrirlos te los estuvieras tirando —asegura de forma tajante—. Ahora sal ahí fuera, dale puerta a ese imbécil y nos vemos mañana.

Cuelga la llamada y guardo mi teléfono en el bolso. Resignada, apoyo las palmas de las manos en el mármol del lavamanos y me miro en el espejo. ¿Cómo he llegado a esta situación desesperada? ¿Acaso no soy capaz de conocer a un tipo decente sin ayuda externa? ¿Tan rara soy? ¿Tan exigente me he vuelto? ¿Tanto me jodió pillar a Michael con esa furcia en mi cama? Quizá, ahí resida el problema. Yo pensaba que Michael era el hombre perfecto para mí, pero, aun así, me la pegó con otra. Si mi hombre perfecto hizo eso, ¿qué no hará un tipo medianamente perfecto, o directamente, uno “del montón”? Por eso no puedo permitir que nuestro porcentaje de compatibilidad sea inferior a un 80%. Me niego.

Así pues, resoplo varias veces, me peino el pelo con los dedos, y salgo dispuesta a adentrarme de nuevo en el maravilloso mundo ecuestre. Puede que él esté tan nervioso como yo, y por eso no para de hablar de caballos... Sí, será eso, seguro. Es un tipo guapo y educado... También inteligente... Vale, definitivamente, voy a salir ahí y a darle otra oportunidad.

Entro en el salón del restaurante, esbozando mi mejor sonrisa y me dirijo hacia nuestra mesa. Cuando estoy llegando, le veo en pie, poniéndose la chaqueta. ¿Tanto he tardado en salir del baño? ¡Corre, insensata, que se escapa tu oportunidad de ser feliz!

—¡Ya estoy aquí de nuevo!

—Eh... Yo... Mira, Rachel, eres preciosa y eso, pero... Creo que no compartes mi amor por los caballos y... No creo que esto vaya a funcionar.

—Bueno, reconozco que no es algo con lo que esté muy familiarizada, pero con el tiempo... —Pero entonces recuerdo el rollo que he tenido que soportar antes, la cantidad de bostezos que he tenido que disimular, y me rindo—. Tienes razón.

—Me da mucha rabia, Rachel, porque eres espectacular, pero la equitación es mi mundo y necesito a alguien que encaje en él por completo.

Elliott

—Hola, señor Miller...

—¿Qué quieres? —me pregunta cortante.

—Solo llamaba para saber si necesita algo...

—Que le dejes en paz. Eso es lo único que Holden necesita.

—El servicio postal me devolvió el regalo que le envié por su cumpleaños... Otra vez.

—Elliott, te lo dejamos muy claro en su día... No necesita tus regalos de cumpleaños, ni los de Navidad, ni tu dinero...

—Pero... Es mi hijo, y...

—Y el tipo que mató a su madre.

—Fue un accidente —digo con un hilo de voz, demostrando que, por más que lo repita, ni yo mismo me creo mis palabras.

—Un accidente que se podría haber evitado si no hubieras estado bebido y drogado.

—Pero ya pagué por ello... —Mi voz se ha ido apagando por momentos. Es algo que siempre me sucede cuando hablo con el padre de Stephanie. Estas conversaciones siempre son iguales, pero yo no ceso en mi empeño—. Necesito... Necesito saber algo de él.

—Lo único que necesitas saber es que está bien.

Con esa sentencia, corta la llamada sin conseguir, de nuevo, el propósito de las mismas: escuchar la voz de Holden, decirle que no me olvido de él y que... que... Resoplo con fuerza, dándome por vencido. Guardo mi teléfono en el bolsillo trasero del pantalón y llamo a la puerta de la señora Smith, mi actual clienta.

—Hola, Elliott.

—Hola, señora Smith. ¿Cómo está?

—Bien, bien. ¿Y tú?

—Muy bien —miento, como siempre.

—¿Has desayunado?

—Sí, señora.

—¿Has comido algo? —me pregunta, como cada día.

—Sí —le respondo, también como siempre.

—No me fío. Te prepararé un café y te cortaré un trozo de bizcocho que hice anoche.

Llevo una semana haciendo obras aquí, arreglando la fontanería de toda la casa y el baño de la habitación principal, y durante este tiempo he aprendido que, diga lo que diga y haga lo que haga, la octogenaria señora Smith hará lo que le dé la real gana. Así pues, cinco minutos después, estoy sentado alrededor de la mesa de la cocina degustando un trozo de bizcocho casero y una taza de café recién hecho.

—Esto está delicioso.

—¿Qué harás cuando acabes aquí?

—No sé... Buscarme la vida, supongo. Espero que me salga pronto otra chapuza que arreglar.

—Yo ya te he recomendado a todos mis conocidos. Trabajas muy bien y eres de fiar, y eso, hoy en día, escasea.

Esbozo una sonrisa tan débil que acaba por apagarse pocos segundos después. Clavo los ojos en la taza de café humeante y me dejo hipnotizar por el baile del humo que sale de ella. Hoy es uno de esos días en los que no tengo fuerzas para simular que mi vida no es una puñetera agonía. Les echo de menos todos los días de mi vida y no hay un segundo en el que no me maldiga por las malas decisiones que tomé.

—La soledad no es buena... —dice después de colocar su mano encima de mi antebrazo. Levanto la cabeza y la miro muy serio. No tengo fuerzas siquiera para fingir una sonrisa—. Te lo digo por experiencia.

—¿Cómo sabe que...?

—Por tu mirada —contesta con rotundidad—. Está apagada... Es triste, aunque intentes disimularlo con esa media sonrisa que pones siempre... Lo más extraño es que no puedo creer que estés solo por decisión propia... Porque yo calo muy rápido a la gente y tú eres de los buenos. Además, eres joven y muy guapo. No me puedo creer que no tengas a varias mujeres llamando a tu puerta. ¡Con lo sueltas y decididas que son las mujeres de hoy en día!

Río a carcajadas por su ocurrencia, esta vez con sinceridad.

—Cariño, yo estoy sola porque es ley de vida, pero tú... ¿Por qué te empeñas en estarlo?

—Porque una vez no lo estuve, y la cagué.

—¿Y vas a estar toda la vida pagando por ese error? ¿No eres algo injusto contigo mismo?

—Pero es que mi error fue mucho más grave que eso...

—No importa la magnitud de tu error, porque forma parte del pasado, y no se puede cambiar. Pero si puedes mejorar el futuro... Eso que dicen que el destino está escrito en las estrellas, es una chorrada. El cielo es un lienzo en blanco esperando para ser rellenado con historias sobre segundas oportunidades.

Rachel

—¿Y este?

—Kelly, por favor...

—¿Qué tiene de malo?

—¡Que tiene sesenta años!

—Ay, hija... Qué quisquillosa te estás poniendo... ¡Es que así es imposible encontrarte a alguien!

—¡Es que ya te dije que no quería que me buscaras a nadie!

—Me dijiste que le ibas a dar otra oportunidad.

Resoplo con fuerza para demostrar mi hastío, me cruzo de brazos para que mi lenguaje corporal haga juego con mi expresión, y entonces digo:

—Una oportunidad, sí, pero con un candidato decente. Buscarme una cita con un tipo aficionado a los insectos o con uno que podría ser mi padre, sería perder el tiempo y desperdiciar esa última oportunidad.

—Está bien —claudica al fin—. Pero reconoce que no me estás poniendo las cosas demasiado fáciles... Me pides que no tengan aficiones raras, que sean menores de cuarenta y que encima tengas con ellos un mínimo de un 60% de compatibilidad...

—Puedo subir a cuarenta y cinco años...

—Qué generosa... —comenta Kelly con ironía, entornando los ojos mientras me mira de soslayo.

—Vale... Y puedes bajar a un 55%

—¿Qué tal este? Mmmmm... Me gusta... Tiene pinta de...

—Sucio.

—Nada que una ducha a tiempo no pueda solucionar.

—Kelly, ¿no te llama la atención que un tipo que usa esta web para intentar conocer a una mujer, elija promocionarse con una foto en la que sale lleno de barro?

—No... Me transmite que juega al rugby, que es sexy a rabiar y que no quiere aparentar nada que no es con una foto pomposa y retocada en la que salga vestido de traje. Al menos, ya sabes a qué atenerte...

—¿Quieres tener algo de qué hablar con él? Apréndete de memoria las reglas del rugby, y listos.

—Además, mira. No tenemos ni un 50% de compatibilidad.

—Pero lo rozáis... Un 49% está muy bien. Con los otros rozabas el 90% y querías asesinarles a los diez minutos de cita, así que habrá que cambiar el enfoque.

—Kelly, me parece que paso.

—Oh, Dios mío. ¿Crees que sabrá bailar eso que hacen esos jugadores del equipo de Nueva Zelanda?

—¿Me estás escuchando?

—Ahora mismo no, lo reconozco. Solo puedo ver a un montón de tíos gritando y dándose golpes en el pecho.

—Estás enferma.

—Mira este vídeo y hablamos —dice justo antes de plantar frente a mis ojos la pantalla de su teléfono móvil.

Cinco segundos después, un montón de tíos enormes y sudorosos empiezan a gritar mientras se golpean el pecho, los codos y las piernas con ambas manos. Se supone que es un baile para intimidar al rival, para dar miedo, rudo y... jodidamente sexy.

—Vale. Vamos a darle una oportunidad a... —digo acercando mi cara a la pantalla del portátil.

—Te presento a Elliott Fuller —me informa Kelly—. Tu 49%.

Elliott

Estoy trabajando en el baño de la señora Smith, tumbado en el suelo, cuando mi teléfono suena. Me limpio las manos en una toalla y me seco el sudor de la frente con el antebrazo.

—¿Qué? —contesto arisco nada más descolgar, sin molestarme en mirar quién es.

—Otro día sin follar... —escucho que dice Ian al otro lado de la línea.

—Que te jodan.

Estoy a punto de colgar cuando le vuelvo a escuchar.

—¡Espera, espera, espera!

—¿Qué quieres?

—¿Nos tomamos una copa esta noche?

—No.

—¡Vamos, Elliott! ¡Es mi cumpleaños...! Yo invito.

—Es que no me...

—Sé que no te apetece, sé que no bebes, sé que estás cansado de trabajar, sé que salir a tomar una copa pierde toda su gracia cuando tu vaso contiene un simple refresco, sé que cada centavo que ganas lo guardas para Holden... Me conozco todas y cada una de tus excusas, y déjame decirte que me he preparado una respuesta para cada una de ellas.

Y entonces recuerdo las palabras de la señora Smith.

—Está bien...

—Uno: te tiene que apetecer porque es mi cumpleaños. Dos: no hace falta que te quedes hasta cerrar los garitos. Tres: sea lo que sea lo que bebas, yo invito...

—Ian, está bien.

—¿Está bien? ¿Está bien, qué?

—Que iré a tomar una copa.

—¿En...? ¿En serio? ¿Así de fácil?

—Bueno, es tu cumpleaños, ¿no?

—¡La hostia! ¡Qué bien! ¡Pero ahora me he quedado con las ganas de enumerarte todas mis respuestas!

—Ian, no tienes a tu suerte...

—¡No, no, no! A las diez en el Nitecap. ¿Lo conoces?

—No.

—Te mando la localización en un mensaje. No me falles.

Menos de cinco minutos después de colgar, recibo un mensaje suyo con la dirección de local y un mapa de situación. Parece que Ian quiere asegurarse de que vaya a llegar, pienso, sin poder evitar sonreír.

—Vaya... Tienes que mostrar más esa sonrisa. —Cuando giro la cabeza hacia la puerta, descubro a la señora Smith mirándome, apoyando una mano en el marco—. ¿A qué se debe ese cambio de actitud?

—Bueno, puede que haya decidido hacerle algo de caso...

CAPÍTULO 4 - CITA A CIEGAS

Elliott

Nunca he sido presumido. Nunca me he preocupado lo más mínimo por cómo vestir en cada ocasión. Siempre he tenido un solo vestuario que he usado para todo, cómodo e informal. Eso me provocó alguna que otra pelea con Stephanie cuando nos invitaban a una boda, por ejemplo, y ella insistía en salir a comprarme un traje para la ocasión. Nunca lo consiguió, y hoy no será distinto. De hecho, ya tengo en mis manos una de mis habituales camisas de cuadros. Además, no creo que Ian y los demás vayan a observar mi vestuario detenidamente...

Camino hacia el baño y, aún desnudo de cintura para arriba, observo mi reflejo en el espejo. En un acto reflejo que se ha convertido en habitual, toco con los dedos el nombre de mi hijo que tengo tatuado en el pecho, junto al resto que adornan mi cuerpo. Es la única forma que tengo de llevarle siempre conmigo...

Me pongo una camiseta blanca de manga corta y la camisa de cuadros encima. Me arremango las mangas hasta los codos y contemplo el resultado. Se me nota a leguas que estoy roto, y así es como creo que seguiré estando de por vida.

Rachel

—Me pongo pantalón, ¿verdad? —pregunto, observando el interior de mi armario y rebuscando entre las perchas con ambas manos, mientras sujeto el teléfono contra mi hombro.

—¿Por qué?

—Porque juega al rugby... Porque en su foto de perfil sale lleno de barro... No sé... Me lo imagino muy... informal.

—Será todo lo informal que quiera, pero es un tío. En la primera cita, tienes que darle una buena impresión, así que muestra parte del arsenal. Voto por el vestido negro entallado de manga larga y escote en forma de pico.

Enseguida lo veo colgado de una de las perchas. Lo estiro encima de la cama y lo miro mordeándome la mejilla.

—No sé... ¿No es algo... provocador?

—Sí.

—¿Entonces...?

—Entonces nada. Ponte eso. Si algo puede hacer subir ese 49%, es ese vestido.

Elliott

Llego al local y miro alrededor en busca de Ian o alguno de los demás, pero parecen no haber llegado aún. Me acerco a una de las barras y apoyo los codos en ella. Cinco segundos después, tengo a una camarera apostada frente a mí, sonriéndome, a la espera de que le pida mi bebida.

—Ponme una cerveza sin alcohol.

Le doy un billete de cinco dólares y cuando me da el cambio, me doy la vuelta y miro alrededor. El local está lleno de gente repartida en pequeños grupos, muchos de ellos sentados en los reservados. También hay una pequeña pista de baile, aunque no son muchos los que la usan.

Cuando mi vista se centra en la parte derecha del local, en un reservado donde hay varias chicas sentadas, me doy cuenta que varias de ellas me observan mientras cuchichean y ríen. Una incluso me saluda con una mano, y entonces me doy la vuelta de golpe. Deben de pensar que soy un gilipollas, pero prefiero darles la espalda ahora, antes que verme obligado a entablar conversación y descubran que soy algo mucho peor. Doy un sorbo a la cerveza y vuelvo a comprobar la hora. Ya deberían de estar aquí, y empiezo a sentirme bastante incómodo, tanto como para plantearme largarme.

—¿Elliott? —me llama una mujer a mi espalda. En cuanto me doy la vuelta, mientras la miro de arriba abajo, intento adivinar de qué nos conocemos—. Siento llegar tarde, pero el tráfico a estas horas es infernal.

—Lo... Lo siento, pero... ¿Te conozco?

—Soy Rachel.

—¿Rachel...?

—Tu cita.

—¿Mi qué...?

Y entonces mi cabeza empieza a funcionar a toda velocidad. Todo esto solo puede ser cosa de Ian y los demás... De ahí su insistencia en que saliera esta noche, o su falta de puntualidad...

—¿De qué conoces a Ian? —le pregunto con el ceño fruncido.

—¿Ian? ¿Qué Ian? No conozco a ningún Ian... —me contesta, confundida.

—Perdona, pero creo que ha habido un error... No sé cuánto te han pagado mis colegas, pero esto no es lo mío y...

—¿Perdona? ¿Pagado? A mí nadie me ha pagado... Espera, espera... ¿Me estás tomando por una prostituta?! —me pregunta, realmente ofendida.

—¿No lo eres? O sea, quiero decir... No lo pareces, pero...

—¿Pero tú eres gilipollas o qué te pasa?! —grita, al tiempo que me da un empujón y se da media vuelta para largarse—. Se acabó. Estoy hasta las narices de aguantar a todos los capullos de la ciudad. Me largo.

La observo salir a la calle y entonces me doy cuenta de que soy el centro de las miradas de casi todo el local. La música no está demasiado alta, así que han podido ser testigos de su enfado y escuchar sus gritos. Tengo que decir también que casi todos los que me miran, tanto hombres como mujeres, lo hacen con una mezcla de asco y desprecio reflejados en su mirada, sobre todo el grupo de chicas a las que antes les he dado la espalda. Supongo que, con este espectáculo, he acabado de corroborar sus sospechas de que soy un auténtico capullo.

Estoy confundido y ya no sé si Ian ha tenido algo que ver en todo esto o, simplemente, la chica me ha confundido con otra persona. En todo caso, ya he tenido suficiente por una noche, así que salgo a la calle

y camino hacia la boca de metro más próxima. Pocos metros por delante de mí, veo a la chica del local. Me está dando la espalda, con la vista fija en el principio de la calle, levantando un brazo.

—¡Taxi! —grita, aunque el vehículo amarillo pasa sin detenerse.

Mientras me aproximo, medito si pasar de largo o, por el contrario, pararme para pedirle disculpas e intentar aclarar la situación. Otro taxi se acerca, pero, como el anterior, no se detiene. Hastiada, pone los brazos en jarras y, al darse la vuelta resoplando, me pilla mirándola, aún indeciso.

—¿Se puede saber qué miras?! ¡Aunque te parezca mentira, no estoy buscando clientela! ¡Solo intento que un puñetero taxi me lleve a casa para acabar de una vez por todas con esta pesadilla de noche!

—Lo siento... Yo... Supongo que debe de haber un malentendido...

—¿Malentendido?! ¡Fuiste tú el que me citaste aquí hoy!

—¿Yo?! Ahora sí que estoy perdido... —digo, encogiendo la cabeza entre los hombros.

—Sí. Te envié un mensaje a través de la web de citas y quedamos para vernos hoy en el Nitecap.

—¿Web de citas?

—Me estás vacilando, ¿verdad?

—No...

—A ver... ¿Tú no eres Elliott Fuller?

—Sí —contesto.

—¿Y tienes 34 años?

—Sí...

—Y juegas a rugby y practicas la escalada.

—¿Cómo...? ¿Cómo sabes todo eso?

—¡Porque lo leí en tu perfil, pedazo de idiota!

—¿Perfil?! ¡¿De qué mierda estás hablando?!

—¡Vamos a ver! —grita exasperada, mientras saca el teléfono móvil del bolso. Aprieta varias teclas y pocos segundos después, planta la pantalla frente a mis narices—. Este eres tú, ¿verdad?

—Eh... No.

—¿No? ¿Acaso tienes un clon? Porque sois idénticos.

—¡No! O sea... Soy yo, pero... no escribí nada de eso... Ni siquiera conocía esta web hasta hace unos minutos... —Y entonces vuelvo a atar cabos. Definitivamente, Ian sí ha tenido mucho que ver en ello—. ¡Oh, mierda! ¡Joder! ¡Qué hijos de puta!

Me alejo unos cuantos pasos mientras saco el teléfono del bolsillo. Suenan varios tonos, y entonces escucho la voz de Ian.

—De nada, macho... —dice nada más descolgar.

—¿Se puede saber qué cojones has hecho?!

—No me digas que no está tremenda...

—¡Me cago en la puta, Ian! ¡Déjame en paz!

—Solo queríamos darte un pequeño empujón...

—¡¿Queríamos?!

—Sí... Bueno... Bryan y...

—¡¿Pero es que acaso no tenéis vida?! ¡Pues haced con ella lo que os dé la gana, pero dejad de meteros en la mía! ¡Estoy bien como estoy! ¡No necesito a nadie a mi lado y si lo necesitase, sería yo quien la eligiera! ¡No necesito que manipuléis mi vida de esta manera! ¡No quiero estar en ninguna... web de mierda, como si estuviera en un puto escaparate! ¡¿Quién cojones usa ese tipo de aplicaciones para ligar?! ¡Puñeteros fracasados y desesperados! ¡Dejadme en paz! ¡¿Vale?!

—Elliott... —interviene con tiento—. ¿Dónde está ella?

Me doy la vuelta y la miro sin despegar el teléfono de mi oreja. Ella me observa con la boca abierta, seguro que alucinada al escuchar todo lo que he dicho. Al rato, veo cómo un taxi se detiene a su lado y cómo ella se gira y se mete dentro.

—Pues ahora mismo se acaba de ir... —contesto.

—¿No me jodas que te ha escuchado decir todo eso?

—Bueno, está curada de espanto, supongo... Antes la traté de prostituta.

—¡¿Cómo?! ¡Joder, macho! ¡Eres todo un derroche de virtudes...!

Rachel

Una hora después del bochornoso suceso, con mi pijama de Batman puesto, estoy envuelta en una enorme manta frente al televisor con la única compañía de una tarrina de un litro de helado de chocolate. En uno de los canales de la tele por cable están dando la película “Love Actually”, así que aquí estoy yo, romántica empedernida y masoquista de manual, viéndola por quincuagésima vez, como mínimo, sin poder dejar de preguntarme qué hay que hacer para que un tío se aposte en mi puerta con un cartel que me diga que para él soy perfecta. En realidad, ha llegado un punto en el que no pido tanto... Solo citarme con alguien que no venga en contra de su voluntad y que no me tache de prostituta. ¿Tan difícil es?

Es habitual que lllore mientras la veo, pero esta vez creo que tengo más motivos para hacerlo. No dejo de pensar que el mundo está muy mal repartido, y que tengo mucha mala suerte al toparme con todos los tipos raros de Nueva York. Por eso, cuando me suena el teléfono, tengo que hacer verdaderos esfuerzos para calmarme antes de descolgar y que se me entienda medianamente bien.

—Dime —respondo sin fuerzas al ver el nombre de Kelly en la pantalla.

—¿Estás llorando?

—Ajá.

—¿Tan mal folla ese tío?

—Estoy viendo “Love Actually” —contesto, sin hacer caso de su último comentario.

—¿Estáis viendo una peli romántica juntos? ¡Esto pinta bien...!

—Estoy sola en mi casa, Kelly.

—¿Tan mal ha ido la cita?

—No ha habido cita.

—¿La canceló?

—No.

—¿Y qué pasó entonces?

—Pues veamos... Te voy a hacer un breve resumen, así a grandes rasgos... Llegué, me presenté, me miró, se pensó que era una prostituta que sus amigos le habían pagado...

—¿Qué...?

—Espera, que no he terminado —la corto—. Me harté de él, me fui, intenté buscar un taxi, nos volvimos a encontrar en la calle, descubrí que el perfil se lo crearon unos amigos que intentan inmiscuirse en su vida sentimental... ¿Eso te suena vagamente de algo?

—No. Para nada.

—Pues justo antes de coger el taxi, le gritó a su amigo que no necesitaba que se metieran en su vida, y que no quería estar en un puñetero escaparate porque estas páginas de contactos solo las usan los fracasados y desesperados.

—¡Será gilipollas, el tío!

—Tiene toda la razón del mundo.

—¡Ya estamos! Tú siempre tan negativa...

—Kelly, no tengo ganas de discutir... Mañana hablamos, ¿vale?

—¡Espera! No me has dicho si ese 49% tenía mejor pinta que los porcentajes más altos...

—¿Y qué más da eso?

—Para saber si nuestro cambio de táctica fue acertado... El chico, aunque sucio, pintaba bien...

—No estaba mal...

—Descripción. A grandes rasgos...

—Alto, fuerte y de aspecto rudo.

—Vale, algo más específico.

—Tampoco me fijé tanto...

—Y una mierda que no. Te conozco y eres como Robocop. Analizas a la persona en cuestión de segundos, así que no me vengas con rodeos.

—A ver... —resoplo tanto para demostrar mi cansancio como al darme cuenta de que nunca podré engañar a Kelly, así que continúo—: Entre 1,75 y 1,80 de altura. Hombros anchos, cintura estrecha, brazos fuertes. Pelo rapado, moreno. Sin afeitado, aunque no llevaba la barba larga. Ojos azules y fríos,

labios carnosos. Le asomaban por las mangas de la camisa varios tatuajes en ambos brazos. Vestía muy informal, con vaqueros y una camisa de cuadros con las mangas por los codos. Eso es todo.

—Jodidamente sexy.

—Ajá... —responde sin más.

—No es mi estilo...

—¿En serio? ¿El estilo “está que cruje” no es el tuyo?

—Ya me entiendes...

—No. No te entiendo. Has descrito a un tío del que yo tendría serias dudas de que fuera un ser humano de verdad. Así que no, no te entiendo.

—Bueno, de todos modos, se acabó. Mañana me borras el perfil...

—Ya veremos. ¿Cómo es su voz?

—Grave y varonil y... ¡Mierda! ¡No me despistes! Me lo borras.

—Lo que tú digas.

—Me lo borrarás.

—¿Y qué estoy diciendo yo?

—No me fío de ti ni un pelo.

—Deberías. Porque todo lo que planeo es por tu bien, aunque te cueste creerlo.

—Buenas noches, Kelly.

—Buenas noches... Sucios sueños, amiga.

Elliott

“¿En serio la llamaste puta?”

Recibo ese mensaje de Ian a la mañana siguiente, mientras me estoy tomando el café, poco antes de irme a trabajar a casa de la señora Smith. No tengo intención de contestarle, pero justo antes de soltar el teléfono, recibo otro.

“Y, no contento con ello, luego le sueltas que ese tipo de páginas para ligar son para desesperados... No me extrañaría que interpusieran una orden de alejamiento hacia todas las clientas de la web de citas...”

Herido en mi orgullo, chasqueo la lengua y tecleo mi respuesta.

“No la llamé puta... No exactamente. Al principio pensé que era una tía que vosotros habíais pagado para hacerme compañía”

No suelto el teléfono porque me está escribiendo la respuesta.

“Ya esas chicas, ¿por qué nombre las conoces tú?”

Fastidiado por el hecho de que tenga razón, guardo el móvil en el bolsillo y me marcho de casa.

Rachel

Llevo un buen rato en el despacho cuando Kelly entra con un par de cafés y unos bollos de azúcar.

—Sé lo que intentas hacer, y no va a funcionar —le digo.

—Intento que desayunemos, sin más. Y no creo que un bollo de azúcar nos perjudique demasiado...

Al menos, no es algo que media hora en la elíptica no puedan solucionar.

—Me refiero a que intentas comprar mi perdón.

—¿Tu perdón? En todo caso, deberías darme las gracias por hacer que te toparas con semejante semidiós.

—¿Te refieres al tipo que me llamó prostituta y fracasada? Oh, sí, muy majo. Gracias.

—Fue un malentendido. Seguro que no quiso decir lo que dijo. Yo le daría otra oportunidad.

—Pues contacta con él. Ya sabes dónde encontrarle. O, al menos, dónde encontrar a sus amigos.

—No es mi tipo. Pero sí el tuyo. Al menos, es tu tipo en un 49% dudoso.

—¿Ahora es dudoso?

—Sí, porque si os dedicarais más a charlar y no a insultaros, seguro que encontrarais algo para subir ese porcentaje.

—¿Qué parte de “borra mi perfil de esa página” no has captado?

—No me refiero a quedar con más tipos del catálogo, sino a quedar con Elliott.

—¡Que él también quiere que su amigo borre su perfil! ¡Que él ni siquiera sabía que formaba parte del... catálogo, como tú lo llamas! ¡Que ni siquiera controla él mismo su perfil! ¡Que cuando contactaste con él, hablaste con su amigo!

—Vale, vale, vale... —dice mostrando las palmas de las manos—. Qué carácter... Tú misma. Cuando cumplas los cuarenta y te veas rodeada de cientos de gatos, no me vengas a llorar.

—Eso no va a pasar, porque acabaré conociendo a un tipo decente. Pronto. Algún día de estos. En cinco años como máximo... —digo, y cuando mi fe en mí misma empieza a decaer, añado—: Además, eres mi amiga y deberías de quererme, acabe como acabe.

—Lo siento, soy alérgica a los gatos.

La miro de reojo mientras deja los vasos de café y los bollos sobre la mesa. Luego se sienta en su mesa, frente a mí. Enciende su portátil y me mira por encima de la pantalla. Sonríe y me guiña un ojo, gesto que sirve para calmar mi malhumor matutino, aunque puede que el café cargado también haya tenido buena culpa de ello.

De repente, se atraganta con el café.

—Los dioses te están castigando —le digo cuando compruebo que vuelve a tener un color normal de piel.

—¡Cuánta maldad alberga tu cuerpo! No me mereces, que lo sepas. Y solo por eso, no debería de enseñarte el mensaje que acabas de recibir en tu perfil...

—¡¿Pero no me has borrado aún?!

—Iba a hacerlo, lo juro. Pero...

—¡Pero, ¿qué?!

—Bah, mejor borro tu perfil y ya está.

—¡No! ¡Ahora me lees el mensaje!

—¿En qué quedamos? Borro, no borro... A ver si te aclaras, mujer.

Ni siquiera le contesto, y corro para ponerme a su lado. Con una sonrisa de suficiencia en los labios, mueve su portátil para que pueda leer la pantalla.

—¿Qué es esto...? —pregunto.

—Un mensaje. Lee.

De: Elliott34

A: Rachel31

Mensaje: *Creo que Elliott ya te contó todo anoche... Siento lo sucedido... No quisimos utilizarte. Él ha pasado por momentos algo... complicados en su vida y, aunque él no lo crea, necesita divertirse un poco...*

Él también se hubiera dado cuenta si no la hubiera cagado.

Entendemos por qué huiste, pero él no es tan capullo la mayor parte del tiempo. Solo a veces. De nuevo, te pido disculpas, de nuestra parte y de la suya también.

—¡Oh, mira! Es un desgraciado como tú... —dice Kelly, poniendo cara de pena.

—¡No somos unos desgraciados! —empiezo a decir, aunque me quedo sin argumentos enseguida—. Solo hemos tenido algo de mala suerte en el amor...

—Mala suerte, dice... Qué optimista... Y bien, ¿qué le respondo? —me pregunta, con los dedos en el teclado.

—¡Nada de nada!

—¿Cómo que no? ¿El amigo de Elliott se ha molestado en escribirte para pedirte perdón y tú vas a pasar de él?

—Vale, está bien. Escribe: Estáis perdonados, pero no estoy de acuerdo con respecto a vuestro amigo. Conmigo fue un capullo el cien por cien del tiempo que pasamos juntos.

—Sabes que no podemos escribir eso a no ser que quieras iniciar una carrera como criadora de gatos...

—¡Deja ya de insinuar que con cincuenta años voy a parecer la loca de los gatos!

—A este paso, con cuarenta.

—A veces, aún me pregunto por qué te soporto.

—Porque tengo unos ojos felinos preciosos.

—Idiota.

—Vale... A ver qué te parece esto...

De: Rachel31

A: Elliott34

Mensaje: Acepto vuestras disculpas. Esperaba que nuestro 49% de compatibilidad diera más de sí. Y puestos a dar porcentajes, que sepáis que vuestro amigo se comportó como un capullo conmigo el 100% del tiempo que pasamos juntos.

—Perfecto —sentencio, dispuesta a dar el tema por zanjado y a seguir trabajando.

A medio camino hacia mi mesa, Kelly grita emocionada.

—¡Tenemos respuesta!

Sin pretenderlo, corro hacia ella de nuevo, demostrando más expectación de la que me gustaría.

—Disimulas fatal lo mucho que te interesa Elliott... —dice, recibiendo una colleja de mi parte.

De: Elliott34

A: Rachel31

Mensaje: Le diste poco tiempo. Dale otra oportunidad para que te pueda demostrar que él no es así.

Guárdate su número de teléfono y llámale.

—¿No es genial? —me pregunta Kelly, entusiasmada mientras escribe el número que nos ha pasado el amigo de Elliott.

—No. Dile que paso.

—¿Estás loca o qué?! ¡¿Vas a pasar de ese tío?!

—Básicamente, es él el que pasará de mí porque no creo que le puedan volver a engañar.

—Eso ya lo veremos...

De: Rachel31

A: Elliott34

Mensaje: ¿Y con qué excusa le llamo? Porque no creo que Elliott esté por la labor de volver a quedar conmigo...

—Te odio.

—No es verdad. ¡Ya tenemos respuesta!

—¿Es que este chico no tiene otra cosa mejor que hacer que organizar la vida amorosa de Elliott a su

antojo?

—Parece que no. Como tampoco yo.

—Pero es que de esta manera quedo como... como... una arrastrada.

—Define arrastrada.

—Alguien desesperado y sin amor propio, que haría lo que fuera por volver a ver a alguien, en este caso, a Elliott.

—Vale, pues lo he clavado. Eres una arrastrada.

—¡Oye!

—¿Estás desesperada por encontrar a tu hombre ideal?

—No... O sea... Bueno, puede que necesite a alguien a quien ver con... asiduidad. Y que de vez en cuando me regale flores o me lleve al cine o a cenar...

—Afirmativo entonces. ¿Quieres volver a ver a Elliott?

—Él no quiere volver a...

—Hablo de ti, no de él. ¿Quieres volver a ver a Elliott, y que conste que hablo de ti y no de él y, por ejemplo, descubrir hasta dónde le llegan los tatuajes de los brazos?

—Puerca —contesto, sonrojándome un poco.

—Afirmativo también —dice, al tiempo que yo chasqueo la lengua.

—¿Quieres volver a escuchar esa voz aterradora a la vez que jodidamente sexy? Afirmativo también.
¿Conclusión?

—Vale. Soy una arrastrada. ¿Dónde y a qué hora?

Kelly me sonrío y señala de nuevo la pantalla.

De: Elliott34

A: Rachel31

Mensaje: ¿Te gusta el rugby? ¿La montaña? ¿Practicas la escalada?

—No podemos tener menos cosas en común.

—Te equivocas. Tenéis un 49% de compatibilidad. Algo habrá.

De: Rachel31

A: Elliott34

Mensaje: Me parece que vamos a tener que “rompernos el coco” un poco más...

CAPÍTULO 5 - AMNÉSIA ETÍLICA

Elliott

—Buen partido, mamonazo —me dice Ian, colgándose de mi cuello—. Vente con nosotros a celebrarlo.

—Paso.

—¿Por qué no?

—¿Lo del otro día no te parece suficiente motivo?

—¿Te refieres a cuando llamaste puta a esa pobre chica? —Giro la cabeza y le miro entornando los ojos. A él no le afecta para nada mi enfado, sino al contrario, empieza a reír hasta añadir—: No, no me parece suficiente motivo. Además, esta vez vienen Amy y algunas chicas más. De ellas te fías, ¿no?

—¿Amy? ¿Tu mujer? ¿Estamos hablando de la misma que se empeñó en conseguirme una cita con todas las solteras, divorciadas y viudas de su oficina?

—Con su mejor intención...

—Había alguna que estaba a punto de jubilarse, Ian...

—¡Pero esa tal Allison estaba tremenda! Eso no se lo puedes negar.

Chasqueo la lengua mientras me deshago de su agarre. Entramos en el vestuario y me empiezo a desvestir para meterme en la ducha. Ian me persigue, esta vez seguido por Brian y Maddox.

—Vamos, Fuller... —interviene este último—. Son unas cervezas inocentes...

—Fíjate si son inocentes, que las tuyas son sin alcohol. ¿Qué puede haber más inocente que eso? —añade Brian.

—Gracias por vuestro inocente ofrecimiento, pero paso. Además, mañana voy a madrugar para ir a escalar... —digo, mientras me cuelgo la bolsa al hombro.

—¡Joder, macho...! —se queja Maddox, pero Ian le detiene poniendo una mano en su pecho.

—Una cerveza solo... —interviene este último, con un tono de voz mucho más conciliador—. En una hora, como mucho, estás en casa y mañana puedes ir a... colgarte de esas paredes rocosas todo lo que te dé la gana.

—Paso.

—Pero Elliott...

—¡Que no, joder! ¡Que paso de cervezas, de celebraciones y de mierdas de esas!

—O sea, que pasas de tus colegas. Te vas a convertir en un puto ermitaño —se atreve a decir Maddox.

Le miro entornando los ojos durante un par de segundos, cabreado lo suficiente como para asestarle un puñetazo, pero enseguida Ian se interpone entre nosotros.

—Elliott... Solo es una cerveza... Tranquilo. No hace falta que vengas si no quieres...

—Quizá en otro momento —consigo decir, algo más calmado.

—Quizá —me responde él, aun sabiendo que no es una promesa que vaya a cumplir en un corto espacio de tiempo.

Rachel

—Mira ese chico de allí. No te quita ojo.

—Paso.

—Pero si ni siquiera le has mirado...

Me doy la vuelta, más para contentar a Kelly e impedir que se ponga insoportable que porque esté interesada realmente en descubrir cómo es el tipo con el que pretende liarme esta noche. Enseguida le diviso, sonriéndome de oreja a oreja mientras alza su copa. Un escalofrío recorre mi cuerpo de pies a cabeza.

—¡Ajá! No te ha dejado indiferente...

—Era un escalofrío de repelús, nada agradable. Parece un muñeco de cera... ¿Soy yo, o incluso brilla un poco?

Las dos estallamos en carcajadas, hecho que no sé si le ha sentado demasiado bien al tipo.

—¿Nos tomamos otra? —me pregunta Kelly, una vez que nos hemos dado la vuelta.

—No quiero pillar un pedo.

—¿Por qué no?

—Porque es jueves.

—Pero entonces, ¿cómo piensas ligar con alguno de estos especímenes?

—¡No necesito beber para entablar conversación con nadie!

—Lo sé, pero borracha eres menos tú.

—¡¿Perdona?! ¡¿Me estás llamando aburrida?!

—No. No eres nada aburrida, pero sí demasiado racional. En los asuntos sentimentales, deberías pensar menos y actuar más.

No pretendo darle toda la razón a Kelly, pero no puedo evitar quedarme callada mientras sopeso sus palabras. Y la verdad es que, desde que eché a Michael de mi vida, no he tenido demasiada suerte con los hombres. He salido con varios, incluso antes de que Kelly me apuntara a la dichosa web de citas, pero ninguno de ellos ha logrado captar mi atención lo suficiente como para querer atreverme a tener algo más con él.

—No te quitas a Elliott de la cabeza. —Corta Kelly mis pensamientos. Frunzo el ceño y la miro como si estuviera pirada—. No me mires así. Ese tío es diferente al resto de capullos con los que te has citado, tanto física como... interesadamente.

—¿Interesadamente?

—Que no te haya hecho ni puñetero caso, te ha encantado. Que no se haya comportado como un baboso, que haya sido borde e incluso... maleducado. Hasta ahora, todos los hombres han intentado pavonearse frente a ti, mostrándote todos sus... atributos. En cambio, Elliott huyó de ti.

—Huyó de mí porque le engañaron...

—Vale, pues comprueba cómo se comporta si se encuentra contigo por propia iniciativa. Tienes su número. Llámale.

—No creo que quiera volver a verme.

—Y dale... —resopla, antes de darme un par de golpes en la frente con los dedos de su mano—. Piensa menos y actúa. ¿Te gusta? Llámale. ¿Quieres volverle a ver? Llámale. ¿Quieres invitarle a salir? Llámale. ¿Qué más da que él no te quiera ver a ti? Tú sí quieres, así que... ¡llámale!

No creo que intentar forzar la situación sea la mejor manera de empezar una relación. De acuerdo, Elliott me... intrigó lo suficiente, pero no sé nada de él y lo poco que hablamos, no dio para mucho.

—Sé lo que me vas a decir... Vuestro primer encuentro no fue muy alentador, pero tienes que verlo desde su punto de vista... ¿Qué harías si yo te hubiera montado una encerrona como la que sus amigos le montaron a él?

—No sé...

—¡¿No sabes si llamarle?! ¡¿No sabes si volver a verle?! ¡Explícate mejor, mujer!

—¡Es que no me dejas! —le grito con desespero—. Me agobias y nublas mi capacidad de raciocinio con tanto gritito y tanto estrés.

—¿Pretendes hacerme sentir culpable?

—Un poco.

—Pues no funciona. Ciertamente, no tengo compasión, pero estamos hablando de tu vida sentimental, Rachel... Así que permíteme que sea inflexible.

—¡Oye! ¿Qué le pasa a mi vida sentimental?

—Que no existe, simplemente. Así que, si ese tipo te “hizo tilín”, opino que deberíamos intentar hacer algo al respecto...

—¿Te has parado a pensar que, por mucho que ese chico llamara mi atención, puede que yo no le guste lo más mínimo?

—¡Vamos...! ¡Ambas sabemos que eso es imposible...!

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque eres guapa, tienes un cuerpo de infarto, tienes estilo, eres inteligente, sofisticada, elegante...

—No creo que en el poco rato que estuvimos juntos le diera tiempo de fijarse tanto en mí.

—Por eso intentarás verle de nuevo —asegura alzando un brazo—. ¡Camarero! Ponnos un par más de estos.

—No debería... —empiezo a decir, pero Kelly enseguida me corta poniéndome un dedo sobre los

labios.

Elliott

—Cuerda, mosquetones, anillas, pies de gato... —Repaso mentalmente todo lo que voy metiendo en la mochila, preparándolo todo para mañana—. ¿Qué me falta?

Doy vueltas sobre mí mismo mientras me rasco la nuca. La verdad es que soy algo desordenado con mis cosas, aunque guardo cierto... orden caótico. ¿A quién pretendo engañar? Soy un desastre, así que siempre acabo igual: encontrando todo el material en el primer sitio en el que lo dejé al llegar de mi anterior salida.

Justo entonces, empieza a sonar mi teléfono. No tengo el número grabado en la agenda, así que me imagino que debe de ser un posible cliente y voy hacia la cocina para buscar la libreta y así poder apuntar algunos detalles. No es una hora muy habitual para que me llamen, pero necesito el dinero, así que no voy a poner muchas pegas.

—¿Diga? —me apresuro a contestar, justo después de apuntar el número en la libreta. Al otro lado de la línea se escucha mucho barullo de voces—. ¿Hola?

—¿Eres Elliott? —me pregunta una voz femenina.

—Sí. ¿Quién es?

—Soy... tu 49%

—¿Perdone? Me parece que no la he entendido bien...

—¡Además de borde, eres corto de oído! ¡Qué suerte la mía!

—Disculpe... Es que me parece que no la entiendo... —balbuceo, aún muy confundido—. ¿Quién me ha dicho que es...?

—A ver si te enteras de una vez —repite la mujer—. Soy tu 49%, y te llamo para decirte que la máquina se ha equivocado, porque no tenemos nada en común. ¡Nada! Somos un 0% compatibles. ¡Así que ni sueñes con volver a verme!

—Señorita, ¿está... borracha?

—¿Borracha yo? ¡Ni lo sueñes, capullo!

—Mire... No sé quién le ha dado mi número, pero...

—¿Por qué no arranca el puñetero coche? —la escucho maldecir entonces.

—¿No pretenderá conducir en su estado? —me descubro preguntándole.

—¿En mi estado? Estoy perfectamente.

—Sí, claro...

—Además, ¿a ti qué cojones te importa cómo estoy? Te recuerdo que me llamaste puta sin ningún reparo...

Y entonces me acuerdo de ella. ¿Cómo se llamaba...? ¿Rose...? No. ¿Rachel? ¡Eso es! ¡Rachel!

—Rachel, escúcheme. No conduzca en su estado. Pida un taxi.

—Estoy perfectamente... Oh, mierda... Oh, mierda... —Justo entonces, la escucho vomitar.

—¿Rachel? ¡¿Rachel?! ¡¿Hola?!

—Vale. Estoy un poco mal... Pero solo un poco... —balbucea justo antes de volver a hacerlo.

Resoplo mientras espero a que vuelva a ponerse el auricular en la oreja. No sé cómo cojones consiguió mi número de teléfono, pero supongo que Ian tuvo mucho que ver en ello. Podría colgar y olvidarme de ella, pero me siento en deuda por haberla llamado prostituta...

—Eh... —Vuelvo a escucharla cerca del teléfono, riendo de forma nerviosa—. ¿Sabes cómo quitar las manchas de vómito de la tapicería de un coche?

—Rachel, bájese del coche y...

—¿Cuántos años tienes?

—¿Eh? ¿Qué?

—¿Te preguntaba que cuántos años tienes? Oh, por favor, qué complicado es hablar contigo...

—¿Conmigo?

—Sí. ¡Años! ¡Ya! ¡No es tan difícil!

—Treinta y cuatro.

—Yo treinta y uno. Tampoco nos llevamos tanto. ¿Por qué me tratas de usted, entonces?

—Porque no la conozco.

—Soy Rachel. Encantada. ¿Ya? —Se mofa de mí con una risa histérica que da algo de miedo.

—Lo que tú digas...

—¡He conseguido que me tutees!

—Oye, es tarde y tengo cosas que hacer, así que... —digo con resignación.

—¡No, no, no! ¡Ni se te ocurra colgarme porque no he acabado contigo, señorita! Digo... ¡señorito! Dios, qué ganas tenía de poder soltarle eso a alguien. ¿No te hartaste de oírsele decir a tu madre?

—No.

—¿No? ¡Pero si todos los padres lo dicen...!

—Mis padres murieron cuando yo era un bebé y me crio mi abuelo, al que no recuerdo sobrio un solo día de su vida, así que deja ya el tema para que no metas más la pata —la corto antes de que siga hablando.

—Cada vez tenemos menos cosas en común... —se limita a asegurar.

—Dime ya lo que me tengas que decir, que tengo cosas que hacer... —resoplo, agotado.

—¿Qué hora es...?

—Las... La una de la madrugada.

—¿Y qué cosas tienes que hacer a la una de la madrugada?

—Preparar las... ¡Oye! ¡¿Y a ti qué cojones te importa?!

—¿Qué preparas?

—Si te aburres, ve a pegarle la charla a otro...

—¡No, no, no! ¡Por favor, espera! —No sé por qué, pero vuelvo a hacerle caso—. Te llamaba para... Espera... No me acuerdo...

—Vale. Adiós.

—¡No! ¡Ya! Oh, joder... Es que nada de esto estaba planeado... Ni beber tanto ni llamarte... ¿Nunca te ha pasado? Es igual, a lo que iba. Te llamaba para decirte que te perdono.

—Eh... ¿Qué?

—Que te perdono por haberme llamado puta.

—¡Yo no te llamé puta!

—¡Sí lo hiciste, señorito! ¡Mira, segunda vez que lo digo en una noche...! —Ríe a carcajadas y, por algún extraño motivo, me hace sonreír—. ¡Me encanta cómo sueno de autoritaria cuando lo digo! Señorito. Señorito... ¡Señorito!

—Estás como una puta cabra.

—¡Silencio! Que no he acabado. —Me deja boquiabierto, incapaz de reaccionar—. Sí, me llamaste prostituta, aunque ya te he dicho que te perdono porque entiendo por qué lo hiciste. Yo también tengo una amiga tocapelotas y metomentodo que se piensa que puede jugar con mi vida sentimental a su antojo. De hecho, ella fue la que me lió para apuntarme a esa mierda de web de citas... ¡Como si yo no pudiera encontrar a alguien por mí misma...! Porque por supuesto que puedo... Encontraré a alguien decente... Aunque Michael se follara a otra en mi propia casa, no tiene por qué pasarme lo mismo dos veces... ¿No?

Aún sigo intentando procesar toda la información que me acaba de dar, en parte porque su tono de voz se ha ido distorsionando conforme la ira, y sobre todo las lágrimas, hacían acto de presencia.

—¿¿No?! —insiste, pillándome totalmente fuera de juego.

—No... O sea... No sé, pero... No sé si soy la persona adecuada para ser tu... paño de lágrimas... ¿Estás sola?

—¡Por supuesto que lo estoy! ¡¿Y qué?! ¡Estoy bien así! ¡¿Por qué estamos obligados a tener una relación?! ¡¿Por qué nadie puede entender que haya gente que estemos solos por decisión propia?!

—Me refería a ahora... A esta noche... —la corto, aunque de forma comedida.

—Ah... Sí...

—¿Dónde estás?

—En mi coche.

—A esa conclusión ya había llegado sin tu ayuda. ¿Y dónde está tu coche?

—En la calle.

—Estoy teniendo muchísima paciencia contigo, créeme, pero también tiene un límite y... —Pero entonces la escucho llorar de nuevo y me ablando. Respiro profundamente varias veces y entonces le digo—: Envíame tu localización.

—¿Para qué?

—Para enviarte unas flores.

—¿En serio? Qué detalle tan bonito...

—Hazlo —Está demasiado borracha como para entender mi sarcasmo, así que opto por ser más directo—. Si en dos minutos no la tengo, te vuelvo a llamar.

Rachel

Me duele la frente. ¿Por qué me duele la frente? Y el cuello también... Estoy... incómoda... ¿Dónde estoy? ¿Estoy durmiendo?

De repente, escucho unos golpes fuertes cerca de mí. Abro los ojos y me incorporo de sopetón. Me cuesta un rato darme cuenta de que estoy dentro de mi coche, hasta que el olor a vómito me invade.

—¡Eh! ¡Hola!

Doy un brinco al escuchar de nuevo los golpes en la ventanilla del coche. Miro a mi izquierda y veo a un tipo al otro lado de la puerta, aunque el cristal está empañado y me cuesta distinguir quién es. ¿Será un policía? Dios mío, ¿no habré conducido en este estado?

—¡Eh! ¡Rachel! ¡Abre la puerta!

¿Rachel? ¿El policía sabe mi nombre? Empiezo a bajar la ventanilla del coche, muy confundida y algo asustada.

—¿He hecho algo, agente? —pregunto, intentando disimular mi estado de embriaguez.

—¿Agente? Joder... Estás peor de lo que yo pensaba...

No entiendo nada, y menos aun cuando mete la mano dentro del coche, quita el seguro de la puerta y la abre.

—¿¿Se puede saber qué haces?! —grito, tirando frenéticamente de la puerta hacia mí para cerrarla de nuevo.

—¡Estate quieta! —grita él a su vez, dando un tirón para abrirla de nuevo. Entonces introduce medio cuerpo en el coche y forcejea para intentar desatarme el cinturón de seguridad.

—¡No me toques! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Desesperada, empiezo a golpearle.

—¡¿Te quieres estar quieta?! —Agarra mis manos y me inmoviliza, dejando su cara a una distancia tan corta de la mía, que puedo sentir su aliento en mi piel—. Te estoy intentando ayudar, Rachel.

Y entonces, al escucharle decir mi nombre, me acuerdo de todo... De lo que iba a ser una salida

“tranquila”, “una copa y para casa”, y que acabó convirtiéndose en una noche de desenfreno. De la llamada que le hice, de todo lo que le dije...

A esta distancia es aún más sexy de lo que recordaba, pero me impone muchísimo. Puedo fijarme con más detenimiento en aspectos que el otro día me pasaron desapercibidos, como sus preciosos, aunque tristes, ojos de color azul, o la cicatriz que parte por la mitad su ceja derecha.

—¡Oh, joder! ¡Qué peste! ¡No sé cómo te has podido quedar dormida aquí dentro...!

Tira de mí hasta que salgo del coche. Luego cierra la puerta y me apoya contra la carrocería del coche.

Tampoco se ha afeitado...

Me mira de arriba abajo y veo su boca moverse. Mueve la mano frente a mis ojos, a un lado y a otro.

Tiene unos labios más bonitos de lo que recordaba...

Chasquea los dedos varias veces, a un palmo escaso de mi nariz, intentando llamar mi atención. Entonces, sin dejar de sujetarme por el brazo, vuelve a abrir la puerta del coche y busca en su interior hasta sacar mi bolso. Luego empieza a alejarse de mi coche, arrastrándome con él. Unos metros más allá, nos paramos y saca una llave del bolsillo. Las luces de una ranchera blanca se encienden a la vez y entonces me doy cuenta de que me está llevando hacia ella. Abre la puerta del copiloto y, como si fuera una marioneta, me sienta y se inclina sobre mí para atarme el cinturón de seguridad.

Huele a gel de baño...

Cuando estoy atada, camina hacia el asiento del conductor, quitándose la chaqueta. Una vez dentro, arranca el motor y se oye un fuerte estruendo procedente del tubo de escape. Lejos de asustarse, Elliott persiste en su intento, pisando alguno de los pedales de la tartana en la que estamos subidos, hasta que el motor parece rendirse y arranca al fin. Agarra el volante con firmeza y frunce el ceño mientras se adentra en el tráfico.

Tiene los brazos llenos de tatuajes, y por alguna extraña razón, no puedo dejar de mirarlos. Nunca me habían gustado. Hasta ahora...

—¡Rachel!

Su grito me sobresalta. Confundida, miro a un lado y a otro hasta que me encuentro con sus ojos. Intento recomponerme y dejar de exhibir esta expresión de boba.

—Dime —contesto con toda la dignidad que soy capaz de reunir.

—¿A dónde te llevo?

—A mi casa. —Elliott sonrío negando con la cabeza mientras me doy cuenta de que el nivel de alcohol que llevo en sangre no me va a permitir quedar todo lo digna y respetable que pretendo—. En la 71, en el Upper East Side. Entre Park y Lexington.

—Cómo no... —dice mientras asiente con la cabeza.

—¿Qué quiere decir ese “cómo no”?

—Nada... Que por tu... estilo, me imaginaba que vivirías en una zona así.

—¿Por mi estilo?

El alcohol parece mermar seriamente la agilidad de mi cerebro.

—Es una buena zona y tú tienes pinta de vivir allí. Eso es todo.

—No sabía que hubiera que tener una pinta concreta para vivir allí.

—Contéstame a una pregunta: ¿tengo yo pinta de vivir en el Upper East Side?

—Eh... No... —confieso sonriendo. Por lo que parece, el alcohol también me vuelve terriblemente sincera—. ¿En el Bronx...?

—Williamsburg.

—Buenas vistas.

—No desde mi apartamento.

—Bueno... Si te sirve de consuelo, mi casa puede que esté en un buen barrio, que tenga una fachada preciosa, pero por dentro es un desastre. Supongo que es una alegoría de mí misma... —le informo con tristeza, agachando la cabeza.

—¿No serás una de esas borrachas lloronas? Porque te advierto que te dejo en la próxima esquina...

—No. No te preocupes —contesto mientras froto las manos sobre mi regazo.

Elliott

Afortunadamente, cumple su palabra y se queda callada el resto del trayecto. Cerró los ojos e incluso se quedó dormida, hecho que pude constatar gracias a sus sonoros ronquidos. Incluso cuando detengo el coche en doble fila, tengo que zarandearla suavemente para despertarla. Cuando abre los ojos, está descolocada y me mira como si hubiera olvidado dónde está. De repente, me descubro sonriendo al mirarla, así que enseguida me obligo a aclararle:

—Hola. Elliott. ¿Recuerdas? Te recogí después de mantener una interesante conversación telefónica. Hemos llegado a tu casa.

—Eh... Ah. Sí. Sí... —contesta, aunque creo que no del todo convencida—. Esto... Gracias.

—De nada. ¿Puedes sola? —le pregunto señalando la puerta con un dedo.

—Sí, sí, sí. Ya has hecho demasiado... —contesta mientras palpa toda la puerta, intentando encontrar la manija que la abra.

Cuando lleva un rato zarandeándola como si pretendiera arrancarla de cuajo, me apeo del coche, abro la puerta desde el exterior y le tiendo una mano para ayudarla a bajar.

—Gracias —dice, nada más poner los pies en la acera—. Yo... Siento... Lo siento. Todo. Ahora desapareceré de tu vida para siempre. Lo prometo.

Empieza a caminar intentando, en vano, seguir una línea recta, pero nada más subir el primero de los cinco escalones que llevan hasta la puerta principal, tropieza y cae de bruces en una postura bastante bochornosa teniendo en cuenta la escasa tela que cubre sus piernas. Debería comportarme como un caballero, apartar la mirada y correr para ayudarla a incorporarse, pero en vez de eso, me descubro mirándole el trasero y esas interminables piernas.

Cuando se empieza a incorporar, salgo de mi ensimismamiento y corro hacia ella. Agarro su brazo y la sostengo con fuerza mientras la ayudo a subir el resto de escalones. Una vez frente a la puerta, después de tirarse un rato buscando las llaves dentro del bolso, se da por vencida y me las tiende, consciente de sus nulas posibilidades de atinar en la estrecha cerradura.

En cuanto abro, sin soltarla, entramos y ella palpa la pared hasta dar con la luz. Se zafa de mi agarre y con los ojos medio cerrados, se quita el abrigo e intenta colgarlo en el perchero. Tampoco acierta esta vez, y la prenda cae al suelo. Cuando me agacho para recogerlo, por el rabillo del ojo veo cómo empieza a caminar y vuelve a dar un traspié. En décimas de segundo reacciono, paso del abrigo y coloco los brazos justo a tiempo de impedir que vuelva a besar el suelo. No opone demasiada resistencia, básicamente porque en cuanto cae en mis brazos, cierra los ojos y apoya la cabeza en mi hombro.

—Vale... Veamos... —susurro mientras miro a un lado y a otro del pasillo—. Por aquí debe de estar el salón y seguramente un sofá en el que dejarte...

Traspaso una puerta y llego a lo que se supone que en un futuro será un salón comedor. Digo se supone porque, excepto un televisor que reposa encima de un anticuado mueble y un par de sillas de plástico, no hay nada más. Al fondo veo la cocina, lo único que parece terminado de la planta baja, toda en color blanco.

—Bien. A falta de sofá, supongo que tendré que buscar tu cama... Porque digo yo que dormirás en una y no colgada del techo...

La miro mientras le hablo, fijándome en todos sus rasgos. En sus pómulos marcados, sus labios carnosos, su expresión relajada...

Tropiezo con uno de los escalones, aunque consigo recobrar la verticalidad a tiempo. Ella no parece enterarse, aunque se remueve entre mis brazos y se agarra de mi camisa. El pasillo tiene el mismo estilo que el piso de abajo, inacabado, aunque, cuando doy con el dormitorio, respiro aliviado al ver una cama en la que estirla. Retiro un poco la colcha y la dejo con cuidado sobre el colchón. Antes de taparla, le quito los zapatos con cuidado, gesto que tengo que reconocer que me excita un poco... La falta de sexo es lo que tiene, pienso. La arropo y miro alrededor, pensando si será aquí donde pilló a su ex novio tirándose a otra.

—¿Qué cojones haces...? —me pregunto a mí mismo, justo antes de obligarme a salir del dormitorio.

Rachel

Me remuevo de forma perezosa. Siento mi cuerpo muy pesado, como si estuviera anclado al colchón. Al mover la cabeza de un lado a otro, todo me da vueltas. Cuando, al cabo de un buen rato, consigo medio abrir un ojo, una punzada de dolor atraviesa mi cabeza. A pesar de ello, logro mantener ese ojo abierto el tiempo suficiente para ver que sobre mi mesita de noche hay un vaso de agua y una pastilla. No recuerdo haber puesto eso ahí... De hecho, no sé cómo llegué a casa... Lo único que recuerdo son unos brazos sosteniéndome...

—¡Joder, joder, joder! —me remuevo sobre la cama.

Busco mi teléfono y llamo a Kelly, la cual me contesta con voz resacosa al cabo de varios tonos.

—Es muy temprano...

—¡Kelly!

—Eh, eh, eh... No me grites...

—Kelly, por Dios. Céntrate. ¿Anoche me acompañaste tú a casa?

—No...

—Oh, mierda...

—Ryan me acompañó a mí a la mía. ¿O era Bryan...? Qué más da. El caso es que ligué con ese tipo y quiso acompañarme a casa y a ti te pareció bien... Te preguntamos si querías que te acercáramos a la tuya, pero dijiste que estabas bien para conducir y...

—Oh, Dios mío... Oh, Dios mío... —exclamo al empezar a recordar.

—Espera, espera, espera... Explica ese “oh, Dios mío” ... ¿Al final te fuiste a casa acompañada?

—Creo que sí...

—¿¿Crees?!

—Es que no estoy segura, pero creo que... Creo que volví acompañada, y tengo la sensación de que fue... Elliott.

—¿¿Perdona?! ¿¿Elliott?! ¿¿Por qué crees eso?!

—Porque creo que alguien me llevó en brazos hasta mi cama y... recuerdo sus... tatuajes...

—¿Pero si Elliott no estaba en el pub!

—Pero creo que... le llamé.

—¿Crees demasiadas cosas! ¡Comprueba las llamadas que hiciste anoche! ¡Eh, tú! ¡Largo! ¡A tu casa!

—¿Con quién hablas?

—Le estoy “dando puerta” al tipo de anoche. A ver si se va a pensar que encima le voy a dar de desayunar. Que esto no es un hotel. Sí, te hablo a ti. Lárgate. —Sonrío imaginándome la escena.

—¿Te puedo volver a llamar?

—Claro. Claro. Corre. Toma tus pantalones. Chao, chao. Adiós.

—¿Te puede volver a llamar? ¿En serio?

—Claro. Si averigua antes mi verdadero número... Pero dejemos de hablar de mi número y busca el que nos interesa...

Me separo el teléfono de la oreja y aprieto varios botones hasta que veo la última llamada que realicé anoche.

—Vale. Confirmado. Le llamé.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

—Mierda, Kelly... No grites...

—¿Y qué pasó? Dime que pasó algo... ¡Por Dios, dime que te acuerdas!

—No recuerdo mucho más...

—Pues permíteme decir que eso no dice mucho a su favor.

—O a lo mejor es que no recuerdo nada en particular porque no pasó nada... Aunque creo que le tuve muy cerca...

—¡Oh, joder! ¡¿Cómo de cerca?!

—Lo suficiente como para recordar su cara al milímetro a pesar de los litros de alcohol que me obligaste a beber.

—¿Y no vomitaste esta vez?

Escucho la risa de Kelly de fondo, mientras me asaltan varios flashes de anoche. Yo con el teléfono pegado a la oreja hablando con voz pastosa. Yo vomitando sobre la alfombrilla y el asiento del copiloto. Yo bajando la ventanilla, aturdida y asustada. Elliott mirándome con cara de asco...

—Oh, mierda...

—Vomitaste.

—Sí... —contesto mientras me tapo los ojos con la mano que me queda libre—. Por Dios, qué horror...

—¿Y se puede saber por qué le llamaste estando tan borracha?

—¡Ya te lo he dicho! ¡No lo sé! Joder... —maldigo mientras Kelly, al otro lado de la línea, no puede parar de reír—. ¡Me alegro de hacerte tan feliz! ¡Mala persona!

—Levantas el ánimo a cualquiera... Cuando pienso que las cosas me van mal, solo tengo que acordarme de ti para darme cuenta de que podrían irme peor.

—¡Serás idiota...!

—No te enfades... Te lo digo desde el cariño...

—Ya. Claro.

—Oye, ¿y vas vestida o...?

Me apresuro a comprobarlo.

—Vestida —contesto, aliviada—. Solo me quitó los zapatos...

—Vaya... —dice con un deje de decepción en su tono de voz—. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Nada... ¿No? ¿O debería hacer algo...?

—¿Ni siquiera vas a intentar averiguar algo más acerca de lo que pasó?

—Es que no sé si quiero saberlo...

—Bueno, pues al menos, llámale para darle las gracias por lo que hizo... Al fin y al cabo, te fue a buscar y te llevó a casa, ¿no?

—Sí...

—En cuanto lo hagas, llámame y me cuentas.

—Vale...

—No te veo muy convencida...

—Sí, sí... Lo estoy... Solo que... Supongo que primero me daré una ducha para despejarme.

—Eso es... Adecéntate y quítate ese olor a vómito de encima.

Cuando cuelgo, le enseño el dedo anular a la pantalla. Es mi mejor amiga, además de mi socia en el bufete, pero a veces la mataría. Es demasiado sincera y directa, producto de una tara de nacimiento: nacer sin un filtro entre el cerebro y la boca.

Me siento en la cama y clavo la vista en el vaso de agua y en la pastilla que reposa a su lado. En ese momento, mi teléfono emite un pitido al recibir un mensaje.

“Hola. Soy Elliott. ¿Cómo estás? La pastilla la encontré rebuscando en los cajones de la cocina. Si amaneces con algún moratón, no pienses que te pegué. Te caíste en las escaleras de la calle. Por si acaso no lo recuerdas, tu coche sigue aparcado frente a Joe’s Pub, en Lafayette... Si aceptas un consejo, llévalo a desinfectar antes de volver a conducirlo”

CAPÍTULO 6 - INOLVIDABLE

Elliott

El sol me da de lleno en la cara, pero no lo rehúyo, sino que lo encaro. Mantengo los ojos cerrados y respiro profundamente por la nariz. Quiero sentir todo lo que me ofrece este sitio: su olor, su tranquilidad, su soledad. De vez en cuando escucho el canto de algún ave, o el siseo de las ramas de los árboles al mecerse con el viento.

Aquí estoy en paz conmigo mismo. Aquí no hay lugar para el Elliott huérfano que se pasaba las noches escuchando a su abuelo berrear al llegar a casa ebrio, el Elliott adolescente que siempre jugó con los límites de la legalidad o el Elliott irresponsable que, a pesar de ser padre, seguía bebiendo y consumiendo drogas hasta perder el control.

Aquí no siento vergüenza de mí mismo.

¿Otra vez solo?

Sentado en el suelo, apoyando los brazos en las rodillas, agacho la cabeza, justo antes de rascarme la nuca.

Pensaba que habíamos llegado a un acuerdo... Tú no vuelves a martirizarte con el pasado y yo no vuelvo más.

—No me estoy martirizando... —contesto sin convicción—. He venido a escalar...

Ya te veo.

Arranco algunas briznas de hierba y jugueteo con algunas piedras. Las lanzo lejos, sin perderlas de vista hasta que vuelven a tocar el suelo.

¿Cómo está Holden?

—Bien.

¿Cómo lo sabes?

Me pongo en pie, intentando escapar del acoso de sus preguntas, pero no se rinde fácilmente.

¿Cómo sabes que está bien, si no le has visto?

—¿Cómo voy a cuidarle si no sé cuidar de mí mismo?

Porque eres su padre.

De repente soy consciente de que no puedo huir. No puedo escapar de alguien que vive en mi cabeza. Doy una vuelta sobre mí mismo mientras me froto la cara con ambas manos, justo antes de rendirme y sentarme de nuevo en el suelo, totalmente derrotado.

—Es imposible que él quiera que lo sea...

No lo sabrás nunca si no lo intentas.

—No se me da bien la gente. No soy... simpático o... agradable...

Eso no es verdad. Antes eras divertido... No creo hayas dejado de serlo, sino que intentas alejar a

todo el mundo de tu lado. Digamos que no pones mucho de tu parte en caer bien...

Me encojo de hombros a modo de respuesta, incapaz de replicar a esa afirmación.

¿Qué me dices de esa chica?

Frunzo el ceño, descolocado. ¿Qué chica?

Rachel...

¿Rachel? ¿Por qué su nombre aparece de repente?

Es guapa... Y parecía interesada en ti.

—Era algo así como una cita a ciegas... —digo sonriendo al recordarlo—. En fin... Como ella misma ha dicho, no tenemos nada en común y no creo que vayamos a tenerlo.

Si no lo intentas, seguro que no.

De repente, la voz se apaga y sé que se ha ido. No estoy loco ni nada por el estilo, pero, por alguna razón, una parte pequeña de mi cabeza no está de acuerdo con mis actos. No cree que tenga que vivir alejado de Holden. Tiene fe en mí y sabe que puedo hacerlo bien. Es como si una parte de mí mismo, creyera en mí.

Nuestras conversaciones siempre son iguales. Me pregunta por Holden, a pesar de que ambos sabemos que no le veo desde el accidente. Luego me apremia para que haga algo para revertir la situación, a pesar también de que ambos sabemos que no soy capaz de hacer nada, a pesar de saber que nunca fui un buen padre para Holden.

Iguales hasta hoy. Esta vez, el protagonista de la conversación no ha sido solo Holden. ¿Por qué Rachel se ha colado en mi cabeza?

Rachel

—¡Oh, mierda...! ¡Joder, qué asco! —digo en cuanto asomo la cabeza dentro del coche.

Después de comprobar que no hay restos de vómito en el asiento del piloto, en el volante, y tampoco en los pedales, extiendo unos cuantos pañuelos de papel sobre el cuero negro y, sin poder evitar la mueca de asco, me siento. En cuanto pongo la llave en el contacto, acciono los botones para bajar las ventanillas, ya que el hedor es insoportable. Aun así, durante todo el trayecto hasta el túnel de lavado, tengo que hacer verdaderos esfuerzos para contener las arcadas.

—Madre mía de mi vida... Cuanto más averiguo de lo que pasó anoche, más vergüenza me da —me digo a mí misma mientras me apeo del coche.

—¿Qué será, señora?

—¿Desinfectan coches?

—Eh...

—Quiero decir... —Muevo los brazos en círculos, abarcando todo el vehículo—. Limpieza interior en general... Mi amiga me ha recomendado que viniera aquí porque dicen que hacen maravillas con la tapicería y con el... olor.

—Exactamente, ¿cuál es el problema...? —pregunta el empleado haciendo el ademán de abrir la puerta.

—¡No! —grito como una desesperada—. ¡No abra!

—¿Y cómo sabré el alcance de lo que tengo que desinfectar?

—No abra hasta que me haya ido, por favor... —digo sacando un par de billetes de veinte dólares y tendiéndoselos como si tratara de sobornarle.

—Escuche, no sé qué le han dicho, pero aquí no quebrantamos la ley... Somos gente honrada... —dice mostrándome las palmas de las manos, asustado y alejándose de mí un par de pasos—. Le advierto que, si encuentro algo muy sospechoso, como sangre en exceso u olor a descomposición, me veré obligado a llamar a la policía.

—¡No, no, no! No será necesario... Es solo... Bueno... Una noche que se me fue de las manos...

—Ya comprendo... Fluidos que su pareja no debe descubrir, ¿eh? —afirma moviendo las cejas arriba y abajo.

—Me temo que mi vida no es tan interesante. Dejémoslo en que mi cuerpo no pudo soportar todo el alcohol que le metí. Sin más. Sin crimen ni marido celoso...

—De acuerdo.

—Siento desilusionarle... ¿Cuándo lo recojo? No tengo prisa. O sea, sí, pero no quiero que quede ni una pizca de ese olor nauseabundo...

—La llamaré. ¿De acuerdo?

De camino a casa en el atestado convoy del metro, no puedo dejar de mirar la pantalla de mi móvil. En ella se muestra el nombre de Elliott y su número de teléfono. Sé que tengo que llamarle, pero no sé cómo hacerlo. O sea, sí sé cómo, porque es tan fácil como apretar un botón, pero no sé qué decirle. O sea, sí sé qué decirle, pero me da vergüenza.

—Joder... —maldigo mientras me golpeo la frente con el móvil—. Venga va... No puede ser tan difícil... ¡Ni que él no se hubiera emborrachado nunca! Seguro que cientos de veces. No tiene pinta de ser un santo ...

Así que, más o menos decidida, me llevo el teléfono a la oreja. Espero varios tonos, hasta que al final salta el contestador. El pitido me bloquea, y aunque abro varias veces a boca, soy incapaz de emitir ningún sonido.

—Mierda —digo, justo antes de colgar—. ¡Seré idiota! ¿Qué hago? ¿Vuelvo a llamar?

Segundos después, trasteo de nuevo las teclas, esta vez algo más preparada para recitar mi discurso más o menos estudiado. Cuando suena el pitido, empiezo a hablar de forma precipitada.

—Eh... ¡Hola! ¡Hola, Elliott! ¡Soy yo, Rachel! Supongo que no te habrá dado tiempo a olvidarte de mí... Aunque tengo que reconocer que una parte de mí desearía que te vieras afectado por una terrible amnesia, para qué negarlo, pero sé que eso es imposible, así que... ¡Eh, hola! ¡¿Cómo estás?! —¿Por qué estoy gritando? —. Esto... Supongo que debes de estar durmiendo... —digo justo antes de empezar a reír. ¿Qué me hace tanta gracia? —. Bueno, en realidad no tengo ni idea de lo que debes de estar haciendo... Qué tontería, ¿no? En fin, solo te quería llamar y decirte que estoy bien... Qué mala noticia,

¿eh?

En ese momento se escucha el pitido que me indica que se me ha acabado el tiempo del contestador.

—¡Mierda, mierda y mierda! —Maldigo mientras golpeo mi cabeza contra la ventana del convoy—. Eres patética, bonita... Una patética de manual...

No es momento para torturarse, y sí de pensar qué hacer. Así que, ¿qué hago? ¿Le llamo de nuevo? ¿Le llamo más tarde? No... No puedo volver a arrastrarme. Mejor retirarme ahora, dejar que este mensaje sea lo último que recuerde de mí, aunque sea patético... Dejar que la máquina dichosa, la que mezcló nuestros perfiles y decidió que no éramos ni medio compatibles, se salga con la suya.

Elliott

Conforme me voy adentrando en la civilización, el paisaje, y mi estado de ánimo, van cambiando progresivamente. Los árboles, las montañas y las pistas forestales dejan paso a las carreteras aisladas. Pocos kilómetros más allá, empiezo a cruzar algunos pueblos perdidos, hasta que solo media hora después, el tráfico aumenta y el silencio disminuye. Cuando entro de nuevo en la ciudad, todo ha cambiado. Me veo rodeado de cientos de coches, del ruido de los cláxones, de la prisa y las carreras, de la soledad a pesar de vivir en una ciudad de más de ocho millones de habitantes.

Aparco cerca del bloque de apartamentos donde vivo, una de las pocas ventajas de vivir en un sitio como Williamsburg. Camino unos pocos pasos hacia el portal con el teléfono en la mano, cuando veo que tengo un par de mensajes en el buzón de voz.

—Mierda.

Es lo único que dice el primer mensaje. Creo reconocer la voz, y tengo que admitir que se me dibuja una tímida sonrisa en los labios. Me descubro deseando que el segundo mensaje sea también de ella, y no tardo en salir de dudas. En él, empieza a hablar de forma atropellada hasta que la grabación se corta de golpe. La vuelvo a escuchar para intentar entender algunas partes que antes se me han escapado. Solo me llamaba para hacerme saber que está bien, o eso creo, porque poco después se corta la grabación.

Nada más entrar en casa, dejo caer la mochila en el suelo y lanzo la sudadera sobre el respaldo del sofá. Necesito darme una ducha, así que camino hacia el dormitorio desvistiéndome. Cuando me voy a quitar el pantalón, saco el contenido de todos los bolsillos, unas cuantas monedas, una navaja multiusos y el móvil. Lo sostengo en la palma de la mano un rato, sentándome en la cama, indeciso, hasta que vuelvo a escuchar la voz de mi cabeza...

Si no lo intentas, seguro que no...

Sin pensarlo más, le devuelvo la llamada. Mientras se suceden los tonos, con la mano que me queda libre, me rasco el cuello, me froto la barba y finalmente enredo los dedos en el pelo de mi nuca.

—¡Hola! —me contesta con tono jovial, dejándome sin palabras durante unos segundos.

—Eh... Hola... —Consigo decir después de verme obligado incluso a carraspear. No quiero quedar como un pardillo, así que monto la coraza a mi alrededor y simulo que todo me da igual, como siempre—. Gracias por informarme de que estás bien.

—¡Ah, sí...! En realidad... Ese no era el motivo de mi llamada... —susurra con timidez.

De repente me doy cuenta de que tengo una sonrisa boba en la cara, así que vuelvo a la realidad, golpeándome la frente con la palma de la mano y enseguida añado:

—No me lo digas. Necesitas que te vaya a rescatar de nuevo.

—¡No...! —ríe de forma nerviosa.

—¿Has ido a recoger el coche? Te envié un mensaje por si no recordabas dónde estaba...

—Sí, sí... Gracias... De hecho, lo he llevado a desinfectar esta misma mañana...

—A desinfectar, ¿eh? ¿Tan mal estaba?

—Como si no lo supieras ya...

—Bueno... La verdad es que fue un espectáculo bastante repugnante.

—Oh... Sí... Esto... Yo... Lo siento...

Mierda... No... Yo no quería hacerla sentir mal... Joder... ¡Arréglalo, imbécil! ¡Rápido!

—Tranquila... No fue nada... En realidad, no fue tan asqueroso... —Estoy sudando como un cerdo. Se me traba la voz y soy incapaz de seguir hablando sin cagarla, así que me doy por vencido—. ¿Qué querías entonces...?

—Darte las gracias y, sobre todo, pedirte perdón. Ya me imaginaba que no había sido una experiencia agradable... De hecho, no sé por qué te llamé. No lo puedo cambiar... Pero lo hice... Así que lo siento, de veras... Y...

—No...

—Siento haberte hecho pasar por algo tan repugnante... Solo eso. Gracias, lo siento y... No te molestaré más. Lo juro.

—Rachel...

—Adiós. —Se despide y escucho cómo su voz se aleja, para volver un segundo después—. Gracias. Lo siento. Adiós.

Rachel

Dos semanas después de mi bochornoso altercado con mi casi medio compatible candidato, porque no sé de qué otra manera llamarle, me encuentro en un pub, sentada en uno de los taburetes de la barra, esperando a mi siguiente cita... Richard. 37 años. 76% de compatibilidad.

Sí. Me dejé convencer de nuevo por Kelly para continuar con esta locura. Quizá para dejar de escucharla... Quizá porque una parte de mí, infinitamente pequeña, sigue creyendo que encontraré al amor de mi vida gracias a esta aplicación del demonio...

¿A quién pretendo engañar? He accedido para intentar quitarme a Elliott de la cabeza. Algo que creí fácil al principio, pero que me di cuenta que no sería así cuando, quince días después de nuestro nauseabundo encuentro, él se seguía apareciendo en mis sueños. Pero, algún hombre tiene que haber en la ciudad capaz de hacerme olvidar al tío que me tachó de prostituta, ¿no?

—¡Hola! ¡Siento llegar tarde! —dice de forma efusiva el tipo que se acaba de plantar frente a mí.

Quizá de forma demasiado efusiva... Rachel, por favor, basta, Démosle una oportunidad. Mente abierta. Mente abierta. Mente abierta...—. Sé lo que estás pensando.

—Ah, ¿sí? —pregunto incrédula.

—Estás pensando en cómo un tipo como yo acaba en una web de citas... —Nada más lejos de la realidad, pienso mientras intento esbozar una sonrisa que se queda a medio camino entre mueca de asco e incompreensión, gesto que parece molestarle un poco, porque enseguida se apresura a aclararme—: Porque sabes quién soy, ¿no?

—Pues... Te llamas Richard, tienes 37 años... —Empiezo a contestar, intentando recordar los pocos datos que sé de él—. Disculpa, ¿se supone que te tengo que conocer de algo más?

—A lo mejor así te doy más pistas... —me dice, colocándose de perfil frente a mí, mirándome de reojo y sonriendo, mostrando las dos filas de blancos dientes mientras levanta los dos pulgares de las manos.

Tardo un tiempo en averiguar que esa es mi pista, que no hay nada más, así que mi cara pasa de la expectación al apuro en pocos segundos. Me siento presionada porque se supone que debería saber la respuesta, así que mi cabeza empieza a hacer un repaso mental de toda la gente que conozco... en vano.

—¡Richard Meyers...! —dice él finalmente, abriendo los brazos para enfatizar las palabras.

Richard Meyers, Richard Meyers... Repito su nombre una y otra vez en mi cabeza mientras repaso los nombres de todos mis compañeros de clase, desde el jardín de infancia hasta la universidad. Luego pienso en todos los vecinos que he tenido, y después en todos los clientes del bufete. Al final, recorro a lo más fácil: mentir.

—Ah... Sí... ¡Richard Meyers! ¡Claro!

—¡Sabía que mi cara no te iba a pasar desapercibida!

—Claro que no... Qué lapsus... No sé ni cómo no he caído antes...

—No te preocupes... Aunque es raro que no me hayas conocido... Ya era muy conocido en el mundo inmobiliario, pero desde que mi cara sale en esas vallas publicitarias enormes, ya no puedo ir paseando tranquilamente por la calle.

¡Ahora caigo! ¡Richard Meyers! ¡El tipo con sonrisa de dentista de esas vallas enormes de la Inmobiliaria Meyers! Se cree famoso, el tipo... Pobre infeliz... Cuando se lo cuente a Kelly, se morirá de la risa.

—Espero que no te sientas violenta si en algún momento alguien me pide hacerse una foto conmigo o firmarle un autógrafo... Es algo que me sucede a menudo...

Vale, necesito beber.

—Disculpa, ¿me pones otra? —le digo al camarero en cuanto le veo pasar por delante de mí.

—Yo tomaré un whisky doble —pide Richard a su vez.

Doy un sorbo a mi copa y cuando la dejo encima de la barra, me doy cuenta de que el tipo me mira fijamente, con una sonrisa ridícula dibujada en la cara. No sé cómo tomármelo, así que me limito a encogerme de hombros y mirar alrededor. ¿Habrá alguien conocido que me pueda echar un cable? ¿Cuántas puertas hay por las que pueda huir?

—¿Sabes? Estoy sorprendido de encontrar a alguien como tú en esto.

—¿Alguien como yo? —pregunto, confundida.

—Sí... Ya sabes... Una chica guapa, sofisticada, elegante... Me he encontrado con cada una... Mucha desesperada, ya sabes...

Vuelvo a coger la copa y doy varios sorbos mientras él habla sin parar. Cuando me quiero dar cuenta, ya no hay líquido en el vaso, así que hago una señal al camarero, que me entiende a la primera. Esta noche va a ser muy larga...

Elliott

Corro con el balón contra el pecho mientras el barro se engancha a la suela de mis zapatillas. En ese momento, un contrario se me cruza, lanzándose contra mis piernas. Su acción surte el efecto que quería y salgo volando por los aires. Para más inri, cuando mi cuerpo está a punto de tocar el suelo, otro contrario choca contra mí, o más bien mi cara se encuentra con su rodilla. Caigo a plomo contra el barro y pierdo el balón. Estoy algo aturdido, así que tardo un rato en ponerme en pie. Cuando lo hago, miro alrededor, intentando enfocar la vista.

—¡Elliott! —me grita Ian.

Le busco y entonces le veo levantando el pulgar. Es la mayor muestra de preocupación por mi estado de salud que voy a recibir. Esto es rugby y si no estás dispuesto a besar el suelo en multitud de ocasiones, mejor que ni lo intentes. Asiento con la cabeza, justo cuando un contrario choca contra mi hombro de forma deliberada. Le miro desafiante y él ríe de forma burlona.

Estamos perdiendo por un par de ensayos, y en parte es culpa mía. Estoy algo distraído... En condiciones normales, debería haber sido capaz de esquivar a ese tipo con un salto, pero no le vi venir. Tengo demasiadas cosas en la cabeza: Holden, el trabajo, mis conversaciones cada vez más frecuentes con esa voz de mi cabeza... Rachel...

—¡Elliott! ¡Espabila, macho!

Entonces, veo a un contrario con el balón en las manos y corro hacia el lateral para bloquearle. Sin pensármelo dos veces, aunque quizá no le tengo muy a tiro, me lanzo hacia él. Como pensaba, lo hago a destiempo, pero, aun así, cuando me deslizo por el barro, consigo girarme y hacerle un barrido con una pierna. Mi zancadilla improvisada surte el efecto que quería y, aunque sé que es una acción ilegal, necesitaba hacerla para demostrar... En realidad, no sé qué quiero demostrar. Enseguida me veo rodeado por un montón de tipos cabreados. Intento hacerles frente, y los chicos defenderme, pero están encendidos y recibo bastantes golpes. Mientras Colin me separa del barullo y me lleva a la banda, escucho las quejas de los rivales.

—¡Serás hijo de puta! ¡Podrías haberle partido la pierna! —me grita uno.

—¡Es penal! —grita otro.

—Vete a la ducha, colega —me dice—. Esto ya está perdido, y al menos conseguirás salir de una pieza.

Rachel

—También me he encontrado con muchas que querían conocerme por la pasta... Ya sabes... Para ser unas mantenidas...

Oh, por favor... Que alguien le calle, pienso mientras bebo. Ríe de forma exagerada cuando él lo hace y asiento con la cabeza para hacer ver que escucho lo que dice. Incluso me arriesgo a balbucear un neutro “ajá” de vez en cuando. Gracias a Dios, me debe de ver muy sedienta, porque no deja de pedirme una copa tras otra. El alcohol me ayuda a sobrellevar su aburridísima verborrea, así como también a soportar su leve contacto.

—¿Vives por aquí cerca? —Me pregunta con la boca pegada a mi oído y su mano sobre mi rodilla. No hace tanto ruido en el local como para que tenga que acercarse tanto.

Valoro mi respuesta durante unos segundos, aunque soy consciente de que no puedo demorarme demasiado.

—Sí... —contesto al final. He llegado a la conclusión que, si le digo que vivo cerca, tendré la excusa perfecta para que no me tenga que acompañar a casa. Quiero deshacerme de él lo antes posible.

—Podemos ir allí a tomarnos la última.

Mierda. Es insistente.

—Es que estoy de obras...

No miento. Las obras están paralizadas desde hace unos cinco años, pero obras, hay.

—Bueno... Pero dormir, seguro que duermes en algún sitio, ¿no? ¿O duermes de pie?

—Eh... Esto...

Vale, el alcohol me ha ayudado a soportarle hasta ahora, pero merma mi capacidad para inventarme excusas. Aunque sean malas. Por más que me devano los sesos, no consigo más que balbucear como una idiota. Prácticamente dos minutos después, cuando empiezo a notar que se me está acartonando la boca de tanto sonreír, me levanto casi de un salto del taburete y empiezo a caminar hacia los lavabos.

Entro en los baños casi a la carrera, con el teléfono ya en la mano. Como no puedo pensar con claridad, necesitaré que alguien lo haga por mí. Busco el número de Kelly y, tras varios tonos, me responde casi jadeando.

—No es un buen momento...

—Kelly, te necesito —la corto.

—No puedo...

—Kelly, por favor...

—Rachel, tengo a un modelo veinteañero esperándome en la cama. Espero que desnudo. Y también espero que lo que noté entre sus piernas hace unos minutos sea un fiel reflejo de la realidad. Sabes que te quiero mucho y que haría cualquier cosa por ti. Pero mañana. Adiós.

Me quedo tan atónita que, varios segundos después de haberse cortado la llamada, sigo con el teléfono pegado a mi oreja. No me puedo creer que me haya dejado tirada por un tío. Bueno, sí puedo creerlo en realidad... Pero necesito salir de aquí y no creo ser lo suficientemente adulta como para

lograrlo sola. Y entonces veo su nombre en el listado de las últimas llamadas... Sé que no es una buena idea. Sé que a lo mejor no pueda cogerme la llamada, o que no quiera, directamente. Pero una parte de mí me obliga a arriesgarme, así que, sin pensármelo demasiado, aprieto el botón de llamada y me llevo el teléfono a la oreja.

—¿Qué?! —responde gritándome.

—Es mal momento. Lo siento —me apresuro a decir.

Cuelgo y tiro el móvil dentro del bolso. Resoplo varias veces, aún sentada en la taza del váter, encerrada en uno de los cubículos. Valoro todas las opciones que tengo, que no son muchas, y concluyo que las que me parecen mejor idea son encerrarme aquí dentro hasta que se canse de esperarme y se largue, y la de salir por la puerta de atrás, la cual doy por hecho que existe. Son las dos opciones más cobardes, pero son las únicas que se me ocurren.

Entonces, escucho mi móvil sonar dentro del bolso. Esperanzada de que sea Kelly, lo busco a toda prisa, hasta que veo el nombre de Elliott en la pantalla. Trago saliva varias veces. Llamarle no ha sido una buena idea desde un principio, pero ahora que está ahí...

—¿Sí? —contesto, algo temerosa.

—¿Me has llamado?

—Eh... Sí... Pero... No pasa nada...

—¿Me llamas para volver a echarme la bronca o me vas a volver a explicar tus desgracias? ¿No habrás vomitado otra vez en el coche?

—Ja, ja y ja. Qué gracioso. Que te jodan —digo justo antes de colgar.

Sin darme tiempo a guardar el teléfono de nuevo, este vuelve a sonar.

—¿Qué?! —respondo, imitando su tono de voz anterior.

—No me has contestado —dice sin inmutarse.

—¿A qué?

—A si estás borracha de nuevo o no.

—No lo estoy.

—Ah, vale. Pensaba que me llamabas para que te fuera a rescatar de nuevo...

—En realidad, sí era por eso.

—¿Perdona? —me pregunta, justo antes de reír a carcajadas.

—Pero me lo he pensado mejor y ya no quiero que me rescates. Adiós.

—¡Espera, Rachel! ¡Espera!

—¿Qué quieres?! Mira, estoy en mitad de una cita y tengo prisa.

—¿Y por qué me llamas entonces con intención de que te rescate? —Me quedo callada durante unos segundos, intentando decidir qué responder, cuando él, en un tono mucho más cordial, añade—: ¿Tan gilipollas es?

—No sabría definirlo con una sola palabra...

—Joder...

—Sí. Joder.

—Dime, ¿te ha llamado prostituta?

—No.

—Principiante...

Se me escapa la risa y siento cómo mi cuerpo se va relajando poco a poco. Incluso me permito el lujo de salir del cubículo y mirarme al espejo mientras hablo con él.

—Algo mejor que yo es, ¿no? —Decido no contestar, así que nos sumimos en un silencio algo extraño que él se encarga de rellenar enseguida—: ¿De qué le conoces?

—De nada.

—¡¿No me jodas que has vuelto a quedar con un tío a través de esa web?!

—Eh...

—No aprendes, ¿eh?

—Es igual.

Escucho a Elliott suspirar, y entonces me pregunta:

—¿Dónde estás?

—¿Por qué?

—Para ir a rescatarte.

—Ya te he dicho que da igual. Richard no está tan mal.

—Pero, aun así, te escabulles de él para llamarme... Parece un tipo genial, sí... Repito, ¿dónde estás?

—Repito, no hace falta que vengas. No sé ni por qué te he llamado.

—¿Estás donde nos vimos por primera vez?

—No.

—¿Cerca de dónde te fui a rescatar el otro día?

—No, y te advierto que hay muchos bares y pubs en la ciudad como para que intentes adivinarlo.

—Por eso me lo dirás tú.

—Sigue soñando, guapito.

—¿En el Bronx?

—¿Por quién me has tomado?

—¿No frecuentas el Bronx?

—No de noche.

—De acuerdo. Cerca de tu casa, entonces.

—Déjalo ya, ¿vale?

—No. Oye, ¿no estarás cerca de mi casa?

—¿Dónde está tu casa?

—En Williamsburg. Te lo dije la anterior vez que te rescaté, pero estabas demasiado borracha como para acordarte.

—No —intervengo en tono cortante.

—No, ¿qué?

—Que no estoy en Williamsburg. ¿Vives ahí?

—Sí.

—Bonitas vistas.

—No desde mi apartamento. Esta misma conversación ya la hemos tenido, por cierto. ¿En el Meatpacking District?

—Déjalo ya.

—¿Chelsea?

—Vale.

—¿Greenwich?

—Adiós, Elliott.

—¿Tribeca? —Resoplo para hacer patente mi desesperación—. Ajá. Estás en Tribeca.

—¿Por qué no lo dejas ya?

—Porque en realidad no quieres que lo deje.

—Me parece que estás muy seguro de tus posibilidades...

—¿Y por qué, en lugar de pedirme que lo deje, no me cuelgas directamente?

Me deja sin habla, literalmente, porque tiene toda la razón del mundo. Llevo encerrada más de quince minutos en los baños hablando con él. Podría haber colgado hace un buen rato, pero, aun así, aquí estoy, sonriendo y mordiéndome el labio inferior al recordar sus brazos tatuados, sus labios carnosos o la cicatriz de su ceja.

—De acuerdo. Estás en Tribeca.

—Eh... Sí... —contesto y, aún sin saber bien por qué, decido darle información más concreta—. En Woodrow's.

—Voy para allá.

—No, Elliott. ¿Sabes qué? Saldré ahí fuera y le diré que la cita no está saliendo como yo pensaba.

—¿En serio?

—En serio.

—Suerte, entonces.

Y sin más, antes de tentar a la suerte y decir algo de lo que pueda arrepentirme, cuelgo la llamada.

Elliott

Esto es de lo más normal. Sí.

Mantener las conversaciones más divertidas y agradables en mucho tiempo con una persona a la que prácticamente no conozco, y a la que taché de puta nada más hacerlo...

Conducir durante media hora a las dos de la madrugada solo para asegurarme de que esa mujer ha conseguido librarse del pobre desgraciado con el que se ha citado...

Estar otros quince minutos caminando arriba y abajo en la calle para decidir si entrar o no en el local...

Sobresaltarse o sufrir pequeñas arritmias de corazón cada vez que escucho unos pasos acercarse...

Si no lo intentas, seguro que no...

—¡Venga ya, joder! —Grito desesperado al darme cuenta de que estoy aceptando consejos de la voz de mi cabeza, abriendo la puerta del local con decisión.

No estaba seguro si actuar o no, hasta que he visto que ese tipo tiene la mano sobre la rodilla de Rachel. Me acerco mientras pienso qué estrategia seguir, pero soy incapaz de hacer otra cosa aparte de clavar los ojos en ella.

—Hola, Rachel.

Ambos se giran hacia mí, sorprendidos. El tipo incluso parece asustado, y me mira de arriba abajo. Supongo que unos vaqueros gastados y una vieja camiseta de los Yankees no es el vestuario que se estila por aquí, a tenor del estilo del resto de clientes. Eso, sumado a los bonitos cortes y hematomas en la cara, recuerdos del partido de hoy, completa un aspecto que puede resultar algo amenazador. Es entonces cuando se me ocurre qué hacer para librarnos de él.

—¿Se puede saber qué haces con este tío, Rachel?

—Elliott, ¿qué haces...? —Empieza a preguntarme ella, realmente sorprendida por mi presencia.

—¡Me dijiste que habías quedado con tu hermana!

—Esto... Perdona... ¿Y usted es...? —Balbucea el pringado, palideciendo por segundos.

—¿Quién soy? ¿Acaso no es obvio? Y usted debe de ser el pobre desgraciado que ha elegido como víctima para que le pague unas copas esta noche... —añado, dejándole completamente helado. Al instante, viendo que mi improvisación está saliendo a pedir de boca, la miro a ella y continúo con mi actuación—. Los niños preguntan por su madre, Rachel. ¡Y ya no sé qué decirles!

—¿Niños? ¿Rachel, qué...?

—¡Sales casi cada noche y no duermes casi nunca en casa...! —insisto.

—Pero... Me dijiste que tenías obras en casa... —le pregunta el tipo, mirándola.

—¿Obras? —Pregunto mirándoles a ambos, hasta que me acabo centrando ella—. ¿Eso es lo que les dices a todos?

—¿A todos? Pensaba que tenías un trabajo muy exigente que no te permitía tiempo libre suficiente como para tener citas...

—¿Trabajo exigente? ¿Tragarse todos los culebrones que emiten en televisión es un trabajo exigente? ¿Esa es otra de tus excusas para follarte a un tipo diferente cada noche mientras yo me deslomo trabajando para llevar comida a la mesa para nuestros cuatro hijos?

—¿Cuatro...? Oye... Mira, yo... —Balbucea Richard, poniéndose en pie. Deja unos billetes sobre la barra y, enseñándome las palmas de las manos, se aleja balbuceando—: Lo siento... No quiero problemas... Yo...

Me siento en el taburete que ha dejado libre mientras sale del local casi a la carrera. No puedo evitar sonreír abiertamente, muy satisfecho. Apoyo los brazos en la barra y le hago una señal al camarero, que se acerca rápidamente.

—Póngame una cerveza sin alcohol.

—Ahora mismo.

Cuando me la tiende, le pago con uno de los billetes que el pringado ese ha dejado antes, y doy un largo trago.

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —me pregunta Rachel, pasado un buen rato.

—¿No querías que te librara de él?

—¡¿Cuatro hijos?! ¡¿Tengo pinta de haber parido cuatro hijos?! —Grita señalando su cuerpo con una mano—. Definitivamente, si se ha creído semejante barbaridad, es que es un completo imbécil.

—Estaba a punto de añadir que estabas embarazada de nuestro quinto hijo, pero pensé que sería abusar...

Reímos durante un rato, hasta que nuestras risas se apagan poco a poco y la incomodidad se hace cada vez más patente, incapaces de mantenernos la mirada durante más de cinco segundos seguidos.

—En fin... —digo, poniéndome en pie, apurando mi cerveza.

—¿Te vas? —me pregunta de repente, quiero pensar que decepcionada ante la posibilidad inminente de mi ausencia.

—Mi trabajo aquí ha finalizado, ¿no?

—Un trabajo para el que no fuiste encomendado...

—¿Cómo que no? Tú requeriste de mis servicios...

—Pero cambié de opinión y te despedí.

—Porque pensaste que podías arreglártelas sin mí, hecho que ambos hemos podido constatar que no ha sido así.

—Porque quizá, en el fondo, no me estaba pareciendo tan mal tipo.

—¡Vamos! ¡Si te era casi imposible disimular los bostezos! Admítelo, últimamente te es muy complicado hacer algunas cosas sin mí... —me atrevo a decir.

Se sonroja y desvía la mirada, colocándose varios mechones de pelo detrás de las orejas. Y aunque sería capaz de pasarme toda la noche observándola, me obligo a decir:

—¿Quieres que te lleve a casa?

—Puedo coger un taxi.

—No me importa. Me viene de paso...

—¿De paso?

—Bueno, quizá no —confieso—, pero tengo miedo de que de camino te dé por quedar con algún otro mamarracho del que tenga que librarte luego...

Rachel

No puedo creer que haya ido hasta el pub a buscarme, pienso mientras le miro de reojo.

—Es por aquí...

—Lo sé. Ya te he traído una vez, aunque tú no lo recuerdes...

Asiento mordiéndome el labio inferior. Afortunadamente, excepto por algún vistazo esporádico que me echa, está más concentrado en el asfalto que en mí, así que me da vía libre para admirarle detenidamente. Aunque la camiseta que lleva puesta es de manga larga, tiene los antebrazos al descubierto, dejando a la vista esos tatuajes con los que llevo soñando unos días. También puedo observar cómo la tela se ciñe a sus bíceps y cómo esos músculos se tensan al agarrar el volante. Esto no puede ser sano...

—¿Tienes pensado seguir saliendo con más tíos? —me pregunta de repente, sin mirarme.

—¿Cómo?

—Me refiero a si vas a seguir confiando en que un ordenador te diga con quién salir... Te lo pregunto, más que nada, porque está claro que no está atinando demasiado.

Odio la sonrisa de suficiencia que se le ha dibujado en la cara... Tengo que admitir que está muy sexy, pero, aun así, no voy a dejar que se burle de mí.

—¡¿Y tú qué sabes?! Puede que no todas las citas hayan ido tan mal...

—¿Ah no? ¿Y si alguna ha salido bien, por qué sigues insistiendo en... probar más candidatos? —me pregunta, bajando el tono de voz, casi susurrando.

—Porque soy joven y me gusta divertirme —consigo responder al final.

—¿Bebiendo hasta vomitar y huyendo por patas de las citas? Curiosa manera de divertirse.

—¡Vamos! ¡Ni que tú fueras un santo! Solo hay que mirarte a la cara... Parece que te has pegado con medio equipo contrario...

—Es justo lo que ha pasado. Pero eso es un deporte, y es divertido.

—¿Pegarse y arrastrarse por el barro? Curiosa manera de divertirse —digo, imitando sus palabras e incluso su tono de voz, justo antes de añadir—: No me vengas ahora con que tú nunca te has emborrachado y has hecho cosas que no deberías, o de las que preferirías no acordarte.

De repente, su expresión se ensombrece y su humor cambia de forma radical. No vuelve a hablar en todo el trayecto y la verdad es que la situación resulta algo incómoda. En varias ocasiones, abro la boca para decir algo, pero enseguida me lo pienso mejor y la vuelvo a cerrar. Afortunadamente, el coche se detiene frente a mi casa pocos minutos después.

—Bueno, pues gracias... Otra vez.

Asiente con la cabeza sin despegar los labios, intentando esbozar una sonrisa que ni por asomo parece sincera. Debería de salir corriendo de este coche, meterme en casa y olvidarme de él para siempre, pero hay algo en Elliott que me gusta tanto como me aterra. No tenemos nada en común, lo dice un ordenador y nosotros mismos lo hemos podido constatar, pero me siento irremediabilmente atraída por él.

—Te invitaría a tomar una copa... —Me atrevo a decir, a pesar de todas las advertencias que recibo para no hacerlo—, pero me parece que en algún momento de este corto trayecto he rebasado una línea prohibida, así que mejor lo dejamos aquí... Lo siento. Borraré tu número de teléfono de mi agenda. Y tranquilo, no estoy tan loca como para sabérmelo de memoria, así que no te llamaré nunca más para pedirte que me rescates.

Abro la puerta del coche y corro hacia el portal. Con la mano temblorosa, intento atinar para encajar la llave en la cerradura mientras hago verdaderos esfuerzos para retener las lágrimas, al menos hasta entrar en casa.

CAPÍTULO 7 - ATRACCIÓN

Elliott

—¡Oh, venga ya, macho!

—¿Qué?

—¡Que eres gilipollas! ¡Rachel te estaba invitando a entrar en su casa! ¡Por el amor de Dios! ¡Quería invitarte a tomar una última copa en su casa! ¡¿Sabes lo que eso significa?! ¡Quería follarte, Elliott!

Nos cruzamos con dos chicas que también están corriendo por el parque, como nosotros y, al escucharle, nos miran riendo.

—Lo sé. Pero también me dijo que mejor lo dejábamos tal cual estaba...

—Algo harías... —contesta Ian, más pendiente de las chicas, a las que les dedica una cómica reverencia, que de mí.

—¿Yo? —le pregunto.

—Elliott, nos conocemos... No eres fácil...

—Quizá no quiero serlo.

—A ver si nos entendemos... Te llamó y, aunque te dio a entender que no hacía falta que la rescataras, fuiste igualmente. Charlasteis durante un rato y parece que te lo pasaste bien, porque mientras me lo estabas explicando incluso te brillaban los ojos. Pero luego ella te dice que te iba a invitar a una copa pero que se lo había pensado mejor... Así que debiste cambiar de actitud y volverte un capullo con ella en algún momento durante el trayecto a su casa. Conociéndote, incluso me atrevería a decir que tu cambio se debió a alguna paranoia que tu cabeza se inventó.

Se calla y me mira expectante, dándome pie a que le confiese qué pasó para que mi actitud cambiara de repente. Valoro durante unos segundos contarle que me cerré en banda cuando ella insinuó que no se creía que a mí nunca se me hubiera ido la cabeza con la bebida, pero hasta a mí mismo me parece ridícula mi actitud. Así pues, simplemente aumento el ritmo de mi zancada para intentar dejarle atrás.

—Escúchame, Elliott... —intenta decirme al tiempo que me agarra del brazo para frenarme. Me zafo de su agarre sin detenerme y entonces escucho los gritos a mi espalda—. ¡Hasta tú mismo sabes que fuiste un capullo! ¡Pasa página, colega! ¡Dale una oportunidad!

Sigo corriendo igual de rápido a pesar de que me arden los pulmones y de que Ian hace rato que no me sigue. Salgo del parque y enfilo el camino hacia casa con sus palabras resonando aún en mi cabeza. Las sigo escuchando después de salir de la ducha, e incluso cuando estoy dando cuenta del bistec que he cocinado para cenar. Me torturan hasta el punto de obligarme a soltar los cubiertos y sacar el teléfono del bolsillo. Abro el programa de mensajes y observo el cursor parpadeando, listo para escribir lo que mis dedos le manden.

Hubo una época en la que esto se me daba bien, pero he perdido la práctica. Estoy completamente en blanco, así que, antes de hacer el ridículo, suelto el teléfono encima de la mesa y resoplo con fuerza, agarrándome la cabeza con ambas manos.

Rachel

—Pero vamos a ver... ¿Qué cojones le dijiste?! —me grita Kelly, totalmente desesperada, sosteniendo una copa de vino a medio camino de su boca.

—¿Yo?!

—Nos conocemos, amiga... Y puedes llegar a ser una borde cuando te lo propones...

—¡Nada! ¡Te lo juro!

—Encima que te vino a rescatar, el pobre...

—¡Que te estoy diciendo que no le dije nada!

—Me imagino al chico descompuesto...

—¡Oye! —grito quitándole la copa de la mano, la única forma que se me ocurre para llamar su atención—. ¡Se supone que estás de mi parte!

—Y lo estoy.

—Ya veo...

—Solo intento impedir que te conviertas en una cuidadora profesional de gatos...

—Aquí te quedas —digo haciendo el ademán de levantarme de la mesa.

—Vale, vale, vale... Perdona... —contesta, agarrándose del brazo para impedir que me vaya. Me mira con cara de pena hasta que se asegura de que he cambiado de idea y me vuelvo a sentar. Entonces vuelve a la carga—: ¿Cuándo le vuelves a llamar?

—Espera que lo piense... Nunca.

—O sea, te rindes.

—Kelly, estoy en un punto de mi vida en el que lo único que pido es que el tío que se cruce en mi camino, no sea ni un completo idiota ni un rarito.

—Vale, bien. Elliott no tiene pinta de ser nada de esas dos cosas.

—Lo que tú digas... —La miro levantando una ceja, esperando su descabellada explicación, que no tarda en darme.

—Idiota era Michael, que, teniendo a una tía como tú a su lado, con planes de boda y de una vida en común juntos, se lió con esa furcia. Y para rarito, el tipo ese con el que tenías un 62% de compatibilidad... Ese que disecaba animales y deshidratava fruta en casa...

—Oh, Dios... Stuart. Mi mente había hecho un esfuerzo enorme por olvidarle. Gracias por recordármelo.

—De nada.

—¿Cómo narices calculan las compatibilidades? ¿Cómo puedo tener un 62% con ese tipo?

—A lo que iba... —Me corta Kelly—. Elliott no se parece a ninguno de esos dos, así que puede que

sea algo extraño y un poco borde, pero no es ni raro ni idiota.

—Yo diría que son sinónimos, pero está claro que no tiene pinta de disecar bichos. De todos modos, no le conocemos lo suficiente como para poder asegurar que no es un capullo infiel.

—Bueno, te vino a rescatar en cuanto tuvo ocasión... Para mí, eso ya es una clara demostración de intenciones.

Se queda callada y me deja con ese pensamiento rondando mi cabeza durante un buen rato. Puede tener razón... ¡Demonios, quiero que la tenga! Quiero creer que el hecho de que viniera a “rescatarme” a pesar de que yo le dije que no hacía falta, es un signo inequívoco de que le gusto... Joder, me da hasta vergüenza pronunciar esas palabras en mi cabeza, así que ni se me ocurriría decirlas en voz alta.

—Sé que, en el fondo, muy en el fondo, sabes que a ese tío le gustas... —Levanto la cabeza tan deprisa, mirándola fijamente a los ojos, que Kelly se calla de golpe y me mira asustada. Definitivamente, tiene un poder sobrehumano, el de leer mi mente—. ¿Qué? ¿He dicho algo malo?

Empiezo a reír, primero de forma comedida, aunque enseguida se me escapan las carcajadas. Kelly, aunque relaja el rostro de forma considerable, me sigue mirando asustada, al menos hasta que consigo decir:

—¿Le gusto? —Río a carcajadas—. ¡Por Dios, qué infantil suena eso...!

—Sí... —balbucea, mientras finge una sonrisa.

—Le gusto... Espera... ¿Le gusto? ¿En serio? A pesar de haberme visto vomitar, ¿le gusto? A pesar de haberle pegado la bronca en estado de embriaguez, seguramente soltando más de un impropio e incoherencia, ¿le gusto?

Levanto la vista, hasta ahora fija en mis manos, que reposaban encima de la mesa, y miro a Kelly. Ella asiente al tiempo que se encoge de hombros, dándome a entender que ella tampoco lo entiende, pero que, efectivamente, es así. Mi amiga siempre tan sincera, incluso en los gestos, pienso. Entonces la pantalla de mi teléfono se ilumina y su nombre aparece en ella.

—Le gustas —asegura, señalando mi teléfono.

—Le gusto... —afirmo pensativa.

—Vale, ha quedado claro el concepto. Ahora descuelga antes de que se canse de esperar.

Elliott

—Eh... Hola...

—¡Hola!

—¡Hola...!

Parece un puto diálogo de besugos, pero cuando me he dado cuenta de que mi saludo inicial parecía escaso de emoción comparado con el suyo, he preferido dejar claro que yo también me alegraba de escuchar su voz... Se sobreentiende que me alegro, porque yo la he llamado, pero... Bueno, yo me entiendo. O no. Da igual.

—¿Hola? —insiste ella al ver que no digo nada.

—¡Hola! ¡Sí! ¡Sigo aquí!

Esto va de mal en peor... Quizá, antes de cometer este acto suicida, debería haber escrito un pequeño guion.

—Perdona, es que hay algo de ruido aquí... Espera...

Y entonces me doy cuenta del ruido que se escucha de fondo. Está en un bar, o algo similar, con unas amigas, o con amigos, o lo que es peor, con otro candidato. Uno con derecho a roce. Uno con el que tenga mucho más en común que un triste 49%.

—Si estás ocupada, no pasa nada... Yo... Es igual, Rachel.

—No, no... Espera, que salgo... Ahora vuelvo —escucho que le dice a alguien, seguramente su acompañante de esta noche.

—Rachel... No es nada, en serio. Solo llamaba...

—Ya está. Ya estoy fuera —me dice—. Ahí dentro no se escucha nada a menos de dos palmos de distancia...

—No es nada, de veras.

—¿Me llamas a estas horas para nada? Eres un poco rarito, ¿no?

La escucho reír e, inevitablemente, se me forma una sonrisa en la cara. Rarito no sé, pero desesperado sí que parezco, llamándola a estas horas. ¿Para qué? ¿Para decirle que la otra noche fui un capullo? ¿Para intentar convencerla de que me dé otra oportunidad? ¿Oportunidad para qué? Si, al fin y al cabo, no he hecho otra cosa con ella que recogerla y llevarla a casa... Ah, sí, e insultarla. Eso también.

—¡Ah, ya lo sé! —vuelve a decir ella—. ¡Me llamas para ofrecerme tus servicios!

—¿Mis... servicios?

—De guardaespaldas y chofer...

—Ah... Pues...

—Gracias, pero parece que esta noche no te voy a necesitar. Estoy con mi amiga Kelly, despellejando sin compasión a todos los hombres, sin intenciones de que ninguno de esos capullos me amargue la velada, así que puedes tomarte la noche libre.

Está claro. Me acaba de quitar de un golpe las esperanzas de volverla a ver...

—A no ser, que quieras unirme a nosotras...

O no...

—¿A despellejar a los hombres? No sé si podré disimular mi condición sexual...

—Bueno, si te unes a nosotras, tendremos la decencia de cambiar de tema, aunque te advierto que los deportes no son lo mío. Teniendo en cuenta lo poco compatibles que somos, ve pensando temas de conversación por el camino...

—Das por hecho que he aceptado tu invitación...

—Me has llamado por alguna razón, ¿no?

Después de darme la dirección del local, colgamos y me dirijo al dormitorio. Abro el armario de par en par y, casi cinco minutos después, lo cierro sin haberme cambiado de ropa. Luego entro en el baño y me miro en el espejo. Me froto el mentón con la palma de la mano y sopeso durante un rato si afeitarme o no. Como antes, me largo sin hacer nada. Así que, vestido tal cual estaba y sin siquiera una gota de colonia en mi cuello, me monto en mi coche y conduzco los veinte minutos que me separan del local donde he quedado con ella.

No me doy cuenta de lo fuera de lugar que estoy hasta que entro en el local y miro el aspecto de todos los que me rodean. La mayoría, por no decir todos, se nota que han puesto algo más de esmero que yo en arreglarse para salir. Si la indumentaria de los demás dice de ellos cosas como “me he tomado todo el tiempo del mundo en elegir mi indumentaria para hacerte ver que me importa lo que pienses de mí”, la mía dice “me importa una puñetera mierda lo que pienses de mí”. Algo que se aleja mucho, pero mucho, de lo que quiero aparentar. Así que, ya que mi aspecto no me va a ayudar en mis intenciones, voy a tener que confiar todas mis opciones a mi labia e improvisación. Estoy perdido.

A lo lejos, veo un brazo levantado y a alguien haciéndome señas. No es ella, aunque entonces la veo, sentada al lado de la chica que llama mi atención. En cuanto llego a ellas, sin sacar las manos de los bolsillos, más que nada porque no sabría qué hacer con ellas, sonrío y las saludo con la cabeza.

—Hola.

—Hola y adiós. He recordado que tengo... algo importante que hacer... ¡Qué diablos! No tengo nada que hacer, pero mi instinto femenino me dice que aquí sobro. Soy Kelly, por cierto. Ya sabes, la amiga metomentodo de Rachel. De nada, por cierto.

—Eh... Esto... No... Yo...

—Ahorra tu verborrea para Rachel. No hace falta que te esfuerces conmigo —me corta mientras se acerca a su amiga y se dan dos besos para despedirse.

—En... Encantado... —balbuceo, al tiempo que la veo alejarse moviendo una mano para decirnos adiós sin girarse siquiera.

—Perdona su... sinceridad —se excusa Rachel cuando nos quedamos solos.

Sonrío y miro alrededor buscando un tema de conversación, haciendo tiempo mientras mi cerebro funciona a toda velocidad.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta ella entonces—. ¿Vino? ¿Cerveza? ¿Algo más fuerte?

—Una cola, a secas.

—¡Vaya...! Te advierto que yo también te puedo llevar a casa si te ves algo... perjudicado.

—No... —Vamos, piensa algo para no parecer un pardillo—. Mañana tengo que madrugar...

—Ah...

No parece muy convencida por mi explicación. Es una mierda de excusa, pero no se me ocurre otra cosa que decir y tampoco le voy a contar mi vida para que huya despavorida. Afortunadamente, no hace leña del árbol caído, y enseguida cambia de tema. Empieza a hablarme del local, al que parece que viene a menudo, y me cuenta alguna anécdota graciosa ocurrida semanas atrás. La verdad, aunque lo intento, no le presto mucha atención porque tengo la mente ocupada pensando qué decir, además de algo colapsada por culpa de su belleza. Sus ojos marrones, con una luz tan viva, sus labios carnosos y esa piel pálida y

perfecta. Me encanta que lleve el pelo corto y despeinado, dejando a la vista su cuello. Me imagino pegando la nariz a él e inhalando su aroma como un auténtico adicto...

—¿No te parece?

—¿Eh...? ¿Perdona?

—¿Estabas pasando de mí? —me pregunta, mirándome con una mueca en los labios.

—¡No! Solo estoy algo... despistado.

—Oye... No hacía falta que vinieras. Yo no te he obligado y, además, fuiste tú el que me llamaste.

—Es solo que... —Vamos, invéntate algo para no tener que confesarle que estabas embozado mirándola...—. Estoy algo cansado de trabajar y...

Me mira con una ceja levantada, cruzada de brazos, sin poderse creer la mierda de excusa que le acabo de dar. Y no es la única, porque yo pienso igual.

—Oye, mira, olvídalo.

De repente, se pone en pie, coge el diminuto bolso de mano que reposaba sobre la mesa y camina con decisión hacia la salida del local. Tardo unos segundos en reaccionar, y cuando lo hago, el camarero se planta frente a mí.

—Son 32 dólares.

—¿32 dólares?! ¿Por un refresco?!

—Y las copas de tu amiga y las de la amiga de tu amiga —contesta, señalando hacia la puerta con gesto de superioridad. Claramente, ha sido testigo de la estampida de Rachel y parece estar disfrutando del espectáculo.

No puedo perder más tiempo sino quiero perder de vista a Rachel, así que le doy un par de billetes de veinte dólares y corro hacia la puerta sin esperar el cambio. Cuando salgo, miro a un lado y a otro, hasta que la veo calle abajo, caminando con la misma decisión con la que salió del local antes.

—¡Rachel! ¡Rachel, espera! —Grito para intentar que se detenga, justo antes de empezar a correr para alcanzarla—. ¡Rachel!

Pocos metros más abajo, consigo agarrarla del brazo y la obligo a detenerse. Me coloco frente a ella, cortándole el paso.

—¿Qué? —me pregunta con sequedad.

—¿Por qué te vas?

—Porque antes que hablar contigo, prefiero hacerlo con la pared de mi casa. Al fin y al cabo, me hacéis el mismo caso.

—Sí te hago caso.

—¿En serio? Vale, recuérdame algo de lo que te haya contado en el bar.

Lo pienso durante unos segundos, pero sé que me ha pillado, así que es inútil que me esfuerce.

—Lo... Lo siento —digo derrotado, dejando caer los brazos a ambos lados de mi cuerpo.

—Pues eso.

Me esquivo y sigue caminando calle abajo. Entonces me doy la vuelta y, al verla alejarse, llevado por un impulso, decido confesarme:

—¡Últimamente no hago otra cosa aparte de hacerte caso!

Parece que mis palabras surten el efecto deseado, porque se detiene. Aunque no se da la vuelta, creo disponer de una oportunidad para hacerme entender, así que, a pesar de mi nula capacidad para hablar abiertamente de mis sentimientos, me vuelvo a colocar frente a ella y me sincero:

—La otra noche... Yo sí quería subir, pero... —Gesticulo mientras hablo, pensando que así quizá me haga entender mejor—. Y hoy, sí te estaba haciendo caso... O sea, quizá no en lo que decías, pero no podía dejar de... pensar en ello y... ¿Me explico?

—No —contesta tajante.

Resoplo derrotado. Es lógico que no me entienda cuando ni yo mismo lo hago. Sé lo que quiero, pero soy incapaz de explicárselo. Y entonces se me ocurre que... Doy un par de pasos hacia ella, cojo su cara entre mis manos y la beso. Al principio quiero que sea algo pausado y cariñoso, pero en cuanto mis labios tocan los suyos, soy incapaz de contenerme... Hasta que siento sus manos en mis hombros, empujándome para separarme de ella. Me retiro de inmediato y, sin tiempo para reaccionar, estampa la palma de su mano en mi mejilla. En un acto reflejo, me toco la piel y la miro confundido.

—¿Se puede saber qué haces?

—Intentar demostrar lo que soy incapaz de decir con palabras... —susurro al cabo de unos segundos, aun jadeando.

—¿Intentas demostrarme que puedes hacer conmigo lo que quieras, pero solo cuando tú quieras?

—El problema es que me parece que quiero hacerlo a menudo...

—No te entiendo. Oh, joder... Mira que lo digo veces... Huye de los raritos y de los gilipollas... Pero no aprendo... —Se sermonea a sí misma mientras intenta alejarse de mí de nuevo. Entonces vuelve a girarse y me pregunta—: ¿Hacer a menudo el qué...?

—Esto —contesto, volviéndola a besar con la misma intensidad que antes, a riesgo de llevarme otro tortazo.

Como la vez anterior, aunque intento contener mis ansias de sentirla, mis manos no pueden estarse quietas y enseguida me encuentro palpando su cintura y la parte baja de su espalda. En cuanto siento sus manos en mi nuca, entiendo que tengo su permiso para ir un paso más allá y agarro su trasero, apretándola contra mi cuerpo. No soy consciente de que nos estamos moviendo hasta que mi espalda choca contra algo duro, seguramente la fachada de un edificio. Con un rápido movimiento, cambio las tornas y atrapo su cuerpo entre el mío y la pared. La escucho jadear, hecho que consigue envalentonarme aún más. Agarro sus brazos y los coloco contra la pared, por encima de su cabeza, mientras hundo la cara en su cuello e inspiro con fuerza para esnifar su olor.

—Elliott... —El simple hecho de oírla jadear mi nombre me pone a cien—. Espera... Elliott...

A regañadientes, me separo escasos centímetros de ella, aún con la boca abierta y la respiración entrecortada. Puedo leer el deseo en sus ojos, aunque sus manos me piden que me separe de ella mientras su pecho sube y baja con rapidez. Esta vez, no me llevo ningún tortazo.

—Estamos... Esto se nos está yendo de las manos en un lugar poco apropiado—susurra, tocándose los labios con los dedos de una mano.

—¿Has venido en coche?

—No. Aprendí la lección. Y hoy tenía intención de beber, y mucho.

—¿Por qué?

—Cosas de mujeres... Ya sabes, destripar a gusto.

—¿A quién?

—A ti, ahora que lo preguntas...

—¿A mí?

—Supongo que quise beber para... olvidarme de ti.

—¿Olvidarme...? ¿Te acuerdas... a menudo de mí...?

—No me líes... No estábamos hablando de eso. Te decía que...

—No me has contestado —digo, volviendo a apretar mi cuerpo contra el suyo, apresándola contra la pared.

Mis labios no rozan su piel, aunque soy consciente de que mi aliento le hace cosquillas. Mantengo la vista agachada, exigiendo una respuesta con la mirada. Ella niega con la cabeza y separa los labios para contestar, pero solo consigue emitir un jadeo.

—¿Piensas tanto en mí como para querer dejar de hacerlo? —insisto.

—Es que no sé si me atraes más de lo que me aterra...

Sonrío de medio lado, separándome de ella y, tirando de su mano, la arrastro hacia mi coche.

—Oye... ¡Oye! Me parece que olvidas que unos tacones de diez centímetros no son el calzado ideal para correr los cien metros lisos.

Sin pensármelo dos veces, la cojo en volandas y me la pongo al hombro, como si fuera un saco de patatas.

—¡¿Qué haces?! —me grita mientras me pega en la espalda—. ¡Bájame, pedazo de neandertal!

Solo le hago caso cuando llegamos a mi coche. En cuanto sus pies tocan el suelo, me da unos cuantos empujones, pero estoy demasiado ocupado sacando las llaves de mi bolsillo. Cuando las encuentro y abro las puertas, agarro sus dos muñecas y le inmovilizo los brazos a la espalda.

—¿A tu casa o a la mía? —le pregunto a escasos centímetros de su boca.

—Vivo a diez minutos de aquí... —susurra después de pensárselo durante unos segundos.

—Me has convencido.

Rachel

Nunca un trayecto tan corto se me había hecho tan largo e incómodo a la vez. Siento como si, poco a

poco, esa pasión con la que nos devorábamos hace unos minutos, se estuviera esfumando. Como si el tiempo jugara en contra de nuestros instintos animales, aunque a favor de nuestro sentido común. Lo que ha pasado antes ha sido producto de un calentón y, aunque no puedo negar que Elliott me atrae mucho físicamente, tenemos tan poco en común...

Le miro de reojo, intentando adivinar si él tiene las mismas dudas que yo. No le conozco demasiado como para asegurarlo, pero parece algo incómodo también. La mandíbula se le marca a ambos lados de la cara, mantiene una postura erguida y estática, y agarra el volante con tanta fuerza que tiene los nudillos teñidos de blanco.

Vuelvo a fijarme en los tatuajes de sus brazos y en los cortes que los adornan, así como en las magulladuras de su rostro. Luego observo su ropa, sus vaqueros desgastados y esa sencilla camiseta negra. Nunca antes me habría fijado en alguien con su aspecto físico y así vestido, porque en los círculos que frecuento nadie va así, y porque, simplemente, nunca habría salido con alguien vestido de esta guisa.

—Hemos llegado —dice él, interrumpiendo mis pensamientos.

Miro por la ventanilla y me doy cuenta de que estamos parados frente a mi casa.

—Sí...

Me apresuro a salir del coche y subir los pocos escalones que llevan a la puerta principal, sin decirle nada. De esta manera, le dejo a él toda la responsabilidad de decidir si dar ese siguiente paso. Una parte de mí quiere escuchar cómo el motor del coche arranca y se aleja, pero otra parte se imagina sintiendo su pecho contra mi espalda y su aliento contra mi nuca.

Se me escapa un largo jadeo cuando le siento, mientras mi cabeza cae hacia atrás. Su aliento hace cosquillas en mi hombro y al instante siento sus labios en mi piel, ascendiendo por mi cuello hasta llegar a la parte posterior de la oreja. Sus manos se aferran a mi cintura, inmovilizándome, como si quisiera evitar que mi miedo me obligara a huir.

Dejo de ser consciente de mis actos y me rindo a él. Soy una marioneta entre sus manos, hasta que el deseo que recorre mi cuerpo me devuelve a la realidad. Ya estamos en el salón, y aunque no soy consciente de cómo hemos llegado hasta aquí, me da igual. Me doy la vuelta y le encaro. Beso sus labios con prisa al tiempo que me deshago de su camiseta. La lanzo a un lado, sin preocuparme dónde porque solo tengo ojos para su pecho y sus tatuajes. Siento una mezcla de asombro, deseo y... miedo. Nunca me habían atraído los tatuajes. De hecho, siempre me han parecido característicos de gente... peligrosa, de la mafia y esas cosas. Sí, ya lo sé. Estoy algo anticuada y veo demasiadas películas, pero es que nadie de mi entorno los lleva, y si es así, son pequeños y disimulados. Monos, no... intimidantes.

Elliott siente mi desconcierto al mirarle y detiene sus besos y caricias. Me mira con anhelo, aunque manteniendo una cierta distancia, con el pecho subiendo y bajando con rapidez. Se libra una batalla dentro de mí, decidiendo si su aspecto y nuestra casi total incompatibilidad son suficientes para vencer al deseo que siento por acostarme con él. Mis manos acarician lentamente sus brazos hasta que mis ojos se fijan en su pecho, justo encima de su corazón. Entorno los ojos al encontrar un tatuaje diferente al resto. Un nombre: Holden. Mis dedos se pasean por su piel, trazando las letras una a una. De repente, no me intimida. Ese nombre está ahí porque significa algo para él, y es precioso. Así que, sin perder un segundo más, le doy la espalda y señalo la cremallera del vestido. Vuelvo a sentir la calidez de su aliento en mi nuca y sus dedos rozando mi piel. Cuando la baja del todo, con un simple movimiento de caderas consigo que caiga a mis pies y me doy la vuelta lentamente. Sus ojos repasan todo mi cuerpo, ahora ya solo cubierto por mi conjunto de sujetador y tanga, las medias por encima de las rodillas y mis zapatos de

tacón negros.

—Oh, joder... —Jadea mientras rodea mi cintura con sus brazos y pega su cuerpo al mío.

Carga conmigo escaleras arriba sin ninguna dificultad. Me siento flotar, como aquella noche bochornosa en la que caí rendida en sus brazos. Rápidamente llegamos al dormitorio, la única estancia más o menos acabada de la casa. La única que tuve fuerzas para decorar cuando eché a Michael de mi vida, más que nada, porque me negaba a seguir durmiendo sobre ese colchón. Compré otro y, ya que estaba puesta, compré un dosel precioso y unas mesitas de noche a juego. Laqué las puertas del armario en blanco y pulí el suelo de madera, dándole al conjunto un aspecto nuevo, como si de ese modo pudiera borrar todo lo ocurrido en esa estancia.

De pie a un lado de la cama, mientras Elliott me besa y se hace cargo de quitarme el sujetador, yo llevo las manos a la hebilla de su cinturón y luego al botón del vaquero. Cuando está totalmente desnudo, me estira de espaldas sobre el colchón, se coloca entre mis piernas y se las apaña para ponerse un preservativo en décimas de segundos. Entonces se estira sobre mí y, aguantando su peso en los brazos colocadas a ambos lados de mi cara, se hunde lentamente en mí. Mi espalda se arquea al tiempo que dejo escapar un largo jadeo. Repite la acción varias veces, con rapidez y rudeza, como un animal. Rehúye mi mirada y sé que lo hace a propósito, como si evitando el contacto visual, el momento fuera menos íntimo.

En un acto inconsciente, mis uñas empiezan a arañar su espalda, pero él coge mis brazos y me obliga a agarrarme al cabezal de hierro de la cama. Cierra sus manos sobre las mías y sigue empujando con fuerza hasta que escucho cómo su respiración se vuelve más errática. Hunde la cara en mi cuello, muerde el lóbulo de mi oreja y entonces cierro los ojos y me dejo llevar, justo antes de hacerlo él también.

Cuando al cabo de unos segundos sale de mí y se estira boca arriba a mi lado, abro los ojos y miro al techo. Ahora mismo me colocaría de costado, mirándole a los ojos, quizá abrazándome a su torso, para quedarme dormida con una sonrisa en la cara, pero me parece un acto demasiado íntimo para el tipo de relación que hay entre nosotros, así que me limito a quedarme quieta. Poco después, la cama se mueve y, por el rabillo del ojo, veo cómo se pone en pie y empieza a buscar su ropa para vestirse.

¿No piensa quedarse a pasar la noche? Espera, ¿quiero que se quede a pasar la noche? ¿Qué ha significado esto para él? ¿Qué ha significado para mí? ¿Un simple revolcón? ¿Quiero que signifique algo más? ¿Por qué ni siquiera me mira? ¿Por qué no lo hago yo tampoco?

—Esto... —Me giro de lado y, tapándome con la sábana hasta el cuello, le veo rascarse la nuca con una mano, desviando su mirada de un lado a otro para que sus ojos no se encuentren con los míos—. Será mejor que me marche...

—Sí...

¿Será mejor? ¿Por qué? ¿Por qué he estado de acuerdo con esa idea? ¿Acaso cree que todo esto ha sido un error como para que sea mejor que se vaya?

—Eh... ¿Mi camiseta...?

—Creo que abajo...

Hago el ademán de levantarme, pero entonces él alza la palma de su mano y me detiene.

—Conozco el camino...

Esto tiene pinta de convertirse en una despedida incómoda, acrecentada por el hecho de que yo sigo desnuda y con la imagen de su cuerpo desnudo encima del mío aún grabada en mi memoria. Si ahora

pronuncia la frase “ya te llamaré”, juro que le lanzo la lámpara. Pero no dice nada, sino que se da media vuelta y sale por la puerta, y entonces me doy cuenta de que hubiera preferido escuchar una promesa utópica a quedarme con esta sensación de vacío en el pecho.

CAPÍTULO 8 - COMPATIBLE

Elliott

Salgo de su casa a toda prisa. Corro hasta meterme en el coche y arranco el motor. Conduzco pisando a fondo el acelerador hasta que, al girar en una de las avenidas, el tráfico me obliga a detenerme. Freno y las ruedas chirrían sobre el asfalto hasta detenerse. Entonces resoplo y me doy cuenta de que llevo un buen rato conteniendo la respiración. Totalmente abrumado, apoyo la frente en el volante, resoplando con fuerza por la boca.

¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido eso? ¿Por qué no podía dejar de mirarla? ¿Por qué necesitaba tocarla y besarla sin descanso? ¿Por qué he sido incapaz de mirarla a los ojos mientras me hundía en ella? ¿Por qué me apetecía dormirme abrazado a ella y he tenido que obligarme a marcharme?

Y entonces, la respuesta a todas esas preguntas emerge sin dificultad entre todo el amasijo de pensamientos: porque lo nuestro es imposible. Solo hay que fijarse un poco en ella para darse cuenta de que un tipo como yo no es su prototipo ideal de hombre. Ella es inocente, delicada, elegante y sofisticada. Y yo...

El sonido de un claxon me devuelve a la realidad. Lo agradezco, así puedo centrarme en conducir y dejo de recordar su cara al verme los tatuajes. Parecía asustada, y miedo no es lo que debería sentir al mirarme. Está claro que solo soy una aventura cualquiera para ella, un experimento. Alguien con quien compartir cama un par de noches, pero nunca para plantearse un futuro juntos. Espera, ¿futuro? ¿Qué cojones hago pensando en un futuro juntos? ¿Un simple polvo y ya estoy así?

Rachel

Es lo mejor. Sí, definitivamente. Un polvo y “si te he visto, no me acuerdo”. Somos demasiado diferentes. Ya no solo por los ambientes que frecuentamos, sino por nuestras aficiones o incluso nuestra forma de vestir. Ese estilo... dejado, nunca me ha atraído. A mí me van más los tipos con cierto nivel adquisitivo, bien vestidos y formales. Es imposible que lo nuestro saliera bien... Espera, ¿lo nuestro? ¿Qué nuestro?

Me levanto, me envuelvo en una fina bata y bajo hacia la cocina. Mientras desciendo por las escaleras, mis dedos rozan las paredes contra las que hasta hace poco rato nos besábamos. Me acerco al frigorífico y saco una botella de agua. Me fijo entonces en mi bolso de mano, que reposa en el mármol de la cocina. Supongo que está allí desde que llegamos, aunque no recuerdo bien haberlo dejado. Tampoco es que prestara mucha atención a ello... Conociendo a Kelly, sé que me habrá enviado algún mensaje para comprobar cómo ha ido la noche... y no me equivoco.

“Confiesa: Los tatuajes se le pierden más allá de la cintura del pantalón”

No puedo evitar sonreír, aunque enseguida siento una lágrima rodando por mi mejilla. Me la seco con los dedos, contrariada y muy enfadada conmigo misma al darme cuenta de lo que me afecta su huida. Definitivamente, no estoy de humor para contestarle el mensaje, así que me dispongo a guardarlo de nuevo en el bolso cuando empieza a sonar. El corazón me da un vuelco, imaginando que quizá pueda ser Elliott, pero en cuanto leo el nombre de mi amiga, la ilusión se esfuma de un plumazo.

No tengo ganas de dar explicaciones, así que cuelgo la llamada. Me acerco a mi modesta bodega y

cojo una de las botellas de vino. La abro y me sirvo una generosa cantidad en una copa. Justo entonces, recibo un nuevo mensaje de Kelly.

“Sé que has leído el mensaje y, por tu bien, espero que me hayas colgado porque tienes a Elliott a tu lado, encima, debajo o dentro de ti. Dime algo o juro que no descansaré hasta que me lo cuentes”

La creo capaz, pero ahora mismo, lo único que podría contestar es algo escueto, y sé que ella no se conformará con eso. Prueba de ello son los incontables mensajes que sigo recibiendo mientras doy cuenta de mi segunda copa de vino.

Elliott

He sido incapaz de seguir conduciendo hasta casa. Estoy demasiado confundido por todo lo que he sentido esta noche, y lo peor es que no puedo dejar de pensar que estoy cometiendo un error y de maldecirme por ser tan cobarde.

Así pues, a medio camino, di la vuelta y llevo ya un buen rato aparcado en una calle del Upper East Side, no muy lejos de la casa de Rachel. Mantengo la frente apoyada contra el volante mientras intento aclarar mis ideas. Me abrazo el cuerpo con ambos brazos, meciéndome hacia delante y hacia atrás.

¿De qué tienes miedo?

Oh, mierda... Por si no estaba ya lo suficientemente jodido...

—Déjame en paz, ¿quieres? No estoy de humor.

Dime una cosa y sé sincero conmigo, ¿qué has sentido cuando estabas con ella?

Tardo un rato en contestar, aunque sé la respuesta.

—Ha sido... Ha sido... Apasionado... Imprudente... Necesitaba besarla y tocarla y...

¿Y de qué tienes miedo?

—No puede ser...

¿Por qué?

—Porque no es... como... yo. Es imposible que se fije en alguien como yo. Solo soy una aventura para ella, alguien con quién divertirse un rato...

¿Es ella una diversión para ti?

Niego con la cabeza, incapaz de confesarlo de viva voz. Que mi interlocutor resida en mi cabeza pueda tener sus ventajas, aunque también sus desventajas, y muchas.

No des nada por sentado. Llámala.

—¿Ahora?

¿Tienes algo mejor que hacer?

Rachel

Quince minutos después, mi teléfono no ha dejado de recibir mensajes, así que, cuando vuelve a sonar, cansada y bastante borracha, ya sin ningún miedo a que descubra lo patética que soy, descuelgo, decidida a pegarle cuatro gritos para desfogarme.

—¡Sí, hemos follado! ¡Sí, ha estado genial! ¡Sí, sus tatuajes son jodidamente sexys! ¡Sí, sigo estando aterrada al estar junto a él, pero, a la vez me siento totalmente atraída! ¡Y no, no está aquí conmigo porque se ha ido corriendo nada más acabar, justo después de usarme como a una muñeca hinchable! ¡¿Contenta?! Pues adiós.

—Esto... ¿Hola...?

Escucho su inconfundible voz justo cuando iba a colgar. Dudo durante unos segundos, pero entonces me doy cuenta de mi metedura de pata y cuelgo la llamada rápidamente.

—Oh, joder, joder, joder... —Maldigo, caminando de un lado a otro de la cocina—. Mierda, mierda, mierda...

El teléfono suena de nuevo y lo miro desde una cierta distancia, con miedo. Su nombre aparece iluminado en la pantalla, pero esta vez, no pienso descolgar. Como tampoco hago las otras tres veces que vuelve a sonar. En vez de eso, lleno mi copa una tercera vez y me lo bebo de un trago. Y luego una cuarta. Y cuando estoy a punto de llevármela a los labios de nuevo, el timbre de la puerta me sobresalta. Luego escucho unos golpes en la madera, tan fuertes que la hacen tambalear.

—¡Rachel, soy yo! —Escucho que dice Elliott—. Ábreme, por favor...

Me quedo inmóvil, intentando que crea que me he dormido, aunque mi farsa se viene abajo enseguida.

—Veo la luz por debajo de la puerta, Rachel... Sé que estás ahí...

Bueno, puedo haberme dormido en el sofá con la luz encendida... Espera, no tengo sofá... Tendré que cambiar de excusa...

—Rachel, yo no te he utilizado... —Su voz suena como un susurro, casi ahogado por el sollozo que se me escapa al escucharle—. Pensaba que... Sentí como... si tuviera que irme rápidamente porque... te mereces algo mejor que yo...

Camino hacia la puerta dando algún traspíe. Seguir una línea recta es algo complicado con todo el alcohol que llevo en la sangre. Si ahora me detuviera la policía, me quitaría el carné de peatón. Esa ha sido buena, pienso, justo antes de abrir la puerta con más ímpetu del que mi equilibrio puede soportar.

Elliott se ve obligado a tender los brazos cuando me ve caer hacia él, y me coge justo antes de caer de bruces. Intento recuperar la poca dignidad que me queda rápidamente, así que me pongo en pie de nuevo, me coloco varios mechones de pelo detrás de las orejas y cruzo los brazos sobre el pecho, justo antes de hablar.

—¿Decías...?

—Pues... —Carraspea varias veces—. ¿Ha sido genial?

—Yo he preguntado primero.

—¿Mis tatuajes te parecen sexys?

—Vale, hasta luego —sentencio, intentando cerrar la puerta. Elliott lo impide con facilidad.

—¿Cuánto has bebido?

—Lo que me ha dado la gana. Pero no tengo que conducir de vuelta a casa porque, ¡oh, sorpresa, estoy en ella! Y si me veo en la necesidad de vomitar, tengo dos lavabos a mi entera disposición. ¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—Has venido hasta aquí por algo, ¿no?

—Ah... Eh... Pues... Te decía que yo no pretendía usarte.

—Perdóname si no me quedó claro, pero tu estampida me confundió un poco.

—Lo siento... Yo... Tú...

—Oh, joder. Esto va para largo, me parece, así que, ¿quieres pasar?

Me aparto a un lado, dejándole vía libre. Le observo plantarse en mitad de la cocina, mirando alrededor, algo descolocado. En cuanto cierro la puerta y me acerco, cojo la copa de vino y la botella.

—¿Quieres una copa?

—No... —contesta, y entonces, acercándose a mí, añade—: Y tú tampoco deberías seguir bebiendo.

Me lo quita todo de las manos y, mientras le miro confundida, lo deja con cuidado encima del mármol de la cocina. Luego, mira alrededor, frunciendo el ceño.

—¿Qué te pasa? —le pregunto cabreada.

—Es que... La noche que te traje, ya me fijé, pero... ¿qué le pasa a tu casa?

—¿Qué le pasa?

—Nada parece acabado... Excepto el dormitorio... ¿Por qué empezaste a reformar todas las estancias a la vez? Es una locura, teniendo en cuenta que vives aquí...

—Porque cuando empezaron las obras, hace unos años, yo no vivía aquí.

—¿Hace unos años? ¿A quién has contratado para que te las haga?

—Es una larga historia...

—Tengo tiempo —dice resuelto, sentándose en la encimera de la cocina de un salto.

—Creía que venías para pedirme disculpas por tu comportamiento, no para charlar.

—Pensaba que te había sentado mal que me largara. ¿Por qué me echas ahora?

Le miro con el ceño fruncido, intentando encontrar las palabras adecuadas. Sí, me sentó mal que se fuera, pero no quiero que piense que me ha afectado tanto como en realidad ha hecho. No, no quiero que se vaya, pero tampoco quiero confesárselo abiertamente.

—¿La historia se remonta a la época en la que tu novio se tiró a otra en vuestra cama? —me pregunta de repente, dejándome totalmente parada.

Abro la boca para responderle, pero, simplemente, no puedo hacerlo. Por el contrario, empiezo a sentir un fuerte escozor en los ojos. Sé que, en cuanto parpadee, me será imposible contener las lágrimas,

echando al traste toda la dignidad que había conseguido mantener hasta ahora.

—Largo.

Es lo único que digo, cruzada de brazos y con la cabeza agachada. Se baja de la encimera y da dos pasos hacia mí, pero yo retrocedo, negando con la cabeza, incapaz de decir nada más.

—Rachel... —insiste con voz preocupada.

Estira los brazos, pero no me toca. En ese momento, varios sollozos se escapan de mi boca y mi cuerpo empieza a temblar. Me doy la vuelta e intento alejarme de él. Escucho sus pasos detrás de mí, hasta que consigue plantarse frente a mí y choco contra su cuerpo. Me agarra con fuerza por los brazos, y yo me remuevo para escaparme. El forcejeo se acaba cuando me aprieta contra su pecho y sus brazos rodean mi espalda.

—Rachel... Lo siento... —susurra muy cerca de mi oído, con su voz ronca e intimidante.

Golpeo su pecho con ambos puños, con una fuerza que se va apagando lentamente. Entonces, siento sus manos acariciando mi espalda y sus labios apoyados contra mi cabeza. Me relajo poco a poco, sintiéndome protegida por sus fuertes brazos, tanto que siento cómo las rodillas empiezan a fallarme. Él se da cuenta de ello y me coge en brazos. No opongo resistencia, simplemente estoy a su merced. Empieza a caminar, subiendo las escaleras hacia mi dormitorio y, en cuanto entramos, me estira en la cama y me tapa con la colcha. Agradezco el calor, y me acurruco de forma perezosa. Entonces, Elliott acerca la silla del tocador hacia el borde de la cama y se sienta en ella.

—¿Qué haces ahí sentado? —le pregunto.

—Eh... Creí que debía... ¿Quieres que me vaya?

—No. Quiero que te estires aquí conmigo.

Algo dubitativo, se levanta de la silla, la coloca en su sitio y se sienta en la cama, a mi lado. Se desata las botas y se estira de costado, de cara a mí. Le observo durante unos segundos, y entonces acerca su mano para secar mis mejillas con el pulgar.

—Lo siento. —Asiento durante unos segundos—. No debería haberte dicho eso...

—Pero estabas en lo cierto.

—Bueno, pero no tenía derecho a...

—Cuando pasó, cuando los pillé, me invadió una rabia infinita... —le corto porque quiero contárselo—. Quería romper con todo, deshacerme de todos los recuerdos que podían quedarme de él. Afortunadamente, la casa estaba en obras y aún no habíamos construido ningún recuerdo en ella. Por eso me quedé aquí. Lo único que podía recordarme a él era el colchón, pero al día siguiente, Kelly me ayudó a quemarlo en el vertedero.

Elliott sonrío y yo hago lo propio. De repente me siento cómoda y relajada a su lado.

—Y se te acabaron las ganas de seguir con las obras...

—Bueno, la falta de liquidez también influyó.

—Pensaba que... te iban bien las cosas.

—¿Por qué todo el mundo se piensa que los abogados ganamos mucho dinero?

—¿Eres abogada?

—Pensaba que era algo que te había dicho en uno de mis ebrios discursos.

—No... —contesta él, riendo—. Pero no tienes aspecto de... Ya sabes... No tienes pinta de ser...

—Suéltalo. Estoy algo achispada, no creo que el dolor de cabeza de mañana me permita odiarte demasiado.

—Vives en una zona cara, vistes ropa cara... No tienes pinta de sufrir para llegar a fin de mes.

—Y no lo hago, pero supongo que es porque sé priorizar. Prefiero comprarme un bolso a pintar la casa. Prefiero seguir apuntada en el gimnasio a arreglar la instalación eléctrica. Antepongo salir cada fin de semana a cambiar el termo del agua caliente.

—¿Te duchas con agua fría?

—No, porque lo hago en menos de cinco minutos. Si tardo solo un minuto más, mi ducha se convierte en un iglú.

—Quizá yo pueda hacer algo con eso...

—¿Cómo?

—Cambiándote el calentador.

—¿Sabes hacer eso?

—Más me vale, porque me dedico a ello.

—¿En serio? ¿Trabajas arreglando calderas?

—Trabajo arreglando lo que sea...

A lo mejor también puede arreglar mi vida, bastante patas arribas desde que ese malnacido decidió que sería buena idea tirarse a su secretaria en nuestra cama, pienso. Y entonces, empiezo a reír sin parar mientras él me mira de una forma extraña. Supongo que no sabe cómo tomarse mi repentino cambio de humor.

—¿Eres bipolar o algo por el estilo? —me pregunta.

—Perdona —balbuceo mientras intento calmarme—. Me río porque acabo de descubrir por qué esa web dijo que tú y yo tenemos un 49% de compatibilidad.

Elliott

—Me parece que no te sigo... —confieso.

—Admitámoslo, no tenemos nada en común, pero por alguna extraña razón, la dichosa máquina dijo que teníamos un 49% de compatibilidad. Al principio pensé que era un porcentaje muy bajo. De hecho, si no llega a ser porque Kelly me convenció, no habría contactado contigo. En cambio, cuando nos conocimos, pensé que la máquina había sido incluso generosa con el resultado. Hasta ahora no he sido capaz de ver qué tenemos en común.

—Ah...

No quiero que se dé cuenta de que sus palabras me están doliendo un poco. No quiero que note que estoy algo decepcionado. No quiero demostrarle que, de algún modo, estamos hechos el uno para el otro, aunque esa dichosa web de citas diga lo contrario.

—De alguna manera, esa máquina del demonio sabía que mi casa estaba a medio reformar y que tú podías ayudarme. ¡Es el destino!

—Sí... Supongo...

—¿En serio podrías hacerlo? Lo del calentador, digo...

—¿Eh? Ah, sí, claro...

—No tengo mucho dinero...

—No te preocupes por eso —digo con algo de desgana en la voz.

—Pero te pagaré. Lo prometo. Supongo que puedo renunciar a salir algún fin de semana...

—Ajá...

—¿Estás bien?

—¿Por...?

—Pareces... distraído.

—Estoy bien —miento para no admitir que, que piense que lo único que nos une son las obras en su casa, me duele demasiado.

Ella me mira durante un rato, no muy convencida, hasta que se le escapa un bostezo.

—Duerme —le digo—. Prometo no huir esta vez.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Espiarne mientras duermo? Eso es algo espeluznante...

—Soy así, ¿no? ¿No decías que te daba miedo?

—Bueno...

—¿En qué quedamos entonces? ¿Quieres que me quede? —Se da la vuelta lentamente, sin dejar de sonreír—. Me tomaré eso como un sí.

Mientras se acurruca, ya de espaldas a mí, la arropo bien con la colcha y juro que estoy tentado en pegar el pecho a su espalda y rodear su cintura con mi brazo, pero entonces, sin ningún pudor, quizá producto del alcohol dando sus últimos coletazos, dice:

—Y sí, el sexo de esta noche me ha parecido alucinante. Y sí, tus tatuajes me parecen muy sexys.

Rachel

Cuando abro los ojos a la mañana siguiente, un horroroso dolor de cabeza me martillea. Consigo atisbar la hora en el despertador de la mesita de noche y me horrorizo al darme cuenta de que son más de las once de la mañana. Entonces, milagrosamente, empiezo a recordar pequeños fragmentos de lo que pasó anoche y abro los ojos de par en par. Me doy la vuelta lentamente, temerosa, aunque también esperanzada, de encontrarme con Elliott a escasos centímetros de mí. Pero cuando lo hago, descubro la

cama vacía. Enseguida me incorporo e intento escuchar ruidos procedentes de algún lugar de la casa, sin éxito.

Decepcionada, me tiro de espaldas sobre el colchón. Fijo la vista en el techo y resoplo contrariada. Entonces extendiendo la palma de la mano a un lado y noto la sábana fría, así que supongo que debe de hacer tiempo que se ha ido.

Intento recordar en qué momento me dormí, pero me es imposible. Seguramente, mi dolor de cabeza tiene mucho que ver con mi amnesia... No recuerdo de qué hablamos, así que puede que le dijera algo inapropiado. Tengo fama de sufrir de incontinencia verbal cuando estoy bajo los efectos del alcohol... De hecho, Elliott ya la ha sufrido...

—Oh, Dios mío... —digo tapando mi cabeza con la almohada.

Pero entonces recuerdo algo que hace que mi estómago se encoja y un cosquilleo recorra mi cuerpo: sus brazos rodeando mi cuerpo y luego llevándome en brazos hacia el dormitorio, sus labios apoyados contra mi pelo y luego sonriéndome a escasos centímetros de mi cara, su cuerpo estirado a mi lado en la cama de forma protectora... y lo bien que me sentí en esos momentos. Momentos que bien deben valer ese 49%, como mínimo. No creo que ninguno de los tipos con los que he tenido alguna cita en estos meses, pudieran llegar a hacerme sentir así.

Un buen rato después, cuando ya me voy haciendo a la idea de que cada vez está más cerca el momento de empezar a adoptar gatos, bajo a desayunar. No me he esforzado mucho en vestirme, ya que hoy no pienso salir. Voy a atiborrarme de palomitas, helado de chocolate y vino mientras hago un maratón de películas lacrimógenas. Ya con mi primer café del día en la mano, me siento encima del mármol de la cocina. En ese momento, mi teléfono suena en algún lugar cerca de mí, donde supongo que lo dejé anoche. El nombre de Kelly parpadea en la pantalla, seguro que ávida de noticias frescas.

—Vieja de los gatos al habla —digo, nada más descolgar.

—Te iba a preguntar qué tal había ido, pero mejor me ahorro la pregunta. Perfecto, porque así podré pasar directamente a pegarte la bronca. ¿Me estás diciendo que me colgaste el teléfono para nada?!

—Kelly, no estoy de humor...

—¡Pues te aguantas! ¡Explícame por qué motivo me colgaste! ¡Tenía esperanzas de que fuera porque estabas disfrutando de una jodidamente fantástica maratón de sexo con Elliott!

—Bueno, no hubo maratón, pero sí sexo...

—Entonces... Espera... No entiendo nada... No puede ser... ¿Folla fatal?

—No. De hecho, se le da bastante bien. Algo... brusco, quizá... Yo le añadiría algo más de... romanticismo, pero, aun así, estuvo muy bien.

—Rachel, os acabáis de conocer, y entrecomilla esa última palabra porque no es del todo acertada. O sea, prácticamente le atacaste en vuestra primera cita, entrecomilla esa palabra también... Él te llamó puta, le has vomitado casi encima en otra ocasión, te tuvo que llevar a casa porque no te tenías en pie... Digamos que vuestra relación no está para mucho romanticismo.

—Kelly, justo después del sexo, y cuando digo justo después es estrictamente después, sin necesidad de entrecomillar nada, se largó.

—¿Qué le dijiste para hacerle huir?

—¡Pero bueno! ¡Confía un poquito más en mí!

—Compréndeme, tu fama te precede...

—Vale, pues no fue eso, porque no dije nada.

—Está bien... Pues tendría algo que hacer...

—No.

—¿Y cómo estás tan segura?

—Porque volví.

—¿Perdona?! Espera... No me lo digas... ¡Se había dejado las llaves!

—¡Pues no, lista! —contesto, realmente ofendida.

—Vale, vale... Lo siento. ¿Por qué volvió entonces?

—Pues... —Me muerdo el carrillo, indecisa si confesarle la verdad, hasta que al final decido tirarme a la piscina—. No me acuerdo.

—Eh... Esto... ¿Qué?

—Estaba tan cabreada que bebí un poco, entrecomilla poco, y no me acuerdo por qué volvió, pero sé que volvió. ¿Me entiendes?

—Más o menos... Pero si no estás de humor, es porque... ¿se volvió a ir?

—Sí. Y el problema es que ahora sí que puede ser por algo que le dijera, porque no recuerdo mucho... O sea... Me acuerdo de confundir su llamada con una tuya y confesarle que el sexo estuvo genial, que sus tatuajes son súper sexys y que me había jodido que se largase...

—Eres mi ídolo, ¿lo sabías?

—Calla.

—Perdón.

—Recuerdo todo eso, luego abrirle la puerta, pelearnos y acabar en sus brazos mientras me llevaba a la cama.

—¡Madre mía, es insaciable!

—¡No! Me arropó, se estiró a mi lado y estuvimos... hablando. Creo. Y tengo la sensación de que fue... genial. Pero esta mañana, él ya no estaba y... No sé. Estoy hecha un lío.

—Quizá, si se hubiera quedado, hubiera resultado algo incómodo. Os acabáis de conocer, como quién dice... No sé. Despertar juntos es ir un paso más allá. ¿No crees?

—Puede.

—Llámale.

—¡Ah, no! ¡Se acabó! ¡No me arrastro más!

—¿Conseguir al amor de tu vida es arrastrarse?

—¿Te recuerdo que el amor de mi vida y yo solo tenemos un 49% de compatibilidad?

—Más que suficiente.

—Lo que tú digas.

—¿Te vienes a almorzar?

—No.

—¿Tienes otros planes?

—Sí —miento.

—¿Planes que no incluyan cantidades indecentes de chocolate, alcohol y pelis románticonas?

—No. Pero es lo que me apetece hacer.

—A masoquista no te gana nadie...

—Puede.

—No te tortures demasiado, ¿vale?

—Lo intentaré.

Elliott

—Esta es la caldera... —me dice Frank.

—Es perfecta. ¿Me la dejas por 500 dólares?

—Es un precio muy bajo. Vale, por lo menos, 1.500 dólares...

—Nueva, quizá. ¿Cuántas veces te he traído lavamanos, neveras o encimeras en perfecto estado?

Sin esperar su visto bueno, saco los cinco billetes de cien dólares y se los tiendo.

—Está bien. Llévatela antes de que cambie de opinión.

En cuanto cargo la caldera en mi camioneta y me siento tras el volante, cojo el móvil de la guantera y busco su número en la agenda. Tengo que admitir que estoy algo nervioso, aunque también esperanzado. Sé que esto supondrá un gran cambio en su calidad de vida, que la hará feliz, y por alguna razón que aún no logro entender, ser yo el que lo consiga, me pone de muy buen humor. Sé que no la conozco prácticamente de nada, sé que nuestros encuentros se pueden calificar de muchas cosas menos de normales, sé que puede que un día se dé cuenta de que no soy el tío que le conviene tener a su lado... Pero a pesar de todo eso, quiero intentarlo. Así pues, aprieto la tecla de llamada y me llevo el móvil a la oreja. Resoplo un par de veces, esperando escuchar su voz, pero enseguida me salta el contestador. Golpeo el volante con mis dedos, sopesando mis posibilidades, pero solo una se repite una y otra vez en mi cabeza: verla de nuevo.

Por eso, veinte minutos después, aparco en su calle, algo más arriba de su casa, y prácticamente corro hasta su puerta. Cuando me doy cuenta de ello, aminoro el ritmo de golpe y hago los últimos metros esforzándome por caminar a paso lento, respirando profundamente a la vez. En cuanto me planto delante, alzo la mano y, quitándome los miedos del cuerpo de un plumazo, llamo al timbre. Los segundos que

tarda en abrir la puerta, se me antojan horas, aunque me dan tiempo para ensayar la pose que pondré cuando lo haga... Despreocupado, ansioso, divertido, amistoso...

—Hola... —me saluda extrañada en cuanto abre la puerta.

—Hola —contesto con las manos en los bolsillos de los pantalones. Sí, esa es la elaborada pose que he elegido poner... Sofisticado, ¿verdad?

—¿Se te ha olvidado algo...? —me pregunta, señalando hacia el interior de su casa.

Mientras sopeso la respuesta, me da tiempo de observarla detenidamente. Vestida así, informal, no parece tan... inalcanzable para mí, hecho que aumenta mi optimismo de forma exponencial. Ella se da cuenta de que la miro, y enseguida se pone nerviosa, así que, antes de que me cierre la puerta en las narices, me decido a contarle el motivo de mi visita.

—No... Es que... Tengo tu caldera.

—¿Mi...? Esto... ¿Qué?

—La caldera nueva. Bueno, no es nueva, pero es de lo mejorcito del mercado. Tiene capacidad suficiente para que te duches con agua caliente y llevar calor a todos los radiadores de la casa. Antes de irme, comprobé la instalación y, aunque es vieja, creo que solo tendré que cambiar algunos tubos. He traído las herramientas necesarias y...

Entonces veo su mirada de estupor. Vale, quizá estoy pareciendo algo ansioso y, por qué no decirlo, un poco acosador obsesionado. Esto no me parece tan buena idea como esta mañana, la verdad, y empiezo a tener poca confianza en mi estrategia de acercamiento.

—Si no te va bien, no pasa nada... —empiezo a decir.

—¿Una caldera para ducharme con agua caliente? ¿Aquí? ¿En esta casa? ¿Para mí?

—Sí... Anoche te dije que, de todo lo que había que hacer en tu casa, era de las cosas más fáciles y en las que te podría echar una mano... Quizá me he tomado la libertad y debería haberte preguntado antes...

Pero entonces se me echa al cuello y me abraza mientras grita en mi oído:

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! —Hasta que se separa de mí de sopetón—. Pero... Dime lo que te debo. Te pagaré.

—Tranquila...

—Pero lo haré.

—Lo sé, y tengo que admitir que tu propuesta de hacerlo privándote de salir menos durante el fin de semana, con todo lo que eso conlleva, me gusta.

—¿Insinúas que no disfrutas viniendo a rescatarme cuando te lo pido?

—Bueno, recogerte, aún... Soportar tus discursos punzantes, no tanto...

—No es nada personal, lo prometo.

—Eso espero. Aunque también tengo que reconocer que gracias a ellos conozco algún dato interesante...

—¿De veras?

—Sí.

—¿Cómo cuál?

—Ah, no. Ni hablar. Estabas demasiado... achispada como para acordarte, así que tú te lo pierdes. Me guardo esa información para mí —digo moviendo las cejas arriba y abajo. Me mira con la boca abierta, aunque enseguida vuelve a asomar la sonrisa en sus labios, así que aprovecho la buena racha—. Entonces, ¿qué me dices? ¿Tienes un rato para que te instale la caldera?

—¿Por una ducha de agua caliente? Tengo todos los ratos que quieras.

Rachel

Llevo un par de horas mirando a Elliott enroscar tubos con una llave enorme, y tengo que admitir que me está pareciendo algo de lo más interesante. Nunca me había llamado tanto la atención el tema de la fontanería... o lo que narices esté haciendo. Seamos sinceras entonces, lo que me parece interesante es poder observarle detenidamente. A él, no a los tubos de color cobre con los que se está peleando. A su camisa pegada al pecho, no a la llave inglesa que está usando. A las gotas de sudor que inundan su frente, a su mandíbula apretada, a los músculos de sus brazos, a los tatuajes que le asoman, a la cicatriz que corta su ceja derecha por la mitad.

—Vale. Esto ya está. Abre el grifo del agua caliente —me pide.

Tardo un poco en reaccionar, pero cuando lo hago, me levanto emocionada y corro hasta el grifo de la cocina. Pongo la mano debajo del chorro, espero unos segundos y entonces empiezo a sentir el calor en mi mano. Giro la cabeza para sonreírle, gesto que él imita. Se acerca a mí y pone su mano bajo el chorro, rozando mi piel. Ese simple contacto vuelve a despertar cierto cosquilleo en mi interior, y no puedo evitar mirarle con cara de boba. Él me mira fijamente a los ojos, y casi puedo sentir el calor en ellos, hasta que, pasados unos segundos, desvía la mirada de golpe, puede que incluso algo incómodo.

—No cantemos victoria aún. Sube al baño y abre el grifo de la ducha —dice.

—¡Voy!

Subo y hago lo que me pide. Pongo la mano bajo el chorro del agua, espero un par de segundos y entonces, al sentir el calor abrasador en mi mano, grito. La retiro de inmediato y, como una idiota, doy vueltas sobre mí misma agitando la mano para intentar enfriarla. En ese momento, él entra en el baño como un vendaval, con cara de preocupación. Se me queda mirando con los ojos muy abiertos, respirando por la boca con dificultad.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Y entonces me entra la risa. Su expresión pasa a ser de asombro y parece algo descolocado.

—Me he quemado —digo.

—¿Te duele? —me pregunta, acercándose a mí. Me coge la mano con delicadeza y la lleva con cuidado bajo el grifo del lavamanos. El agua fría calma al instante mi quemazón.

—Ya no... —Sonrío—. Me he quemado. Es genial.

—¿Es genial quemarse?

—¡Sí! —contesto, secando algunas lágrimas que asoman en mis ojos.

Sin mediar palabra, me pego a él y beso sus labios. Temo haberme precipitado, pero entonces siento su mano en mi cintura.

—Espera —le pido, separándome unos pocos centímetros de su boca—. No te pienses que este es mi pago por el calentador.

—Ajá —contesta él, justo antes de pegarse a mí de nuevo.

—Te pagaré —insisto volviéndome a apartar.

—Vale —responde besándome otra vez.

—Con dinero.

—Rachel —me corta.

—¿Qué?

—Calla y no me vuelvas a interrumpir.

CAPÍTULO 9 - ALGO EN COMÚN

Elliott

Abro los ojos de forma perezosa, intentando acostumbrarme a la luz que entra por la ventana. Enseguida me doy cuenta de que su cabeza reposa en mi hombro y de que mi brazo rodea su torso desnudo. No puedo verle la cara, pero sí escucho su respiración relajada. Me quedo embobado mirando cómo su mano sube y baja al compás de mi pecho. Su piel blanca y delicada contrasta con la mía, algo más morena y curtida, llena de moratones producto de los lances de los partidos semanales. Incluso en eso somos diferentes... ¿Cómo puedo sentirme tan bien a su lado? ¿Por qué tengo la necesidad de estar con ella?

Al instante, se me empiezan a ocurrir muchas más preguntas... ¿Cómo me tengo que comportar a partir de ahora? Quiero verla a menudo, eso está claro, pero no sé si ella quiere verme de la misma forma que yo a ella. O sea, ¿quiere verme porque nos encontremos por casualidad o quiere que nos veamos porque hayamos quedado a propósito? ¿Quiere que nos veamos de vez en cuando y quizá follar alguna que otra noche o quiere que nos acostemos más asiduamente?

—Oh, joder... —maldigo en voz baja.

Rachel se remueve y me quedo inmóvil, incluso sin respirar. Se da la vuelta, tirando de la colcha, dejándome totalmente desnudo. Aprovecho para levantarme y, después de ponerme el calzoncillo, camino hacia la puerta de forma sigilosa.

—¿Te vas? —escucho su voz a mi espalda.

Me doy la vuelta lentamente y sonrío al ver la expresión soñolienta de su cara. Vuelvo a la cama y me siento a su lado.

—¿Debería hacerlo?

Rachel rehúye mi mirada y estruja la colcha entre sus dedos.

—Creía que mis confesiones de ayer te lo habían dejado lo suficientemente claro...

—También sé que tienes en gran consideración lo que una máquina opina de nosotros, así que no tengo muy claro qué quieres que haga. —Rachel se sienta en la cama, tapándose con el edredón. Sigue sin mirarme a los ojos, así que acerco mi mano a su mejilla y la acaricio. Cuando lo hago, añado—: No quiero que pienses que quiero huir, pero tampoco quiero hacer nada que te haga sentir incómoda...

—¿Quedándote, te sentirías incómodo?

—Eh... No... De hecho... —No puedo seguir hablando, pero la sonrisa tímida que se dibuja en mis labios me delata.

—Y me gustas... A pesar de... todo lo que nos separa.

—Y tú a mí —le confieso aliviado.

Rachel sonrío, aunque a los pocos segundos, se tapa la cara con ambas manos.

—Qué vergüenza... —dice.

Agarro sus muñecas y la obligo a mirarme de nuevo. Acerco mi boca a la suya hasta que nuestros

labios se rozan.

—Además, ¿qué cojones sabe esa máquina de compatibilidades? ¿Acaso nos ha visto en la cama? — le pregunto, moviendo las cejas arriba y abajo.

Al instante, me abalanzo sobre ella, al tiempo que rodea mi cuello con sus brazos y ríe a carcajadas. No somos tan diferentes... Pero, si lo somos, ¿qué más da?

Rachel

—Hoy tengo todo el día ocupado... —digo mientras miro mi agenda, apoyada sobre la encimera de la cocina, con una taza de café en la mano y el pecho de Elliott contra mi espalda.

—Está bien. ¿Y mañana?

—Tengo un par de reuniones con unos clientes por la tarde... ¡pero de once a doce de la mañana estoy libre!

—Se supone que a esa hora debería de estar cambiando las cañerías en casa de un cliente...

—Pues... ¿qué me dices del viernes por la tarde? —pregunto, después de pasar varias hojas de la agenda.

—Los viernes tengo partido...

—Oh.

—¿Qué me dices del sábado por la noche?

—Tengo que asistir a una cena benéfica que organiza el Colegio de Abogados de Nueva York... Se lo prometí a Kelly, y no me puedo escaquear...

—Bueno, podría faltar al partido...

—No, no, no... No quiero que cambies tus planes por mí.

Una parte de mí quiere sugerir la única opción posible que nos queda: que cada tarde, al acabar de trabajar, se venga a mi casa en lugar de a la suya y no se marche hasta la mañana siguiente.

—Bueno, pues... ¿Nos llamamos... digamos... el domingo? —me pregunta.

Vale... Puede que sea muy precipitado.

—Sí, vale. El domingo es perfecto —contesto con demasiada efusividad, cuando, en realidad, sé que no verle hasta dentro de cinco interminables días, va a ser una verdadera tortura.

—De acuerdo...

—Bien...

Cuando me doy la vuelta, justo después de dejar la taza, nos limitamos a mirarnos durante unos segundos. Mis altos tacones permiten que nuestras caras queden a la misma altura. Al rato, apoyo las palmas de las manos en su pecho y aliso su camisa de cuadros.

—Hasta el domingo —susurra.

—Sí...

Entonces, rodea mi cintura con un brazo, coloca su otra mano en mi nuca y me besa con firmeza. Cuando se separa de mí segundos después, mientras se aleja hacia la puerta principal, me veo obligada a agarrarme a la encimera.

¿Hasta el domingo? Se me va a hacer eterno... Está claro que no tengo una vida tan ajetreada como para no haber sido capaz de encontrar un hueco para verle. Puede que, en realidad, tenga miedo de hacerle un hueco en mi agenda. O en mi vida. Puede que ambos tengamos miedo de hacerlo.

Elliott

Tenía la esperanza de que ese beso la hiciera recapacitar, pero no fue así. Puede que quisiera que... no sé... quizá que me pidiera que me pasara por su casa alguna noche, o que me invitase a acompañarla a esa cena benéfica... O podría haberla invitado yo al partido...

¿A quién quiero engañar? Sé perfectamente por qué no se lo he dicho, y es por el mismo motivo por el que ella no me lo ha pedido a mí: porque dejarnos ver juntos, como pareja, frente a nuestros amigos y conocidos, sería ir un paso más allá. Además, llenarse de barro hasta las rodillas no es su plan ideal para un viernes noche y rodearme de tipos estirados con los que no sabría de qué hablar tampoco es el mío para un sábado noche. Ella necesita a alguien con una estabilidad económica que yo no tengo, alguien con clase, con un buen trabajo... y sin antecedentes penales.

En ese momento, me acuerdo de él y de que esta semana he estado algo ocupado y no me he acordado de llamarle.

—Mierda... —resoplo.

Sé que hasta ahora no he conseguido hablar con él. De hecho, ni siquiera he podido escuchar su voz, pero no estoy dispuesto a rendirme. Necesito hacerle saber, de alguna manera, que sigo aquí... A pesar de no tener ningún derecho a hacerlo... No siempre me cogen el teléfono, y sé que las veces que lo hacen, es gracias a la madre de Steph. Siempre le caí bien, no como a su marido y, a pesar de que soy consciente de que nunca me perdonará por lo que hice, una parte de ella sigue creyendo en mí. Ella confiaba en el criterio de su hija, y siempre decía que algo debió ver su hija en mí como para enamorarse de mí. A día de hoy, incluso yo sigo preguntándome qué fue.

—No necesita nada y no quiere hablar contigo —dice el padre de Steph nada más descolgar, con voz cansada—. Deja de llamarle...

—¡Espere! —le pido cuando intuyo que va a colgar—. ¿Cómo sabe que no quiere hablar conmigo? ¿Acaso se lo ha dicho él? ¿Sabe que existo? ¿Qué le han contado de mí? Déjeme hablar con él...

—No.

—Pero...

—No.

—Soy su padre.

—Tengo unos papeles que certifican que no tienes la custodia. Podrás ser su padre biológico, pero, para Holden, estás muerto.

—¿Qué quiere decir con que estoy muerto?! ¿Le han dicho que estoy muerto?! ¡Señor Miller! —
Insisto al ver que él no me contesta, así que, llevado quizá por la ira, o por la impotencia, le amenazo—:
¡Voy a luchar por recuperarle! ¿Me escucha?! ¡Quiero a mi hijo!

—¡No me hagas reír! ¿Quién en su sano juicio le daría la custodia de un niño a un asesino? Buena suerte con eso...

Rachel

Es viernes y la semana ha pasado horrorosamente lenta. Además, tener a Elliott todo el día en la cabeza, deseando recibir algún mensaje o llamada suya, no ayuda en nada a mantener mi sano juicio. Así pues, llevo varias horas sepultada tras unas pilas infinitas de papeles cuando la puerta del despacho se abre y entra Kelly. Lleva algo en las manos, pero no atisbo a verlo bien hasta que no la tengo delante y lo deja caer sobre mi mesa.

—Kelly... ¿Qué es...?

—El primero de tus gatos. Enhorabuena.

—Pero...

En ese momento, el animal se acerca a una de las pilas de papeles y se rasca contra ella, provocando que la mayoría de ellos caigan al suelo.

—¡Kelly! —grito cabreada, poniéndome en pie de golpe y asustando así al pobre animal.

—¿Qué?!

—¡Mira la que has liado!

—¡Yo no he sido! ¡Ha sido Mortimer!

—¿Mortimer?

—¡El gato!

—¿Qué clase de nombre es Mortimer?

—Ojito, no vaya a ser que hieras sus sentimientos e incluso él te abandone.

—¡Pues mejor, porque yo no quiero un gato!

—Eso tampoco es culpa mía. Eres tú la que se empeña en permanecer soltera y sin compromiso por el resto de sus días.

—¿Aún estás con eso?

—¿Cómo no quieres que lo esté? Tienes una sesión de sexo increíble con un tipo sexy con avaricia, ¿y tú sacas la agenda para volverle a ver? ¡Por el amor de Dios, Rachel! ¡Borra todos tus compromisos y vuélvelo a meter en tu cama de inmediato!

—¡No puedo hacer eso!

—¡Sí puedes! ¡Pero eres una cagada y una... esnob!

—¿Esnob?!

—¡Pues sí, porque estás esperando a que venga a rescatarte un príncipe azul montado en un jaguar, que te lleve a esquiar y para tu cumpleaños te lleve a París! ¡¿Qué más da que tu príncipe conduzca una furgoneta y solo se pueda permitir llevarte al cine de vez en cuando?!

—No lo entiendes... —digo, bajando el tono de voz.

—Sí lo entiendo, sí. Eres idiota, y punto. —En ese instante, el gato se me refriega contra una pierna y ronronea reclamando algo de cariño. Kelly le señala y dice—: Está castrado, así que contrólale la dieta porque se pondrá gordo como un ceporro.

En cuanto dice eso último, se da la vuelta y se dispone a salir por la puerta. Cuando logro recuperarme del shock, la detengo:

—¡¿A dónde vas?!

—¡He quedado con Alexander!

—¡¿El heredero de los McAllister?!

—¡El mismo! —contesta con una seguridad pasmosa.

—¡¿Y yo soy la esnob?!

—¡Yo no tengo remedio y mis pies no soportan llevar zapatos de menos de cien dólares que mi sueldo no me permiten! ¡Necesito una ayuda extra de vez en cuando!

—¡¿Sales con él solo para que te compre unos zapatos?!

—¡Zapatos ya tengo, pero un bolso nuevo no me vendría mal!

—¡Qué rastrera interesada...!

—¡Lo que tú digas!

—¡¿Por qué nos estamos gritando?!

—¡Porque eres idiota! ¡Y yo tu amiga! ¡Y me preocupo por ti! ¡Y me da rabia que tires tu futuro por la borda!

Nos miramos durante unos segundos, en silencio. Entonces, sus labios se curvan hacia arriba mientras se encoge de hombros.

—Pásalo bien esta noche con tu nuevo amigo.

Miro pasmada cómo se cierra la puerta a su espalda. Entonces, Mortimer da un salto desde el suelo hasta la mesa y se sienta frente a mí, moviendo la cola de un lado a otro. Me mira como si me preguntara:

—¿Y bien? ¿Cuál es el plan para esta noche?

Frunzo el ceño y le observo durante unos segundos, hasta que entonces soy plenamente consciente de lo que quiero hacer.

Elliott

—¿Y por qué no la has llamado? —me pregunta Ian mientras efectuamos unos estiramientos.

—Porque tenía la agenda muy llena y...

—No te lo tomes a mal —me corta—, pero, después de lo que hiciste por ella el otro día, que no tenga tiempo para ti hasta el domingo, no dice mucho de tus dotes amorosas, colega.

Le escucho cada vez más convencido de que tiene razón. Por suerte para mí, el partido empieza pocos minutos después. Para mi desgracia, y para la de mi equipo, no estoy todo lo concentrado que debería y recibo un placaje tras otro. El campo está muy embarrado por culpa de la lluvia intensa de anoche, así que al menos caigo sobre suelo blando. A pesar de eso y del tiempo desapacible que hace, nuestras incondicionales seguidoras, las esposas, novias e incluso hijos de casi todos mis compañeros de equipo, han venido a animarnos como cada semana.

Llevamos una media hora de juego y perdemos por un ensayo cuando recibo el balón y al verme libre de marca, empiezo a correr como alma que lleva el diablo. Por el rabillo del ojo veo cómo un contrario que me debe de sacar diez centímetros, y unos veinte kilos de peso, se me acerca con una agilidad inusitada para su envergadura. Aprieto los dientes y hago verdaderos esfuerzos para luchar con el peso del barro que se acumula en mis botas.

—¡Corre, Elliott, correeeeeeee!

Espera... Esa voz... ¿Es...? ¿Es ella? De forma inconsciente, aminoro el ritmo y la busco con la mirada. Para mi desgracia, antes de poder encontrarla, el tipo enorme se lanza hacia mí y, golpeándome por el costado, me hace un placaje que me saca del terreno de juego. Su cuerpo me aprisiona el pecho, impidiéndome respirar con normalidad, así que le golpeo para que se quite de encima. El tipo me obedece, pero me levanta a mí a la vez y, agarrándome por la camiseta, siento cómo mis pies dejan de tocar el suelo durante unos segundos. Cuando mi espalda choca de nuevo contra el suelo, cuando dejo de ser una diversión para el mastodonte, no puedo evitar encogerme de dolor.

—¿Elliott...?

Vuelvo a escuchar su voz y, olvidándome por completo del dolor de espalda, me pongo en pie de un salto. Entonces la veo, de pie en uno de los laterales del campo, a pocos metros de mí. Vestida con una falda de tubo, medias, camisa y americana, con un bolso colgado del hombro, abrigada con un enorme pañuelo que le cubre cuello y hombros, me mira preocupada, sin darse cuenta de que se acaba de convertir en el centro de todas las miradas. Camino lentamente hacia ella, aprovechando que se ha detenido el juego durante unos segundos.

—¿Qué...? —balbuceo mirándola de arriba abajo.

—¡Ese tío es un desalmado! —grita señalando al mastodonte, sin ningún miedo.

—No... Ha hecho lo que tenía que hacer...

—¿Perdona? Ha ido a por ti de forma descarada.

—Claro.

—Para hacerte daño...

—No... Para pararme.

—Pues no entiendo esta brutalidad de deporte, si es que se le puede llamar así a... esto —asegura, abriendo los brazos, señalando alrededor.

Intento sonreír, pero tuerzo el gesto formando una mueca patética. Todos nos miran, las mujeres con más atención ya que están más cerca y porque no se deben de poder creer que alguien en su sano juicio haya decidido venir al campo vestida de esta manera. Cuando Rachel ve que las miro de reojo, se fija en ellas y entonces se da cuenta de cómo van vestidas, ataviadas con sus vaqueros, botas de agua y anoraks. Algunas incluso con gorros y bufandas. Se mira los pies, hundidos completamente en el barro, que le llega hasta más arriba de los tobillos, y se me escapa la risa.

—¿Te puedes mover? —le pregunto.

—No creo... —responde con la cabeza agachada—. Vine directamente desde el despacho y no tuve tiempo de cambiarme y...

—¿Quieres decir que, si hubieras tenido tiempo, te habrías puesto algo así? —le pregunto, señalando a los pies de las chicas.

—Bueno... No, pero... —Chasquea la lengua y entonces intenta darse la vuelta—. Esto no ha sido buena idea.

La detengo, agarrándola del brazo con suavidad.

—Ha sido una idea fantástica —susurro en voz baja.

Me acerco a ella y la miro de arriba abajo, con una sonrisa de medio lado dibujada en mi cara. En un principio, dudo si tocarla o no, porque estoy sudando y lleno de barro, pero entonces la abrazo y, ladeando la cabeza, la beso. Al rato escuchamos los vítores de mis compañeros de equipo e incluso de alguno de los rivales, aunque durante unos segundos, no hacemos caso de ellos. Solo quiero besarla, sin abrir los ojos, porque así, si no nos vemos, no parecemos tan diferentes.

—¡Eh, vamos, tortolitos! ¡Dejad algo para luego!

—¡Largaos a un hotel!

—¡Basta ya, ¿no?!

Sin dejar de besarla, levanto una mano y les enseño el dedo corazón, pero, al rato ella se separa y, cogiendo mi cara entre sus manos, me dice sonriendo:

—Te reclaman.

—No te vayas, por favor... —le pido.

—No lo haré.

—¿En serio?

A pesar de que asiente con la cabeza, vuelvo al terreno de juego caminando de espaldas, como si quisiera asegurarme de que no se irá en cuanto me dé la vuelta. Luego le guiño un ojo y, sonriendo de oreja a oreja, con el corazón latiendo a mucha velocidad, vuelvo con el grupo para proseguir con el partido.

—Se te ha puesto cara de gilipollas... —me susurra Ian en cuanto se coloca a mi lado.

—¿Tiene pasta o qué? —me pregunta Brian.

—¿Dónde has conocido a esa? No tiene pinta de ser una fanática del rugby o de la escalada... —interviene Pete.

—¿Seguimos o qué? —pregunto sin hacer caso de su interrogatorio.

—¿Es tu novia? —insiste John.

—Es la que le desatasca las cañerías —contesta Ian moviendo las caderas hacia delante y hacia atrás, de forma obscena y nada disimulada. A pesar de la colleja que le doy, ni se inmuta—. Ya me entendéis...

Antes de que el juego se vuelva a poner en marcha, la miro sin poder dejar de sonreír. Mueve la cabeza a un lado y a otro, abrazándose el cuerpo con los brazos. Se la nota incómoda, y fuera de su ambiente, hasta que nuestros ojos se encuentran y sonrío de nuevo. De repente, cuando lo hacemos, nada parece estar fuera de lugar, todo parece encajar.

Rachel

Tengo frío, estoy sucia y no entiendo nada de lo que sucede frente a mis ojos. Me limito a seguir a Elliott con la mirada por todo el campo, después de intentar entender, en vano, por qué pugnan por esa especie de melón sin compasión alguna. Tengo que reconocer que verle correr, sucio y sudoroso, o verle esquivar contrarios, me pone bastante. No puedo decir lo mismo cuando le derriban sin ningún miramiento, menos aun cuando un mastodonte de más de dos metros le cae encima.

Por el rabillo del ojo veo a unos niños jugando cerca de mí. Imitando a los mayores, se lanzan un balón, algo más pequeño, mientras se tiran al suelo de forma premeditada. Cada centímetro de su cuerpo está manchado de barro, pero sus madres, que doy por hecho que deben de ser algunas de las chicas situadas a unos metros de mí, no les dicen nada. Será habitual, pienso mientras se forma una mueca de asco al imaginarme a un monstruo de estos sentado en mi coche, o teniéndole que bañar al llegar a casa.

Entonces me fijo en esas chicas, que charlan de forma animada, ríen a carcajadas y, de vez en cuando, entonan algún grito de ánimo hacia los chicos. Todas van vestidas de forma muy informal, con vaqueros o incluso chándal, botas de agua o de montaña, anorak y gorros. Algunas sostienen una taza de café entre las manos y de vez en cuando, aunque intenten disimularlo, me miran y cuchichean. No puedo evitar agachar la cabeza, algo incómoda. Estoy totalmente fuera de mi ambiente, y empiezo a sentir que no encajo aquí, pero entonces, de forma casual, vuelvo a prestar atención al partido y veo a Elliott mirándome fijamente. Me sonrío y mis dudas se esfuman de golpe: estoy justo donde quiero estar. Levanto una mano y le saludo, gesto que él imita con timidez. En ese momento, vuelve en sí y corre hacia un contrario para placarle. Cuando lo consigue, se limpia con el brazo unos restos de barro de la cara y escupe al suelo. Si su intención es pavonearse frente a mí, demostrar su hombría, doy fe de que su estrategia funciona a la perfección, e incluso empiezo a plantearme hacerme asidua a estos partidos.

No entiendo bien lo que sucede a continuación, pero los dos equipos se ponen uno frente al otro, todos agarrándose por los hombros, embistiéndose de frente. Todo muy bruto, aunque jodidamente sexy.

Poco después, parece que el partido acaba. No sé quién ha ganado, pero todos se saludan con deportividad. Elliott recoge una bolsa de deporte, se pone una sudadera encima del sucio uniforme y se acerca hasta mí.

—¿Nos vamos?

—¿No te duchas?

—No hay vestuarios... —me contesta—, pero, aunque los hubiera, esperaba poder comprobar por mí mismo si tu nueva caldera funciona correctamente.

Me mira levantando una ceja, de forma socarrona. Intento ponerle las cosas difíciles, hacerle ver que no voy a caer rendida a sus encantos tan fácilmente, pero mi cuerpo me delata. Mis rodillas empiezan a flaquear, mis mejillas se sonrojan y mi labio siente la necesidad de ser mordido con saña...

—Eh... Hola... —Nos interrumpe uno de sus amigos, que se acerca con tiento—. ¿Hace falta que te llevemos a casa o...?

—No. Creo que no hará falta, Ian. Me... voy con Rachel.

—De acuerdo. Nos vemos, entonces...

El amigo de Elliott parece no querer irse y no deja de mirarme, sonriendo, así que casi me veo obligada a hablar.

—Encantada, Ian.

—Igualmente, Rachel. Soy...

—Eres ese Ian, ¿verdad? El de los mensajes...

—Ajá.

—Pues... Gracias. —Se lo agradezco de corazón, con una enorme sonrisa dibujada en los labios.

—Cuida de él, ¿vale? —Me pide, sin dejar de asentir con la cabeza—. Va de chulito, pero es todo fachada.

—Lo tendré en cuenta —respondo.

Elliott le empuja levemente y tras chocarse las manos, nos quedamos solos de nuevo. Según puedo observar, los críos que jugaban antes a mi alrededor son los hijos de Ian y una de las chicas que me repasaba de arriba abajo, su mujer.

—¿Nos vamos?

—Me parece que voy a necesitar algo de ayuda... —le contesto, señalándome los pies, hundidos completamente en el barro.

Entonces, ni corto ni perezoso, me coge en brazos sin ninguna dificultad. Me agarro de su cuello mientras río a carcajadas.

—No ha sido tan difícil.

—Espera, mis zapatos siguen anclados en el barro.

Me mira los pies, enfundado en las medias, y luego mira el hueco en el barro que han dejado. Me mira a la cara, las comisuras de los labios se le curvan hacia arriba y, sin darme tiempo para quejarme, me cuelga de su hombro para evitar posarme en el suelo mientras él mete la mano y rescata mis pobres zapatos. Mira el taconazo de diez centímetros y ríe negando con la cabeza.

—¿Qué? —Le pregunto cuándo empieza a caminar, cargando conmigo en sus brazos.

—Nada.

—En serio, suéltalo.

—Solo a ti se te ocurriría venir con esto en los pies...

—No sabía que se exigía un código de vestimenta específico —contesto, al tiempo que llegamos a mi coche y me deja en el suelo—. ¿Podrías poner la sudadera encima del asiento para no mancharme la tapicería?

Me mira torciendo el gesto, con una ceja levantada, justo antes de contestar:

—¿Desde cuándo le tienes tanto aprecio a la tapicería de tu coche? Supongo que será después de aquella noche...

—¿Te vas caminando?

—¿A mi casa, dices? —me pregunta retándome, con tono provocador.

—Sube y calla.

Elliott

El agua pica contra mi espalda, rebotando en todas direcciones. Con las manos apoyadas en las baldosas y la cabeza agachada, intento recuperar el aliento después de una más que satisfactoria sesión de sexo. Rachel destapa en mí unos sentimientos que creía enterrados, o incluso muertos. Cuando la toco y la beso, necesito más, no consigo saciarme de ella... y eso me desconcierta.

—¿Te apetece cenar algo? —Escucho que me pregunta.

—Vale —contesto sacando la cabeza por detrás de la mampara de la ducha.

Enfundada en su albornoz y con el pelo envuelto en una toalla, me mira con unos cuantos prospectos de restaurantes a domicilio en las manos.

—¿Te gusta el sushi? —me pregunta ilusionada.

—Eh...

—¿No te gusta?

—No lo sé... Soy más de pizza y bocadillos, supongo... Pero puedo probarlo. A lo mejor me gusta.

—Podemos pedir otra cosa si...

—No, no, no. Perfecto. Sushi.

—Vale, pues voy a llamar para pedirlo.

—Genial.

Cuando salgo de la ducha minutos después, me anudo una toalla a la cintura y salgo a la habitación para buscar mi ropa, que, si no recuerdo mal, tiramos al suelo de cualquier manera. Al no encontrarla, salgo de la habitación y miro en el pasillo, sin suerte. Bajo las escaleras y camino hacia la cocina, donde escucho la voz de Rachel, encargando la cena.

—No encuentro mi ropa —digo en cuanto cuelga.

—Porque te la he puesto a lavar.

—Ah. Y... ¿Qué se supone que me voy a poner...?

—Bueno, pues tenía la esperanza de que no te pusieras nada —contesta sin ningún pudor, acercándose a mí. Apoya las palmas de las manos en mi pecho desnudo y prosigue—: Al menos hasta que acabe la secadora, dentro de... pongamos... dos horitas más o menos. ¿Crees que podrás esperar hasta entonces o pretendes salir huyendo antes?

Sonrío mientras hago ver que me lo pienso y ella me mira divertida.

—Bueno, has prometido alimentarme, si es que a esta cosa se le puede llamar comida —digo mirando el prospecto del restaurante, con el ceño fruncido—, así que supongo que podré aguantar...

—¡Oye! Te dije que podíamos pedir otra cosa... —Asegura, intentando darme un manotazo sin éxito, porque consigo agarrar su mano a tiempo.

Entonces miro nuestras manos agarradas y acaricio su piel con el pulgar. Es tan suave y delicada... Nuestras miradas se encuentran y el aire entre nosotros parece hacerse más denso. Trago saliva con dificultad, abrumado por la situación, hasta que su voz me devuelve a la realidad de nuevo.

—¿Quieres bailar?

—¿Cómo?

Rachel se encoge de hombros y me doy cuenta de nuestra postura. Mi brazo rodeando su cintura, el suyo alrededor de mi cuello y nuestras manos en el aire, con los dedos entrelazados. Sonrío agachando la cabeza, intentando esconder todo lo que estoy empezando a sentir por ella. No quiero que vea la cara de bobo que pongo cuando me sonrío, ni cómo me sonrojo cuando me acaricia.

Pero entonces siento unos arañazos en la espalda que consiguen que mi expresión de bobo se esfume de un plumazo.

—¡Joder! —grito, separándome de ella al instante.

Me llevo una mano a la espalda y agarro el lomo de algo peludo. Lo sostengo en el aire para descubrir que es un gato. Nos miramos fijamente, justo antes de que me intente dar un zarpazo. Lo lanzo sin ningún miramiento, pero el animal se las arregla para caer de pie, con agilidad y elegancia, y luego se acerca de forma sigilosa a Rachel.

—¿Qué cojones es esto...?

—Pues un gato.

—¿Tienes un gato?

—Desde hoy, sí.

—¿Desde hoy?

—Es una larga historia... Elliott, te presento a Mortimer.

—¿Mortimer? ¿Qué mierda de nombre es ese?

—Shhhh... Modera tu lenguaje, parece ser que es bastante susceptible con ese tema en particular.

—Me mira como si... me odiara —digo, mirando al animal de reojo, que sigue frotándose contra las piernas de Rachel. Si no fuera una locura, apostararía incluso que sonrío con superioridad.

—Te ha salido un duro competidor... —contesta ella de forma desafiante—. Parece ser que tendrás

que luchar por mí.

Por suerte, el timbre de la puerta suena para salvarme de esta situación incómoda.

—Abre tú —me dice enseguida, tendiéndome un par de billetes de veinte dólares—. No quiero que me vean de esta guisa.

—Y es mejor que me vea a mí de esta, ¿no? —pregunto, señalándome la toalla anudada en mi cintura con ambas manos.

Rachel

—¿Y qué dices que es esto? —me pregunta, mirando fijamente lo que sostiene entre los dedos.

—Huevas de salmón.

—¡La hostia! ¡Qué mal suena!

—Pero está bueno. Pruébalo.

Se lo mete en la boca sin dudar y mastica mirando al techo. Después de tragar, se toma su tiempo antes de dar su veredicto.

—No está mal.

—¿Seguro que no quieres un poco de vino?

—Seguro.

—¿Y una cerveza?

—Prefiero agua. —Le miro con el ceño fruncido, así que se ve obligado a aclarar—. No tomo alcohol.

—¿Nada? —Niega con la cabeza, de forma tajante—. Siento no poder ofrecerte otra cosa que agua... Pero puedo ir a comprarte un refresco, si quieres...

—Tranquila. Estoy bien.

—¿Pero nada de nada?

—Nada de nada.

—Guau... ¿Ni siquiera un sorbo de champan en las celebraciones?

—¿Tan raro parece?

—Pues... sí. En un tío como tú, sí.

—¿Un tío como yo?

—Sí... O sea... Tienes pinta de... chico malo. Con todos esos tatuajes, magulladuras y cortes... Y los chicos malos, beben y fuman... —Aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea—. Pero lo has probado, ¿no? O sea, te habrás emborrachado alguna vez, ¿no?

Carraspea para aclararse la voz.

—Tuve alguna mala experiencia que otra, sí.

—Sé de qué me hablas —digo, golpeando su hombro con el mío—, aunque no lo creas...

Se me escapa la risa y entonces le vuelvo a pillar mirándome embobado. Enseguida cambia la expresión porque, por alguna razón que desconozco, no quiere mostrarme sus sentimientos, aunque los conozco. Yo, en cambio, no temo hacerlo. De hecho, que hoy me haya presentado en el partido, ha sido una forma de demostrarle que me da igual que seamos tan diferentes. No tengo ni idea de rugby, no he visto un partido en mi vida y no entiendo por qué no se pueden pasar el melón ese sin necesidad de darse golpes, pero estoy dispuesta a entenderlo. Por él. Me gusta de veras, cada vez más, aunque siento que hay algo en él que desconozco. Elliott ha construido una barrera a su alrededor, que no sé si voy a ser capaz de echar abajo, aunque no dudaré en intentarlo.

Elliott

—¿Sabes qué? Mañana voy a ir de compras.

—Ajá...

—Voy a comprarme unas botas de esas...

—¿Botas de esas...?

—Sí... De esas para poder ir a los partidos sin hacer el ridículo. —Levanto la vista del plato de sopetón, con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué me miras así? ¿No te parece bien...

—Me parece estupendo que te compres unas botas —le contesto, intentando disimular mi alegría.

—Y... Que... ¿vaya a verte de vez en cuando...?

—También... De hecho, mucho más.

—De acuerdo —contesta agachando la cabeza, con una sonrisa tímida dibujada en los labios.

—Pero no hace falta que te compres nada...

—¿Bromeas? ¿Has visto cómo me miraban las demás? —Niego con la cabeza—. Pues eso, que necesito unas botas y ropa pordiosera con carácter urgente.

—¿Ropa pordiosera?

—Sí... Ya sabes... Vaqueros y jerséis enormes de lana...

—¡Ah! Ropa cómoda, quieres decir.

—Será todo lo cómoda que tú quieras, pero seguro que no realzará mi figura.

—Pues yo estoy seguro de que estarás preciosa igual...

—Lo que tú digas...

—De hecho, estoy deseando verte vestida con tu nuevo uniforme pordiosero.

—Para que veas lo que soy capaz de hacer por ti. A ver cuándo me devuelves el favor.

—A ver...

Rachel

—No me has dicho nada de mi vestido... —comenta Kelly en cuanto entramos en el enorme salón donde se celebra la cena benéfica.

—Porque, aunque es precioso, no estoy de acuerdo con tu forma de hacerte con él.

—Él me lo regaló... Yo no se lo pedí...

—Pero tampoco lo rechazaste.

—Los regalos no se rechazan. Es de mala educación.

—Kelly, ese vestido es como si fuera un pago por... follar contigo. Técnicamente...

—Y también los zapatos. El bolso ya lo tenía.

—¡Kelly! ¡Te estás aprovechando de ese pobre chico!

—Créeme, será muchas cosas, pero pobre, te aseguro que no. Además, le he dicho que no estaba del todo segura de mis sentimientos hacia él.

—¿Qué sentimientos hacia él?

—Ni idea, ya se lo dije.

—¡Kelly, no puedes jugar así con los tíos!

—¿No?

—¡No!

—Vaya... No lo volveré a hacer, lo prometo.

—¿Por qué no te creo?

—Porque me conoces demasiado bien. A lo que íbamos... Entonces, ¿te plantaste en el partido?

—Ajá.

—¿En tacones?

—Así es.

—Con un par de huevos, sí señora —dice Kelly alzando la palma de la mano para que se la choque—. Y luego te lo llevaste a casa...

—Y probamos la resistencia del calentador de agua, durante una hora más o menos... Y luego cenamos, él con una toalla cubriendo sus partes, porque metí su ropa en la lavadora...

—¡Por Dios, pero qué orgullosa estoy de ti!

—Y cuando su ropa estaba limpia y seca, le dije que, si quería, ya podía salir huyendo...

—¿Y qué hizo?

—No hacerlo hasta esta mañana... —contesto, mordiéndome el labio inferior.

—Te gusta. Y mucho.

—Bueno...

—No disimules.

—El sexo con él es increíble...

—No es solo por el sexo. Te gusta de verdad. Estás enamorada.

—¡No!

—Para ser abogada, mientes fatal. —Agacho la vista a mis manos, que sostienen una copa de vino y un canapé. Resoplo, resignada, justo antes de que ella añada—: Es normal que te guste, sois casi compatibles.

—Somos totalmente incompatibles... La máquina fue muy generosa con nosotros.

Levanto la vista mientras niego con la cabeza. Miro alrededor y observo a las personas que nos rodean. La mayoría, compañeros de profesión que han venido acompañados de sus parejas. Unos conversan animadamente, otros dan cuenta del abundante catering y otros bailan en el centro de la pista. Intento imaginarme a Elliott en este ambiente, y simplemente, no encaja. Como yo tampoco encajaba ayer en el suyo.

—Y si él te sale rana, siempre podrás darle unos cuantos hermanitos a Mortimer.

Cuando miro a Kelly, me guiña un ojo. Luego pasa un brazo por encima de mis hombros y me conduce hacia la mesa del champan para coger otra copa. Una vez allí, escucho una voz que me paraliza por completo. Mi cuerpo se tensa y se me pone la piel de gallina. Kelly, frente a mí, tiene la vista fija en ese punto a mi espalda. Su cara no deja lugar a dudas, así que, sin mirar atrás, intento alejarme de allí sin que me vea.

—Rachel, espera —me pide Kelly cuando me alcanza.

—No puedo estar aquí si él está.

—Vamos... No me digas que te ha sorprendido su presencia... Es una cena del Colegio de Abogados y él es el Fiscal General...

—¿Va con esa puta?

—No sé... Rubias hay muchas...

—Kelly, ¿es ella, sí o no?

—Ajá... —confiesa finalmente.

—Mierda...

—Míralo por el lado bueno... No te puso los cuernos con una cualquiera. Han pasado unos años y siguen juntos...

—Kelly.

—¿Qué?

—No me ayudas nada.

—Lo siento... Es que no sé qué decir...

—Es igual. Me largo.

—¡No! —grita, pero al darse cuenta de que ha llamado la atención de demasiada gente, rebaja el tono

—. No puedes irte...

—¿Por qué?

—Porque... Porque... ¡Porque no puedes darle ese gusto a Michael!

—Kelly...

—Porque tienes que demostrarle que lo has superado...

—Superadísimo, sí.

—Porque tienes que demostrarle que estás enamorada de nuevo.

—Kelly, ¿cómo quieres que le demuestre eso?

—Porque él está aquí.

—¿Él...? ¿Quién...?

—Él —repite, señalando hacia la puerta de entrada.

Titubeante, me doy la vuelta lentamente, hasta que le veo. Él aún no me ha visto a mí, así que me tomo un tiempo para observarle embelesada. Es una sorpresa que esté aquí, más aún cuando me doy cuenta de cómo va vestido. Lleva un pantalón de traje negro, una camisa blanca y una corbata a juego con el pantalón. No lleva americana y puede que los zapatos no reluzcan como los del resto, pero para mí, está absolutamente perfecto. Mantiene las manos en los bolsillos del pantalón, y entonces me descubro echando de menos sus tatuajes, ya que las mangas de la camisa los tapan. En ese momento, gira la cabeza levemente y nuestros ojos se encuentran. Saca una de las manos del bolsillo y me saluda con algo de timidez.

—¿A qué esperas? Ve con él y demuéstrole a Michael lo poco que te acuerdas de él. Yo estaré... Por ahí.

Miro a Kelly, le sonrío y entonces empiezo a caminar hacia Elliott.

—Hola... —Me saluda.

—¿Qué...? —Empiezo la frase, pero luego me echo a reír—. ¿Qué haces aquí?

—Devolver algún que otro favor.

—Guau...

—Espero que... —Carraspea para aclararse la voz—. Espero que no te moleste...

—¿Molestarme?

Nos miramos, manteniendo una distancia prudencial. Distancia algo incómoda, teniendo en cuenta lo cerca que estuvimos anoche.

—Estás... increíble —dice mirándome de arriba abajo.

—Tú también.

—Estaba en el fondo del armario, creo que de la última boda a la que asistí.

—¿Y a que no vas incómodo? ¿A que no te sientes raro?

—Hace un momento, una mujer me ha confundido con uno de los camareros...

—Sería una treta para intentar ligar contigo —le digo, acercándome a él lo suficiente, apoyando las palmas de las manos en su pecho y susurrándole—: Porque eres, de lejos, el tipo más sexy de toda la sala.

Elliott

Estoy totalmente fuera de mi ambiente y se debe de notar a kilómetros. No entiendo ni una palabra de lo que habla la gente a mi alrededor, llevo una copa de champán en la mano que sé que no me beberé, pero he pensado que quedaba mal pedir un refresco, no sé qué cojones estoy comiendo y la corbata me aprieta el cuello. Pero me da igual, porque los ojos de Rachel brillan de alegría desde que me vio en la puerta.

—Estaba a punto de irme cuando te he visto...

—Lo entiendo —susurro en su oreja—. Entre tú y yo, los abogados tienen fama de ser unos muermos...

Me da un manotazo en el brazo, justo antes de dejar que la estreche entre mis brazos.

—¿Ves a ese de ahí? —Me pregunta, señalando con un movimiento de cabeza a un tipo situado en la otra punta de la sala. Está acompañado de una rubia despampanante y le rodea un montón de gente que le ríe las gracias y le miran como si fuera Dios—. Te presento a mi ex prometido.

—No sabía que fuera a estar aquí...

—Yo tampoco, pero, al fin y al cabo, debí imaginarlo, porque es el Fiscal General.

—¿El...? ¿Tu ex es...?

Le observo detenidamente, con su porte imponente, su traje hecho a medida, esa seguridad en sí mismo y esa mirada altiva.

Rachel le observa con disimulo, aunque sin perderle de vista. En sus ojos veo cierto brillo, pero soy incapaz de precisar el motivo del mismo. Espero que recuerde que ese tipo se acostó con otra en su cama, y no todo lo que compartieron hasta ese momento. Entiendo que estuviera enamorada de él, porque es justamente el tipo de hombre con el que seguro que tiene muchas cosas en común.

Necesito distraerla, que deje de mirarle...

—¿Quieres bailar? —le pregunto de sopetón.

Rachel me mira con los ojos y la boca muy abiertos. Ladeo la cabeza y señalo la pista con ella, sonriendo de medio lado, haciendo gala de una seguridad que ahora mismo no poseo. Ella me da la mano con algo de timidez, y entonces la conduzco hacia la pista. Nada más llegar, sujeto su cintura con firmeza con una mano y agarro su mano derecha con la otra. Me mira sorprendida, incluso cuando empiezo a mecerla de un lado a otro, demostrando que sé lo que estoy haciendo. Siento sus dedos rozando el cuello

rígido de mi camisa y acto seguido acerca su boca a mi oreja.

—No puedo creer que hayas hecho esto por mí...

—No es para tanto... Solo son un par de bailes.

—Me refería a ponerte corbata —me contesta riendo.

—Eso sí que es un sacrificio enorme.

Entonces, Rachel afloja el nudo de mi corbata y desabrocha el botón del cuello de la camisa. Apoya las palmas de las manos en mi pecho y susurra:

—Mucho mejor...

—No me desates ningún botón más, porque entonces, en lugar de con un camarero, se van a pensar que bailas con un pandillero...

Me mira a los ojos y permanecemos así un buen rato, mientras la música nos envuelve... “Voy a amarte como si fuera a perderte”, dice la letra de la canción, y no puede ser más cierta. Sé que no soy suficiente para ella, así que estoy dispuesto a amarla hasta que se canse de mí y la pierda. Acercó mi boca a la suya, cojo su cara con ambas manos y la beso. Lentamente, sin prisa, sin importarme nadie a nuestro alrededor.

Rachel

No me sueltes nunca... Abrázame... No dejes de besarme...

Esos son los pensamientos que se repiten en mi cabeza una y otra vez mientras Elliott me mece lentamente de un lado a otro. Inspiro profundamente, dejándome invadir por su olor. Me acurruco entre sus brazos, dejándome proteger por ellos. Apoyo la frente en su hombro, dejando que su aliento haga cosquillas en mi oreja.

—¿Quieres que nos vayamos?

Levanto la vista y me doy cuenta de que la sala se ha vaciado de forma considerable.

—¿Cuánto llevamos bailando? —pregunto, descolocada.

—No lo sé —contesta Elliott, encogiéndose de hombros de forma despreocupada.

—Perdí la noción del tiempo...

—Espero que eso sea algo bueno.

Le sonrío con franqueza a modo de respuesta, agarrando su mano. Empezamos a caminar hacia el guardarropa para recoger mi abrigo y mi bolso de mano.

—¿Rachel? ¿Eres tú?

Su voz vuelve a helarme la sangre y, durante unos segundos, estoy tentada de salir corriendo sin mirar atrás, pero entonces, de forma providencial, Elliott aprieta mi mano, recordándome que no estoy sola. Me doy la vuelta y le encaro, intentando parecer muy segura de mí misma.

—Ah, hola, Michael. ¿Qué tal? —Pregunto sin siquiera acercarme a darle un par de besos.

—Eh... Bien, bien —contesta mirándonos a Elliott y a mí—. Hacía mucho tiempo, ¿verdad? Te perdí la pista...

Se acerca para darme un par de besos. Valoro la posibilidad de darle una bofetada, pero entonces me doy cuenta de que eso sería demostrarle que no he superado lo que me hizo. Puede que sea verdad, porque creo que nunca lo olvidaré, pero sí me estoy empezando a olvidar de él. Elliott me está ayudando a conseguirlo. Así pues, le doy dos besos.

—Michael Jones —dice entonces, tendiendo la mano a Elliott.

—Elliott Fuller.

Michael asiente lentamente, mirando a Elliott de arriba abajo, el cual mantiene el tipo impertérrito, con expresión muy seria.

—Estás... impresionante —me dice entonces, centrando su atención de nuevo en mí.

—Gracias. Bueno, ya nos veremos.

—¿Ya os vais?

—Ajá. Tenemos... cosas que hacer —digo, sintiéndome poderosa al ver cómo nos mira.

Sin más, nos damos la vuelta y empezamos a caminar hacia la salida. Elliott pone su mano en la parte baja de mi espalda, de forma posesiva, mientras yo apoyo la cabeza contra su hombro.

Cuando salimos al exterior, Elliott se coloca frente a mí y me sube el cuello del abrigo, en un gesto cariñoso para protegerme del frío. Él parece ser inmune, vestido en mangas de camisa, con un par de botones desabrochados y las mangas a la altura de los codos, y tengo que admitir que esta demostración de hombría me encanta.

—Gracias —le digo—. Sin ti no hubiera podido... Hubiera huido...

—Es él el que debería avergonzarse, Rachel. Eres una mujer increíble... Y sé que ahora mismo tiene que estar dándose de cabezazos contra la pared por haberte dejado escapar.

Al instante, rodeo su cuello con mis brazos y le abrazo. Me olvido de porcentajes, de compatibilidades y solo presto atención a mis sentimientos. Solo me importa lo bien que me siento cuando estoy con él. Al fin y al cabo, de eso se trata, ¿no?

CAPÍTULO 10 - VERDADES A MEDIAS

Elliott

La observo dormir plácidamente. Hacerlo se ha convertido en una especie de ritual matutino. Tiendo a despertarme temprano, bastante antes que ella, así que puedo aprovechar para hacerlo detenidamente.

Lo de anoche estuvo bien, mejor de lo que hubiera imaginado jamás. Tuve que vestirme como un pardillo, pero sería capaz de hacerlo de nuevo con tal de verla feliz. Es cierto que no es mi estilo, que incluso me confundieron con un camarero en alguna ocasión, que los tatuajes no son el complemento ideal para una corbata, pero ella estaba exultante de verme, y eso es lo único que cuenta.

Aún me pregunto en qué estaba pensando ese imbécil de Michael cuando decidió liarse con esa rubia oxigenada que no le llega a Rachel ni a la suela del zapato, y no hablo solo de su belleza, la cual es innegable. Cuanto más la conozco, más me quedo prendado de su optimismo, de su alegría, de su sensibilidad...

—¿Qué estás haciendo conmigo? —le pregunto en susurros, mientras retiro un mechón de pelo de su frente.

Cojo la colcha y la subo para cubrirle por completo el hombro, que está al descubierto. Mi dedo dibuja entonces un camino imaginario por su piel, recreándose en él, sin prisa. Hacía mucho tiempo que no compartía un momento tan íntimo con alguien. De hecho, no recuerdo haber disfrutado de un momento así con nadie, ni siquiera con Steph. Éramos quizá demasiado jóvenes para valorar estas cosas, o puede que estuviéramos siempre demasiado colocados.

—Hola...

Su voz interrumpe mis pensamientos. Levanto la vista y sonrío, dejando que se acurruque contra mi pecho.

—Hola —respondo apoyando los labios en su pelo.

—Me estoy acostumbrando a despertar a tu lado —susurra con voz dulce. Yo también, pienso, y eso me da miedo. Temo el momento en el que se dé cuenta de que no soy suficientemente bueno para ella y me deje. Ella lo superará. Yo no estoy tan seguro de ello—. ¿Has dormido bien?

—Sí.

—¿No te he pegado demasiadas patadas?

—No.

—Porque te advierto que tengo fama de moverme mucho mientras duermo...

Sonrío sin despegar los labios mientras niego con la cabeza.

—Gracias de nuevo por lo de ayer —insiste—. Desde que él... Bueno, desde que pasó, he temido el momento en el que nos volviéramos a encontrar, y puedo asegurar que, sin ti, no hubiera llegado a salir del embrollo de una forma tan digna. Soy consciente de que no me tendría que avergonzar de nada, pero me daba rabia encontrarnos y que pensara que no lo he superado porque, a decir verdad, hasta ayer pensaba que no lo había hecho, porque... Bueno... Yo... Desde ese día yo no había estado tan... a gusto con alguien y... nadie había conseguido hacerme olvidar a Michael y... No había día que, a pesar de

haberme deshecho de todas las pruebas del delito, al entrar en esta habitación no escuchara sus jadeos y recordara sus cuerpos... Contigo me siento como... nueva. Soy otra versión de mí... Una versión mejorada y... En fin... —Hace una pausa corta y hunde la cara en mi pecho, sonrojada—. Me vendría muy bien que dijeras algo ahora mismo.

—Es que... No sé qué decir... —balbuceo.

Enseguida veo cómo Rachel tuerce el gesto, demostrándome que mi respuesta no le ha gustado nada de nada. O, mejor dicho, mi falta de una respuesta. Entonces, se remueve bajo la colcha y se levanta de la cama.

—Rachel... —digo cuando me da la espalda—. Espera, Rachel...

—No. No pasa nada. Tranquilo.

Me pongo en pie justo cuando sale de la habitación, y la persigo escaleras abajo, hasta que la alcanzo en la cocina. Agarro su brazo y ella intenta zafarse con mucho ímpetu.

—¡Suéltame! —grita, sin dejar de forcejear conmigo.

Entonces, escucho una especie de maullido extraño y siento las uñas del gato clavándose en mi espalda.

—¡Ah, joder! ¡Mierda!

Doy vueltas sobre mí mismo, intentando deshacerme del animal, momento que Rachel aprovecha para escabullirse de mí y volver a subir las escaleras.

—¡Puto gato...! ¡Suéltame!

Segundos después, parece darse por satisfecho y me deja libre, cayendo al suelo con una agilidad increíble. Corre escaleras arriba y yo me apresuro a seguirle, como si fuera una competición para ver quién llega antes hasta Rachel, como si rivalizáramos por ver quién se preocupa más por ella. Descubro dónde se ha encerrado Rachel porque Mortimer está plantado frente a la puerta, rascándola sin parar de maullar.

—¡Rachel! ¡Rachel, por favor! ¡Abre la puerta! —le pido, tras intentar abrirla y descubrir que ha cerrado con el pestillo. El gato maúlla como si le pidiera lo mismo, así que, haciendo gala de poca galantería y valiéndome de mi mayor envergadura, le aparto con un pie—. Largo de aquí, joder...

El animal por fin parece entender que sobra y se aleja con pasotismo. Juro por Dios que parece exultante de felicidad al ver que ella está enfadada conmigo. Cuando por fin estoy solo, apoyo las palmas de las manos en la puerta y vuelvo a hablar.

—Rachel... Por favor... Perdóname... —Acaricio la madera con las manos y entonces apoyo la frente en ella, justo antes de tragar saliva varias veces y decidirme a saltar al vacío—. Estás equivocada... Insistes en darme las gracias, pero yo no he hecho nada. Al contrario... Tú... Eres perfecta, Rachel, y Michael no supo verlo. Yo no te he cambiado, porque estoy convencido de que tú ya eras así de especial...

Intento contener algún jadeo y me veo obligado a carraspear repetidas veces para que mi voz salga con claridad.

—Hace un tiempo, perdí a alguien... Ella era... especial para mí. Divertida, generosa, cariñosa, con

una paciencia infinita como para aguantar a alguien como yo... —Doy unos pasos atrás, hasta apoyar la espalda en la pared del pasillo. Meto las manos en los bolsillos del pantalón y resoplo resignado, decidido a abrirle mi corazón de par en par—. Ella era mi vida entera y...

Levanto la cabeza cuando escucho el ruido de la puerta al abrirse. Rachel me observa atentamente, apoyándose en el marco de madera. Parece dispuesta a escuchar mi explicación antes de decidir si acercarse o no a mí, así que yo tampoco me atrevo a moverme.

—¿Qué pasó? —me pregunta.

Me remuevo en el sitio, cambiando el peso del cuerpo de una pierna a otra, incómodo.

—Murió.

—Lo siento...

Sé que no voy a ser capaz de confesarle mucho más, al menos por el momento. Quizá sea un egoísta por querer retenerla a mi lado durante algo más de tiempo, pero me estoy acostumbrando a esto de ser feliz... Entonces, antes de que ella siga haciéndome preguntas que no estoy preparado aún a contestar, continúo hablando.

—Dices que tú no habías pasado página... Yo tampoco, te lo puedo asegurar. Mi vida era una puta miseria hasta que tú... Hasta que tú irrumpiste en ella como un vendaval. Y yo no creo en compatibilidades ni en afinidades zodiacales y esas mierdas... Todo eso me da igual, pero no soy gilipollas y sé que un día te cansarás de mí y me dejarás, porque te mereces a alguien mejor que yo.

—¿Por qué me iba a cansar de ti?

—Porque yo no puedo permitirme cenas caras, ni llevarte a viajes de ensueño y todas esas cosas... Yo solo... Yo solo te puedo prometer que me tendrás a mí, y soy consciente de mis limitaciones.

—Eso es mucho más de lo que Michael me dio.

Entonces recorre los escasos dos pasos que nos separan. Se coloca en el hueco que ha quedado entre mis piernas y me agarra la cara con ambas manos, obligándome a mirarla a los ojos.

—Lo siento... —susurro.

Rachel

El aire puro es una maravilla... cuando lo respiras de forma relajada, no cuando tus pulmones arden, tus piernas tiemblan por el esfuerzo y sudas por todos los poros de tu piel.

—Espera... Elliott... Espera... —Intento llamar su atención, sin éxito.

Él camina unos metros por delante de mí, cargando a la espalda con una enorme mochila de la que cuelgan varias cuerdas y un par de cascos. Más que caminar, parece trotar, ya que no le está costando nada subir esta montaña que a mí se me antoja igual de dura que el Everest.

Entonces, se da la vuelta y me mira sonriente. Me tiende una mano, que agarro agradecida, y tira de mí para ayudarme a llegar hasta él.

—Dime una cosa... —Resuello sin control—. ¿Por qué me odias tanto?

—No te odio —contesta, aun sonriendo.

—Cuando me dijiste que me ibas a traer a un sitio especial para ti, esperaba que fuera un lugar más... cerca y... accesible. Supongo que era demasiado pedir...

—Rachel, calla. No hables tanto y respira profundamente.

—Lo haría si no me ardieran los pulmones.

—No seas exagerada. Tu problema es que pierdes la fuerza por la boca al hablar. Venga, que ya queda poco —dice, emprendiendo de nuevo la marcha, tirando de mí, sin soltarme la mano.

A pesar de mi incredulidad, estaba diciendo la verdad y tan solo diez minutos de caminata después, llegamos a un pequeño claro. Me mira, deja la mochila en el suelo y se seca el sudor de la frente con la camiseta. Luego se vuelve a colocar la gorra con la visera hacia atrás y se acerca a mí.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —me pregunta, abriendo los brazos.

—Déjame que recobre el aliento y te doy mi opinión —contesto agachada, apoyando las manos en las rodillas.

Cuando me incorporo, siento sus brazos rodeándome. Me abraza por la espalda y, apoyando el mentón en mi hombro, susurra:

—Mira a tu alrededor. —Me hace girar lentamente, para no perdernos ningún detalle—. Ahora cierra los ojos y escucha.

Le hago caso de inmediato, dejándome envolver por el más absoluto silencio... O no... Cuando presto más atención, escucho el canto de algunos pájaros, el sonido de las ramas de algunos árboles al ser mecidas por el viento... y el de nuestras propias respiraciones. Poco a poco, mi corazón vuelve a latir de forma acompasada y dejo a un lado mi agotamiento para empezar a disfrutar del momento.

—¿Mejor? —me pregunta al cabo de un rato, aún pegado a mi espalda.

—Mucho.

Elliott

—¡Lo estás haciendo genial, Rachel! —grito desde el suelo, intentando darle ánimos para que se atreva a subir un poco más, al tiempo que compruebo la cuerda de su arnés.

—¡No es verdad!

—¡Sí lo es! ¡Un poco más arriba, Rachel!

—¡Me duelen las manos!

—¡Mira el saliente que tienes a tu izquierda! ¡Está cerca!

—¡Quiero bajar, Elliott!

Noto la súplica en sus palabras, así que me apresuro a agarrarme a la roca y empiezo a ascender hacia su encuentro. Cuando llego a ella, me coloco a su espalda y paso mi cuerda a través del mosquetón anclado en la pared.

—Ya estoy aquí... —Le digo una vez que estoy seguro—. Apóyate en mí... Eso es...

—Pero... ¿Me suelto?

—Yo te sostengo. Confía en mí.

E, inexplicablemente, lo hace sin dudar un segundo. Cuando siento su espalda contra mi pecho, me inunda una sensación de protección enorme. Sé que quiero cuidar de ella...

—Me tiemblan los brazos... —comenta.

—Lo has hecho genial.

—No es verdad. He subido poquísimos.

—¿Tienes vértigo?

—No.

—Pues mira hacia abajo con cuidado.

En cuanto lo hace, veo cómo abre los ojos de par en par y automáticamente se intenta agarrar a mi camiseta.

—Tranquila... Confía en mí... —le susurro, logrando tranquilizarla.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Eres capaz de hacer muchas más cosas de las que te piensas...

—Parece que no sin ti.

—Por supuesto que sí.

Veo cómo cierra los ojos, sonriendo, disfrutando del momento.

—Vamos a bajar poco a poco, ¿vale? —le informo un rato después.

Rachel

La verdad es que podría acostumbrarme a esto. Si olvido lo que me ha costado llegar, no pienso en lo mucho que voy a tener que caminar para llegar al coche, no me miro en un espejo para no verme vestida de esta guisa, no tengo en cuenta el dolor de brazos y piernas que empiezo a sentir, y solo tengo en cuenta el paisaje, la tranquilidad, el aire puro y, sobre todo, lo tremendamente sexy que está Elliott escalando, creo que incluso podría plantearme venir más a menudo.

Sentada en un pequeño claro, sobre el mantel de cuadros que he extendido, miro hacia la pared de roca vertical, protegiendo mis ojos del sol con una mano. Elliott está varios metros por encima de mí, buscando el próximo punto al que agarrarse. De repente, se queda colgado solo con los brazos. Ahogo un pequeño grito, pero enseguida me doy cuenta de que lo tiene todo controlado, porque balancea su cuerpo y poco después está de nuevo agarrado a la pared. Repite la acción un par de veces más y, aunque contengo el aliento en ambas ocasiones, la exhibición de músculos de sus brazos me deja alucinada.

Un rato después, cuando llega arriba, mira al cielo, sonriendo satisfecho. Yo también lo hago, observando cómo cierra los ojos e inspira con fuerza. Se abraza el torso con ambos brazos y se queda

muy quieto durante unos minutos, completamente aislado y sumido en sus pensamientos. Sé que puedo sonar algo egoísta, pero me encantaría ser la protagonista de esos pensamientos, aunque me temo que el motivo por el que este sitio es especial para él, poco tiene que ver conmigo y mucho con Stephanie.

Le sigo observando cuando, al rato, agacha la vista y me mira. Le saludo con una mano, tímidamente, y él me devuelve el gesto. Nos mantenemos la mirada durante unos segundos, hasta que él se decide a empezar a bajar.

—¿Tienes hambre? Compré unos sándwiches... —le digo cuando se sienta a mi lado.

—Gracias...

Quita el envoltorio, da un bocado y mira alrededor.

—Es... Este sitio es genial. Gracias por traerme —digo al cabo de unos minutos, intentando llenar el silencio. Elliott me mira apretando los labios y asiente con la cabeza—. Es muy... relajante.

—Sí.

—Te invita a... No sé... —Miro alrededor—. A pensar...

—Sí.

—Una perfecta vía de escape de la ciudad.

—Sí.

—¿Vienes a menudo?

—Siempre que puedo.

—Pues debes de tener muchas ganas de escapar o mucho en lo que pensar —comento con mucho tiento.

—Un poco de ambas cosas...

Me da la sensación de que es más bien lo segundo, y me gustaría que se abriera a mí de forma voluntaria, pero, por lo que parece, no es un hombre habituado a compartir sus sentimientos con los demás.

—Espero que, gracias a mí, tus ganas de escapar de la ciudad disminuyan drásticamente...

Elliott me mira de reojo, divertido. Da un bocado al sándwich para acabárselo y luego se estira en el suelo, boca arriba. Yo aprovecho para estirarme a su lado, reposando la cabeza y la mano en su pecho. Durante un rato, espero que él diga algo, pero me doy por vencida poco después. Entonces me fijo que mis dedos reposan justo encima de ese tatuaje tan distinto al resto de los que adornan su cuerpo. Al principio dudo, pero visto que él es parco en palabras, decido arriesgarme.

—¿Quién es Holden?

Juro que no son imaginaciones mías, pero siento su cuerpo tensarse al escuchar mi pregunta. Me incorporo un poco y le miro a la cara con el ceño fruncido. Al ver un atisbo de dolor en sus ojos, apoyo la palma de la mano en su mejilla y le digo:

—Lo siento, lo siento... No tengo derecho a...

—No pasa nada.

—No tienes que contestarme...

Pero algo en su mirada me dice que va a hacerlo y, de forma inconsciente, me quedo callada y le miro con atención.

—Holden es mi hijo.

Me quedo con la boca abierta, sin respirar, intentando buscar algún indicio de ese niño en la vida de Elliott. Sé que hace poco que nos conocemos, pero nada hasta ahora me ha dado pie a intuir que tuviera un hijo. Entonces, él aclara mis dudas, como si las intuyera.

—No vive conmigo. Vive con los padres de Stephanie.

—¿Por qué está con ellos y no contigo...?

—Porque yo no... Yo no puedo ser padre.

—¿Por qué?

—Porque nunca lo he sido en realidad... Stephanie murió cuando él era un bebé y... Bueno, mis ex suegros pidieron la custodia y se la dieron...

—Pero, tú eres su padre. ¿Por qué te quitaron la custodia?

—Porque no la quise.

—¿Renunciaste a él?

—En... cierto modo.

Trago saliva, intentando procesar sus palabras.

—¿Le ves alguna vez?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque nunca fui su padre, realmente. Stephanie se ocupó siempre de él... Yo era un irresponsable y...

—Pero, aunque no te... comportaras como tal, como dices, eres su padre...

Nunca he sentido la llamada de ese instinto maternal del que todo el mundo habla. Incluso he llegado a pensar en alguna ocasión que nací con una tara que me impide desarrollarlo, pero ahora no puedo evitar mirarle extrañada. Una cosa es no sentir nada cuando no tienes hijos, pero supongo que, una vez los tienes, debe ser imposible separarse de ellos, ¿no?

—Rachel... —Levanto la cabeza y veo que me mira preocupado. Intenta tocarme, pero, en un acto reflejo, doy un paso hacia atrás—. No fui un buen marido, ni mucho menos un buen padre...

—¿¿Qué demonios pasa contigo?! ¡¿Por qué quieres hacer ver que eres un... monstruo?! ¡¿Por qué te empeñas en mostrarte como alguien que no eres?!

—Yo...

—Quieres parecer un tipo frío y... borde... Quieres dar miedo, pero... Yo te conozco. Me has dejado entrar en tu vida, te he podido ver en tu ambiente, hablar contigo, reír contigo, abrazarte, y... ¡No lo

eres...! ¡Eres...! Eres mucho mejor que la gran mayoría de tíos que hay por ahí sueltos...

—Pero...

—¡Calla! —le grito sin saber bien el motivo, pero consigo que me obedezca al instante—. ¿Qué te hace pensar que serías un mal padre? Dices que no lo fuiste antes. No sé el motivo, y no lo entiendo, pero lo acepto. Pero no sé por qué crees que no lo serías ahora. Es tu hijo, por el amor de Dios.

Traga saliva varias veces, realmente incómodo, así que me desinflo progresivamente y decido suavizar el tono de voz.

—¿Cuántos años tiene ahora?

—Seis, recién cumplidos.

—¿Cuánto hace que no le ves?

—Cinco... Desde que... —empieza a decir, pero se le traba la voz y se ve obligado a carraspear—. Desde que su madre murió.

—¿Qué sabe él de ti?

—No tengo ni idea... No sé lo que le habrán contado, si es que lo han hecho. Nunca fui del agrado de los padres de Steph... Ella y yo teníamos una relación un tanto... intensa. Consumíamos todo tipo de drogas y bebíamos mucho... Vivíamos al límite, y nunca quisimos tener un bebé... Pero de repente, ella estaba embarazada, y todo cambió. Ella cambió. Quiso... hacer las cosas bien, y yo no estaba preparado. Nunca le quise porque... No sé...

—Dios mío... ¿Cómo murió...?

Un jadeo de dolor escapa de su garganta, y los ojos se le humedecen. Sorbe por la nariz mientras agacha la cabeza, totalmente abatido. Supongo que son demasiadas confesiones de golpe, así que, a pesar de que no me contesta, me acerco a él y le abrazo, rodeando su cuello con mis brazos.

—No dejes de pensar en él, Rachel... —me confiesa pasado unos minutos eternos—. A veces le imagino muy parecido a mí, jugando al rugby, o quizá caminando por la montaña. Otras, cierro los ojos y es idéntico a Steph, con su misma sonrisa, su pelo rubio y esa piel pálida como de porcelana. Incluso hay algunas veces en las que es una persona totalmente diferente a nosotros...

—¿Y qué opción te gusta más...?

Lo piensa durante un rato. Entonces, sonrío tímidamente.

—Me da igual. Pero sería genial que le hubieran contado que hay un impresentable por ahí fuera que dice ser su padre.

—Entonces, quieres serlo —aseguro con un hilo de voz.

Medita mis palabras durante un rato, hasta que al final se encoge de hombros y, sin mirarme, susurra:

—No sé si sería capaz de ser el padre que él se merece, pero sí sé que me gustaría que supiera que, a pesar de no serlo, intentaré estar ahí si me necesita algún día... Enmendar mis errores...

—¿Has intentado... hablar con él?

Asiente sin despegar los labios.

—Es... complicado. No les culpo por odiarme. Una de las últimas frases que me dijo su madre fue que no quería que Holden creciera a mi lado, así que, de alguna manera, supongo que he estado haciéndole caso durante todos estos años...

—¿Y ahora? ¿Ya no quieres seguir... cumpliendo sus deseos?

—No sé lo que quiero...

CAPÍTULO 11 - PRIMEROS CONTACTOS

Rachel

—Pude ver el dolor en sus ojos, Kelly... Elliott ha sufrido demasiado...

—Pero, ¿y si se la cargó él mismo?

—¡Anda ya! ¡Estás pirada!

—Eso explicaría por qué los padres de su... de la... de la pobre chica, no le dejan ver a su hijo.

—Elliott no quiere enfrentarse a ellos, y tampoco quiere hacer nada que afecte al niño de forma negativa... No quiere que Holden sufra... Además, cuando ella... murió, no estaban bien y ella le dijo que no quería que Holden se criase a su lado...

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Viudo y con un hijo... Va llenito de cargas, el colega...

—Kelly, ¿me estás escuchando?

—Es mucho que digerir de golpe...

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Pero mírate. A pesar de todas esas... sorpresas, sigues a su lado.

—A pesar de todo eso, Elliott sigue siendo lo mejor que me ha pasado nunca...

—Oh, qué bonito... Enamorada de un asesino en serie...

—¡Oye! ¿No eras tú la que me animaba a tener una relación con alguien? Además, más te vale cambiar tu opinión acerca de él, porque quiero que te conviertas en su abogada.

—¿Qué?!

—Quiero ayudarle a conseguir la custodia de su hijo.

—Primero deberías saber si él quiere recuperarla.

—Quiere.

—¡No lo sabes! ¡No sabes nada de él! ¡Por algo solo tenéis un 49% de compatibilidad!

—¿Ahora me vienes con esas?! ¡Manejas las probabilidades a tu antojo! ¡Vas a ayudarle, y punto!

—¿Por qué yo?! ¡¿Por qué no tú?!!

—Porque es mi... Soy su... Nos acostamos juntos... Ya sabes, conflicto de intereses.

—Ya entiendo... Pero, ¿me pagará? O sea, ya sé que tú aceptarías sexo como pago, pero no creo que estés muy de acuerdo en que yo también le cobre en especies.

—Ni tocarlo.

—Me lo imaginaba. Entonces, ¿pagará?

—No hemos tratado el tema aún... De hecho, él no sabe que nosotras vamos a...

—Genial, otro que no pagará. En fin... ¿Cómo abordamos el tema?

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho antes?

—Ya te he dicho que solo escuché las palabras viudo e hijo. Así que, a partir de ahí, vuelve a empezar.

Elliott

—¿No crees que has abierto la caja de Pandora?

—No lo sé...

—Sí lo sabes. Sabes que la has cagado. Sabes que ella no se va a conformar sin saber qué le pasó a Steph. Sabes que te has librado esta vez, pero que, tarde o temprano, te lo volverá a preguntar.

—Es que... No puedo contárselo.

—Pues hábertelo pensando antes de decirle que estaba muerta... Haberle dicho que te abandonó, y punto.

—Perdóname por no ser tan racional en ese momento...

—Lo hecho, hecho está. Ahora piensa... ¿Cuándo se lo vas a contar?

—No lo sé... —contesto titubeante.

—Pues más te vale saberlo, porque volverá a salir el tema. Lo hará con sutileza, tanta que ni te darás cuenta, pero cuando menos te lo esperes... ¡Zas! —grita a la vez que da una fuerte palmada, asustándome—. Así que más te vale tenerlo más o menos meditado.

—Pero... Si se lo cuento... Me dejará...

—Pues míentele. Dile que murió por culpa de una larga enfermedad... O mejor aún, ¿por qué no le cuentas que murió a causa de una sobredosis?

—¡Porque eso sería rastrero!

—Pues tú mismo, colega...

—No puedo hacerle eso... No puedo hacerla quedar mal... No... Ella... Steph estaba limpia cuando... pasó.

—Elliott, entonces solo te queda una opción: contárselo todo.

Rachel

Me muevo de un lado a otro de la cocina, removiendo la salsa de tomate y albahaca que estoy cocinando en la sartén y controlando a la vez la pasta que empieza a hervir en la olla. Creo que es la primera vez que cocino en... bueno, desde hace mucho tiempo y, aunque creo saber la razón por la que lo

estoy haciendo, me da hasta vergüenza admitirlo...

Y no es por otro motivo que por ese niño. Llevo todo el día pensando en él y en cómo va a afectar a la vida de Elliott. Y en la mía, de rebote. Si es que Elliott quiere que me afecte. Que espero que sí. ¿Espero que sí? ¿En serio? Sí. ¡Anda ya...! ¡Que sí! Vale, estoy peor de lo que pensaba...

Estoy cocinando, porque quiero demostrarle a Elliott que puedo hacer las cosas que se supone que una madre debe hacer... No es que quiera convertirme en su madre de buenas a primeras, pero quiero que Elliott me vea como alguien responsable para ayudarle a criar a su hijo, alguien que hace cena casera, que no la compra preparada en una tienda...

Lo sé, es una idiotez.

Afortunadamente, el timbre me salva de las insensateces que mi cabeza se empecina en pensar.

—Hola —le saludo con una sonrisa en cuanto abro.

—Hola. —Me acerco a besarle, pero él me esquivo—. Huele bien.

Puede que su desplante sea producto de mi imaginación, porque su actitud es bastante normal. Se acerca a los fuegos de la cocina para echar un vistazo a la cena, y sonrío.

Decido hacer un nuevo intento, y me acerco a él. Rodeo su cintura con mis brazos y le beso, y, aunque me los devuelve, no puedo evitar notarle algo... distante. Así pues, tras apagar el fuego, y para quitarme esa sensación de la cabeza, sin despegarme de él ni un milímetro, digo:

—La cena puede esperar un poco, ¿no crees?

—Rachel, yo...

—Shhhh... —Le pongo un dedo sobre los labios mientras tiro de su camiseta, caminando de espaldas hacia las escaleras.

—Estoy algo cansado...

—¿Cuántos años tienes? ¿Setenta?

En ese momento, él se agarra a la barandilla, la cual, como siempre desde que compramos la casa, cruje como si fuera el último día que se tiene en pie.

—¿Qué le pasa a esto? —pregunta.

—Lo mismo que al resto de la casa. Está así desde que la compramos.

—¿Sabes? Tengo las herramientas en la furgoneta. Déjame ponerle un par de clavos y la arreglamos.

—Déjalo. Tengo pensado cambiarla...

—Bueno, pero será un apaño provisional.

—De acuerdo. Luego lo arreglas.

—Pero es que no quiero que tengas ningún accidente...

—El único accidente que puede suceder ahora mismo es que te empuje escaleras abajo si no dejas de hablar de la dichosa barandilla.

—Pero Rachel... Esto es un peligro...

—¿Qué te pasa, Elliott? —le grito, con la paciencia ya agotada.

—¿A mí? Nada...

Pero me contesta sin mirarme a los ojos, bajando de nuevo los pocos escalones que había conseguido que subiera.

—Claro que pasa algo. ¿Por qué me evitas?

—Yo no... Ya te lo dije, Rachel. Nunca quiero huir de ti.

—¿Ah, ¿no? ¿Y qué estás haciendo ahora?

—Yo...

—¿Qué clase de tío habla de barandillas cuando una mujer se le insinúa claramente, ofreciéndole sexo?

—Es que... —resopla, bajando los brazos, derrotado—. Tengo que contarte algo...

No, no, no, no... Esa frase nunca trae nada bueno. Sé que nunca es el prelude de algo bueno. Nadie dice “tengo que contarte algo... Te quiero”, o “tengo que contarte algo... cástate conmigo”, o “tengo que contarte algo... nos vamos a París de vacaciones”. Esa frase es la antesala de malas noticias. Siempre es...

Su teléfono empieza a sonar, y casi que siento alivio. Él también, a tenor de su expresión y de la precipitación con la que lo saca del bolsillo para contestar. Frunce el ceño al ver quién le llama.

—¿Hola? ¿Ha pasado algo? ¿Está bien Holden?

Se separa el teléfono de la oreja y mira la pantalla.

—¿Qué pasa? —le pregunto, pero no me contesta.

Elliott

—¿Hola? —Insisto. Escucho una respiración al otro lado, pero nadie me habla—. ¿Hola? Por favor, dígame que Holden está bien...

—Hola.

La voz que escucho al otro lado me deja helado.

—¿Por qué sabes que me llamo Holden?

Pierdo el equilibrio y se me resbala el teléfono de la mano. Me tengo que sentar, concentrándome en respirar, cogiendo grandes bocanadas de aire. Rachel, asustada, se arrodilla frente a mí y me coge la cara entre sus manos.

—Elliott, ¿estás bien? ¿Qué pasa? ¿Quieres un vaso de agua? —Me pregunta, poniendo su mano en mi frente.

Tardo un rato en reaccionar, pero cuando lo hago, busco desesperadamente el teléfono.

—¿Hola? —pregunto de forma precipitada.

—Hola... ¿Estás bien? —me pregunta.

Sonrío y resoplo con fuerza.

—Sí... —contesto. Doblo las rodillas y apoyo los codos en ellas, haciéndome un ovillo.

—¿Te llamas Elliott?

—Sí.

—He escuchado a una señora que te llamaba así... ¿Quién es?

—Es...

—¿Es tu novia?

—Algo así... —contesto mirándola. Ella me mira extrañada, pero le sonrío para tranquilizarla—. ¿Sabe tu abuelo que me estás llamando?

Su rostro se ilumina entonces, llevándose las manos a la boca, emocionada. Yo asiento con la cabeza y entonces me olvido del propósito de mi visita. Olvido que vine para confesarle mi peor pesadilla, y me centro en Holden.

—No... Creo que no le gustaría saber que lo estoy haciendo, pero hoy tiene partida de bolos con sus amigos, y estoy solo con mi abuela, que se ha dormido delante de la tele. Yo se supone que estoy durmiendo, así que supongo que lo estoy haciendo a escondidas...

Río a carcajadas, liberando toda la tensión acumulada.

—¿Cómo sabes mi número? —le pregunto.

—No me lo sé. He apretado un botón que me enseña todos los números que llaman, y el tuyo se repite mucho...

—Chico con recursos...

—Es que ya no soy un bebé. Tengo seis años.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por qué sabes todas esas cosas de mí? ¿Por qué llamas tanto a mi casa? ¿Por qué mi abuelo se enfada cada vez que llamas? ¿Por qué mi abuela llora a veces, después de que llames?

—¿Qué pregunta quieres que responda primero? —Sonrío.

—En realidad, ninguna de esas... En realidad, lo que quiero saber es otra cosa... Mi abuela me contó hace tiempo que mi papá se llamaba Elliott... Y tú te llamas Elliott... ¿Eres... él? ¿Eres mi papá?

Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para deshacer el nudo que se ha formado en mi garganta y que me impide respirar con normalidad, no digamos ya hablar. Se me humedecen los ojos, y Rachel, consciente de ello, se sienta a mi lado y me abraza por el costado.

—Sí... —Contesto de forma escueta, incapaz de nada más.

—¿En serio? —Insiste.

—Sí.

—Vaya... Siempre pensé en encontrarte y hablar contigo, ¿sabes? Y ahora que se cumple, no sé qué decirte...

—Si te sirve de consuelo, a mí me está pasando lo mismo.

—Vale... —Ríe y me parece el sonido más maravilloso del mundo—. A ver... ¿Qué estás haciendo? Sopeso la respuesta durante unos segundos, mirando al techo, con la cabeza apoyada contra la pared.

—Hablar contigo.

—Es verdad... —contesta, riendo de nuevo.

Rachel se acerca y apoya su mano en mi antebrazo. Me lo aprieta de forma cariñosa, sonrío y se aleja para darme algo de intimidad.

—¿Y qué haces cuándo no estás hablando conmigo?

—Pues... Trabajo, por ejemplo.

—¿De qué trabajas?

—Arreglo cosas.

—¿Qué cosas?

—Lo que sea.

—Guau...

—No es para tanto... ¿Y tú, ¿qué haces cuándo no estás hablando conmigo? —Le pregunto, repitiendo sus palabras sin poder dejar de sonreír. Me siento cómodo hablando con él, mucho más de lo que imaginé al principio.

—Voy al cole.

—¿Y te gusta?

—A ratos. Me gusta sumar y restar, pero no me gusta leer. Y escribir se me da mal, pero la abuela dice que es porque soy zurdo.

—Yo también soy zurdo.

—¿Y tú también haces mala letra? —me pregunta con inocencia.

—Bastante, la verdad...

—Pues a lo mejor la abuela tiene razón.

—Seguro que sí.

—A lo mejor nos parecemos en más cosas... —Dice entonces, con un deje de timidez en la voz—. ¿Te...? ¿Te gustan las sumas?

—Sí. Me gustaban cuando iba al colegio. —No recuerdo que fuera así. En realidad, nunca se me dio bien el colegio, pero quiero que se sienta cerca de mí, y si lo consigo haciéndole creer que nos parecemos o que nos gustan las mismas cosas usando una mentira piadosa, que así sea.

—¡Genial...!

—¿Practicas algún deporte? —Me atrevo a llevar la iniciativa.

—No se me dan demasiado bien...

—Ah —contesto, confieso que algo desilusionado.

—Pero toco la flauta en el colegio.

—Qué bien... —Intento sonar entusiasmado, pero creo que no soy muy buen actor.

—¿A ti...? ¿Te gustan los deportes?

—Sí. Mucho. Sobre todo, el rugby y la escalada.

—Ah...

—¿Te gusta ir a la montaña?

—No sé. ¿Hay bichos?

—Unos pocos, sí.

—Me dan algo de miedo.

—Seguro que ellos tienen más miedo de ti que tú de ellos.

Vuelvo a escuchar su risa al otro lado de la línea, y de repente sé que quiero escucharla a todas horas. Me da igual si no le gustan los deportes y no me importa si tengo que tragarme cientos de recitales del colegio. Quiero escuchar su risa, quiero saber cosas de él, necesito abrazarle y hacerle sentir que nada malo le va a pasar, aunque realmente no sepa cómo hacerlo.

Me da igual que no tengamos nada en común, quiero estar con él... ¡Vaya...! Es la misma sensación que tengo cuando estoy con Rachel...

—Tengo que colgar... Mi abuelo tiene que estar a punto de volver...

—¿Seguro? —me descubro preguntándole, realmente decepcionado.

—Pero... Puedo volver a intentar llamarte...

—Me encantaría.

—¿Sí? Genial... Vale... Adiós...

—Adiós, Holden.

Rachel

Cuelga y se separa el teléfono de la oreja despacio, con los ojos muy abiertos, supongo que acabando de digerir lo que acaba de suceder. Le observo detenidamente, sin hablar, dándole todo el tiempo que necesite para reponerse del shock.

Entonces empieza a temblar y a sollozar, como un crío pequeño. La sensación de vulnerabilidad que transmite choca con su aspecto rudo, más aún cuando las lágrimas empiezan a rodar por sus mejillas. Se tapa la cara con ambas manos y, aunque rodeo su cuerpo con mis brazos, empiezo a sentirme impotente. Me gustaría aliviar su dolor, porque sé que, aunque está feliz por haber hablado con su hijo, parte de esas

lágrimas son causadas por los hechos que le llevaron a estar separado de él. Fueran los que fueran.

Poco a poco se tumba en el suelo, apoyando la cabeza en mi regazo, sin parar de llorar.

—Elliott, eso ha sido increíble... —le digo mientras acaricio su cabeza—. Olvida todo lo demás y céntrate en lo que ha pasado. Piensa en lo maravilloso que ha sido. Memoriza su voz, su risa...

Se coloca boca arriba, con la cabeza aún apoyada en mis piernas. Se limpia las lágrimas de los ojos con los dedos y sorbe por la nariz. Se tira un buen rato con la vista fija en el techo y las manos reposando en su pecho. Las acaricio con paciencia, dándole todo el tiempo que necesite antes de hablar. En realidad, me da igual si no me dirige la palabra en toda la noche porque sé que va a necesitar tiempo para digerir lo ocurrido.

—No es como imaginaba... —Empieza a decir de repente, aún sin mirarme—. Le imaginaba más... pequeño. Más... infantil... Supongo que mi hijo no crecía en mi cabeza... Parece muy... espabilado.

—Como su padre...

—No... Seguro que es clavado a Steph...

No puedo evitar que ese comentario me duela. Sé que no tengo derecho a enfadarme, y que la sombra de la madre de Holden siempre pululará sobre mi cabeza. Temo que me compare con ella, porque sé que saldría perdiendo. Y es que, a pesar de su... adicción, lo que compartieron seguro que fue mucho más intenso que lo que Elliott y yo hemos vivido.

—Ella siempre... sabía qué decir. A pesar de... todo, ella siempre hacía lo correcto. Fui yo el que la llevó por... el mal camino.

—Erais muy jóvenes...

—Y es curioso... También como ella —Sigue hablando, haciendo caso omiso de mis palabras—. Enseguida conocía a la gente... Era extrovertida y... Joder... Era fantástica y yo le jodí la vida...

—Ella pudo elegir... También podía haber decidido no... —Empiezo a decir, pero me callo al ver que niega con la cabeza, incorporándose de golpe. Entonces decido desviar la conversación y contarle mi idea—. Escucha... He pensado que, si quieres, Kelly y yo podemos ayudarte a recuperar a Holden... Somos abogadas y podríamos pelear para que consiguieras la custodia de tu hijo. De hecho, ya lo he hablado con Kelly y ella estaría dispuesta a hacerlo... Puedes darle el teléfono de los abuelos de Holden y ella se pondría en contacto con ellos para hacerle saber tus intenciones. En estos casos, siempre existen dos vías: por las buenas, que es llegar a un acuerdo y que ellos te la cedan, y por las malas, en cuyo caso tendremos que ir a juicio. Te tendrías que someter a ciertos exámenes psicológicos y entrevistas con asistentes sociales para demostrar que estás en condiciones de cuidar de él.

—No —me responde de forma tajante.

—Sé que suena complicado, pero, en realidad, nosotras llevaríamos el peso de la negociación. La idea es que tú, y sobre todo Holden, sufráis lo menos posible...

—¡He dicho que no! —grita, poniéndose en pie.

—Si lo que te preocupa es el dinero, tranquilo, porque...

—¡Rachel, basta! ¡No tienes derecho a meterte en mi vida!

—Pero yo solo... pretendo ayudar.

—¡No necesito tu ayuda ni la de tu amiga metomentodo!

—¿No quieres recuperar la custodia de tu hijo...? —me atrevo a preguntarle.

—¡No lo sé! Pero lo que sí sé es que el día que lo haga, lo decidiré yo. No necesito que maquines a mis espaldas.

—Está bien... Le diré a Kelly que...

—¡No soy vuestro... proyecto humanitario! ¡No necesito de vuestra caridad! ¡Dejadme en paz!

—Elliott, yo...

—¡Olvídame, Rachel!

—Pero yo solo... intento...

—¡Intentas cambiar mi vida! ¡Te crees que mi vida es una mierda y quieres... meterte en ella para... salvarme! ¡Pues déjame decirte que la tuya es igual de patética! ¡Así que yo de ti empezaría arreglando la tuya!

Las lágrimas asoman en mis ojos, pero no intento ocultarlas. Estoy demasiado dolida como para moverme, demasiado herida...

—¡Tranquila, puedes volver a tus cenas benéficas y tus... comidas extrañas!

Elliott se agarra la cabeza con ambas manos, dando alguna vuelta sobre sí mismo. Finalmente, resopla y, tras mirarme durante unos segundos, se da la vuelta de forma brusca y camina con paso decidido hacia la puerta.

CAPÍTULO 12 - ENAJENACIÓN MENTAL TRANSITORIA

Rachel

—Te lo dije, la mató él.

—Kelly, por favor...

—¿Quién en su sano juicio rechazaría el ofrecimiento de un bufete de abogados de prestigio para representarle por un módico precio y poder recuperar la custodia de su hijo? Y que conste que cuando hablo de bufete de prestigio me refiero a nosotras y cuando hablo de módico precio me refiero a tus favores sexuales. —Casi ni respira mientras habla. Yo estoy acostumbrada, pero a mucha gente le cuesta seguirla a veces, y no les culpo—. Te lo diré yo: alguien que no quiere que ciertas cosas salgan a la luz.

—Me parece que me tomé demasiadas confianzas... Al fin y al cabo, no hace tanto que salimos...

—Técnicamente, un par de meses...

—Aquella encerrona no cuenta como cita.

—De acuerdo, pues... ¿un mes y medio?

—Aquella vez que vino a rescatarme de un mar de vómito tampoco cuenta.

—¡Joder, qué quisquillosas estamos...! ¿Qué más da lo que llevéis? Aunque no salgáis. Solo intentabas hacerle un favor. Hazme caso. Como abogada, diré que él se lo pierde, porque si me hubiera contratado, habría ganado. Como amiga, diré que no te conviene.

—Ahora resulta que no me conviene —susurro para mí misma, aunque en voz alta—. Pues habértelo pensado antes...

—¿Antes de qué? —me pregunta, entornando los ojos.

—Antes de que me enamorara de él.

—¿Estás...? ¿Te has...?

—No. Sí. O sea... Joder, yo qué sé...

Me doy la vuelta y me dejo caer de nuevo sobre la silla de detrás de mi escritorio. Kelly parece verme lo suficientemente deprimida como para ser merecedora de un abrazo, y se acerca para dármelo. Luego acerca su silla y se sienta a mi lado.

—Lo siento... No sabía que... te... gustara tanto.

Resoplo, hastiada, peinándome el pelo con los dedos.

—Ni yo misma lo sabía, hasta que le vi salir de mi casa dando un portazo. Mientras lloraba en mi regazo, me di cuenta de lo importante que se había vuelto para mí. Pero justo después, le perdí. Pero está claro que él no siente lo mismo que yo.

—Estará claro para ti. Ilumíname.

—No sé... Digo yo que... Si sintiera algo por mí, pues... No sé... Habría dado señales de vida...

—Bueno, tú dices estar enamorada y tampoco lo has hecho.

—Yo no le insulté...

—Tampoco fue para tanto... No dijo nada que...

—¿De qué parte estás, Kelly?

—De la tuya, por supuesto.

—¡Pues que se note!

—Maldito hijo de puta...

—Muy graciosa.

—¿Acaso no era lo que querías oír?

—¡No! Quiero...quiero... Ni yo misma sé lo que quiero...

Resoplo con pesadez mientras me estiro del pelo.

—En realidad, yo creo que sí sabes lo que quieres. Quieres que lo que oculta no te importe lo suficiente como para ser una barrera entre vosotros. Quieres formar parte de su vida, aunque haya un mocosito en ella. Quieres que estar completamente enamorada de él no te parezca una locura. Pero te voy a decir algo, querida amiga: enamorarse es ya en sí una locura, sin importar que el tipo sea el Premio Nobel de la Paz o Jack “el destripador”.

—¿Estás comparando a Elliott con un asesino?

—O con el Premio Nobel de la Paz, según se mire. Pero no nos desviemos del tema: ¿he acertado o no? ¿Quieres todo eso?

—Bueno... —Tuerzo el gesto, valorando mi respuesta. Al final, me rindo y asiento con la cabeza—. Y, además, me gustaría que lo estuviera pasando tan mal como yo...

—¿Y cómo sabes que no es así?

Elliott

Han pasado más de dos semanas desde nuestra primera conversación. Me paso el día en estado de alerta, precipitándome sobre el teléfono cada vez que suena, desilusionándome cada vez que compruebo que la llamada no proviene de casa de los Miller. Cada noche me duermo con un último pensamiento rondando mi cabeza: que el padre de Steph le haya descubierto y le haya prohibido llamarme. Afortunadamente, cada mañana me levanto con la esperanza de que me llame de nuevo. Es un sinvivir, pero al menos me impide pensar demasiado en Rachel, a la que estoy echando de menos más de lo que jamás imaginé. Yo la eché de mi lado cuando me asusté al sentir demasiado cerca el momento en el que supiera toda la verdad, pero no puedo evitar pensar que cometí un error.

El teléfono empieza a sonar y, como siempre, lo agarro con ambas manos. Esta vez, el número de los Miller sí aparece en pantalla, y me apresuro a descolgar.

—¡Hola! —respondo muy emocionado, justo antes de pensar que quizá no sea Holden el que me llame, sino su abuelo.

—¡Hola! —Resoplo aliviado al escuchar su voz infantil—. Siento haber tardado en llamar...

—No te preocupes.

—Es que la semana pasada, el abuelo se encontró mal y no fue a jugar a los bolos. No quiero arriesgarme a que nos pille porque se enfadaría mucho. El otro día, le oí discutir con mi abuela, por ti...

—¿Ah, sí...?

—La abuela decía que el abuelo no tenía derecho a devolver los regalos que me envías. ¿Me... envías regalos?

—Ajá...

—¿Por mi cumpleaños?

—Y por Navidad...

—Vaya... —contesta con un deje de decepción en la voz.

—Los tengo todos guardados con la esperanza de que algún día puedas abrirlos. Habrá alguno que ya no te gustará, porque los compré cuando eras muy pequeño... Pero, aun así, los guardo...

—¿Y por qué el abuelo no quiere que los tenga? —pregunta con tono de enfado.

—Es... complicado... —Titubeo antes de seguir hablando—. Pero tienes que hacerle caso.

—Pero no es justo. Son regalos para mí. No tiene derecho a decir que no los quiero sin preguntarme antes...

—Holden... Prométeme que le harás caso...

—Pero...

—Te prometo que yo te los guardo, y el día que nos veamos, te los doy todos.

—¿Me quieres ver? —Me pregunta entonces, de repente muy animado.

—Por supuesto que quiero verte.

—Pensaba que no... Como no nos hemos visto hasta ahora...

—Es... complicado.

—Cuando eres mayor, hay muchas cosas complicadas, ¿no?

—Sí —contesto riendo—. ¿Cómo ha ido la semana?

—Bien.

—¿Has hecho muchas sumas?

—¡Sí! Muchas. Y restas también.

—¡Genial!

—Pero también he tenido que leer...

—No se puede tener todo en esta vida...

—Ya... Oye, el otro día, me olvidé de hacerte muchas preguntas, así que me las he apuntado.

—Vale... —contesto, sonriendo.

—¿Estás preparado?

—¿Es un examen? Porque estoy algo nervioso.

—¡No! —Ríe, y en cuanto lo hace, el corazón me da un vuelco—. ¿Dónde has estado?

—¿Dónde he estado cuándo...? —le pregunto confuso.

—Desde que nací.

—Pues...

Trago saliva mientras pienso mi respuesta. Quiero encontrar las palabras adecuadas, sin mentirle, pero sin contarle de golpe toda la verdad, y me está llevando un rato. Antes de abrir la boca, vuelvo a escuchar la voz de Holden.

—Los abuelos me contaron que mamá y tú no os queríais y que vivíais muy lejos y que por eso no podíais verme. Pero eso no puede ser. O sea, tú sí querías a mamá, ¿verdad? Porque si no, no me hubierais tenido a mí...

—Yo quería mucho a tu madre... —susurro.

—Pero entonces, después de nacer yo, ¿te fuiste lejos?

—Sí... —Es una verdad a medias.

—¿A dónde?

—A Nueva York.

—¿Y Nueva York está muy lejos de aquí?

—No mucho... A unas dos horas en coche...

—¿Y por qué no has venido nunca a verme? —me pregunta con cierto tono de decepción en su voz—. ¿No querías?

—Holden, yo... —Vuelvo a dudar un buen rato, valorando qué respuesta darle, decidiendo cuál de ellas le hará menos daño.

—Entonces —me corta—, no es que no tuvieras tiempo de venir a verme, es que no querías...

—Holden, yo...

—¡No entiendo por qué te estoy llamando...! El abuelo tiene razón... No te importo...

—Holden, por favor... —le suplico hasta que escucho que la llamada se corta.

Hago el intento de marcar la rellamada, pero entonces me acuerdo que no está solo en casa y que su abuela sería la que descolgaría, destapándose así nuestro secreto.

Rachel

—¡Por nuestra soltería! —grita Kelly, alzando su copa.

—¿Vuelves a estar soltera?

—¿Cuándo he tenido pareja?

—¿No estabas saliendo con Alexander?

—Me acusó de quererlo solo por su dinero.

—Ahora me dirás que te sentiste ofendida, discutisteis y ese fue el motivo de vuestra ruptura...

—No. Le dije que tenía razón, luego follamos, nos despedimos y tan amigos.

—¿Sin más?

—Digamos que no es algo que le venga de nuevo, así que agradeció mi sinceridad y me dijo que le llamara si algún día me apetecía pasármelo bien.

—¿Y lo harás? —le pregunto escéptica.

—Puede que sea demasiado optimista al creer que compartir cama con él sea algo parecido a mi idea de pasarlo bien. Así que, repito, por nuestra soltería.

—Por nuestra soltería —repito sin mucha convicción.

Choco mi vaso contra el suyo y luego mi mirada se pierde entre el gentío que abarrota el local. Me fijo en un grupo de chicos que ríen de forma escandalosa mientras se explican alguna anécdota, seguramente relacionada con sus proezas con respecto al sexo femenino, más que nada por los gestos obscenos de algunos de ellos. Cerca hay un grupo de amigas que parecen estar en plena sesión de terapia, seguro que confraternizándose contra los hombres. Y entonces mi vista se fija en una pareja que se está haciendo carantoñas... Parecen tan felices y enamorados... Los ojos les brillan de emoción y las mejillas de ella tienen ese rubor característico...

—Pues menuda celebración... —interrumpe Kelly mis pensamientos.

—¿Qué? —le pregunto cuando giro la cabeza y la miro.

—Que esto parece un velatorio, chica... Si lo llego a saber, no te invito.

—¡No me invitaste! ¡Prácticamente me obligaste!

—¡Por tu bien!

—¿Por mi bien?!

—¡Sí! ¡Para distraerte! ¡Para que te diviertas!

—¿Y se puede saber quién te ha pedido que lo hicieras?!

—¡Pues nadie, pero...! ¡Pero...! ¡Alguien tenía que hacer algo!

—¡Es que yo no quiero que hagas nada! ¡Estoy bien!

—¡Sí... se nota! ¡Estás de maravilla!

—¡Vale, quizá no estoy tan bien! ¡Pero no te he dado permiso para hacer nada!

—¡Qué osadía por mi parte querer que mi amiga sea feliz...!

—¡Soy feliz!

—¡Y una mierda!

—¡Vale, pues no soy feliz! ¡Pero soy yo la que elije no serlo!

Mi pecho sube y baja con el ritmo frenético impuesto por mi respiración. Nos miramos a los ojos, desafiantes, hasta que ella vuelve a la carga.

—Estás completamente pirada, pero tienes razón —dice, esta vez sin gritar, sorprendiéndome.

—¡¿Ahora tengo razón?!

—Eres tú la que se empeña en no ser feliz. —Se pone en pie y, mirando al camarero, que no nos ha quitado ojo desde que hemos empezado a discutir a gritos, añade—: Ella pagará mis copas. No acepta mi ayuda, así que supongo que tampoco mi dinero.

Y sin más, camina con decisión hacia la salida, dejándome allí sola, frente al alucinado camarero. Intento mantener la compostura, pero cuando empiezo a sentir escozor en los ojos, me apresuro a sacar un billete del monedero y se lo tiendo. De esa manera, consigo dejar de ser su centro de atención. Doy varios sorbos para apurar mi bebida y conseguir así tranquilizarme un poco, a pesar de que las palabras de Kelly siguen resonando en mi cabeza.

Tiene razón... Michael me hizo mucho daño, y durante mucho tiempo estuve vagando sin rumbo fijo, intentando encontrar desesperadamente a mi media naranja... A esa persona tan afín a mí, con la que compartir mi vida. Y entonces, cuando ya empezaba a estar cansada de buscar, apareció Elliott, mi antítesis, alguien en el que no me habría fijado nunca y con el que nunca me hubiera cruzado si nuestro encuentro no hubiera estado orquestado por los metomentodos de nuestros respectivos amigos. Y me enamoré de él... Pero entonces, todo se fue a la mierda.

Elliott

—¡Eh, mamonazo!

—¿Qué pasa, Ian?

—Es el cumpleaños del enano y vamos a hacer una fiesta. Ya sabes... globos, payaso, hinchables... Amy me ha dicho que puedo invitar a un amigo para soportar toda esa mierda sin necesidad de emborracharme... ¿Qué me dices?

—No puedo...

—¡Venga ya! No me puedes dejar solo en esto...

—Es el cumpleaños de tu hijo, macho... Si no querías “pasar por esto”, habértelo pensado antes de follar sin condón...

—Pero...

—Además, no puedo porque no estoy en Nueva York.

—¿Qué...? ¿Cómo que...? ¿Dónde estás?

—Estoy en Filadelfia.

—¿Y qué cojones se te ha perdido a ti en Filadelfia?! Te aseguro que si es una excusa para saltarte el cumpleaños de Brandon me parece algo exagerada...

—Holden vive aquí... —confieso casi susurrando.

—¿Qué...? ¿Cómo has...? ¿Estás...? ¡Joder, Elliott...! ¡No cometas ninguna locura!

Nos quedamos callados durante unos segundos. Sé que es una locura, no hace falta que me lo diga nadie. Fue un arrebato. No lo pensé. Simplemente, no podía permitir que Holden se enfadara conmigo, así que salí de casa, me metí en el coche y, cuando me quise dar cuenta, estaba entrando en Filadelfia. Aparqué el coche en el aparcamiento de un centro comercial y aquí estoy, casi una hora después.

Apoyo la frente en el volante y resoplo con fuerza.

—Por favor, dime que no vas a quebrantar la ley...

—No... Él me llamó y...

—¿En serio?

—Sí... Escuchó que su abuelo discutía a menudo con alguien y, aprovechando que él se iba a jugar su partida de bolos semanal y su abuela dormía frente al televisor, intrigado, buscó ese número que se repetía tantas veces y lo marcó.

—Es un cabronazo con recursos...

—Sí... Desde entonces, hemos hablado un par de veces, pero en la última, se enfadó conmigo cuando averiguó que vivimos a dos horas escasas de coche y no he venido nunca a verle...

—¿Y ahora qué?

—No lo sé...

—¿Qué ha cambiado para que decidas recorrer esas dos horas?

—No lo sé...

—¿Pretendes plantarte frente a su abuelo y reclamarle la custodia?

—No... no lo sé...

—¿No sabes si plantarte frente a él o no sabes si quieres la custodia?

—No sé qué cojones hago aquí. No sé si encararme a él. No sé si estoy preparado para tener la custodia. No sé si Holden querría venirse conmigo. No sé cómo se supone que debe actuar un padre. No sé si soy un buen ejemplo para él. No sé siquiera si visto como un padre. No sé demasiadas cosas...

—¿En serio te estás preguntando cómo viste un padre?

—Sí... O sea... No un padre cualquiera, sino uno que intenta causar buena impresión. Admitámoslo, no suelo causar una buena primera impresión, así que supongo que parte de culpa debe tenerla mi vestuario...

—Elliott, Ozzy Osborne es padre.

—No cuenta. Él no tiene que impresionar a su suegro...

—De acuerdo. Sigue mi consejo: arranca el motor del coche, da media vuelta y vuelve a casa.

Chasqueo la lengua, contrariado, hasta que susurro:

—Necesito verle...

—¿Sabes cómo se le llama a esto que estás pasando? Enajenación mental.

—¿Insinúas que estoy loco?

—No lo insinúo, lo afirmo.

Rachel

—Que no, Kelly, que he pillado su indirecta.

—Insisto. Llámale.

—Hace semanas que no sé nada de él. No me voy a arrastrar más. Si me quiere ver, que me llame. Si quiere saber de mí, que me llame. Si quiere...

—Sois unos idiotas inmaduros —me corta.

—Pues perfecto.

—Pues vosotros os lo perdéis.

—Pues vale.

—Pues... ¡Aaaaaaaah! Te odio. Y me obligas a tomar medidas drásticas que no quiero tomar.

—¿Qué medidas drásticas?

—Si es que luego me creo una fama... —prosigue, sin hacerme caso.

—Kelly, ¿qué medidas? Kelly, ¿a dónde vas? Kelly, ¿qué haces?

La sigo con la mirada mientras le pregunto. Empiezo a levantarme de la silla cuando veo que saca el teléfono de su bolso y se lo lleva a la oreja después de trastearlo durante unos segundos. La persigo por la oficina mientras ella se escabulle. Es increíble lo ágil y rápida que puede llegar a ser a pesar de ir subida en sus tacones de diez centímetros.

—Hola. ¿Elliott? Soy Kelly. ¿Te pillo en mal momento? Pues me da igual, porque lo que tengo que decirte es de vital importancia.

—¡Kelly, por favor...! —grito mientras forcejeo con ella para arrebatarle el teléfono, sin éxito.

—¿Cuándo vas a llamar a Rachel? —Le pregunta, haciendo caso omiso de mis súplicas—. No te me vayas por las ramas. Eso no es para tanto. Vale, sí, quizá sí. Pero es que ella está completamente enamorada de ti...

La miro con mis ojos a punto de salirse de las órbitas, aún sin poderme creer que se haya atrevido a decirle eso. Pero me preocupa más la reacción de él a las palabras de Kelly que pegarle la bronca, así que la observo fijamente.

—¿Ah sí? —Su tono de voz me intriga—. ¿Y qué haces allí? ¿Una larga historia? Me parece que tengo algo de tiempo...

Me preocupa la expresión seria de Kelly. Es la misma que pone en los juicios, cuando toca tomarse las cosas en serio, así que empiezo a ponerme muy nerviosa. La sigo por el despacho, acercándome lo suficiente como para escuchar algo de su conversación, sin éxito.

—Kelly... ¿Qué pasa...? —susurro, consiguiendo solo un gesto con la mano como respuesta.

Chasqueo la lengua, contrariada y, herida en el orgullo, intento hacer ver que la conversación ya no me importa lo más mínimo y me siento frente a mi ordenador. Aporroeo las teclas sin compasión, haciendo verdaderos esfuerzos para no levantar la vista de la pantalla.

—Pero, tú no... —Empieza a decir, pero entonces me mira y baja el tono de voz hasta casi convertirlo en un susurro.

—Podéis hablar de lo que os dé la gana. Por mí, como si os tiráis toda la tarde hablando. Por mí, como si os tiráis el uno al otro.

—Perdona —le dice a Elliott, antes de dirigirse a mí, mirándome con el gesto torcido—. Eso que dices no tiene sentido.

—Me da igual.

—Me refiero a que tu frase no tiene sentido, no a que no tenga sentido que me tire a Elliott.

—Paso de ti —le digo, agarrando mi bolso y poniéndome en pie para largarme. De todos modos, parece afectarle muy poco que me largue, porque vuelve a dirigirse a él.

—Tranquilo, no me acostaría nunca contigo —la escucho decir—, no porque no me gustes, porque estás cañón, sino porque ella está loca y completamente enamorada de ti, aunque lo niegue, y soy demasiado buena amiga como para hacerle eso.

Pongo los ojos en blanco, justo antes de salir por la puerta, desesperada.

Elliott

He conseguido aparcar el coche en la calle donde viven. He pasado la noche caminando arriba y abajo de la misma, planeando una estrategia. Cuando tenía sueño, me sentaba frente al volante y me permitía dar algunas cabezadas, nunca más de media hora. Y luego volvía a salir.

Así, hasta ahora. Son las siete y media de la mañana, y la puerta del edificio al que llevo mirando fijamente toda la noche, se abre. Sale una mujer de avanzada edad, algo rechoncha pero ágil, agarrando la mano de un crío vestido con un uniforme de colegio. Tiene que ser él... No puedo dejar de mirarle, embobado. A esta distancia, puedo adivinar que es un calco de Steph. De pelo castaño claro, delgado y risueño. Seguro que tiene sus mismos ojos pequeños y vivos, sus dos hoyuelos en ambas mejillas y esa sonrisa grande y sincera.

Cuando les pierdo de vista, salgo del coche y corro hasta volver a dar con ellos. Afortunadamente para mí, hay bastante gente en la calle, entre la que me puedo camuflar. Me sitúo lo suficientemente cerca como para escuchar su conversación.

—Cielo, ¿estás bien?

Holden se encoge de hombros y agacha la cabeza. No está bien... Incluso yo puedo notar que esa no es una respuesta tranquilizadora.

—¿Te duele algo? —insiste ella.

—No... Estoy bien... Supongo.

—Pues estás menos hablador que de costumbre...

Holden niega con la cabeza de nuevo, aunque con menos convicción que antes.

—Si te cuento una cosa, ¿me prometes que no te vas a enfadar?

—¿Ha pasado algo en el colegio? ¿Te has peleado? No me asustes...

—No es eso... Es que... El otro día... Hice algo que sé que no os gustará. Y no quiero que me castigéis, pero tengo que contárselo a alguien...

—¡Ay, Dios mío! ¿Holden, por favor! ¡Dime qué has hecho...! ¡Virgen Santa, creo que me va a dar un ataque!

—Tranquila, abuela... Es solo que... El otro día hablé con mi papá.

La señora Miller se detiene de golpe, y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no chocarme con ellos. Rápidamente, me meto en una cafetería cercana. La campana de la puerta tintinea, y aguanto la respiración para que el sonido no llame su atención.

—¿En qué le puedo ayudar? —me pregunta el dependiente—. Hoy le recomendamos el Expreso con chocolate por solo dos dólares.

No le presto ninguna atención, y sigo atento a lo que sucede al otro lado de la calle. Veo a la madre de Steph gesticular mientras que Holden agacha la cabeza. No le tiene miedo, sino que parece avergonzado. Ella tampoco parece estar enfadada, sino más bien... preocupada.

Entonces, al rato, ella le agarra de una mano y le atrae hacia ella. Holden la abraza mientras ella le peina el pelo con ambas manos. Poco después, empiezan a caminar de nuevo y yo me apresuro al exterior del establecimiento para seguirles de cerca. Me acerco lo suficiente como para poderles escuchar.

—El abuelo discutió con alguien y dijo mi nombre... Y no era la primera vez... Así que esa noche, después de que se fuera a jugar a los bolos y de que tú te quedaras dormida viendo la telenovela, cogí el teléfono y marqué la rellamada... ¿Estás enfadada?

—Eh... No... Estoy... Sorprendida. ¿Y qué...? ¿Qué te pareció? —le tantea.

—Estuvo bien, supongo...

—No pareces muy convencido.

No, no lo parece, y eso me duele. Aunque, a tenor de nuestra última conversación, cuando se enfadó tanto conmigo, no le culpo.

—Abuela, ¿por qué nunca ha venido a verme?

Estoy seguro de que su pregunta la deja tan parada como a mí.

—Pues... Verás...

—No me quiere, ¿verdad? Por eso el abuelo se enfada con él cada vez que llama...

Durante unas milésimas de segundo, me imagino contestándole. Quiero alzar la voz para

contradecirle, para negar esa afirmación. Pero entonces me doy cuenta de que estoy en “territorio enemigo”. Se detienen unos metros más allá, en la parada de autobús, donde el vehículo está ya esperando a todos los críos.

—Corre. Ve. No quiero que llegues tarde.

Seguro que ha visto el cielo abierto al ver el vehículo escolar esperando ya en la parada. Aun así, al ver a su nieto tan decaído, pone las manos en sus hombros y se agacha hasta quedarse a su altura.

Desafortunadamente, no estoy cerca como para poder escuchar lo que le dice. No puedo permitir que me vea, aunque una parte de mí quiere gritar a los cuatro vientos que sí le quiero, que quiero formar parte de su vida y enmendar mis errores del pasado.

CAPÍTULO 13 - ¿SOY COMO PENSABAS QUE SERÍA?

Rachel

Ha sido un día agotador, sumergida en una demanda de divorcio de esas en las que, tanto mi clienta como su futuro exmarido, pretenden arrebatarse hasta la ropa interior. Es triste ver cómo una pareja puede acabar así. Les imagino en sus inicios, sonrientes y enamorados, agarrados de la mano, mirándose como si no existiera nadie más sobre la faz de la Tierra, sintiendo cosquillas en la barriga. Años olvidados, despellejándose vivos.

—Al principio, solo tenía ojos para mí. O, al menos, eso decía —me explicó mi clienta—. Él era el tipo más guapo y popular del barrio... Supongo que no era tan... perfecto para mí. Demasiado guapo y, sobre todo, demasiado popular...

Por lo que parecía, eran perfectos el uno para el otro y, aun así, han acabado sacándose los ojos, pienso mientras guardo varios expedientes en el archivador metálico. En ese momento, llaman a la puerta del despacho. Camino hasta ella y, antes de abrir, pregunto:

—¿Quién es?

—Soy Oliver.

Frunzo el ceño y abro la puerta. Me encuentro con un tipo alto, de hombros anchos y cintura estrecha, con gafas de pasta negra, trajeado y con el pelo bien peinado. Está afeitado y, aun a la distancia que estamos, puedo oler su colonia varonil.

—Me envía Kelly... —me empieza a aclarar, ante mi cara de confusión.

—¡No me lo puedo creer! —le corto, hecha una furia—. ¡¿Es que no se da por vencida?! ¡No quiero más citas! ¡Díselo de mi parte! ¡Dile que no quiero que me busque más candidatos ni que alquile los servicios de ningún... prostituto!

—Yo...

—¡Sé que no tienes culpa de nada y no sé cuánto ha prometido pagarte, pero no voy a acostarme contigo!

—Pero...

—¡Estoy harta! —Saco el teléfono del bolso y busco el número de Kelly en la agenda.

—¡Hola! —Me contesta con tono jovial.

—¿No te cansas nunca de manipular mi vida?

—¿Qué he hecho ahora...?

—Te lo dije y te lo repito: ¡no quiero que me busques a ningún tío para acostarme con él!

—Rachel...

—¡Quiero que borres mi perfil de esa web de citas porque no voy a salir con ningún impresentable que se plante en mi puerta!

—Rachel.

—No necesito de tus... servicios ni de los del... chulo este que me has buscado —insisto, señalando al tipo que sigue en la puerta del despacho, mirándome con la boca abierta.

—Borré tu perfil hace un par de semanas...

—¡No pienso volver a sufrir una cita con un tipo con el que se supone que tengo muchas cosas en común y...!

—¡Escúchame, loca del demonio! ¡Oliver es un amigo de Alexander y nuestro nuevo cliente! ¡No es tu... chulo, ni nada por el estilo!

Me giro lentamente hacia la puerta, dibujando una mueca con la boca. Oliver levanta la palma de la mano y me saluda, de nuevo.

—Joder... Menuda cagada...

—Aunque no me negarás que está bien bueno... —Añade Kelly—. Creo que está soltero, porque nunca vi salir a ninguna mujer de su apartamento, y sale a correr todas las noches. Los pantalones cortos le quedan muy bien, por cierto, y...

—Adiós, Kelly.

—De nada.

Cuelgo la llamada y miro a Oliver. Me tapo la cara con ambas manos mientras la siento arder.

—Puedes respirar tranquila. No tienes que acostarte conmigo —dice sonriendo, gesto que rebaja la tensión del momento—, y te prometo que no tendrás que soportarme durante una cita. Me iré en cuanto te cuente mi caso y me digas si me puedes ayudar o no...

Elliott

Cojo aire con fuerza y lo suelto. Repito la acción varias veces, con la vista fija en la fachada del edificio desde el que ayer le vi salir de la mano de su abuela.

Llevo casi veinticuatro horas haciéndome muchas preguntas. ¿Para qué he venido? ¿Pienso pasarme las horas espiándole, como si estuviera haciendo algo malo? ¿Estoy haciendo realmente algo malo? ¿Qué le dijo la señora Miller a Holden? ¿Quiere saber más de mí?

Cansado de no encontrar las respuestas en mi cabeza, me descubro subiendo cinco escaleras que conducen al portal. ¿Por qué? Esa es la única respuesta que sé a ciencia cierta: porque quiero existir para Holden.

En ese preciso instante, la puerta de hierro se abre y me encuentro cara a cara con el padre de Stephanie. Nos miramos sorprendidos, con los ojos y la boca muy abiertos. Y entonces me fijo en la personita que coge su mano. Me mira fijamente durante unos segundos, mientras que en mi cara se empieza a dibujar, de forma inconsciente, una sonrisa. Abro la boca para empezar a hablar, para decirle que no quería que se enfadara conmigo, que no me dejaban acercarme a él, que yo...

—¿Qué haces aquí? —me pregunta Henry de repente, adivinando mis intenciones y escondiendo a Holden en su espalda.

—Yo... Señor Miller, yo...

—No puedes estar aquí.

—¿Qué pasa, abuelo? —le pregunta Holden, mirándonos a uno y a otro, algo asustado.

—Sube a casa —le pide Henry.

—Pero voy a perder el autobús del colegio...

—No tardaré. Sube a casa y ahora voy a buscarte.

Holden le hace caso y se aleja echando rápidos vistazos hacia atrás. Abro la boca de nuevo, pero enseguida me lo pienso mejor y la cierro. Me limito a levantar la mano y decirle adiós con ella mientras él frunce el ceño.

—Aléjate de él —me amenaza Henry en cuanto se asegura de que Holden no nos oye.

—Pero señor Miller, yo...

—No puedes estar aquí.

—Por favor, escúcheme...

—Vete.

—¡No!

Mi grito nos sorprende a ambos. Nunca me creí capaz de luchar por Holden como pretendo hacer. Tampoco creo que el señor Miller lo creyera, porque empiezo a ver un atisbo de miedo en sus ojos.

—Te lo advierto... —Empieza a decir, con tono titubeante.

—¡Soy su padre! ¡Tengo derecho a estar con él! ¡Tengo...! ¡Quiero tener relación con él...! ¡Quiero cuidarle...! ¡Necesito hablar con él...! ¡Le necesito...!

Henry me mira apretando los labios con fuerza. Tengo la esperanza de que esté valorando mis palabras, veo la duda en sus ojos... Hasta que borra esa posibilidad de un plumazo.

—Él ya tiene quién le cuide y no te necesita para nada.

—¡Pero...!

—¡Lárgate antes de que llame a la policía!

—Señor Miller...

—¿Henry? ¿Va todo bien? —Se escucha la voz de la madre de Stephanie a través de la escalera.

—Sí, cielo... —responde, justo antes de amenazarme con un dedo—. O te largas ahora mismo o le cuento a Holden que el tipo que estaba en la puerta es el que mató a su madre. Tú verás. Si se lo cuento, ten por seguro que se esfumará cualquier posibilidad que tengas de acercarte a él.

Respiro profundamente mientras entorno los ojos. Me lleva unos segundos darme cuenta de que no está bromeando. Entonces, empiezo a alejarme, caminando de espaldas, sin dejar de mirarle. Él tampoco deja de hacerlo, como si quisiera asegurarse de que me voy. Y es lo que hago, con los ojos llenos de lágrimas.

Rachel

—Todo iba bien, ¿sabe? Yo no... Diablos... —Oliver se rasca el pelo de la nuca con ambas manos—. Todo el mundo me lo advirtió, pero no les quise escuchar. Mi familia, mis amigos... Mis padres insistían, una y otra vez, pero, simplemente, no quise hacerlo. Ella no es así, ella es diferente, les repetía una y otra vez.

Le escucho atentamente, hipnotizada. Me fascina la timidez con la que agacha la mirada durante su confesión, y el amor que aún desprenden sus palabras al hablar de ella. A pesar de todo...

—Danielle era diferente. Ella no... Ella era incapaz. Ella me quería a mí, por lo que soy, no por el dinero que tengo... —Me muerdo los labios, asintiendo a la vez. Oliver permanece pensativo durante unos segundos, hasta que, al rato, resopla sonriendo—. Qué idiota, ¿no?

Cuando me mira, me sorprende no ver una pizca de rencor en sus ojos. No sé si espera mi reacción, pero me siento casi obligada a darle mi opinión personal.

—No... Para nada...

Sin despegar los labios, Oliver sonrío y gira la cabeza para fijar su vista en un punto indefinido de la pared. Con la mirada perdida, sigue hablando.

—Debería haberles escuchado. ¿Qué me costaba pedirle que firmara ese documento? Era una simple separación de bienes... —Aunque sé la respuesta, no me hace falta decir nada, ya que es él mismo el que lo hace—. Pero no podía hacerle eso. Yo... confiaba en ella... Ella era...

—Diferente —me descubro acabando la frase por él.

—Sí... —Lejos de enfadarse, esboza una preciosa sonrisa.

—Lo siento.

—No. Para nada.

—Sigue usted enamorado —me atrevo a añadir.

Oliver levanta la vista y vuelve a mirarme.

—¿Le cuento un secreto? —Me pregunta al cabo de un buen rato—. Ni siquiera quiero que nada de esto pase... Es decir, no quiero pelear contra ella. Quiero que se quede con todo lo que quiera...

—Y entonces, ¿por qué está aquí?

—Buena pregunta... Realmente, no sé qué hago aquí... Supongo que esta vez quise hacer caso a mis padres. Ya sabe, hacer lo que se supone que tengo que hacer... Pero, en realidad, no quiero hacerlo.

Le sonrío de forma sincera mientras él se sonroja y se encoge de hombros.

—Entonces, me parece que le voy a servir de poco.

—Es la primera persona a la que se lo confieso y me escucha sin juzgarme, así que, en realidad, creo que me está siendo de más ayuda que todos los que me rodean y se sienten con la potestad de aconsejarme... —comenta sin dejar de sonreírnos—. No se preocupe, al final de nuestra cita, puede pasarme la factura y la pagaré con gusto.

—Sería inmoral hacerlo. Al fin y al cabo, solo le estoy escuchando.

—Lo siento... Seguro que tenía mejores planes para esta tarde que escucharme lloriquear.

—No crea...

—Pues, al menos, déjeme invitarla a tomar una copa. Así matamos varios pájaros de un tiro: el alcohol puede ayudarla a olvidar todas las chorradas que le cuente, yo calmaré mi mala conciencia pagándole las copas y, además, podré seguir aprovechándome de su paciencia.

Se me escapa la risa, pero Oliver parece ir en serio. Me mira ladeando la cabeza, con las cejas levantadas, esperando mi respuesta. Entiendo perfectamente cómo se siente y estoy a gusto escuchándole. No pretende impresionarme, no parece tener intenciones ocultas...

—¿Qué me dice? —insiste.

Elliott

Levanto mi vaso vacío y se lo enseño al camarero. Enseguida se planta frente a mí y lo vuelve a llenar. Lo sostengo y acaricio el vidrio con el pulgar durante unos segundos, justo antes de llevármela a los labios. Es el tercer whisky doble de esta noche, echando al traste el trabajo de varios años de sobriedad.

—¿Vienes mucho por aquí? —me pregunta una voz femenina a mi derecha.

Cuando giro la cabeza, descubro a una mujer de unos cincuenta años. Va vestida de forma muy elegante, con un traje gris oscuro que contrasta con su pálida piel. Tiene unos labios grandes y unos pómulos muy marcados que resaltan sus ojos almendrados.

Después del repaso visual, niego con la cabeza y vuelvo a fijar la vista en mi vaso.

—Lo siento —Ríe—. Cuando salía, esta frase aún se usaba y funcionaba.

Por el rabillo del ojo, veo su mano extendida hacia mí. No me apetece hablar con ella y, además, no estoy de humor para hacerlo.

—Supongo que entonces también tenía menos arrugas que ahora, y eso jugaba a mi favor —insiste ella, bajando la mano alzada.

Aprieto los labios esbozando una sonrisa de circunstancias.

—Me llamo Tess, por cierto —insiste.

—Elliott —contesto al fin.

—Déjame adivinar... —dice, sentándose en el taburete de mi lado—. ¿Mal día?

—Eres demasiado optimista.

Doy un largo sorbo y vuelvo a llamar la atención del camarero, que enseguida me rellena el vaso.

—Bueno... Entonces, solo puede mejorar, ¿no?

Rachel

—¡Así que vas a salir con él!

—No.

—Veamos... Te estás vistiendo para salir, te va a pasar a recoger en breve, te va a llevar a cenar... Si esto no es salir...

—Vamos a salir, pero no vamos a salir. Ya me entiendes.

—Para nada.

—Que vamos a salir, pero en realidad no es una cita.

—¿Y qué es...?

—Una... reunión. Eso es. Una reunión de amigos.

—Os conocéis desde ayer y no eres tan sociable, así que no es tu amigo. Y no es una reunión porque tú misma me has dicho que no va a ser cliente nuestro. Así que, llámalo como quieras, pero no es una reunión de amigos.

En ese momento, cuando estoy a punto de replicar, suena el timbre.

—Te tengo que dejar. Mañana hablamos.

—¡Rachel!

—¿Qué?

—De nada.

—No tengo por qué darte las gracias porque esto no es...

Pero me deja con la frase inacabada porque ya ha colgado, así que me dirijo a la puerta.

—¡Hola! —me saluda en cuanto abro, haciendo aparecer un ramo de flores.

—¡Vaya! No tenías...

Giro alrededor, pensando dónde ponerlas. En mi casa inacabada no hay jarrones para flores, pienso, aunque luego ese pensamiento se esfuma cuando una frase se empieza a repetir en mi cabeza: aunque me haya traído flores, esto no es una cita. Aunque me haya traído flores, esto no es una cita. Aunque...

—Sé que esto no es una cita, ni nada por el estilo, pero no me pareció correcto venir con las manos vacías —dice él, aún desde la puerta, leyéndome el pensamiento.

Se me escapa la risa mientras camino de un lado a otro de la cocina, abriendo los armarios, en busca de algo parecido a un jarrón donde meterlas. Cuando desisto, resoplo con fuerza por la boca y me giro hacia él, descubriéndole aún en la calle.

—¡Oh, por favor! ¡Qué maleducada soy! ¡Pasa, por favor! —Él hace un movimiento de agradecimiento con la cabeza y da un par de pasos hacia dentro, cerrando la puerta a su espalda—. No sé dónde...

—No te preocupes. Creo que me equivoqué con el detalle. Tendría que haberte traído un jarrón más que unas flores. Me temo que empecé la casa por el tejado.

—No, por favor... Ha sido todo un detalle. ¿Cómo ibas a saber que mi casa está...? Bueno... así —Las dejo sobre el mármol blanco—. Es igual. ¿Nos vamos?

En cuando salimos, bajamos los escalones hasta la acera, en silencio.

—He pensado que podríamos ir a un restaurante italiano que está aquí cerca. —Mantiene una mano en el bolsillo del pantalón mientras que con la otra señala calle abajo—. Es pequeño y tranquilo... Nada ostentoso...

—Me encanta —contesto con sinceridad.

Llevamos un rato caminando cuando él hace la temida pregunta:

—¿Por qué vives en una casa en ruinas? —Gira la cabeza para mirarme, mientras yo agacho la vista al suelo y suspiro—. Lo siento. Si no quieres contármelo...

—No pasa nada. Lo tengo más o menos superado... No está en ruinas. O, al menos, estaba peor hace un tiempo... La compramos para reformarla a nuestro gusto.

—Ah. No sabía que estabas... Que tenías...

—Ni lo estoy ni tengo. Michael y yo rompimos hace tiempo. Mucho, en realidad. El mismo que hace que mi casa está a medio reformar.

—Lo siento.

—Y yo. Por la casa, no por darle puerta a Michael.

—No acabó bien la cosa, por lo que veo...

—Digamos que no me sentó muy bien pillarle en mi cama, en mi casa, con alguien que no era yo.

—Vaya...

—Sí, vaya... Y no, no lo vi venir. Y no, no sospechaba nada de nada. Y no, nunca le creí capaz de hacerme eso. Y...

—Te entiendo.

Y entonces me callo y le miro. Él me sonrío de forma cómplice, y me doy cuenta de que mi historia es muy parecida a la que él me contó antes. Ambos fuimos engañados por nuestra pareja, de una u otra forma. Ambos creíamos más en nuestras respectivas historias de amor que nuestras parejas. Ambos estuvimos ciegos por no verlo antes. Ambos... repito en mi cabeza, dándome cuenta de que tenemos mucho en común.

Elliott

Escucho el sonido de mi teléfono a lo lejos, como si estuviera a kilómetros. Me humedezco los labios y, cuando intento abrir los ojos, la cabeza parece que me vaya a estallar.

—¿Es tu teléfono o el mío?

Cuando escucho su voz pastosa, soy totalmente consciente de lo ocurrido. Solo entonces recuerdo el whisky y nuestra escueta conversación. Solo entonces evoco el movidito trayecto hasta su casa, donde me las tuve que apañar para conducir con ella sentada en mi regazo, besándome. Y solo entonces empiezo a arrepentirme de todo ello.

Doy un traspiés cuando me bajo de la cama, cayendo de bruces sobre la moqueta. Busco el teléfono

hasta dar con él en el bolsillo de mi vaquero. En la pantalla iluminada aparece el número de casa de los padres de Stephanie, así que descuelgo enseguida.

—¿Diga? —Se escucha una respiración al otro lado de la línea—. ¿Hola? ¿Holden, eres tú?

—¿Estás en Filadelfia? —susurra.

—Eh... —Miro alrededor, buscando el resto de mi ropa. Apoyando el teléfono entre el hombro y la mejilla, me pongo los calzoncillos y los vaqueros.

—¿Eras tú? —insiste.

Aún sin contestarle, empiezo a abrochar los botones de mi camisa. Jess, ¿se llamaba así? Da igual... Ella se ha despertado, supongo que, debido al sonido de mi teléfono, y me sigue con la mirada por toda la habitación, mientras yo me acerco a la puerta.

—Sí... —contesto titubeante, provocando un largo sollozo.

Entonces, miro a la mujer, no sé si para disculparme, pero me doy cuenta que no me importa lo más mínimo lo que piense de mí. Nada de lo que sucedió anoche fue una buena idea, y es algo que quiero olvidar cuanto antes, empezando desde ya mismo.

—¿Holden? ¿Sigues ahí? —le pregunto cuando cierro la puerta del apartamento y empiezo a bajar las escaleras.

—Sí...

—¿Estás...? ¿Sabes tus abuelos que estás hablando conmigo?

—No. —Los dos nos quedamos callados, hasta que él insiste—: ¿Qué haces en Filadelfia?

En cuanto me meto en mi coche, apoyo la espalda en el asiento y resoplo con la vista fija en el techo.

—No podía permitir que estuvieras enfadado conmigo...

—¿Y has venido hasta aquí solo por eso?

—Bueno... Quizá... Estoy algo desesperado...

—¿Qué es desesperado?

—Me refiero a que... —Intento buscar las palabras adecuadas para que pueda entenderme—. Quiero conocerte y quiero que me conozcas. Me gustaría pasar algo de tiempo contigo, y eso no sucederá si estás enfadado conmigo.

—El abuelo sí que está enfadado contigo... ¿Es por eso por lo que no nos conocemos? ¿El abuelo no te dejaba?

—¡No! ¡No...! No... —No quiero poner a su abuelo en mi contra. Más aun de lo que ya está, quiero decir. Soy consciente de que, si de alguien depende que pueda tener relación con mi hijo, es de él—. Fue...

—¿Eras tú el que no quería?

Pero tampoco quiero que piense que su padre es un capullo. Al menos, no del todo.

—No... O sea... Sí... Verás, es algo complicado... —Empiezo a decir, deseando con todas mis

fuerzas que cambie de tema. Al ver que no es así, me siento obligado a continuar—: Cuando naciste, yo no estaba... preparado para ser padre... Pero creo que ahora sí lo estoy... Es como...

—¿Mamá sí estaba preparada? —me corta.

—Sí. Ella era una madre estupenda.

—Pero, cuando ella... ¿Por qué no quisiste cuidarme? Aunque no supieras... Es algo que los padres tienen que hacer, ¿no?

—Sí. Es algo que debería haber hecho, pero, yo sabía que con tus abuelos estarías mucho mejor.

Nos quedamos callados durante unos segundos. Le imagino escondido en su cuarto, en cuclillas al lado de la cama, agarrándose las rodillas. Sonrío al imaginarle así, como si conociera su forma de ser... Como si supiera algo de él...

—No me imaginaba que fueras así...

—¿Cómo me imaginabas?

—No lo sé... Pero no pareces un padre —suelta de repente, dejándome sin aliento y algo alicaído.

—¿Ah no? No sabía que los padres tuvieran un aspecto determinado... —consigo decir cuando me deshago del nudo que se ha formado en mi garganta.

—Los padres no tienen dibujos en los brazos, y no tienen pinta de... boxeador.

—No soy boxeador —contesto riendo—, pero, en todo caso, supongo que algunos boxeadores tienen hijos, así que supongo que esos hijos no estarían muy de acuerdo contigo... ¿No crees?

—Ya... —Ríe, antes de añadir—. Sé que no eres boxeador. Sé que arreglas cosas.

—Eso es. Arreglo cosas.

—¿Qué cosas?

—La gente me llama cuando quiere reformar su baño, o arreglar un calentador de agua, o la barandilla de madera de una escalera, o...

—¿Un coche teledirigido?

—¿Cómo...?

—El mío está estropeado... A lo mejor, me lo podrías arreglar.

—¡Claro! —respondo animado ante la posibilidad de un encuentro.

—¿Nos podremos ver y te lo doy...?

—Tendría que hablar con tus abuelos primero...

—¿Por qué? Eres mi padre, ¿no?

—Sí... Pero tengo que hacer las cosas bien. No... podemos vernos sin su permiso.

—¿Es porque les caes mal?

—Más o menos.

—¿Y si yo les digo que quiero verte?

—Eso podría ayudar... ¿Lo harías?

Rachel

“Si te pido que le digas a mis padres que estamos trabajando en mi denuncia, ¿qué me dirías?”

Sonríó al leer su mensaje mientras niego con la cabeza. Enseguida empiezo a contestarle y le envío mi respuesta.

“Que madures de una vez. Es tu dinero. Es tu vida”

Soy terriblemente sincera, pero sé que agradecerá mi consejo, igual que yo lo haría. De algún modo, siento que puedo hablar con él de lo que sea, y sé que él siente lo mismo. Es como si... nos conociéramos de toda la vida.

“Mi madre te va a llamar esta noche. Hazme quedar como un tipo con cojones y amor propio”

Extiendo los brazos y miro la pantalla con incredulidad.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Oliver está arruinando su vida.

—¿En serio?

—En vez de echarle huevos...

—¡Venga ya!

—Prefiere negar la realidad...

—¿En serio que hay gente que hace eso?

—Kelly, ¿por qué me parece que te estás cachondeando de mí?

—¿Yo? ¿Cachondeándome de ti? ¡Dios me libre!

—Vale. Ya. Ilumíname con tus sabios consejos...

—¿No te das cuenta de que sois tal para cual? Sois completamente compatibles.

—¡No es verdad!

—¡Sí lo es!

—No...

—Sí. Pero, aun así, no lo es.

—¿Cómo? —le pregunto al cabo de un rato, totalmente confundida—. Estás loca de atar, en serio.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. —Se aleja de mí, acercándose a su escritorio—. Es totalmente compatible contigo, pero tú no puedes dejar de pensar en tu “casi compatible”.

—¿Mi casi compatible?

—No te hagas la tonta, que no te pega nada.

“No te enfades conmigo... Te invito a cenar para recompensarte”

—Y ahora aceptarás su invitación solo para llevarme la contraria —asegura justo a mi espalda, después de leer el mensaje—, pero, en el fondo, sabes que tengo razón.

“Esto te va a salir muy caro...”

Escribo, escuchando a Kelly resoplar en mi nuca.

“Restaurante a doscientos dólares el cubierto reservado para esta noche a las ocho. Te recojo a las siete por tu casa”

“Es un comienzo...”

—Eres una blanda.

—Tú lo has dicho: somos muy compatibles.

—Pero no te gusta ni lo más mínimo.

—No se trata de eso.

—Te estás forzando a que te guste porque es lo que te dice tu cerebro. Tu cabeza te dice que esta es la oportunidad que llevabas esperando y le dice a tu corazón que tiene que hacértelo saber.

—¿Qué sabrás tú de lo que dice mi corazón y mi cabeza...?

—Te sorprenderías...

—Y, si sabes tanto, ¿por qué no te aplicas esos consejos a ti misma? Porque no veo ningún anillo de compromiso en tu dedo...

—¡Dios me libre! ¡Quita, quita, quita...! No me va nada eso de estar apalabrada, y menos aún, comprometida con alguien de por vida. Eso le va a gente como tú. Pero ten por seguro que, si yo fuera como tú, seguiría mis consejos al pie de la letra.

CAPÍTULO 14 - QUIERO VERTE

Elliott

Llevo un par de días con el teléfono pegado a mi mano, esperando una nueva llamada de Holden. Quedamos en que hablaría con sus abuelos para pedirles que nos dejaran vernos. Y la verdad es que, por el momento, me conformo con eso: con poder charlar con él, invitarle a un helado y llevarle al parque. Puede incluso que quiera agarrarse de mi mano mientras caminamos. Hace tiempo que sueño con ese simple gesto. Me imagino caminando a su lado, con mi mano cubriendo totalmente la suya. A veces incluso me veo llevándole en brazos mientras él me cuenta infinidad de anécdotas del colegio. Pero sé que eso forma parte de un futuro utópico...

Hasta ahora, me he limitado a esperar a que él diera la cara por los dos. Sé que es una postura algo cobarde, pero creía que iba a tener más éxito que si se lo pedía yo. Pero puede que haya sido muy optimista, porque no he tenido ninguna noticia. Así que aquí estoy, apostado frente a la puerta de su edificio, valorando seriamente volver a intentarlo. Mañana tengo que volver a Nueva York porque no puedo aplazar más los trabajos pendientes. Necesito el dinero...

En ese momento, un vecino se acerca al portal con unas llaves en la mano. Decidido, salgo del coche y corro hacia la puerta. Entro justo detrás de él, y le sonrío para infundirle confianza mientras él me mira de arriba abajo, con una mueca de asco dibujada en la cara.

—Buenas tardes —le saludo, haciendo gala de mis mejores modales.

—Hola... —contesta, sin disimular ni un ápice su desconfianza.

Entonces caigo en la cuenta de que no tengo ni idea del piso en el que viven, así que, a la desesperada, aunque con disimulo, busco su apellido en los buzones. Cuando por fin leo la placa, vuelvo a sonreír y señalo la escalera. Mientras subo, siento sus ojos clavados en mi espalda. Incluso cuando me detengo en el tercer piso, tengo la sensación de estar siendo espiado, pero no pierdo mucho tiempo pensando en ello, y enseguida me descubro llamando a su puerta.

Respiro profundamente un par de veces, hasta que la voz de Henry me quita el aliento de un plumazo:

—¿Quién es?

—Señor Miller, soy Elliott...

—Largo.

—Por favor... —Escucho sus pasos alejándose de la puerta, así que la golpeo con ambas manos mientras grito—. ¡No, no, no...! ¡Por favor! ¡Quiero ver a mi hijo! ¡Necesito verle! ¡Le necesito! ¡Necesito hablar con él!

—¡Lárgate, o llamaré a la policía!

—¡No, abuelo...!

—¡Holden! —grito.

Apoyo las palmas de las manos en la madera, mientras mi pecho sube y baja de forma acelerada.

—Henry, por favor —interviene entonces la madre de Steph—. Vas a hacer llorar a Holden...

—¡Por favor...! Por favor... —Siento cómo las fuerzas me abandonan y las rodillas me fallan, cuando escucho el sonido de la puerta al abrirse.

Me pongo en pie de inmediato al ver a Holden frente a mí. Sostiene la puerta con una mano y me mira con los ojos y la boca abiertas de par en par. Henry se mantiene a su lado, apretando la mandíbula con fuerza.

—Gracias... Gracias... —susurro una y otra vez mientras él, con un gesto posesivo, agarra el hombro de Holden con firmeza.

—¿Has venido a por el coche teledirigido? —me pregunta, demostrando su inocencia.

—Claro —respondo.

Su cara se ilumina y se le dibuja una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Abuelo, me va a arreglar el coche! —dice, ilusionado

—Ve a por él —le dice este, forzando una sonrisa.

En cuanto Holden sale disparado por el pasillo, veo a la madre de Steph mirándonos desde la distancia. No veo odio ni resentimiento en sus ojos, pero su mirada me duele más que los gritos de su marido, así que agacho la cabeza. Entonces me fijo en mis brazos y recuerdo las palabras de Holden. “No pareces un padre”, me dijo. Inmediatamente, bajo las mangas de la camisa hasta cubrir mis antebrazos.

—Quiero a ese crío por encima de todo, mucho más de lo que tú o mi hija le quisisteis jamás —me dice Henry, amenazándome con un dedo levantado—. Te he abierto la puerta porque no quiero verle llorar, pero, en cuanto la vuelva a cerrar, no quiero que te vuelvas a acercar a nosotros nunca más. ¿Entendido?

—Pero... Soy su padre...

—Y también el asesino de su madre. ¿Quieres que él se entere, o prefieres que siga creyendo la mentira que le contamos y que, para tu información, te exculpa completamente?

Agacho la cabeza de nuevo, mordiéndome el labio inferior. Al rato, asiento con la cabeza. Prefiero alejarme de él a que me vea como un asesino. Puede que así, en un futuro, decida buscarme y tengamos quizá una oportunidad de empezar de nuevo. Puede que entonces sea capaz de comprender la verdad acerca de su madre.

Levanto la vista cuando escucho sus pasos corriendo hacia mí. Carga con un enorme coche teledirigido en los brazos y me mira sonriente. Cuando se coloca a mi lado y levanta la cabeza para mirarme, puedo ver la emoción en sus ojos. Me agacho a su lado para colocarme a su altura.

—Vamos a ver...

—El abuelo intentó abrirlo para ver, pero no sé si acabó de estropearlo...

Sonrío apretando los labios mientras inspecciono el interior del coche. Enseguida veo un cable pelado que seguro es el causante de la avería.

—Necesitaré un destornillador pequeño con punta de estrella. ¿Tiene uno?

—¿Tienes, abuelo? —pregunta Holden a su vez.

—Eh... Creo que sí...

—Y unos alicates pequeños... O unas tijeras para cortar el trozo de cable pelado... —Holden me mira con la boca abierta, lleno de orgullo, así que aprovecho el momento—. Si no tiene, yo llevo siempre algunas herramientas en el coche... Espere, que ya bajo a por ellas.

—¡Te acompaño! —dice enseguida Holden.

—¡No! —grita Henry.

—Eh... Espérame aquí. Bajo y subo en menos de un minuto —le digo a Holden. No quiero perder la escasa confianza que los Miller tienen en mí—. Cronométrame si no me crees...

—¡Vale! ¡Preparados, listos... ya!

Rachel

—Yo creo que son padre e hija...

—¡Pero, ¿cómo puedes ser tan inocente?! —Río tapándome la boca con la servilleta mientras le observo. Realmente parece decirlo en serio, mirando a la pareja en cuestión con el ceño fruncido—. Está claro que ella es su secretaria.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no se parecen en nada físicamente...

—Eso no significa nada.

—Porque ella coquetea con él. Le toca la mano y...

—Puede que sea muy cariñosa.

—Porque él está haciendo todo lo posible para impresionarla...

—Quiere que su hija se sienta orgullosa de él. —Pero entonces, el tipo, por debajo de la mesa, acerca su mano a la pierna de la chica, la cual, lejos de apartarla, parece muy satisfecha por ello—. Vale. Puede que tengas razón.

—No entiendo que necesitaras tantas pistas...

—Bueno, ya sabes que soy algo obtuso para conocer a las personas —contesta con resignación—. Si no, que se lo pregunten a mi súper rica exesposa... No tengo tanto ojo clínico como tú.

—Claro... Pregúntaselo tú a la fila de guapos, ricos y adorables pretendientes que tengo apostados a mi puerta cada noche...

—Porque no quieres tenerlos.

—No, Oliver, créeme...

—Pues me alegro de que no los tengas.

—¿Y eso? —le pregunto, haciéndome la ofendida.

—Si los tuvieras, seguro que hoy no estarías aquí conmigo.

—¡Eso no es verdad...!

—Sí, lo es. Y lo sabes.

—Podrías formar parte de esa fila, perfectamente. Eres guapo, rico y adorable —digo, guiñándole un ojo.

Oliver me mira sonriendo. Luego mira alrededor, deja la servilleta sobre la mesa y se pone en pie.

—¿Bailas conmigo?

—¿Aquí?

—¿Por qué no? —me pregunta, encogiéndose de hombros.

Miro alrededor. Sin duda, si me pongo en pie y bailamos, seremos el centro de atención. Estamos en un restaurante que cobra diez dólares por una botella de agua, así que los clientes que nos rodean no creo que vean con buenos ojos que nos saltemos el “protocolo”. A pesar de ello, sin dejar de sonreír, dejo la servilleta sobre la mesa y agarro su mano. En cuanto siento sus brazos alrededor de mi cintura, apoyo las palmas de las manos en su pecho.

—¿Sabes? Me alegro de que tu pregunta haya sido: ¿aquí? —susurra—. Si me hubieras preguntado: ¿contigo?, me habría derrumbado.

Entonces, siento su aliento en mi cuello. Su cercanía no me desagrada, pero tampoco me pone nerviosa. No siento que mi corazón haya empezado a palpar a un ritmo distinto al habitual...

—Al final, parece que lo de Danielle no fue tan malo...

—Oliver, te dejó sin casi la mitad de tu patrimonio tan solo dos meses después de haberos casado...

—Pero me permitió conocerte... —susurra, justo antes de besarme.

Elliott

—¿Ya? ¿Lo has conseguido? —me pregunta.

Estoy sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, concentrado en el pequeño coche. Holden, está pegado a mí, y apoya su pequeña mano en mi pierna. De vez en cuando, su cabeza entra en mi campo de visión y, aunque tengo que arreglármelas para poder ver lo que hago, no me molesta. Es increíble poder compartir esto con él.

Los padres de Stephanie no nos pierden de vista. Henry con el semblante serio, su mujer con la misma expresión con la que me miraba al entrar. Expresión que aún no he sabido descifrar del todo.

—Creo que sí... —afirmo mientras atornillo la tapa del coche—. Pruébalo ahora.

Enseguida Holden enciende el mando a distancia y mueve una de las palancas hacia delante. El coche sale disparado por el pasillo, y a él se le dibuja una sonrisa de oreja a oreja. Mientras corre tras él, yo respiro aliviado por haber conseguido arreglarlo. Sonrío observándole, hasta que mis ojos se cruzan con los de Henry y veo la frialdad en ellos. Así que, convencido de que hasta aquí ha llegado su hospitalidad, empiezo a recoger las herramientas y a guardarlas en el cinturón de trabajo cuando Holden corre hacia mí. Sin pensárselo dos veces, se lanza a mis brazos.

—¡Gracias! ¡Eres genial! —grita en mi oído.

Aturdido, permanezco inmóvil, sin saber qué hacer. Pero eso a él parece no importarle, o, al menos, no se da cuenta de ello. Cuando se separa unos centímetros, me mira a los ojos, mordiéndose el labio inferior, muy ilusionado. Entonces se fija en mis brazos, incapaces de devolverle el abrazo. Agarra el puño de mi camisa y me sube la manga por el antebrazo hasta destapar los tatuajes de ambos brazos. Una vez al descubierto, los mira con detenimiento y curiosidad. Acerca los dedos lentamente hasta rozar mi piel con la yema de los dedos y trazar las líneas de los dibujos con ellas.

—El otro día me asustaron... —dice, sin levantar la vista.

—¿Y hoy?

—Me gusta verlos... ¿Qué significan?

—Algunos son simples dibujos, otros son cosas que me gustan o que quiero. De hecho, tengo uno especial...

—¿En serio?

—¿Lo quieres ver? —Le pregunto.

Al instante, empieza a asentir con la boca abierta, mientras yo empiezo a desabrocharme los botones del pecho de la camisa y me la abro un poco para enseñarle la piel sobre el corazón. En cuanto lee su nombre, me mira a los ojos. Abre la boca para hablar, pero no dice nada, así que me limito a asentir con la cabeza. Se me tira a los brazos de nuevo y esta vez sí reacciono. Rodeo su pequeño cuerpo con ambos brazos y aprieto su cabeza contra mi cuello.

—Que no estuviera preparado no significaba que no te quisiera... —le susurro al oído.

—Holden —nos interrumpe Henry—, es hora de bañarse. Tu abuela tiene lista la cena y mañana tienes colegio.

—Pero... ¿No puedo jugar un rato más con...?

—No, Holden.

—Pero...

—Holden, por favor —insiste su abuelo.

—¿Te quedas un rato más? —me pregunta entonces.

Abro la boca y juro por Dios que estoy deseando decir que sí, que me quiero quedar con él todo el tiempo que haga falta, pero entonces miro a los padres de Stephanie y sé que no puedo abusar más de su confianza.

—Verás... Tengo que irme... Mañana tengo trabajo que hacer en Nueva York...

—¿Cosas que arreglar en Nueva York? —me pregunta.

—Exacto.

—Vale... ¿Vendrás otro día?

—Eh... Lo intentaré...

—¿Te puedo volver a llamar?

—¿Llamar...? —le interrumpe su abuelo.

—Sí. Descubrí su teléfono y le llamé y...

—¿Por qué hiciste eso?! ¡No puedes...!

—Pero... Yo... —balbucea, muy asustado.

—¡Largo de aquí antes de que llame a la policía! —me grita a mí entonces, mientras su mujer se acerca y se lleva a Holden.

—¡No! ¡Por favor! Por favor, abuela... —le suplica Holden.

No quiero alejarme de él. No quiero perder el contacto con él. No quiero que deje de llamarme. No quiero verle llorar. Pero tampoco quiero que Henry llame a la policía. Tampoco quiero cabrearle hasta el punto de que le cuente a Holden toda la verdad.

Rachel

Me remuevo de forma perezosa. Palpo con las manos unas sábanas y me tapo con ellas. Al llevarlas hasta mi nariz, me invade un olor a limpio, a suavizante. Además, a pesar de haber bebido y de haber trasnochado, puedo asegurar que he descansado de verdad.

Lentamente, mis ojos se acostumbran a la claridad que entra por la ventana, así como mi cuerpo al calor que se cuele por entre las cortinas. Cuando levanto los párpados y miro alrededor, me invade una sensación de calidez enorme. Quizá sea por el color arena de las paredes, o puede que sea por el tejido vaporoso de las cortinas, que bailan mecidas por la suave brisa que se cuele por la ventana. Puede que sea por la ropa de cama blanca y esponjosa, o puede que por las delicadas notas del piano que resuenan por toda la casa y me envuelven.

Me incorporo lentamente, buscando algún rastro de mi ropa. Recuerdo perfectamente lo que sucedió. Recuerdo haber llegado desde el restaurante en el coche de Oliver. Recuerdo que, nada más entrar, cogió mi chal y mi bolso, como un caballero, encendió el reproductor de música y nos sirvió un par de copas de vino. Recuerdo haber charlado y haber reído. Recuerdo haberle besado y haberme dejado conducir hasta su dormitorio. Lo recuerdo todo perfectamente...

Una vez vestida, me recojo el pelo en una pequeña coleta y dirijo mis pasos a través del pasillo. Acaricio las paredes con los dedos, admirando los preciosos cuadros que lo adornan, y en los que anoche no reparé. Así, hasta llegar al espacio diáfano que comprende salón, comedor y cocina. Frente a los fogones, moviéndose al compás de la música del piano, encuentro a Oliver, preparando algo que huele delicioso.

Me siento en uno de los taburetes de la isla que separa la cocina del salón, apoyo la barbilla en las manos y le observo hacer. Viste un pantalón beige y una camisa blanca, y sonrío al preguntarme si esta será su ropa cómoda para estar por casa... Tan... arreglado pero informal. No parece haberse puesto un chándal en su vida... Así es como él me descubre al darse la vuelta.

—¡Buenos días! —Me saluda con la sartén en una mano y la espumadera en la otra—. Huevos a la benedictina. Espero que te gusten...

Asiento sin despegar los labios, asombrada por su actividad de buena mañana y su buen humor. Entonces, al dejar los platos sobre el mármol, uno frente a mí, justo antes de sentarse en el taburete

contiguo al mío, me planta un cariñoso beso en la boca. Lo siento muy familiar, muy normal, como si no hiciera solo unos días que nos conocemos, como si lleváramos saliendo varios meses.

Mientras yo sigo aturdida, él empieza a dar cuenta de su plato y a hablar sin parar. No soy capaz de escucharle hasta que me parece oír:

—Si quieres puedes traerte algunas cosas... Te puedo hacer un hueco en el armario y algunas estanterías en el baño. ¿Qué me dices?

—Esto... ¿Qué?

Vale, no se me ocurría mejor respuesta.

—Sé que es algo precipitado, pero, ¿no me digas que no sientes lo mismo?

—Eh...

Dios mío, sácame de aquí...

—Anoche sentí la química que había entre nosotros. De hecho, la sentí desde el mismo instante en que te vi...

—Eh...

—¿A dónde vas?

De repente, estoy caminando de espaldas hacia la puerta principal. Extiendo los brazos y le muestro las palmas de las manos, como si quisiera disculparme por irme así. En realidad, mi cabeza no deja de decirme que le enseñe el dedo corazón de ambas manos, me dé la vuelta sin más y salga corriendo.

Creo que le he dejado lo suficientemente sorprendido como para que no me siga. Así pues, llego a la calle a la carrera, sin montar ningún espectáculo por las escaleras, y paro un taxi.

—¿A dónde la llevo?

No es una pregunta que deba suponerme mucho esfuerzo responder, pero, aun así, la valoro durante un buen rato. ¿La razón? Si este tío está tan loco como para haber insinuado que me vaya a vivir con él cuando nos hemos visto cinco veces escasas, ¿cómo sé que no es capaz de plantarse frente a mi puerta? Además, a riesgo de que se burle de mí, necesito contárselo.

Mientras el taxista callejea por las sorprendentemente poco transitadas avenidas del Upper West Side, tecleo de forma frenética, escribiéndole un mensaje a Kelly para advertirle de mi inminente visita.

“¿Estás despierta? ¿Estás sola? Si la respuesta a ambas preguntas es no, despierta y échale de tu casa. Llego en cinco minutos”

Exactamente seis minutos después, estoy quemando el timbre del interfono. Doy por hecho que mi mensaje no ha surtido el efecto esperado, pero me da igual.

—¿Se puede saber quién cojones es?! —grita Kelly, a pesar de su voz soñolienta.

—Soy yo. Ábreme.

—¿Yo quién? ¿Jason Statham? ¿Tom Hardy?

—Kelly, por favor. Te necesito...

—Oh, sí... Vas muy bien por ese camino...

—¡Kelly!

—Joder... Solo intentaba poner algo de humor... Qué humos... Cualquiera diría que has estado follando con el tipo equivocado... —Resoplo de forma exagerada para hacerle notar mi enfado—. Ah, calla... Que sí es eso lo que te ha pasado... Pobrecita, no tiene ninguna amiga que la aconseje... Ah, calla... Que sí la tiene y no le hizo ni puñetero caso.

—¿Tenemos que hacer esto así?

—¿Quieres decir que me vas a dejar seguir echándote la bronca durante un rato más?

—¿Quieres decir que, si te dijera que no, no lo harías igualmente?

—*Touché*. Sube.

Realizo todo el trayecto en el ascensor mirando al suelo. Soy incapaz de mirar al frente y encarar los espejos que me rodean en las cuatro paredes del pequeño habitáculo. Así que, en cuanto se abren las puertas, salgo despedida al exterior y casi corro hasta la puerta del apartamento de Kelly.

—Veamos... —dice, mirándome de arriba abajo en cuanto me ve—. Me prometí que no te lo diría, pero no me puedo resistir: ¡te lo dije!

Solo entonces me deja entrar. Lo hago arrastrando los pies, y enseguida me dejo caer en el sofá. Encojo los pies y me tapo con la manta de pelo color rosa chicle.

—¿Tan mal?

—Peor.

—¿Café, té, whisky doble...?

—Café. Cargado.

No empiezo a contárselo todo hasta que se sienta a mi lado. Ella también encoge las piernas y se gira hasta quedar de cara a mí, dedicándome toda su atención. No me interrumpe en ningún momento, pero sus expresiones hablan por sí solas.

—¡Hostia puta! —concluye al final de mi relato.

—Sí —digo yo.

—Pobre Danielle... Salió despavorida... Al menos fue lista, y se fue con la mitad del botín. Se me ocurre que sus padres querían obligar a Oliver a firmar la separación de bienes porque no se fiaban de él, no de ella...

—Seguramente tengas razón.

Nos quedamos calladas, mirándonos. Al poco rato, agacho la cabeza y clavo los ojos en mi taza de café.

—Venga. Suéltalo. Sé que lo estás deseando... —susurro, sin levantar la mirada.

—No voy a decir algo que tú sabes perfectamente —resopla—. ¿A quién quiero engañar? ¡Sí te lo voy a decir! ¡Llama a Elliott! ¡Olvídate de los puñeteros porcentajes! ¡Haz caso a tu corazón! ¡Acuérdate de lo que sentías cuando estabas con él!

Asiento de forma solemne. Soy plenamente consciente de que esa web se equivoca. Es imposible medir la afinidad que tienes con una persona con un triste porcentaje porque, aunque no tengas nada en común, esa persona puede hacer o decir algo que te haga cambiar tu perspectiva. Una persona puede poner tu mundo patas arriba con un simple gesto. Y lo más importante, soy plenamente consciente del error que he cometido al dejarle escapar.

—Pero él...

—Pero él, ¿qué? ¡Y te lo advierto, no me vuelvas a hablar de los puñeteros porcentajes!

—No... Es que... Yo quería ayudarle, pero... Ya sabes que no le sentó bien que intentara... aconsejarle con lo de su hijo y... —Resoplo con fuerza y enredo los dedos de ambas manos en mi pelo—. A veces, no es solo cuestión de porcentajes... Me siento como si, en realidad, no le apeteciera estar conmigo. Es como si no quisiera compartir ciertas cosas de su vida conmigo. ¿Sabes cuándo sientes que le puedes contar cualquier cosa a un amigo? Pues él no siente eso conmigo, porque él no quiere hacerme partícipe de nada de su vida... Al menos, de nada importante...

—Te contó lo de su hijo...

—Lo sé. Pero sé que hay algo más y... ¿Sabes? Incluso me llegué a imaginar... Es igual, déjalo.

—¡No! ¡Dímelo!

—Es que me da algo de vergüenza...

—Antes has dicho que puedes contarle cualquier cosa a un amigo, ¿no?

—Ya, pero me he olvidado añadir que antes hay que asegurarse de que ese amigo no vaya a hacer mofa de lo que dices durante meses.

—No puede ser tan bochornoso... —Valoro durante un rato contárselo, pero luego me la imagino riéndose de mí a carcajadas, y niego con la cabeza—. Vamos. Somos amigas. Lo sabes todo de mí. Incluso te conté aquella vez que me lie con el seminarista ese... Acuérdate que incluso quiso colgar los hábitos por mí.

—Kelly, ese tipo estaba buenísimo.

—Pues eso, que hice un enorme esfuerzo para volverle a convencer de que con quién debía casarse era con Dios, no conmigo.

—No es lo mismo...

—No será tan malo como eso... ¿Qué te llegaste a imaginar?

La miro durante unos segundos más, hasta que cierro los ojos y termino confesando.

—Cuando supe de su intención de... querer tener relación con su hijo, me imaginé ayudándole a criarle...

—¿En plan madre?

—¡No te mofes! —le advierto, con un dedo en alto—. No tengo instinto maternal ni nada por el estilo, pero, por él, creo que lo intentaría.

—Eso es... Mucho, ¿no? Es decir —se apresura a añadir al ver la expresión de desaprobación en mi cara—, es algo que él debería saber... Debería saber hasta dónde eres capaz de llegar por él...

—No me dio tiempo a demostrárselo. A la que saqué el tema de su hijo, montó una barrera entre los dos. Y desde entonces, nada. Está como... desaparecido.

—Rach, hazme caso. Tiene sus motivos, y si alguien pudiera... retenerle, serías tú. Solo tú.

—¿Qué motivos, Kelly?

—No me los preguntes a mí.

CAPÍTULO 15 - NECESITO ESTAR CONTIGO

Elliott

La vuelta al trabajo y a mi vida “normal” después del encuentro con Holden, ha tenido un sabor agridulce. De vez en cuando me descubro rememorando nuestro encuentro con una sonrisa melancólica en la cara. Conocerle ha sido increíble. Hablar con él, verle sonreír, poder sentir su abrazo... Todo eso era algo que, hasta hace unas semanas, creía imposible. Pero entonces recuerdo la amenaza de Henry y me doy cuenta de la cruda realidad: que conocerle ha sido un espejismo, algo que, seguramente, no se va a volver a repetir.

—¿Cómo es? —me pregunta Ian—. ¿A quién se parece?

—A Steph. En todo. Es como si yo no hubiera intervenido en nada en su... creación.

—Bueno, si lo piensas fríamente, no es que te implicaras mucho más allá de follártela... —Le miro frunciendo el ceño y él se encoge de hombros y niega con la cabeza—. A ver, seamos realistas...

Decido pasar su comentario por alto, básicamente porque es bastante cierto, por mucho que me duela. Agacho la cabeza y fijo la vista en el suelo. Ian se sienta a mi lado, en el banco. Recuesta la espalda, estira las piernas y mete las manos en los bolsillos de la sudadera.

—¿Os apuntáis a una cerveza?! —nos grita Maddox.

—¡Id tirando! ¡Luego os alcanzamos! —les responde Ian, sin siquiera mirarles.

Cuando nos quedamos solos, miro al cielo y resoplo.

—¿Recuerdas a Steph? —Pasados unos segundos, asiente con la cabeza—. Cuando Holden sonríe, se le achinan los ojos, como a ella. Y gesticula con las manos sin parar. Cuando le hablaba, me miraba fijamente, sin pestañear siquiera, como si no quisiera perderse ningún detalle.

—Recuerdo eso de Steph. Recuerdo lo nervioso que me ponía, sobre todo cuando habíamos hecho algo malo y ella se ponía frente a nosotros, esperando una explicación. No se rendía nunca...

—Cierto... —Río, cruzando los brazos sobre el pecho y mirando al infinito—. Pues él es igual...

—Oh, Dios mío... Otro que me va a pegar la bronca...

Sonrío apretando los labios, aunque enseguida se me tuerce el gesto.

—¿Qué? —me pregunta.

—Nada.

—Te conozco.

—Es que... No creo que vayas a tener la oportunidad de... que te pegue la bronca.

—¿Hablas en serio?

—Bueno...

—¿Para qué fuiste hasta allí entonces?

—Yo...

—No me jodas, Elliott. No puedo creer que ahora te eches para atrás.

—No era esa mi intención.

—¿Qué pasa ahora con él? ¿Has pensado en eso? ¿Le das la oportunidad de conocerte y saber de tu existencia, y ahora tiene que olvidarte de nuevo? No te creía tan cobarde.

—Henry me amenazó con contárselo todo si no desaparecía.

—¿Y qué?

—¿Estás loco? Si sabe la verdad, se acabó.

—¿Por qué?

—Porque su madre murió por mi culpa.

—Fue un accidente. Tú no querías que sucediera. ¿Sabes cuál es tu problema? Que hasta que no te lo creas tú, serás incapaz de defenderlo frente a los demás... Ahí te quedas, colega —dice, poniéndose en pie y alejándose segundos después.

Al rato, apoyo los codos en las rodillas y hundo los dedos en mi pelo. Es entonces cuando mi teléfono empieza a sonar. Lo saco de mi bolsillo de forma perezosa, hasta que veo el número de los Miller en la pantalla.

—¿Diga? —me apresuro a contestar—. ¿Holden? ¿Estás ahí?

—Elliott... —dice una voz femenina.

—¿Diane? —pregunto, inseguro.

—¿Está bien Holden? ¿Ha pasado algo?

—Tranquilo. Está bien.

—Bien... —Nos quedamos un buen rato callados, yo intentando averiguar el motivo de su llamada, ella supongo que preguntándose por qué ha cometido ese error, hasta que me atrevo a balbucear—: ¿Entonces...?

—Te necesita —dice, sin titubear. Intento contener el jadeo que pugna por escaparse por mi garganta, aunque creo que ella se ha dado cuenta de mi emoción—. Holden necesita un padre...

—Yo también le necesito a él, señora Miller —me apresuro a contestar, sin miedo a demostrarle mis sentimientos.

—Henry no sabe que te estoy llamando, y sé que no estaría de acuerdo en lo que voy a hacer, pero estoy dispuesta a darte una oportunidad...

—¿Una... oportunidad?

—Con Holden.

—¿En serio?! ¡Gracias! ¡Gracias, señora Miller! No la decepcionaré...

—Es imposible que me decepciones más —me corta de golpe—. Que te quede clara una cosa: nunca te perdonaré lo que le hiciste a mi hija. Siempre te haré responsable de ello, aunque fuera un accidente. Tú lo provocaste. Y que conste que esto no lo hago por ti. Lo hago por mi hija, porque por alguna extraña

razón, ella te amaba, y, sobre todo, lo hago por Holden. Ese niño te necesita, y Henry y yo no vamos a estar siempre a su lado...

Se queda callada entonces, dándome a entender que ha llegado mi turno para hablar.

—Yo... tampoco me perdonaré nunca lo que pasó... Pero no soy el mismo. He cambiado y quiero hacer las cosas bien con Holden. Quiero estar ahí para él, y no sé mucho acerca de la paternidad, pero sé que puedo aprender.

La escucho suspirar al otro lado de la línea. Durante unos segundos, temo que haya cambiado de opinión, y me descubro incluso aguantando la respiración. Me siento como si estuviera frente a mi profesora de mi primaria, esperando la nota de un examen.

—Me gustaría que nos viéramos. A solas. Sin Holden y, de momento, sin Henry. No le voy a hacer partícipe de esto aún. Necesito...

—Comprobar si apruebo el examen.

—Básicamente.

—Lo entiendo.

—Sinceramente, me da igual si lo haces o no.

Rachel

—¿Vas a seguir escondiéndote en mi casa para siempre? No me malinterpretes, siempre he querido tener una hermana y esas cosas, pero odio compartir el baño a primera hora de la mañana.

—¿Me estás echando?

—Para nada. Bueno, quizá un poco, pero solo por las mañanas.

—Pues menuda amiga estás hecha...

—Soy sincera.

—Aplastantemente sincera.

—De nada.

—No era un halago.

Justo entonces, alguien llama al timbre.

—¿Has quedado con algún cliente? —le pregunto, alarmada.

—¿Qué abogada piensas que soy? No traigo a los clientes a casa...

—¡Pues no abras! ¡No contestes! ¡No te muevas! —le grito.

—¿Qué te pasa? A ver, a ver, a ver... ¿No pensarás que es Oliver acechándote...? —Asiento con los ojos muy abiertos—. ¡Venga ya! ¡No puede estar tan pirado, mujer!

Riendo, se acerca a la puerta y pulsa el botón del interfono.

—¿Hola?

—¿Rachel? ¡¿Está Rachel ahí?! ¡Sé que estás ahí, Rachel!

—Vale. Sí está tan pirado... —dice Kelly, mirándome con la boca y los ojos abiertos, justo antes de volver a apretar el botón para hablar—: Eh... No... Rachel no está...

—¡Estás mintiendo! ¡Sé que no duerme en casa desde hace unos días y si no está allí, tiene que estar aquí!

—¡Puede estar en un montón de sitios más...! —Empieza a decir—. ¡Espera! ¡¿Cómo sabes que no está en su casa?! ¡Espera, espera... no me contestes a esa pregunta porque tengo otra mejor! ¡¿Has estado haciendo guardia en la puerta de su casa?! ¡Responde a esa! ¡No! ¡Mejor no respondas! ¡No sé si quiero saberlo!

—Oye... Me das un poco de miedo... —balbucea Oliver, no sin algo de razón, me atrevo a pensar.

—¡¿Yo doy miedo?! ¡¿Has oído eso?! ¡Dice que yo doy miedo...! —dice, dirigiéndose a mí, que permanezco sentada en mi silla, encogida mientras esbozo una tímida sonrisa de circunstancias.

—¡¿A quién le hablas?! ¡Está allí, ¿verdad?!

—Oye, mira... Te voy a decir algo...

—¿Me vas a decir dónde está?

—No. Mejor te voy a dar un consejo... ¡Lárgate de aquí! —grita, escupiendo incluso por la boca, justo antes de dejar de pulsar el botón y acercarse de nuevo a mí—. ¿Dónde encuentras a estos tipos tan raros? Parece que tienes un imán para ellos...

—¡Pero si le conocí por tu culpa!

—Bueno, pues... Tienes que deshacerte de él.

—¿No me digas...?

—¿Sabes quién te puede ayudar? Elliott —dice, dejándome con la palabra en la boca—. Y a ese también le conociste gracias a mí. Así que, técnicamente, he equilibrado la balanza.

Dejo caer ambos brazos, desesperada, sabedora de que no podré con ella nunca en la vida. Me pongo en pie y me acerco a la ventana para comprobar si Oliver sigue abajo. Lo hago con disimulo, escondiéndome para que no me vea en caso de que esté mirando hacia arriba.

Segundos después, Kelly está a mi lado, frente a la ventana, mirando hacia la calle sin ningún reparo.

—Sigue ahí —me informa.

—Gracias —resoplo agotada, volviendo hasta mi silla y dejándome caer en ella.

—Hablo en serio. Llámale —insiste.

—¡Rachel! —Oliver empieza a gritar en la calle, con la vista fija en nuestras ventanas.

—Oh, Dios mío...

—Madre del amor hermoso... —Kelly abre la ventana, con la paciencia casi agotada, y grita—: ¡Eres patético, colega!

—¡¿Qué haces?! —Agarro su brazo, obligándola a guarecerse de las miradas.

—Hacerle un favor a él. Ya que tú te niegas a seguir mis consejos...

—No puedo seguirlos porque son descabellados. No puedo llamar a Elliott.

—¿Por qué no?!

—Porque... Nos hemos distanciado y ahora no puedo ir a suplicarle que me ayude para quitarme de encima a... ¡Ni siquiera sé cómo definir a ese loco! Además, no puedo recurrir a él cada vez que elijo al tío equivocado.

—Y eso, querida amiga, ¿no te dice nada?

—¿Aparte de que tengo un pésimo sentido común eligiendo tíos?

—Aparte de esa obviedad, sí. —Niego con la cabeza—. Que siempre le eliges a él para rescatarte.

A su comentario no le falta razón, pienso. De alguna manera, él siempre está ahí. Incluso estando borracha, le llamé y él, a pesar de que parecía odiarme, seguía acudiendo a mí. Luego, cuando decidimos arriesgarnos, nuestras claras incompatibilidades nos separaron. ¿O quizá fuera por culpa de nuestra obsesión por ser más compatibles?

—No te cuesta nada enviarle un mensaje...

Y tiene razón.

“¡Hola! ¿Cómo va eso? Hace tiempo que no hablamos y... Bueno... He pensado que quizá te apetece salir a tomar algo, o hablar, o... Bueno... Lláname o escríbeme y nos vemos”

Estoy satisfecha con lo que he escrito, hasta que escucho la voz de Kelly a mi espalda.

—Con esa mierda no te va a salvar de ese capullo. Ese mensaje suena a “quiero que seamos súper amigos y algún día de estos, puede que dentro de un año, cuando nos veamos de casualidad en el supermercado, cruzaremos un par de frases por compromiso”.

—¿Perdona? Estás peor que ese de ahí abajo. —Levanto las cejas para dar más énfasis a mis palabras.

—Tienes que escribirle algo que le haga venir corriendo desde donde esté, mande al hospital de un par de puñetazos al pirado ese, te arranque la ropa y te folle salvajemente sobre tu escritorio.

—Kelly...

—¿Qué?

—Déjalo... —contesto, cansada, justo en el momento en el que recibo la respuesta de Elliott.

“Estoy ocupado. Ya hablaremos en otro momento”

¿Pero qué mierda de mensaje es ese? ¿Ocupado? ¿Tan ocupado como para no contestarme a un triste mensaje?

—Me equivoqué —escucho que dice la voz de Kelly a mi espalda, con la vista fija en la pantalla de mi teléfono—. Si dentro de unos años, os cruzáis en el supermercado, hará ver que no te ha visto y te esquivará. No digas que no te lo advertí.

Elliott

Llevo cerca de quince minutos esperando en este parque donde me he citado con ella. Estoy muy nervioso. Tal y como me sucedió durante buena parte de nuestra conversación por teléfono, me siento como si estuviera examinándome. Solo que de mi resultado dependerá algo mucho más importante que aprobar una asignatura...

Cojo aire hasta llenar mis pulmones y le suelto con fuerza, intentando liberar tensiones. Luego camino arriba y abajo, pateando alguna piedra, hasta que mi teléfono empieza a sonar. Por mi cabeza cruza un pensamiento: que se haya echado atrás y no vaya a venir a nuestro encuentro. Pero entonces, veo el nombre de Kelly en la pantalla.

—¿Hola? ¿Kelly?

—¿Eres tonto del culo o qué te pasa?

—Eh... ¿Cómo?

—¿Te escribes un mensaje y tú le dices que estás ocupado? ¡¿En qué mundo vives, so memo?!

—Es que estoy ocupado...

—¡¿Ocupado?! ¡¿Tan ocupado como para no contestarle un mensaje?! ¡Para que lo sepas, ha estado saliendo con un tipo que era ideal para ella! ¡La vas a perder, Elliott!

—Pensaba que pasaba de la web de citas esa...

—Y no lo ha conocido ahí.

—Ah... Y... —Entonces veo a la madre de Steph acercándose a mí—. Joder, Kelly... Es que... Es algo largo de contar, pero no puedo hablar porque he quedado con la abuela de Holden para hablar...

—¿Para hablar? ¿De Holden? Qué estúpida. ¡Pues claro que es para hablar de Holden! ¡No va a ser para hablar del tiempo...! ¿Estás en Filadelfia de nuevo? ¡Oh, qué idiota soy! No me hagas caso, por favor...

—Kelly, realmente no es un buen momento... —insisto.

—Está bien. Genial, genial. No te preocupes. Ya hablamos en otro momento.

—Gracias.

—Todo irá bien...

—Eso espero...

—Adiós.

—Espera, Kelly.

—Dime.

—¿Ella...? ¿Ese tío...? Joder, es que...

—Es un capullo pirado y no tiene nada que hacer con ella.

—Pero entonces...

—Necesitaba hacerte reaccionar. Sigo siendo de tu equipo, pero no me falles. —Sus palabras devuelven la sonrisa a mi cara y, de alguna manera, consiguen que respire aliviado. Mi relación con Rachel, si es que tenemos una, estaba algo fría y distante, pero, aun así, saber que puedo estar perdiéndola... Aunque tampoco es que haya sido mía en ningún momento—. ¿Sigues ahí?

—Sí, sí...

—Voy a hacer ver que ese silencio lo han provocado tus recuerdos de Rachel y tu incapacidad de asimilar que es feliz en brazos de otro hombre, a pesar de que los tuyos la hayan rodeado en contadas ocasiones. —Me deja sin habla, aunque no me hace falta abrir la boca. Ella hace todo el trabajo por mí—. Sí, además de abogada, leo mentes. Espero detalles.

Cuelga la llamada, pero yo no reacciono hasta varios segundos después, cuando escucho una voz muy cerca de mí.

—Hola.

Guardo el teléfono en el bolsillo del pantalón, nervioso.

—¿Qué tal? —balbuceo. No sé si acercarme a ella para darle un par de besos o abrazarla, así que, al final no hago ni una cosa ni otra, y me limito a frotarme las palmas de las manos contra el pantalón—. Estoy algo nervioso...

Lejos de contradecirme y decir cualquier cosa para ayudar a relajarme, asiente con la cabeza y se sienta en el banco, mirando al horizonte. Me parece que no me va a poner las cosas fáciles, y no la culpo por ello.

—Antes de nada, quería darle las gracias por... Bueno, ya sabe... Es...

—No tengo toda la mañana. Henry no sabe nada de todo esto, y le he dicho que iba al supermercado a comprar. Y aprecio tus agradecimientos, pero no quiero que te hagas ilusiones tan pronto. Aún no he dicho que la cosa vaya a cambiar. Solo creo que ese crío necesita a un padre para cuando nosotros faltemos. De ti dependerá si accedemos a que seas tú...

—Sé que puedo ser esa persona y, lo más importante, quiero serlo. Yo...

—¿Te sigues drogando? —me pregunta sin rodeos.

—¡No! —le respondo de inmediato.

—No te hagas el ofendido ni creas que mi pregunta es inapropiada. La última vez que nos vimos, no estabas en buenas condiciones...

—Lo siento...

—¿Ni siquiera un cigarrillo?

—No, no, no, señora Miller. Nada de nada. Ni siquiera tabaco.

Si está gratamente sorprendida, no lo demuestra. Se limita a asentir con la cabeza y a apuntarlo en la libreta.

—¿Bebes?

—Tampoco.

—¿De repente te has convertido en un santo? —me pregunta escéptica, con una ceja levantada.

—Bueno, yo... Ya le dije que he cambiado. Soy una persona nueva. Lo de... Lo que pasó con... —Chasqueo la lengua al verme incapaz de hablar del tema con normalidad—. Eso marcó un punto de inflexión en mi vida.

De nuevo, su expresión no se ablanda nada de nada. Después me doy cuenta que es normal que no se alegre de mi cambio, ya que fue la muerte de su hija lo que lo propició. Así pues, agacho la cabeza y me preparo para la siguiente pregunta.

—¿Cuánto ganas al mes?

—Eh... No es un sueldo fijo... Depende del trabajo que tenga. No es siempre el mismo... Pero trabajo mucho, muchas horas, así que el dinero no es un problema. Podría mantenerle, llegado el momento...

—Si trabajas tantas horas, ¿cómo cuidarías de él?

—Bueno... Yo... —Mierda, mierda, mierda—. Podría adaptarme a sus horarios. Podría trabajar menos horas...

—¿Y ganar menos dinero? ¿Sabes el dinero que se necesita para mantener a un niño? ¿Sabes lo que tendrás que gastar en comida, en ropa, en colegio...?

—No... —contesto derrotado al cabo de unos segundos—. Pero sí sé que sería capaz de dejar de comer para alimentarle a él.

—Espero que no tuvieras que llegar a eso. Un niño necesita una estabilidad.

—Soy consciente de ello. Y sé que puedo dársela. He...

—Lo sé. Has cambiado. Te vanaglorias mucho de ello. Ahora falta que me lo demuestres y que yo me lo crea —asevera—. ¿Estás casado?

—No.

—¿Y sales con alguna mujer?

—Tampoco.

—¿Tienes relaciones esporádicas...? No sería bueno que Holden viera entrar y salir mujeres de tu vida...

—No salgo con nadie, ni asiduamente ni de forma esporádica. Me limito a trabajar, jugar al rugby con algunos amigos y hacer escalada de vez en cuando.

—¿Sigues jugando con ese chico...? ¿Cómo se llamaba?

—Ian. —Ella asiente al nombrarle. Sé que tampoco era santo de su devoción—. Él también ha sentado la cabeza. Está casado y tiene dos hijos...

—¿Habéis formado un grupo de *boy scouts* o qué? —se mofa, negando con la cabeza. Parece que mis respuestas no están siendo del todo de su agrado—. ¿Dónde vives?

—En Nueva York...

—Eso lo sé. Me refiero al barrio.

Necesito una victoria y sé que mi pequeño y sucio apartamento en Williamsburg no va a ayudarme a conseguirla. Así que, a la desesperada y sin pensar en las consecuencias, decido mentirle vilmente.

—En el Upper East Side —digo, sin entrar en más detalles.

—¿En una casa o en un piso? —Aunque estaba claro que ella no se iba a contentar con una respuesta tan escueta.

—En... una... casa. La... estoy reformando. Poco a poco. Por eso me la pude permitir. Es un barrio caro, pero... —Me podía haber callado, pero, por alguna razón, necesito que mi historia cuadre—. Fue una oportunidad...

—Así que lo compraste...

—Eh... —Hasta el cuello, colega. Estás de mierda hasta el cuello, y ahora no puedes parar—. Sí.

Aguanto la respiración durante unos segundos, viendo cómo escribe en la libreta. Asiente con la cabeza, aunque no quiero hacerme falsas ilusiones, al menos hasta que veo cómo las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba.

CAPÍTULO 16 - MENTIRAS QUE DESEARÍAMOS QUE FUERAN VERDAD

Rachel

Vago por los pasillos del supermercado, intentando decidir qué comprar para la cena. Me he propuesto dar un giro a mi vida: olvidarme de buscar al tío ideal para dejar que él me encuentre a mí. Estaba tan obsesionada por dar con él, que me olvidé de vivir. Ahora, ha llegado el momento de centrarme en mí misma, y eso empieza por dejar de pedir comida a domicilio y empezar a cocinar. No es que ahora me vaya a convertir en una ama de casa ideal y me ponga incluso a coser el dobladillo de mis pantalones, pero algo es algo... Es una chorrada, lo sé, pero me ayuda a mantenerme ocupada.

Mi plan no es que esté surtiendo el efecto deseado, porque mis pies me han llevado irremediabilmente hasta los congeladores repletos de helados. No puedo caer en el tópico, no puedo ser tan débil... ¿Cómo voy a superar el mal de amores? ¿Comiendo tarrinas enormes de helado de chocolate? ¿Tan básica soy? Parece que sí, pienso cuando meto un par de tarrinas de un litro en mi carro.

—Mamá, ¿compras helado?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque me hiciste comprar una tarrina de vainilla, fresa y chocolate, y ahí está en el congelador, muerta de risa.

—No es verdad. Me comí el chocolate.

—Pues cuando te comas los otros dos sabores, hablamos.

—Pero no es justo... No me gustan...

—Pues habértelo pensado mejor antes de hacérmela comprar.

La niña chasquea la lengua, contrariada, mientras cruza los brazos sobre el pecho y se gira hasta quedar de frente a mí.

—¡Ese es el que yo quiero! ¡Qué suerte tiene esta señora! —se queja, mirando el interior de mi carro.

—Esta señora seguro que no tiene una hija respondona y caprichosa —contesta su madre.

Esbozo una sonrisa forzada y me alejo a toda prisa. Casi derrapo para esconderme en el siguiente pasillo, pero necesitaba escapar de allí... No sé por qué, pero necesitaba hacerlo...

—¿Qué te apetece cenar?

—No sé... ¿Y a ti?

—Lo que te apetezca a ti.

—¿Fideos chinos? ¿O prefieres unos burritos?

—No sé... ¿Qué prefieres tú?

—Lo que tú prefieras...

—¡Oh, por favor!

He interrumpido a la vomitiva pareja de tortolitos cuando estaba a punto de desmayarme por una sobredosis de azúcar... ¿O puede que fuera pura envidia? Fuera por lo que fuera, he acabado en la caja registradora con las dos tarrinas de helado, solamente.

Después de pagar, salgo a la calle y arrastro los pies hasta casa. Ni siquiera cuando empieza a llover a cántaros, aligero el paso. Dejo que la lluvia me empape, que me cale la ropa y que pegue el pelo a mi frente. También dejo que me ayude a disimular las lágrimas. Ni siquiera me molesto en limpiarlas. Me siento derrotada y no voy a disimularlo. Voy a encerrarme en casa, a comer todo el helado de chocolate que me quepa en el estómago y a llorar mientras imagino qué podría haber pasado si hubiéramos sido más valientes.

—Hola, Rachel...

Elliott

Llevaba cerca de una hora haciendo guardia en su portal cuando la he visto venir, cargada con una bolsa del supermercado, totalmente empapada. A pesar de la intensa lluvia, no parecía tener prisa. Es como... si no le importara mojarse, como si estuviera disfrutando de la lluvia, de no ser porque sus ojos están bañados en lágrimas.

—¿Estás... bien? —le pregunto, después de saludarla.

Permanece inmóvil a escasos metros de mí. Doy un paso al frente, pero algo en su expresión me detiene.

—¿Qué haces aquí?

—Llevo esperando algo más de una hora.

—He ido a comprar la cena.

—¿Ese helado es tu cena?

Entonces, mira la bolsa con ojos tristes durante unos segundos y luego se limita a encogerse de hombros. Espero un rato y, al ver que no va a decir nada más, decido empezar a dar explicaciones:

—Te llamé al móvil, pero no me lo cogiste... Así que decidí venir.

—¿A qué? —me sorprende preguntando.

—A...

—No me digas que has venido a verme, porque llevas un tiempo sin querer saber de mí.

Me corta cuando estaba abriendo la boca. Mi respuesta iba a ser precisamente esa: he venido a verte. Y es la verdad. Sé que me enfadé con ella por querer... entrometerse en mi vida, pero la perdoné enseguida. Luego quise llamarla, pero entonces fue él el que se enfadó conmigo. Tuve que elegir entre los dos, y le elegí a él.

—Porque... te necesito —le confieso, y agacho la cabeza, algo avergonzado por serle tan sincero.

La necesito en todos los significados posibles de la palabra. La necesito anímicamente,

emocionalmente, egoístamente y, por qué no admitirlo, físicamente. No le aclaro el término, sino que le dejo a ella la responsabilidad de elegir, y me limito a esperar su reacción. Bien podría pegarme una torta, darse media vuelta y entrar en su casa, dejándome aquí tirado. Otra opción sería que soltara la bolsa, corriera a mis brazos y me besara como si me hubiera echado de menos tanto como yo a ella.

Aguanto la respiración cuando la veo darse la vuelta y subir las escaleras para encarar la puerta principal de su casa. La observo atentamente mientras gira la llave dentro de la cerradura, y suelto todo el aire que retenían mis pulmones cuando escucho:

—Estás empapado. Entra. Te daré una toalla para que te seques.

—Gracias.

Rachel deja la bolsa sobre el mármol de la cocina y se pierde escaleras arriba. Me quedo inmóvil, sintiéndome culpable al ver que estoy mojando el suelo. Es algo gracioso, ya que la casa entera sigue siendo un caos de obras inacabadas, pero creo que me siento así porque, hasta ahora, nada de este desastre era culpa mía.

Después de lo que se me antoja una eternidad, escucho el ruido de sus pisadas en la escalera, y el crujir de la barandilla. Aparece ante mí con un pantalón de chándal, una camiseta de manga larga, unos calcetines de lana gorda y el pelo recogido en una pequeña coleta. No tiene el pelo lo suficientemente largo para que se le sujete bien, y se le escapan algunos mechones que le caen sobre la cara.

—Toma —me dice, tendiéndome una toalla.

—Gracias.

Me seco el pelo y los brazos, aunque poco puedo hacer con mi ropa mojada. A pesar de ello, pongo la toalla sobre mis hombros y me tapo con ella.

—¿Te quedas a cenar? —me pregunta.

—¿Helado de chocolate?

—Me temo que no esperaba tener invitados.

—Está bien —contesto, sonriendo.

Abre un cajón, saca un par de cucharas y camina hacia el salón, o lo que se supone que será algún día de estos. Señala el suelo con una mano, justo antes de sentarse sobre él. Abre una de las tarrinas de helado, me tiende una de las cucharas, y dice:

—Que aproveche.

—Gracias.

Empezamos a dar cuenta del helado en silencio. A pesar de estar empapado, de las pocas comodidades de las que gozamos y de lo fría que está nuestra “cena”, me siento cómodo y relajado. Quizá, por primera vez en varias semanas.

Entonces, Mortimer aparece frente a nosotros. Se pasea con su porte remilgado y chulesco. Mientras se acerca a ella, nos mantenemos la mirada, retándonos. Entonces, le acaricia la cabeza con cariño y parece que me mira victorioso, como si se creyera vencedor de nuestra particular batalla por Rachel. Afortunadamente, parece que ella no ha sucumbido del todo a sus encantos y, cuando intenta sentarse en el hueco que ha quedado entre sus piernas, ella le coge y le aparta a un lado de forma despreocupada. No

puedo evitar mirarle de reojo, con una sonrisa de medio lado.

—¿Estás bien? Me ha parecido que antes estabas... llorando.

—Ha sido una semana dura, supongo.

—Lo siento.

—No ha sido culpa tuya. Al menos, no del todo.

—Ah.

No sé cómo tomarme su respuesta, así que no digo nada más al respecto.

—Te veo... diferente.

—¿Diferente en qué?

—No sé... En tu manera de... comportarte... conmigo.

—Supongo que me he rendido.

—¿Conmigo?

Vale, parezco idiota, pero no puedo hacer nada para evitarlo.

—Con los hombres en general. Creo que he estado tan preocupada en agradar, en... ser lo más compatible con todos, que me he olvidado de ser compatible conmigo misma. Necesito reencontrarme, así que creo que, por un tiempo al menos, me dedicaré solo a mí. Y, aunque eso pueda sonar muy bien dicho en voz alta, un discurso muy de persona adulta, no puedo evitar sentirme triste.

Asiento con la cabeza mientras veo cómo se esfuman todas las posibilidades que tenía con ella. Y la verdad es que me lo tengo merecido. No se puede ser tan indeciso. No se puede pretender que una chica como ella te espere hasta que estés preparado. Y, a pesar de lo que ella pueda pensar, si no está con un tipo estupendo es porque no quiere.

—Así que espero que no me necesitaras en el sentido... romántico de la palabra, porque mi respuesta es no —añade, esfumando de un plumazo cualquier remota esperanza.

Rachel

¿Por qué, de repente, ahora que me he decidido a guardar una especie de... celibato, se presenta en la puerta de mi casa? ¿Por qué justo hoy, el cielo decide aliarse en mi contra y dejar caer una lluvia torrencial para mostrarle ante mí con toda la ropa pegada al cuerpo?

—¿Y bien? —insisto.

—Quiero... explicarme. Quiero que sepas por qué he estado ausente todo este tiempo...

—No tienes que darme explicaciones de nada. Sé cuando alguien me rechaza. No soy una adolescente.

—Rachel, no fue por ti —me corta—. Estuve en Filadelfia, viendo a Holden.

Abro los ojos como platos. Kelly tenía razón: tenía una muy buena razón. Aunque no puedo evitar sentir una punzada de celos al darme cuenta de que ella lo sabía y yo no.

—¿Y le viste? —Elliott asiente sin despegar los labios e, inevitablemente, se me dibuja una sonrisa en los labios. Sé lo importante que eso era para él, así que, a pesar de mi enfado, no puedo evitar sonreír y alegrarme por él. Encojo las piernas y me abrazo las rodillas, centrando toda mi atención—. Cuéntame. ¿Cómo es?

Antes de contestar, mira al techo. Veo una luz distinta en sus ojos, y es ilusión.

—Es... como Steph... Es... Tiene una sonrisa enorme y sincera y... unos ojos pequeños y muy vivos, como ella... Cuando habla, gesticula mucho. Te contagia su pasión por las cosas. Imagínate que me estaba contando cosas de cuando toca la flauta y me estaba hasta gustando.

Se me escapa una sonora carcajada al imaginarme a Elliott haciendo ver que encuentra interesante todo lo relacionado con un instrumento tan... diferente a él.

—Steph también tenía esa cualidad, y era lo que más me gustaba de ella... Su pasión por las cosas, su pasión por la vida...

De repente, su expresión se ensombrece y sus ojos se humedecen levemente.

—Eh... —Me acerco a él y agacho la cabeza, buscando su mirada—. Creo que ella estaría muy feliz de veros juntos... Seguro que encontraría muchas cosas similares en los dos. ¿Crees que ha sacado algo de ti?

—La verdad, lo dudo. Y me alegro.

—No me digas que no te gusta la flauta... Es un instrumento que te va... —Me mira de reojo, frunciendo el ceño, hasta que, cuando nuestras miradas se encuentran, consigo contagiarle mi sonrisa—. Siempre he pensado que, si tocaras un instrumento, sería la flauta.

—Deja de mofarte... —me pide, sonriendo levemente.

—Ahora en serio, seguro que encuentras algo que os guste hacer a los dos. ¿Cuándo os volvéis a ver? ¿Habéis quedado?

—Bueno... La verdad es que no lo sé...

—No te entiendo.

—El señor Miller accedió a que viera a Holden porque me hizo prometerle que no me volvería a acercarme a él...

—¿Por qué? —le pregunto, al ver que él se queda callado.

—Porque nunca me comporté como un padre y cree que no tengo derecho a hacerlo ahora...

—¿Y tú accediste?

—Bueno, supongo que estaba tan cerca de verle, que me hubiera cortado un brazo si me lo hubiera pedido...

—¿Y entonces...?

—Y entonces volví a Nueva York. Estaba derrotado y... Quise llamarte, pero...

Se queda callado y me mira fijamente. Se muerde el labio mientras creo que valora la respuesta. Mis ojos se dirigen de forma automática a su labio y luego descienden por su cuello y sus hombros.

—¿Y por qué no lo hiciste? —consigo susurrar.

—Porque entonces me llamó la señora Miller. Nos había visto juntos y... Supongo que algo se movió en su interior. Ella, me dijo que sabía que, tarde o temprano, Holden necesitaría un padre, que ellos no iban a estar allí para siempre...

—¿Y quiere que seas tú? ¡Pero eso es genial, Elliott!

—Bueno, aún no ha tomado una decisión. Me citó para... hacerme un tercer grado. Necesitaba asegurarse de que he cambiado para poder fiarse de mí.

—¿En serio? —pregunto, con los ojos muy abiertos, mientras él asiente.

—¿Y cómo fue? ¿Qué te preguntó?

—De todo... Si había sentado la cabeza por fin, si tenía un trabajo serio, si podría mantener económicamente a Holden... No sé cómo lo hice... Iba apuntando todas mis respuestas en una libreta y, al final, no me dio su veredicto.

—Mujer concienzuda... —Elliott tuerce el gesto mientras asiente—. Seguro que lo hiciste genial. Estoy muy contenta por ti, aunque algo molesta también, porque deberías habérmelo contado.

—Bueno... Nuestra última conversación no acabó demasiado bien, y luego era como... si no tuviera sentido venir a contarte mis penas. Me daba algo de corte venir a llorar.

—¿Y qué ha cambiado para que estés aquí ahora?

—Es que... Tengo que pedirte algo... Y ahora que lo pienso, puede parecer que soy un aprovechado, porque... Pero quiero que entiendas que estaba acorralado y no vi otra opción...

—¿Qué pasa, Elliott?

—Verás... Cuando me preguntó dónde vivía, sentía que el interrogatorio no estaba yendo todo lo bien que debería, así que no quise decirle que vivo en Williamsburg... Me la imaginaba llegando a su casa y haciendo una búsqueda exhaustiva en Google.

—Williamsburg es bonito y tiene unas vistas geniales de Manhattan.

—No desde donde yo vivo. —Nos miramos con complicidad, rememorando en silencio todas las otras veces que Elliott ha dicho esa misma frase, aquellas veces en que nos empeñábamos en creer que no nos caíamos bien—. Convivo con camellos, borrachos y un tipo ruso bastante extraño que se pone a gritar consignas en su idioma de madrugada. Por no decir que mi apartamento consiste en una habitación de treinta metros en los que cabe una cama, una mesa, una silla y una cocina portátil.

—¿No tienes televisión?

—No, pero no es que la eche mucho en falta.

—¿Y te mofabas de que viviera así? —le pregunto, abriendo los brazos. Sonríe tímidamente, frotando sus manos una contra la otra—. Y entonces, ¿qué hiciste?

—Le mentí.

—¿Le... mentiste? —Asiente—. ¿Dónde le dijiste que vivías?

—Le dije que... vivía aquí.

Elliott

Espero su reacción, casi aguantando la respiración.

—¿A...? ¿Aquí...? —balbucea.

Asiento con la cabeza, justo antes de agachar la vista a mi regazo. El corazón me late a toda velocidad, pero lo lleva haciendo desde el mismo instante en el que la vi bajo la lluvia, así que no sé distinguir la causa de ello. La miro de reojo, asustado. Al menos, no parece enfadada, y eso me da esperanzas, espero que no sean falsas...

—Pero... Esto está... —Abre los brazos, abarcando todo el campo posible—. Así.

—Aun en este estado, es infinitamente mejor a lo que yo tengo... No puedo criar a un hijo en mi apartamento... O sea, no estoy diciendo que lo vaya a criar aquí, pero... —Mierda, mierda, mierda. Esto se me está yendo de las manos—. Tenía que hacerle creer a la señora Miller que vivo en un sitio... normal. Más o menos.

—Pero, si consigues que confíen en ti, ¿cómo harás para hacerles creer que...?

—Es solo para ganarme su confianza. Luego, siempre les puedo decir que me he mudado... Necesito tu ayuda para hacerles creer que vivo aquí, al menos al principio.

Ella sigue con la vista fija en sus manos, las cuales frota una contra la otra. Traga saliva varias veces y luego aprieta los labios con fuerza.

—Di algo, por favor... —le suplico al rato.

Entonces, me mira y con los ojos humedecidos por las lágrimas, esboza una sonrisa. No entiendo muy bien su reacción, no sé por qué está emocionada, pero no parece estar enfadada conmigo, y eso es lo único que me importa en estos momentos.

—Está bien. Te ayudaré —susurra.

—¿En serio? —le pregunto, muy ilusionado. Sin pensarlo, rodeo sus hombros con un brazo y la atraigo hacia mí para abrazarla—. Gracias, gracias, gracias. Significa mucho para mí.

Agarro sus hombros y la separo algunos centímetros para mirarla a los ojos. Ella intenta desviar la mirada para que no vea sus ojos vidriosos.

—¿Estás... bien? —le pregunto, con el ceño fruncido, algo confundido.

—Sí... Es solo que... me alegro mucho por ti. Sé que es algo muy importante y... me emociono.

—Ah. Gracias. Oye... Había pensado que podría ayudarte a acabar alguna de las reformas que tienes empezadas. Como pago por el favor... No sé... Si tú quieres.

—Mano de obra gratis, ¿eh? Creo que me puede interesar... Aunque no quiero abusar... Hay mucho trabajo que hacer...

—No te creas. Lo primero que haré será arreglar esa maldita barandilla. Algunas paredes hay que enyesarlas y enlucirlas un poco, y luego pintarlas. En eso, me podrías ayudar.

—¿Yo? ¿Pintar? ¿Con pincel?

—A no ser que pretendas crear la Capilla Sixtina, mejor con brocha y rodillo. Pero sí, me puedes ayudar. En cuanto a la fontanería, creo que está bastante bien...

—Me gustaría arreglar el despacho, y poner una librería. Y en una de las habitaciones, hacerme un vestidor. Y en el baño de la habitación, me gustaría instalar una columna de hidromasaje. ¿Y qué me dices de quitar la moqueta del pasillo y poner el mismo suelo de madera que hay en el resto de la casa? Porque con los muebles de la cocina, no se puede hacer nada, ¿no?

—Me estás asustando...

—¡No pongas esa cara! —me pide con una sonrisa de oreja a oreja. Así es como quiero verla siempre—. ¡Que te voy a ayudar a pintar! ¿Sabes qué me gustaría?

—¿Me tengo que poner a temblar?

—¡Calla, tonto! —Me da un suave manotazo en el brazo—. Una mesa de comedor rústica, de madera de granero... De esas con patas gruesas...

Mientras habla, junta ambas manos y mira al techo, como si hablara en sueños, imaginando cómo le gustaría que fuera la casa de sus sueños. Y entonces sé que, cueste lo que cueste, haré realidad esos sueños.

Rachel

—¿Qué te parece este color? No me digas que no es precioso.

—Es amarillo pollo.

—Lo sé. ¡¿No es precioso?!

Llevamos un par de semanas viéndonos a diario. Al acabar nuestras respectivas jornadas laborales, nos vemos en mi casa y trabajamos. La verdad es que estoy ayudando mucho más de lo que dije en un principio, y se me da mejor de lo que pensaba. Incluso enlucí parte de la pared del salón.

Una vez finalizadas las obras más “complicadas”, ha llegado el momento de lo divertido: pintar toda la casa y comprar algunos muebles, los pocos que mi maltrecha economía me permita.

—¿Pretendes pintar toda la planta baja de tu casa de amarillo?

—¿No quedaría bien? Es que, me encanta este color...

—Es muy... epiléptico.

—¿Perdona?

—No sé... Me da la sensación de que vamos a estar sentados a la mesa, cenando, y miraremos alrededor y será... estresante. Es imposible estirarse en el sofá a ver la tele y relajarse con ese color chillón rodeándonos. —Le miro sonriendo—. ¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

—¿Piensas quedarte a cenar y a... relajarte mientras ves la televisión muy a menudo?

—Ah... Eh... Esto... No, no... O sea, hablaba en general... Sé que te cansarías rápidamente de ese color y...

—Elliott...

—No quiero que pienses que... voy a ser una especie de ocupa en tu casa...

—Elliott...

—Cuando consiga convencer a los Miller, yo... Será temporal.

—Elliott. —Le cojo la cara entre mis manos, quedándonos a escasos centímetros el uno del otro—. No pasa nada. Puedes quedarte a cenar siempre que quieras.

Nuestros ojos se inspeccionan de cerca. Miro las comisuras de sus labios, y luego su mentón. Me encantan sus labios, gruesos y apetecibles. Su nuez sube y baja por el cuello al tragar saliva, hipnotizándome.

—¿Y bien? ¿Se han decidido ya? —Nos interrumpe el dependiente de la sección de pinturas de los grandes almacenes.

—Eh... Parece que nos llevaremos cuatro botes de esta pintura amarilla... —empieza a decir Elliott, después de poner cierta distancia entre nuestros cuerpos.

—No —me apresuro a decir—. Te voy a hacer caso, y me llevaré este color arena...

—Si quieres, nos podemos llevar un bote del amarillo y pintar una de las paredes de la cocina, e incluso las puertas de algunos de los muebles... Ya sabes, para deshacernos un poco de ese blanco hospitalario...

Sonrío mientras le miro fijamente durante unos segundos.

—Me gusta el plan...

—Al final, de un modo u otro, siempre se salen con la suya, ¿eh? —interviene el empleado—. Es usted un tipo listo. Hay que tener a la mujer contenta.

Hago ver que no he oído el comentario, pero lo he hecho. Y hago verdaderos esfuerzos para disimular mi entusiasmo cuando Elliott no le saca de su error.

Una vez en el aparcamiento, mientras Elliott empuja el carro, yo camino a su lado. A pesar de estar siendo unos días agotadores, soy feliz. El nivel de complicidad entre los dos ha aumentado de forma exponencial, y cada vez me cuesta más entender qué es lo que esa máquina no vio entre nosotros. Podemos charlar, nos hacemos reír y, aunque quizá no tenemos los mismos gustos ni aficiones, sabemos cómo adaptarnos el uno al otro. Pasamos mucho tiempo juntos, incluso los fines de semana, como si conviviéramos juntos, solo que, bien entrada la noche, él se marcha a su cuchitril sin vistas de Williamsburg y yo me quedo en mi casi acabado hogar.

—¿Me acompañas a la tienda de muebles a por la librería? Quiero gastar mis últimos ahorros.

—¿Qué ha pasado con la mesa de madera? Pensaba que era una de las cosas imprescindibles...

—Es un imprescindible demasiado caro, así que creo que, de momento, me voy a olvidar de ella...

Elliott

—¿Tanto te aburre esto? —me pregunta, haciendo chocar su hombro contra el mío—. Estás muy callado... Sé que comprar estanterías no es tan emocionante como subir paredes rocosas o pegarse de tortas con otros tíos por un melón, pero...

La miro de reojo, tan guapa e ilusionada, con esa enorme sonrisa en la cara y esos ojos vivos.

—No es eso... —contesto sonriendo.

Es cierto que estoy callado, pero no porque no me lo esté pasando bien con ella, sino más bien al contrario. Estoy tan a gusto en su compañía, es tan generosa conmigo, que necesito hacer lo mismo por ella. Siento que le estoy ocultando demasiadas cosas, y quizá la más importante sea la referente a mi pasado.

—Pues estás raro.

—Es que... Hay algo que hace tiempo que te quiero contar...

Me mira durante unos segundos, buscando mi mirada, que yo rehúyo a propósito.

—Me estás asustando... Espera, espera... Ahora me dirás que no sabes montar estanterías...

Ella ríe, tratando de desdramatizar, pero estoy demasiado nervioso como para hacerlo yo también. Niego con la cabeza, rascándomela.

—Verás, yo... Tengo miedo...

—¿A... la... oscuridad? Porque, hasta ahora lo has disimulado bien...

—No, no. Tengo miedo de perderte cuando te lo cuente.

—Vale. Ahora sí que me has asustado. —Se detiene en mitad del pasillo, obligando a muchos de los otros clientes que abarrotan la tienda a esquivarnos. Al darse cuenta, me agarra del brazo y me aparta a un lado. Estamos en la sección de dormitorios, así que se sienta en una de las camas y tira de mí para que me siente a su lado—. Suéltalo ya.

—Steph murió en un accidente de coche, y yo era el que conducía.

Espero que diga algo, pero no lo hace. Lentamente, levanto la cabeza y busco su mirada. Parpadea varias veces, y abre la boca para decir algo, pero la cierra al poco rato. Eso se repite algunas veces, así que acabo por darme cuenta de que necesita más explicaciones por mi parte.

—Yo... había... bebido. Mucho. Y también estaba... drogado y... Todo pasó muy rápido y... Un coche venía en sentido contrario... El conductor se durmió al volante e invadió un poco nuestro carril...

—Pero... Fue un accidente...

—Que se podría haber evitado si yo hubiera estado en plenitud de facultades. Podría haberle esquivado, pero no reaccioné a tiempo.

—¿Y Holden...?

Niego con la cabeza antes de continuar.

—Él estaba con la canguro. Recuerdo que estaba enfermo... Steph llamó a casa para saber cómo estaba y tuve que convencerla para quedarnos un rato. Aun así, cuando nos marchamos, estaba cabreado con ella... Era un capullo... —suspiro, apoyando los codos en las rodillas y aguantándome la cabeza. Me rasco el cuero cabelludo y me tiro del pelo, preso de la impotencia. Entonces, sigo con mi confesión—: Los padres de Steph me denunciaron y me condenaron por homicidio imprudente. Pidieron la custodia de Holden y, evidentemente, se la concedieron.

—Pero... Tú... ¿Por qué no luchaste por él...?

—Yo nunca... Steph se quedó embarazada por accidente... Ninguno de los dos quería... Los dos... vivíamos al límite... Pero ella, al saber que estaba embarazada, lo dejó todo. Maduró, por decirlo de algún modo, pero yo no. Estaba... cabreado con ella por sentar la cabeza y con el crío por haberla obligado a ello... Dios... Realmente era un capullo...

Me tapo la cara con ambas manos, avergonzado.

—¿Cuánto tiempo estuviste en...?

—¿La cárcel? Setecientos cincuenta y seis días... Salí limpio. Lo prometo. Desde entonces, no volví a drogarme ni a beber. Bueno... bebí unas copas hace unas noches, cuando nos... distanciamos. Me sentí perdido y... Pero se acabó. Lo prometo.

—¿Por qué te justificas conmigo? No...

—Porque quiero que me creas. Porque quiero que sepas que, desde el accidente, todo era oscuridad... De hecho, creo que toda mi vida lo era... hasta que tú apareciste. Creo que... te convertiste en... mi vida entera.

Rachel

Muchas de sus palabras resuenan en mi cabeza incluso minutos después de haberlas pronunciado. Palabras como accidente, drogas, alcohol, cárcel y homicidio no paran de reproducirse en mi cerebro, una y otra vez.

—Yo no... Yo... —balbucea sin parar— Yo sí... Es...

Y entonces, mi cabeza borra todas esas palabras de un plumazo y repite, una y otra vez: “te convertiste en mi vida entera”. De repente, soy consciente de su vulnerabilidad, pero también de su valentía.

—Te lo tenía que haber contado antes, pero... Elegí ser feliz durante más tiempo. —Sonríe con tristeza—. Qué egoísta por mi parte, ¿no? Porque sé que no me merezco ser feliz...

—Sí lo mereces —le corto de golpe.

Él levanta la cabeza, lentamente, hasta que nuestros ojos se encuentran. Agarro su cara entre mis manos y apoyo la frente en la suya. Cierra los ojos y suspira de puro agotamiento. Justo entonces, unas lágrimas escapan de sus ojos, y se las seco rápidamente con los pulgares.

—Shhhh... No llores... No me seas blando, ¿eh? Tenemos un acuerdo: yo soy la blanda y tú el duro. Yo paseo por el barro en tacones y tú subes paredes verticales de roca. Yo pinto paredes de color rosa, y tú arreglas cañerías en camiseta de tirantes. Es lo justo, así que no me desmontes los planes ahora...

Consigo hacerle sonreír, comprobando que, hasta ese mismo momento, no me había dado cuenta de lo adicta que me he vuelto a su boca. Paso la mano por su pelo, algo más largo de lo habitual, y lo peino de forma cariñosa.

—En la vida, tomamos muchas decisiones, y no siempre acertamos. A veces, el precio que hay que pagar por las malas, es demasiado alto, pero entonces se nos presenta otra decisión que tomar, que puede enmendar un error del pasado... —Me tomo unos segundos antes de proseguir—. Sé que nunca olvidarás

lo sucedido, pero ahora tienes la oportunidad de hacer las cosas bien con Holden.

—También quiero hacer las cosas bien contigo...

Sonrío ladeando la cabeza.

—Paso a paso... —respondo.

CAPÍTULO 17 - UNA MARAVILLOSA, PERO FICTICIA CONVIVENCIA

Elliott

—El abuelo está muy enfadado... —Intento disimular la risa. Afortunadamente, no le tengo delante de mí, y puedo alejar el teléfono para taparme la boca—. Le decía a la abuela: ¡no quiero que se parezca a Fuller! ¿Por qué te llama Fuller?

—Porque es mi apellido.

—Pero... Mi apellido es Miller...

—Bueno... Miller es el apellido del abuelo... Y era el de mamá...

—Entonces, en realidad, ¿me llamo Holden Fuller?

—Puedes usar el apellido que quieras...

Se queda callado, como si estuviera valorando todas las posibilidades.

—Lo pensaré.

—Vale —contesto, sin poder dejar de sonreír.

—Pues entonces, la abuela me ha frotado la piel con la esponja hasta dejármela roja y, aun así, no ha conseguido borrar casi nada. El abuelo se ha quejado al profesor de arte, y este le ha dicho que qué se piensa, que en mi colegio usan pintura de buena calidad. ¿Te estás riendo?

—¡No! No... —me apresuro a contestar—. Es que...

—La he cagado bien... Pero yo solo quería parecerme a ti. —Sus palabras me dejan sin habla. Se me escapa incluso un tímido jadeo—. Algunos me decían que daba algo de miedo, con todos esos dibujos en el cuerpo, y yo solo les decía que me parecía a mi papá, que él también daba miedo.

—¿Te doy miedo?

—Bueno... A mí no, pero... eres grande y fuerte y... No sé. ¿Sabes? Nunca te imaginé como eres.

—¿Y cómo me imaginaste?

—No sé... Con traje y corbata. Con un maletín en una mano. Y con gafas.

—Bueno, puedo vestirme así si tú quieres.

—No, no, no... Así molas mucho...

—Vale —contesto, radiante de felicidad.

—Y tienes... Cicatrices y... cortes.

—Con eso me temo que no puedo hacer nada... Juego al rugby, ¿recuerdas que te lo conté?

—Sí. ¿Algún día me llevarás a un partido?

—Solo cuando tú me invites a un concierto de tu colegio.

—¿Quieres venir a uno, en serio?

—¿Por qué te parece tan raro?

—Porque no tienes pinta de que te gusten las flautas.

—Ni tú de gustarte el rugby y, aun así, quieres intentarlo. Una amiga me ha enseñado a no creer en compatibilidades.

—¿Qué es compatibilidad?

—Es... tener cosas en común con alguien. Ya sabes, gustarte las mismas cosas y eso... A veces, puede caerte bien alguien con quien no tienes nada en común, ¿no crees?

—Creo que sí. Pues al abuelo no le caes bien, ¿sabes?

—Sí, algo he notado... —contesto resignado.

—Pero me parece que a mí sí me caes bien...

—¿Te parece?

—Bueno... Sí, estoy seguro, pero como hemos hablado solo unas diez veces y nos hemos visto solo dos... Pero pareces un padre guay.

No puedo estar más contento. Sonrío de oreja a oreja, como hace mucho tiempo que no hacía.

—Con eso me sirve, entonces.

—¿Tú quieres ser mi papá de verdad? —me pregunta sin tapujos.

—¿Papá de verdad? Soy tu padre de verdad.

—Bueno, un padre de los que siempre están... Ya sabes...

—¿Quieres que siempre esté ahí?

—Sí... Pero para eso, tendrías que vivir conmigo y con los abuelos —dice con timidez—, aunque como no les caes bien, casi que lo mejor será que yo me vaya a vivir contigo, ¿no?

De repente, el mundo a mi alrededor empieza a moverse a cámara lenta. Escucho los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos y mi respiración se vuelve muy pesada.

—Solo si tú quieres... —añade al ver que yo no digo nada—. Si no, no pasa nada... He vivido mucho tiempo con los abuelos...

—Holden...

—Antes pensaba que no querías que fuera tu hijo, porque cuando mamá murió, yo debería haber vivido contigo, pero tú no quisiste porque no viniste a por mí...

—Holden... —repito.

—Pero como luego llamaste al abuelo y pediste hablar conmigo...

—Holden, espera —le pido de forma más contundente, haciendo que se quede callado de golpe—. Me encantaría que vivieras conmigo.

—¿Y cuándo voy? —me pregunta, de repente muy excitado—. Mañana es sábado y no tengo cole...

Puedo hacer la maleta esta noche y...

—Holden, no puede ser mañana...

—¿Por qué no?

—Porque primero tengo que hacer las cosas bien... Ahora, tu custodia la tienen los abuelos y tengo que... pedírsela.

—¿Qué es tener la custodia?

—Es... algo así como decir quién te cuida de forma legal.

—Pero... tú me quieres cuidar, ¿verdad? Pues se lo dices a los abuelos y ya está.

—Sí, pero no es tan fácil.

—¿No es tan fácil porque les caes mal?

—Porque... llevo tiempo sin estar contigo, mucho. Y los abuelos han estado a tu lado, y no sería... justo que te vinieras ahora conmigo y les dejaras solos.

—Pero, les podría venir a visitar, ¿no?

—Claro. Pero tengo que hacer las cosas bien.

—¿Y cuándo podré ir?

—A su debido tiempo...

—No quieres que vaya...

—Holden... Sí quiero...

—¡No quieres! —grita, justo antes de colgar la llamada.

Me quedo un rato con el teléfono pegado a la oreja, resoplando hastiado. Entonces, Mortimer da un salto y se coloca sobre la sábana que cubre mi sorpresa para Rachel.

—¡Eh, tú! ¡Baja de ahí! —le grito, haciendo aspavientos.

Compré la madera a unos cien kilómetros al norte, en un aserradero. Conduje hasta allí, la cargué en mi furgoneta y la llevé hasta el garaje de Ian, donde la he estado montando durante casi una semana, la que llevo sin dormir prácticamente nada. Todo para darle una de las cosas que más ilusión le hacía: su mesa rústica de comedor. Y ella está a punto de llegar a casa, así que, aunque me encantaría llamar a Holden e intentar calmar su enfado, no tengo tiempo de hacerlo.

Rachel

Estoy nerviosa. Esta mañana dejé la habitación del todo montada y quiero darle hoy la sorpresa. No se la espera, ya que, excepto para quitar la moqueta del pasillo y lijar el viejo suelo de madera que había debajo, no hemos subido para nada más. Nuestros esfuerzos se han centrado en el piso de abajo, al menos los suyos, porque yo me he tirado varias noches pintando de amarillo y beige la que será la habitación de Holden.

—¿En serio lo vas a hacer? —me ha preguntado antes Kelly, justo antes de salir del despacho.

—Lo he hecho. Y esta noche se la voy a enseñar.

—Así que esta noche vas a poner todas las cartas sobre la mesa, vas a tirarte a la piscina de cabeza, vas a abrirte de piernas sin haberte depilado...

—¡Kelly, por favor! Solo voy a darle una sorpresa...

—Rachel, vas a enseñarle la habitación infantil que has montado en tu casa para su hijo. Y te recuerdo que, según vuestro acuerdo, todo esto que estáis haciendo forma parte de una mentira diseñada para engañar a los abuelos de Holden, así que puede que, una vez pasado todo, ese crío no vaya a dormir nunca en esa habitación.

—Técnicamente... Bueno... Ya sé que... Pero...

—Rachel —me corta con rotundidad—. A por él.

Así, con el beneplácito de mi exigente amiga, y una enorme sonrisa en los labios, llego a mi casa casi a la carrera. La sorpresa, por eso, me la llevo yo nada más abrir la puerta y descubrirle dentro.

—¿Qué...? —empiezo a decir, pero entonces mis ojos se dirigen a la sábana blanca que cubre algo muy grande, justo a su lado. Lo señalo, y repito—: ¿Qué...?

—Tengo algo para ti —me dice al acercarse. Me coge de la mano y me lleva hasta el enorme bulto tapado.

—¿Qué...?

—Deja de balbucear y descubre lo que hay debajo de la sábana.

Cojo un extremo de la tela con dedos temblorosos y tiro con poca convicción. La tela resbala hasta caer al suelo y descubrir la mesa más bonita que haya visto nunca. La miro embelesada, con la boca abierta, rodeándola mientras acaricio la madera con las yemas de los dedos.

Cojo aire para hablar en repetidas ocasiones, pero, en todas ellas, siento que lo que voy a decir no es suficiente, y la vuelvo a cerrar. No puedo creer que haya hecho esto por mí...

—Di algo... —me pide al fin—. Espero que sea como la imaginabas aquella tarde. Se me quedó grabada en la memoria tu expresión ilusionada, y desde ese momento, supe que tenía que conseguirte la mesa.

—Es mucho mejor... —Me agacho y acerco la nariz para inhalar su olor.

—Encontré la madera en un aserradero a cien kilómetros al Norte. Me hicieron buen precio porque estaba sin tratar. La construí en el garaje de Ian...

—¿Cuándo? Si estabas siempre aquí...

—Por las noches, cuando me iba... —Empiezo a reír a carcajadas. De repente, soy consciente de que sí tenemos algo en común: ambos queremos, a toda costa, hacer feliz al otro—. ¿De qué te ríes?

—Yo también tengo algo que enseñarte.

Agarro su mano y tiro de él, escaleras arriba. Recorremos el pasillo hasta la habitación del fondo. Cuando llegamos a la puerta, me aparto a un lado y le hago una señal con la mano.

—Abre la puerta...

Lo hace con tiento, sorprendido, y yo aguanto la respiración mientras la puerta se abre. Da un par de pasos hacia el interior, y entonces, con la boca abierta, gira sobre sí mismo, lentamente.

—¿Qué...?

—¡Eh! ¡No me copies! ¡Eso lo dije yo antes! —bromeo, justo antes de aclararle—: Quería asegurarme de que los Miller supieran que estás preparado para tener a Holden en tu vida. ¡Y no me digas que con ese amarillo no es alucinante!

—Lo es... Tú lo eres. Eres increíble...

—No te creas...

—A pesar de todo lo que... sabes de mí, sigues aquí.

—No eres tan malo como crees... Pero, es curioso porque, a pesar de que sé que tú y yo no... Bueno... Sé que esto es una mentira, pero me apetecía hacerlo... —balbuceo—. Porque realmente creo que mereces ser feliz, y lo serás cuando tengas a Holden contigo.

No me da tiempo de decir nada más, ya que, en cuanto siento sus labios sobre los míos, me dejo llevar. Dejo que me coja en brazos, dejo que me agarre del pelo, dejo que meta una mano debajo de mi blusa, dejo que muerda mis labios hasta notarlos hinchados... Dejo que me haga suya, convencida por primera vez de que Elliott es, sin lugar a dudas, mi perfecto casi compatible.

Elliott

Cuando abro un ojo, estoy solo en la cama. Sigo desnudo, aunque envuelto en una sábana blanca que huele maravillosamente bien. ¿He dicho maravillosamente? ¿Estoy oliendo sábanas? Dios mío... Estoy acabado...

Sonrío, riéndome de mí mismo, imaginando las burlas de Ian, mientras pongo los pies en el suelo. Busco mi ropa, esparcida por toda la habitación. Me pongo los calzoncillos, los calcetines y el vaquero, y salgo al pasillo en busca de mi camisa. Al hacerlo, oigo ruidos procedentes de la cocina, así que me dirijo hacia allí mientras me anudo los botones de la camisa, que colgaba de la barandilla de la escalera.

Cuando llego, huele un poco a quemado.

—Mierda, mierda, mierda... —maldice con una sartén en la mano.

Se mueve de un lado a otro de la cocina, atolondrada. Antes de que se haga daño, me acerco rápidamente a ella y le quito la sartén de la mano. Tiro la tortilla al fregadero y abro el grifo del agua.

—Lo siento... —se disculpa, encogiéndose de hombros—. Nunca he... Es la primera vez que...

—Siéntate. Yo me encargo del desayuno.

La sigo con la mirada hasta que se sienta en uno de los taburetes, alejada del fuego por nuestra propia seguridad.

—Pues ya que te pones, me apetecen huevos revueltos —dice, sacando la lengua.

Me quedo estancado en su rostro, haciendo un repaso visual a todas sus facciones. Es imposible que me cansé algún día de mirarla.

—¿Tienes algún problema...? ¿Te falta algo...?

—No... —contesto, aun incapaz de mover un músculo.

—¿Y entonces...?

Camino hacia ella y giro el taburete para dejarla de cara a mí. Poso la mano contra su mejilla, acariciándola con el pulgar, y apoyo la nariz en la de ella. Mi labio superior roza el suyo, y su aliento me hace cosquillas. Al escucharla jadear, cierro los ojos y trago saliva para hablar.

—¡Espero que tengas una buena razón para no cogerme el teléfono! ¡Y más cuando te he traído el desayuno!

Los dos giramos la cabeza de golpe, mirando a Kelly que, plantada a poca distancia de nosotros, nos mira con la boca abierta.

—Esto... Vale... Ya veo cuál puede ser el motivo por el que no me coges el teléfono...

Rachel me agarra de la camisa mientras asiente con la cabeza, mordiéndose el labio inferior para intentar contener una enorme sonrisa.

—Y que tienes quién te haga el desayuno... —añade Kelly.

Rachel vuelve a asentir.

—Vale. Pues entonces... —Señala hacia atrás con un dedo—. Yo solo... Estaba preocupada porque ayer te vi algo... baja... Pero ya veo que lo has solucionado... Adiós.

Ambos levantamos la mano para despedirla. Segundos después, escuchamos la puerta principal al cerrarse. Cuando volvemos a mirarnos, Rachel se encoge de hombros.

—Es una muy buena amiga... Y se preocupa por mí... —me aclara.

—¿Y crees que es una buena idea que tenga una copia de las llaves de tu casa?

—Seguramente no —contesta mirando al techo, con una mueca graciosa en la cara que me hace reír. Me agarra de las solapas de la camisa y tira de mí, acercándose a ella—. ¿Por dónde íbamos?

Poso mis labios sobre los suyos. Ella cierra los ojos al tiempo que su boca se abre, acogiéndome. Entonces, volvemos a escuchar unos pasos acercándose. Me vuelvo a separar de Rachel, que gira la cabeza para volver a descubrir a Kelly, acercándose a grandes zancadas. Yo agacho la cabeza, desesperado.

—Lo siento... —se disculpa mirándome, hasta que se centra en Rachel, a la que abraza con fuerza. Le habla al oído, con complicidad—. Ya me voy...

Se separa unos centímetros, caminando de espaldas. Vuelve a levantar una mano, pero esta vez solo la imita Rachel. Entonces, antes de salir por la puerta, corre hacia mí y me sorprende al abrazarme.

—No os engañéis —susurra en mi oído—, sois perfectos el uno para el otro.

—¿Qué te ha dicho? —me pregunta Rachel, en cuanto escuchamos el ruido de la puerta al cerrarse.

Esta vez, esperamos pacientemente por si se volviera a abrir, y solo cuando nos aseguramos de lo contrario, varios segundos después, contesto:

—Que eres perfecta para mí.

—Es curioso. A mí me ha dicho que tú lo eres para mí. Pero, ¿cómo va a saber más ella que esa máquina de compatibilidades del demonio?

—Porque estamos bien juntos.

—Pero, ¿cómo sabemos que lo de estos días y, sobre todo lo de esta noche, no ha sido un... espejismo? Mi cabeza no para de repetirme, como un mantra: “no tenemos nada en común”, “no tenemos nada en común”, “no tenemos nada en común” ...

Entonces, cojo su cara con ambas manos y, con la boca a milímetros de la suya, la corto:

—Sí, lo tenemos —aseguro, justo antes de sellar mi afirmación con un beso lento, sin prisas, para demostrarle que la vida no se mide en compatibilidades, sino que trata de sentimientos y, lo que sentimos el uno por el otro, no es fácil de medir, ni siquiera de explicar.

Rachel

Era tan feliz... No puedo describirlo con las palabras exactas, sino con gestos, como el de no poder dejar de sonreír en todo el día. O con hechos impensables hasta el momento, como abrir los ojos mucho antes de que sonase el despertador y hacerlo con una enorme sonrisa. O con locuras, como pensar seriamente que convertirme en madre no sería tan mala idea como parecía hasta ahora.

A pesar de su confesión, de su pasado irresponsable, de su falta de cariño hacia Holden y hacia su propia vida, le creí. Creí que Elliott era el elegido. Me imaginé una vida a su lado. Fue duro escucharle, y verle hacerlo con lágrimas en los ojos, sintiéndose culpable a pesar de que fue un accidente.

—Si yo hubiera estado sobrio, habría podido esquivar ese coche —me repetía.

—O quizá no... —contesté yo.

Nuestros días eran sencillos... Círculos perfectos... Me despertaba con sus besos, sintiendo su pecho desnudo contra mi espalda y sus brazos rodeándome con fuerza. Nos duchábamos juntos, algo que no siempre resultaba buena idea, porque acabábamos haciendo el amor la mayoría de veces, provocando que tuviera que desayunar deprisa y corriendo para llegar a tiempo a los juzgados. Durante las horas que permanecíamos separados, nos escribíamos decenas de mensajes y, no contentos con ello, nos llamábamos un par de veces. Al caer la tarde, él me recogía por el despacho e íbamos a casa. Cocinábamos la cena juntos, sacando más partido que nunca a mi cocina, que, de repente, me parecía más excitante y divertida que nunca. Luego veíamos la televisión, escuchábamos música, charlábamos o, simplemente, le observaba mientras buscaba en internet alguna nueva pared que escalar.

La noche de los viernes era algo distinta. Era noche de partido, y yo me había convertido en una seguidora fiel del equipo. No me costó mucho acostumbrarme a llenarme de barro los tobillos y a beber cervezas directamente de la botella. La recompensa estaba cerca: solo tenía que alzar la vista y verle sucio y sudoroso, apretando la mandíbula con fuerza, pegándose con otros tipos. No podía evitar preocuparme cuando recibía algún golpe, aunque enseguida él se encargaba de mirarme, guiñarme un ojo y lanzarme un beso, tranquilizándome. Tampoco me costó encajar entre las chicas, que me acogieron como una más. No fue difícil... Nos dedicábamos a pegar cuatro gritos para animar a los chicos, a hacer un repaso exhaustivo a los músculos y traseros de los integrantes del equipo rival para ver si había alguno digno de mención, y a intercambiar anécdotas ocurridas durante la semana.

Durante esos días, solo hubo un punto negativo, y es que no tuvo noticias de Holden. Me contó que se

disgustó el día que nos pusimos de acuerdo para sorprendernos. El mismo día en el que también nos pusimos de acuerdo para hacer más caso a nuestros corazones y mucho menos a nuestras inseguridades. Desde entonces, ni una sola llamada, hasta que...

—Van a venir —me dijo, aún con el teléfono en la mano, cuando me vino a recoger al despacho—. Los Miller, con Holden. Van a traerle.

—¿En serio? ¡Eso es fantástico! —Cogí su cara entre mis manos, justo antes de besarle—. ¿Cuándo?

—Este fin de semana. Es como... una prueba de fuego.

—Otro examen.

—Sí...

—Les vas a encantar. Seguro.

—Eso espero —dijo, rascándose la nuca, en un gesto tan inocente como adorable.

—¿Dónde quieres que le llevemos? ¿Qué quieres que hagamos? ¿Le gustan los animales? Porque podríamos llevarle al zoo. ¿Y los deportes? Porque podríamos mirar si hay algún partido... Si quieres, podemos ir en plan turista y subirnos a esos autobuses descapotables para que vean toda la ciudad...

Ahí empezó a cambiar su expresión, aunque yo estaba tan entusiasmada proponiendo planes, que no me di cuenta. Y ahora que lo pienso, durante todo el trayecto hasta casa, estuvo muy callado. Se limitaba a mover la cabeza, asintiendo, y a esbozar una sonrisa forzada. Ahora me doy cuenta de que estaba preparando el terreno para soltarme la bomba, cosa que hizo cuando entramos en casa.

—¿Habéis hablado de dónde van a quedarse? ¿Les has comentado que aquí hay habitaciones para todos? Así Holden podría dormir en su habitación...

—Creo que... Dormirán en un hotel —me contestó, después de carraspear varias veces para aclararse la voz.

—Ah... —Me costó esconder mi decepción, pero eso fue pan comido teniendo en cuenta lo que fue soportar la verdad.

—De hecho... Tengo algo que contarte... —Me quedé callada, expectante. Conforme pasaban los segundos, él parecía más y más agobiado, y mi pulso se iba acelerando. Mi cabeza imaginaba decenas de explicaciones a su comportamiento, pero nunca imaginé que sería ese—. No solo le mentí referente a mi casa...

Intenté hablar, pero mi garganta estaba seca. Fruncí el ceño y me senté en el sofá, ese que elegimos los dos, ya que sentía cómo mis rodillas empezaban a temblar. Junté las manos en mi regazo y, de forma inconsciente, esperé a que se sentara a mi lado y me soltara cualquier tontería sin importancia. Pero no lo hizo. Se acercó unos pasos pero se quedó de pie, con la cabeza agachada.

—La madre de Steph me preguntó si salía con alguien... Y no sé por qué lo hice, pero le dije que... no. Por alguna razón que no logro entender, me pareció más... apropiado. Te juro que lo hice sin pensar... Yo... No quería que se llevara una mala impresión de mí... Estaba demasiado preocupado por quedar bien delante de ella y...

—¿Yo te iba a hacer quedar mal delante de ella?

—No es eso. No —se precipitó en contestar—. O sea... No tú... No porque fueras tú... No sé... Creí

que le sentaría mal que estuviera con alguna mujer que no fuera su hija... Aunque luego pensé que ella nunca quiso que yo estuviera con ella... Pero supuse que tampoco le haría gracia que otra mujer que no fuera su hija formara parte de la vida de su nieto.

—¿No puedo formar parte de la vida de tu hijo, pero sí puedo montarle una habitación en mi casa y comprarle juguetes?! —grité, hecha una furia, con los ojos totalmente bañados por las lágrimas.

—Yo... Nunca pensé que llegaríamos tan lejos... —susurró.

—¿No te creías lo nuestro...! ¿Es eso?! ¿Nunca creíste que lo nuestro funcionara, pero sí quisiste aprovecharte de mí, usándome para ganarte la aprobación de los Miller?!

—No es eso... Yo pensé...

—¿Tú pensaste una mierda! ¿Eso es lo que hiciste! ¿Después de todo lo que he hecho! ¿De la multitud de cosas que te he perdonado!

Me pongo en pie y empiezo a golpear su pecho con ambos puños, intentando empujarle. Se mueve, pero no por mérito mío, sino porque está tan asustado, que no quiere oponer ningún tipo de resistencia.

—Rachel, escúchame... —me pidió, extendiendo los brazos para tocarme. Le di un fuerte manotazo para evitarlo.

—¿Tienes algo más que confesarme?! ¿Algún otro secreto que contarme?! —No contestó, y se limitó a negar con la cabeza, agachando la vista al suelo—. ¡Largo de mi casa! ¡Porque ten muy claro que es mi casa! ¡La mía! ¿Me oyes?! ¡Mi casa, no la tuya! ¡De hecho, en el fondo, es más del capullo de Michael que tuya!

Y ahí, dejé de ser feliz...

Elliott

Abro la puerta del frigorífico y me quedo mirando el interior. Está vacío, a excepción de las seis latas de cerveza que compré antes de subir. Sé que no debería hacerlo, que el alcohol solo me ha traído problemas, pero necesito olvidar, así que abro la primera de las latas.

Soy consciente de que debería habérselo contado en cuanto se me ocurrió la dichosa mentira que lo desencadenó todo. Pero entonces, llegó esa noche en la que quise ser feliz, y posé mis labios sobre los suyos. Luego vino todo lo demás. Me acostumbré a sonreír, y a tener un motivo para correr a casa después del trabajo. Me encantaba nuestra simple y perfecta convivencia. Me sentía cómodo por primera vez desde hacía mucho tiempo, tanto, que escondí la verdad. Por eso, aunque una parte de mí deseaba recibir la llamada de los Miller, otra rezaba para que no sucediera nunca, y poder seguir viviendo.

Luego tuve ese momento de clarividencia divina, uno de esos en los que te sientes abrumado sentimentalmente, y tuve la necesidad de abrir mi corazón. Le conté lo que le pasó a Steph, le abrí mi corazón de par en par, confesándole mi sentimiento de culpabilidad y mi intención de contárselo a Holden algún día, a pesar de que eso pudiera provocar perderla para siempre.

Estrujo la primera lata y, sin darme opción a pensarlo, abro la segunda y doy un largo trago. Me limpio los labios con la manga de la camisa y resoplo, echando la cabeza hacia atrás. Empiezo a sentirme algo confundido, seguro que producto del alcohol. No es que haya bebido mucho para lo que estaba acostumbrado, pero supongo que ahí reside el problema: estaba acostumbrado, ya no.

Supongo que, contándole mi pasado, cubrí el cupo de confesiones por un tiempo. No es que no tuviera intención de contarle mi mentira a los Miller, sino que decidí... dosificarla. Fue un comportamiento cobarde por mi parte, pero era tan feliz... Ella me hacía feliz y... Y contárselo, significaría perderla. Y... No estaba dispuesto a perderla... No quería... ser un miserable de nuevo.

Sabía que esa llamada lo cambiaría todo. Sabía que significaría que empezaban a confiar en mí lo suficiente como para venir a ver con sus propios ojos el entorno que me rodea y en el que, en caso de acceder, crecería su nieto. Sabía que significaba que ella se lo había contado todo a Henry y que él, de algún modo, también estaba de acuerdo. Esperaba que Holden se diera cuenta de que estaba equivocado, y que yo sí quería que viviera conmigo.

Lanzo la segunda lata a un lado. Esta vez, ni me molesto en estrujarla, y abro la tercera. Abro los ojos para intentar enfocar la vista, que se me empieza a nublar.

Nunca la quise utilizar... Cuando dije que su casa era la mía, no lo hice para aprovecharme de ella. Solo la tenía a ella, y la casa era perfecta, inacabada, pero perfecta para criar a un hijo. Tampoco pensé en la situación por la que pasaba nuestra relación sentimental, por aquel entonces nula, como tampoco imaginé que, pocos días después, nos daríamos cuenta de que realmente éramos tan felices juntos.

Y aquí me encuentro... Perdido... Yo y todo lo que quiero. Perdí a Steph, perdí a Holden, perdí mi vida, ahora he perdido a Rachel y seguro que perderé la oportunidad de recuperar a mi hijo.

Los ojos se me empiezan a humedecer y, nada más cerrarlos, unas cuantas lágrimas escapan de ellos. Pocos segundos después, son incontrolables y, aunque intento secarlas, al final me doy por vencido. Intento ponerme en pie y me tambaleo hasta conseguir apoyarme sobre la mesa, donde reposa mi teléfono. Con dedos torpes, intento cogerlo, algo que me lleva tres intentos. Luego, entorno los ojos mientras, sin saber por qué, mis dedos empiezan a pasar las últimas fotos de estos últimos días. Solo veo miradas de reojo, carantoñas y muchas sonrisas. Una a una, las paso, torturándome, hasta que me detengo en una en concreto. En ella sale Rachel de cuerpo entero, vestida con un pantalón de chándal gris y una vieja camiseta de manga corta. Lleva el pelo recogido con un pañuelo, tiene la cara manchada de pintura y saca la lengua a la cámara, o sea, a mí, con un rodillo en la mano.

Y entonces, aprieto el botón y lo acerco a mi oreja.

—Hola. Soy yo —me descubro diciendo—. Elliott Fuller. Espero que te acuerdes de mí, a no ser que te hayas tirado de cabeza de nuevo a la puñetera web de citas y ya hayas salido con un par de cretinos... Vale... Puede que eso haya sido un poco cruel porque... Bueno, estoy... rabioso, pero, supongo que es el alcohol el que me hace decir estas cosas... El alcohol me hace ser así, ¿sabes? Me pone irascible y... me suelta la lengua y... digo cosas que no pienso... O a lo mejor sí las pienso, pero no me atrevería a decirlas si no estuviera... borracho. Y ahora que lo pienso... ¡Vaya, estoy pensando mucho a pesar de estar borracho! Quizá debería volver a hacerlo a menudo, porque se me da bien... A lo que iba, no te muevas de tu casa, porque voy para allá a hablar contigo en persona...

El pitido del contestador me ensordece, y me aparto el teléfono de inmediato. Nervioso, me pongo en pie, lanzo el teléfono sobre la mesa y me tiro del pelo. Estoy desesperado y, sobre todo, muy asustado.

CAPÍTULO 18 - DEVOLVIENDO UN FAVOR... O MÁS

Rachel

No sé por qué tuve que escuchar su mensaje... Con lo a gusto que estaba llorando a moco tendido en la ducha, con la música de Adele sonando a un volumen lo suficientemente alto como para acallar mis sollozos. Vale, quizá no estaba tan bien, pero seguro que llorar en la ducha hubiera resultado mejor que escuchar su mensaje.

—¡Serás capullo...! —maldigo al colgar.

No sé cómo se atreve a decirme todo lo que me ha dicho. Después de todo lo que he hecho por él, ¿cómo se atreve hablarme de esa manera? ¿De veras sigue pensando que él no ha significado nada para mí? ¿Cree que le voy a sustituir por otro de la noche a la mañana? De hecho, dudo mucho que pueda llegar a olvidarle... nunca. Resoplo con fuerza, dejándome caer en la cama, envuelta en mi albornoz.

¿Cómo puede beber a pesar de su pasado? ¿Cómo puede haber tirado por la borda todo el trabajo de estos años? Y entonces, me doy cuenta de que soy, en buena parte, culpable de ello. Ha vuelto a beber por mi culpa, o por la suya, porque fue un capullo, pero yo soy la causa. Debe estar perdido, y asustado, descolocado y... en el fondo, espero que cabreado consigo mismo y muy jodido por haberme perdido. Supongo que, básicamente, como me sentía yo aquellas noches que bebí y él me vino a rescatar.

Entonces, sin saber bien por qué, olvidando mi odio hacia él, vuelvo a coger el teléfono, busco su número y le llamo.

—¡Elliott Fuller! ¡Ni se te ocurra coger el coche en tu estado!

—Tarde —me responde.

—¡¿Cómo que...?! ¡¿Estás conduciendo?!

—Eh... Sí.

—¡¿Y qué haces hablando por teléfono?!

—Porque me has llamado.

—¡Cuelga!

—Cuelga tú... —se mofa, riendo.

—¡Estás siendo un temerario!

—¡No, venga! ¡Ahora deberías haber continuado con un “no, tú”! Pero, volviendo al tema de nuestra conversación, por lo que tengo entendido, hoy he sido cosas peores que un temerario...

—¡Cuelga ahora mismo!

—Técnicamente, la culpa es tuya por haberme llamado...

—¡Cállate, capullo!

—Sí, señora.

—¡Cuelga!

—Vale, pero... estoy yendo a tu casa.

—¿Qué?! ¿Por qué?! ¿Para qué?!

—Te voy a colgar.

—¡No!

—Entonces, ¿qué hago?

—¡No quiero verte!

—¿Y por qué me llamas?

—¡Tú me llamaste primero!

—Claro, porque... te quiero y... he sido un capullo y...

Y entonces, escuché el sonido prolongado de un claxon y un frenazo. Y luego, solo silencio.

Elliott

—Cuando se despierte, dadle el alta —escucho.

Abro un ojo, y un intenso dolor recorre todo mi cráneo, así que lo cierro de nuevo. Me llevo una mano a la frente y toco una especie de venda o esparadrapo cubriendo mi ceja. Entonces, confundido, empiezo a incorporarme lentamente, agarrándome la cabeza con ambas manos.

Cuando por fin consigo abrir los ojos, un par de minutos después, me encuentro con una enfermera que, agarrando una carpeta contra su pecho, se agacha para buscar mi mirada.

—¿Cómo se encuentra, señor Fuller?

—Supongo que... he tenido días mejores.

—Eso espero. Le hemos hecho una receta de unos analgésicos para el dolor de cabeza.

—¿Qué...? ¿Qué pasó...? —Me mira con una sonrisa comprensiva en la cara, y me veo obligado a justificarme—. No... me acuerdo...

—Tal y como llegó, me sorprendería que lo hiciera. Según les contaron unos testigos a los chicos de la ambulancia, invadió el sentido contrario. El coche que venía de frente le pitó, usted dio un volantazo y se estrelló contra una señal de stop. No hubo más daños aparte de esa señal, y su cabeza, claro está. Me temo que el ayuntamiento le hará llegar una multa por daños en la vía pública...

—Joder... —maldigo, aunque, en el fondo, estoy aliviado de que solo tenga que lamentar daños materiales.

—Cuando esté listo, puede vestirse. Aquí tiene el alta. —Asiento con la cabeza, agarrando el papel, cuando ella, justo antes de darse la vuelta, añade—: La mujer que estuvo con usted casi toda la noche, le dejó esa nota y ese juego de llaves al irse. No se lo olvide.

Giro la cabeza hacia la mesilla donde ella señala, mientras corre la cortina para darme intimidad. Me pongo en pie con cuidado y me acerco. Cojo el manojito de llaves y lo miro, frunciendo el ceño. Al hacerlo, una punzada de dolor recorre de nuevo mi cabeza. Cuando me repongo, cojo la nota y trago

saliva antes de empezar a leerla.

Ni yo misma sé por qué lo hago... Creo que por Holden, que necesita a su padre, y por la señora Miller que, aunque ella no lo sepa, te necesita a ti.

Este fin de semana me quedaré en casa de Kelly, así que puedes hacer ver que tu vida es maravillosa y mereces ser el padre de ese crío. El lunes, cuando se hayan marchado, deja las llaves bajo el felpudo.

Tómate las pastillas que te receten y, por favor, no bebas este fin de semana.

Rachel

Leo la carta un par de veces, y entonces me doy cuenta de que me tiemblan las manos. Abro la boca y levanto el papel, intentando pedir explicaciones a la enfermera, pero me doy cuenta de que estoy solo. Entonces, empiezo a llorar como un crío, incluso sollozando. Soy plenamente consciente de que Rachel me ha salvado la vida, a pesar de lo que le he hecho. Y no me refiero solo a acompañarme esta noche, sino a... todo.

Rachel

—O eres idiota, o estás enamorada hasta el tuétano.

—Kelly, no me sermonees... ¿Puedo quedarme en tu casa este fin de semana o busco un hotel?

—Sabes perfectamente que puedes quedarte, pero también sabes perfectamente que te exigiré una explicación a tu... bajada de pantalones. O mejor debería decir, a tu bajada de bragas.

—No es por eso...

—¿No es porque está tremendo?

—No... Es... Por ese crío... Creo que necesita a un padre desesperadamente. Y los Miller, aunque no lo crean, también necesitan un padre para Holden... Y Elliott le necesita desesperadamente...

—¿El muy gilipollas te echa de tu propia casa, y lo primero que haces es darle las llaves?! Lo siento, pero no me puedo callar más.

Abro la boca para intentar contradecirla, pero me doy cuenta de que tiene toda la razón, así que la cierro y me dejo caer en su sofá.

—Soy una fracasada de manual, ¿verdad?

—Bueno...

—¡Dios! ¡No sé cómo no me di cuenta! —digo, tirándome del pelo—. ¿Cómo puedo tener tan mal ojo para los hombres!

—Si te sirve de consuelo, mi sentido arácnido también falló con Elliott. Parecía... diferente al resto de... esperpentos con los que has salido.

La miro enarcando una ceja y torciendo la boca.

—No hubiera salido con ninguno de esos esperpentos de no ser por tus encarecidos ánimos a hacerlo.

Kelly me sostiene la mirada durante unos segundos, con los brazos cruzados sobre el pecho. Al rato, chasquea la lengua y vuelve a hablar:

—Lo que tú digas. ¿Ahora qué?

—¿Qué de qué? —Entorna los ojos, apretando los labios—. No me toques los ovarios...

—¿Qué pasará a partir de ahora? Pues no lo sé.

—¿Le dejas las llaves, le haces el favor de su vida, te las devuelve y, “si te he visto no me acuerdo”? ¿No te va a devolver el favor? ¿Ni siquiera con un último revolcón?

—¡No quiero un último revolcón!

—Ya. Claro.

—¡Hablo en serio!

—Ah, vale. Ya lo pillo. Que lo que no quieres es que ese revolcón sea el último... Pues nada, chica, vete enviándole un mensaje para exigirle una compensación.

—Kelly, por favor... —Resoplo—. Estoy agotada. Necesito una amiga, no un fiscal que me exprima hasta decir basta.

—No te equivoques. Soy tu amiga. Lo que pasa es que soy mucho más que eso. Soy LA amiga —dice, enfatizando las palabras—, porque no te digo lo que quieres oír. A veces, las verdades duelen, pero alguien te las tiene que decir. Y ahora, pasemos a cosas importantes... ¿Comida tailandesa o mexicana?

Me encojo de hombros a modo de respuesta, pero ella no se da por vencida.

—Tailandesa, pues. Ahora que lo pienso... ¿No te has traído a Mortimer? —Mierda—. NO puedo creer que te hayas olvidado de él. Aunque, por otro lado, me encantaría saber cómo justifica la presencia del gato... Y espero que el animal demuestre abiertamente el odio que le profesa.

Elliott

He llegado al aeropuerto con mucha antelación, así que, después de comprobar su vuelo y ver que llegará a la hora prevista, paseo arriba y abajo de la terminal de llegadas, mirando todos los escaparates de las tiendas. Y entonces, al llegar a una juguetería, me doy cuenta de que no le he comprado nada a Holden. De hecho, no le he comprado nada a ninguno... Y lo que es peor, no tengo ni idea de qué comprarles... Así pues, con las ideas nada claras, entro en la juguetería y empiezo a vagar sin rumbo por ella.

—¿Puedo ayudarle en algo? —me pregunta la dependienta.

—Pues seguramente... Busco un regalo para un niño...

—¿Había pensado en algo en concreto?

—La verdad es que no... —La verdad es que no tengo ni idea de qué le puede hacer ilusión. A mi propio hijo. Patético...

—¿Edad?

—Seis.

—Veamos... ¿Qué le parece un guante de baseball? ¿Le gustan los deportes?

—No mucho... —contesto, recordando una de nuestras conversaciones telefónicas.

—De acuerdo... Entonces... ¿Qué le parece una pistola de pelotas?

—¿Pistola de...? —La verdad es que suena divertido, pero entonces me imagino los gestos de desaprobación de los Miller, así que me apresuro a contestar—: No. Nada que... incite a la violencia...

La dependienta me mira de reojo, con una falsa sonrisa en la cara, seguro que pensando que le ha tocado aguantar al típico cliente toca huevos...

—Vale... ¿Y qué me dice entonces de un Lego?

—¡Eso creo que me puede valer!

Es perfecto, pienso. Le encantó ver cómo desarmaba el coche y lo arreglaba, así que seguro que le encantará montar cosas...

—De acuerdo. ¿De “Star Wars”, de superhéroes, de ninjas, de coches...?

—Eh...

—Puede resultar algo abrumador —dice la chica al ver mi cara de susto.

—De coches, supongo...

Después de pagar, salgo con la bolsa en la mano y me detengo en mitad del pasillo, mirando en todas direcciones, al acecho del regalo perfecto para las personas que más me odian en este mundo y a las que tengo cuarenta y ocho horas para convencer de que confíen en mí lo suficiente como para que me dejen cuidar de mi hijo. Lo sé, estoy muy jodido.

Ahora me vendría muy bien la ayuda de Rachel, pero ella ha hecho más de lo que debería. Después de cómo me porté con ella... Y no contento con ello, voy y me emborracho y le suelto un sermón... No recuerdo nada de lo que le dije, y no sé si quiero saberlo, en realidad. Cuando me dieron el alta en el hospital, ni siquiera me atreví a llamarla para darle las gracias por dejarme su casa. Me limité a escribirle un mensaje, al cual no me ha respondido aún... No me extraña, desde luego.

Perdido en un mar de dudas, giro sobre mí mismo hasta que mis ojos se posan en una floristería. ¡Eso es! ¡Flores! ¡Flores para la señora Miller! ¿A qué mujer no le gustan las flores? ¿Qué hombre no gana puntos cuando le regala flores a una mujer? Vale, quizá yo no lo tenga tan fácil con ella, pero voy a hacer todo lo posible por encandilarla, y si tengo que empezar gastándome cincuenta dólares en flores, que así sea.

—¿En qué puedo ayudarle? —me pregunta la dependiente en cuanto traspaso la puerta.

—Quería un ramo... —Iba a decir “de flores”, pero luego he pensado que era demasiado obvio, así que he decidido dejar la frase inacabada.

—¿Tiene alguna idea de...? —Niego con la cabeza, así que ella sonrío de forma comprensiva, antes de continuar—: ¿Para quién son?

Buena pregunta, pienso... ¿Cómo se lo explico? Porque cuanto más lo pienso, más extraño me parece...

—Para mi suegra —miento.

No es del todo mentira, porque un día lo fue...

—Pues entonces, tenemos que esforzarnos mucho, ¿no? —me pregunta, guiñándome un ojo.

—No lo sabe usted bien... —contesto, sonriendo igual que ella.

Después de elegir un ramo, le pago y, antes de salir por la puerta, le pregunto:

—¿No tendrá idea de qué regalarle a un suegro algo... difícil...?

—Me temo que no obro esa clase de milagros.

—Gracias de todos modos.

—¿Una corbata? ¿Un libro? ¿Un juego de herramientas de jardín?

—La verdad, no tengo ni idea...

—¿Unas pantuflas? ¿Un puro? ¿Un rifle...?

La miro alzando las cejas, mientras ella ríe a carcajadas.

—Será mejor no darle ideas...

—¡Que tenga suerte! —se despide mientras salgo por la puerta.

Deambulo valorando todas mis opciones, que son muchas, y a la vez tan pocas... Estoy hecho un lío, hasta que, al final, me doy cuenta de que, haga lo que haga, no conseguiré cambiar su opinión acerca de mí de un plumazo. Así que, de entre todas las posibilidades que tengo, decido optar por la más conservadora: un libro. Y puestos a venderme, ¿por qué no pedirle ayuda a esta ciudad?

Se me echa el tiempo encima, así que corro hacia la librería para coger una guía de Nueva York. Esta vez, me lleva menos tiempo hacerme con el regalo, así que, en cuanto lo pago, corro hacia la puerta de la terminal de llegadas. Lo hago justo a tiempo de verles aparecer. El señor Miller arrastra un par de pequeñas maletas con ruedas, mientras la señora Miller es arrastrada por Holden, que mira a un lado y a otro, ilusionado. Se me dibuja una enorme sonrisa al verle, sobre todo cuando me ve y se suelta de la mano de su abuela y empieza a correr hacia mí.

—¡Papá! ¡Eh, papá!

Me quedo paralizado, con la sonrisa congelada y los brazos abiertos. Veo cómo se acerca a mí a cámara lenta, mientras el resto del mundo parece haberse esfumado. Papá... Soy su papá... Soy yo.

Justo antes de llegar a mí, da un enorme salto y se me tira encima. Suelto los regalos a tiempo de cogerle en volandas y sentir sus brazos enroscarse alrededor de mi cuello. Estrecho su pequeño cuerpo y hundo la nariz en su piel, esnifando su olor, como si fuera un adicto. Siento su corazón latir, y su respiración acelerada, haciendo patente que está igual de emocionado que yo.

Entonces, nuestro momento se ve interrumpido por un carraspeo. Cuando desentierro la cabeza del cuello de Holden, me encuentro con los Miller mirándonos atentamente. Ella con una sonrisa cariñosa en la cara. Él con el semblante serio. Siento cómo me sonrojo y empiezo a sonreír con timidez, sin despegar los labios. Lentamente, dejo a Holden en el suelo, pero, lejos de apartarse, se agarra de mi brazo, como si no quisiera separarse de mí... como si a mí se me hubiera pasado por la cabeza hacerlo... Nos quedamos los tres inmóviles, sin saber cómo saludarnos. No sé si dar un paso al frente y darles un abrazo. No sé si tenderles la mano. No sé siquiera si levantar una mano quedaría ridículo.

—¡Anda! ¿Eso es para mí? —dice entonces Holden, señalando la caja de Lego que, al caer al suelo, se ha salido un poco de la bolsa, y librándonos de una situación de lo más incómoda.

—Eh... Sí... —Me agacho enseguida para recogerlo todo y les tiendo a cada uno su regalo—. Es... Bueno, realmente no sabía...

—No hacía falta que nos compraras nada, pero me encantan —dice ella.

Miro al señor Miller, que saca el libro que le he comprado con una mueca escéptica en la cara. Esperaba algo más de entusiasmo, pero, al menos, no ha hecho ningún comentario despectivo. Supongo que la mirada que le ha echado su mujer, tiene mucho que ver en ello.

—¡A mí también! —grita Holden, sosteniendo la caja y mirándola con los ojos muy abiertos—. ¿Lo montamos juntos?

—Claro.

—¿Nos vamos, o tienes pensado que pasemos aquí estos dos días? —interviene entonces el señor Miller, haciéndome reaccionar de inmediato.

—Sí. Claro... Eh... Déjeme ayudarle a llevar... —digo, acercándome a él para coger las maletas.

—Puedo yo.

Rachel

—¿Qué quieres tomar?

—Un café solo, descafeinado y sin azúcar —contesto, justo antes de girar la cabeza para mirar hacia la calle.

—Ni caso. Dos chocolates calientes y dos donuts. —La miro levantando una ceja—. No me mires así, necesitas una dosis de chocolate.

—¿Le pongo nata por encima a los chocolates? —pregunta la dependienta.

—Por supuesto —contesta Kelly, justo antes de volver a mirarme y añadir—: Y de nata también.

Cuando salimos a la calle, me tiende mi vaso de chocolate y uno de los donuts, que acepto a regañadientes hasta que le doy el primer bocado y el primer sorbo y me doy cuenta de que tenía razón. Como casi siempre, aunque nunca se lo confesaré.

—¿Qué quieres que hagamos?

—No sé...

—¿Pasear? ¿Ir al cine? ¿Fundirnos la tarjeta de crédito en un centro comercial? ¿Espiar a tu ex?

—¿Mi ex...?

—Elliott.

—Elliott no es mi ex.

—¿Ah no?

—¡No!

—¿Y qué sois? Porque algo habéis sido...

—No hemos sido nada.

—Pues para no haber sido nada, lucías una sonrisa de satisfecha sexual que no te cabía en la cara. Yo también quiero tener sexo de ese tipo con alguien que no es nada para mí... —Miro a Kelly de reojo, alzando una ceja, aunque ella me ignora—: Con ese cuerpo tatuado... Esos labios... Ese aspecto de tipo duro... ¡Hasta ha conseguido que les coja cariño a las camisas de cuadros!

Se me escapa la risa a pesar de mis esfuerzos por retenerla.

—La verdad es que le quedaban muy bien... —claudico al final.

—¡No te me reblandezcas!

—¡Pero si has empezado tú!

—¡Pero a mí no me ha mentido, ni jugado con mis sentimientos, ni ocupado mi casa!

—No sé cómo te aguanto... —Kelly choca su hombro contra el mío, echándome una mirada de complicidad—. ¿A dónde vamos, por cierto?

—Pues, ya que tú no te decidías por ninguno de los planes que te he propuesto, lo he hecho yo.

—¿Y se puede saber qué vamos a hacer?

—Espiar a ese con el que no has tenido nada.

—Paso —digo, dando media vuelta al instante.

—Ni de coña. —Me agarra del brazo y vuelve a tirar de mí en dirección a mi casa—. Admítelo, puede ser divertidísimo. Con lo mal que te lo está haciendo pasar, no me digas que no te apetece verle sufrir un poquito...

La miro entornando los ojos, y, de nuevo, pensando que vuelve a tener razón... Se me empieza a dibujar una sonrisa malvada.

—¿Qué maldad se te ha ocurrido?

—Vamos a ser unas buenas vecinas, ¿no?

—Me das miedo...

—¿Yo? Si soy inofensiva...

Elliott

Conduzco tenso, apretando el volante con tanta fuerza, que los nudillos se me han teñido de blanco. A mi lado, de copiloto, está el señor Miller, mirando al frente, impertérrito y con gesto serio. Atrás, Holden mira por la ventanilla, alucinado con todo lo que ve, igual que la señora Miller. Ambos miran por sus respectivas ventanillas, con expresión de asombro.

—¿Te gusta, Holden? —le pregunto, mirándole a través del espejo interior del coche.

—Sí... —contesta, mirándome con los ojos muy abiertos—. Hay edificios altísimos. ¡Mucho más que en Filadelfia!

—Ojos en la carretera —asevera entonces el señor Miller.

Cuando le miro, veo que se agarra del asa de su puerta y del cinturón, asustado. Me gustaría reprocharle su reacción, pero me muerdo la lengua. Además, el comentario ha pasado inadvertido para Holden, así que no quiero darle más importancia.

—Si queréis, podemos subir a alguno de ellos.

—¡Sí, sí! ¡Molaría mucho! —contesta Holden, entusiasmado, mientras la señora Miller asiente sonriente.

Afortunadamente, no me cuesta encontrar aparcamiento cerca de casa de Rachel. O de la mía, mejor dicho. Si no quiero cagarla estos días, debería tener cuidado con este tipo de comentarios... Me las arreglo para coger las maletas antes que el señor Miller, y les hago una señal con la cabeza para que me sigan.

—Es una calle muy bonita, Elliott —dice la señora Miller.

—Y tranquila. El barrio en general, lo es —me apresuro a contestar. Tengo que ganar puntos a marchas forzadas.

—Me comentaste que estabas haciendo obras...

—Sí y, aunque aún hay algunas cosas por hacer, creo que he acabado la gran mayoría. —Ella asiente, Holden sigue sonriendo, maravillado, y el señor Miller sigue con el gesto torcido—. Es esa de ahí.

Y entonces, cuando llegamos al pie de los escalones que llevan hasta la puerta de entrada, escucho una voz a mi espalda.

—¡Hola, Elliott! —me saluda una voz femenina que me es levemente familiar.

Me giro con una mezcla de sorpresa y temor. En este barrio, poca gente me conoce, excepto... Ella.

Rachel y su amiga Kelly se acercan hasta nosotros, sonrientes. Yo trago saliva, cagado de miedo, temiendo que Rachel haya cambiado de opinión y tire abajo mi tapadera de un plumazo.

—Eh... Hola... —las saludo.

Kelly se acerca hasta mí y me planta un beso en cada mejilla. Rachel, en cambio, se queda algo más atrás y me saluda levantando una mano, justo antes de mirar a Holden fijamente.

—¡Hola! —Kelly vuelve a la carga, acercándose a los Miller con descaro—. Soy Kelly. Y ella es Rachel.

—Hola —les saluda ella a su vez.

Siento las gotas de sudor resbalar por mi espalda. Me froto la nuca, nervioso, intentando disimular para que no se den cuenta de mi incomodidad.

—Somos... —Los latidos de mi corazón retumban en mis oídos—, vecinas de la calle.

La señora Miller asiente sonriendo, mirando hacia el final de la calle, donde señala Kelly.

—¿Y bien, Elliott? ¿Qué te cuentas? Hacía bastantes días que no te veíamos...

—Sí... He estado... liado.

—Me ha dicho Rachel que habías estado haciendo obras...

—Sí...

—¡Qué bien! A ver si nos invitas algún día a verlas...

—Sí...

Se forma un silencio incómodo entre todos. Nos miramos sonriendo, yo de forma forzada, hasta que fijo la vista en Rachel. Sigue mirando a Holden, con ternura, hasta que parpadea y levanta la cabeza. Cuando nuestros ojos se encuentran, trago saliva. Siento mi cuerpo pesado y la cabeza me va a estallar. Al verla, de repente, es como si nada de esto valiera la pena, como si... sin ella, no mereciera la pena montar esta farsa, como si solo me hiciera falta ella. Cierro los ojos y la recuerdo susurrando mi nombre, riendo a carcajadas mientras se retorció por mis cosquillas, tirando de mí por todo el centro comercial...

—Yo soy Holden. —Da un paso al frente y alza una mano, devolviéndome a la realidad de golpe—. Vuestro vecino es mi padre.

—¿En serio? —pregunta Kelly, disimulando.

Su inocencia no le deja darse cuenta que su revelación nos ha dejado a todos pasmados, con las bocas abiertas, sin saber qué decir.

—Tengo seis años, ¿y vosotras, cuántos años tenéis?

—Eso no se le pregunta a una mujer, jovencito... Pero volvamos a lo que interesa... ¿Elliott es tu padre?

—Sí. Y ellos mis abuelos —añade, señalando hacia ellos con un dedo.

—Y ellos tus abuelos...

—Soy Diane Miller, y él es mi marido, Henry.

—Encantadas. No sabíamos que Elliott tuviera familia... —Me mira de reajo. Ambas conocen perfectamente la historia, así que sé que sus intenciones no son otras que reírse de mí y ponerme las cosas difíciles con los Miller. Pero no estoy enfadado... Estoy... triste y, derrotado—. Es un chico muy... reservado.

La señora Miller sonrío sin despegar los labios, asintiendo con la cabeza.

—Pero es un tipo de fiar —concluye, dando un par de palmadas en mi pecho, justo antes de dirigirse de nuevo hacia Holden—. ¿Y cómo es que no te habíamos visto antes por aquí?

—Kelly, vámonos... Tenemos... algo de prisa, y ellos parecen... cansados... —interviene entonces Rachel, sin dejar de mirarme.

—Sí, sí... —Kelly retrocede, con una sonrisa de medio lado dibujada en la cara—. Nos vemos... por aquí.

Cuando empiezo a subir las escaleras, arrastrando los pies, giro la cabeza para verlas marchar. Entonces, Rachel hace lo mismo y nuestros ojos se vuelven a encontrar.

—Gracias —susurro muy bajito, moviendo solo los labios.

CAPÍTULO 19 - INTENTO OLVIDARTE

Rachel

Sé que se lo merece. Soy muy consciente del daño que me ha hecho. Sé que le dije que no le quería volver a ver nunca más en la vida, pero...

—¡Pero nada! ¡Rachel, por favor! ¡Reacciona!

¡Sí! Sí. Sí... ¿Sí?

—¡Ah! ¡Joder!

Agarro la sábana con fuerza hasta cubrirme por completo con ella mientras pateo el colchón con los pies.

Tenía las cosas tan claras... Estaba tan dolida... Pero entonces... le vi. Tan nervioso, tan vulnerable, tan expuesto, tan... guapo. Y todo mi cabreo se esfumó como por arte de magia. De repente, lo olvidé.

No podía dejar de mirar a ese crío, al que le brillaban los ojos de emoción y orgullo al mirar a su padre. Y tampoco pude pasar por alto la mirada severa del padre de Steph, el cual, realmente, no parece que le vaya a poner las cosas fáciles...

—Mierda... —maldigo, tapándome la cara con ambas manos—. Tengo que dejar de pensar en él...

—¿De pensar en quién? —me pregunta entonces Kelly, a la que descubro a escasos centímetros de mí cuando quito las manos de mi cara.

—¿En quién va a ser...?

—No sé... Hay muchos candidatos posibles... Pero me voy a decantar por ese con el que tenías menos cosas en común... Aquel con el que, según tú, era una locura salir y que, al final, ha resultado ser el que más hondo ha calado en ti. Fíjate, qué curioso: los otros incautos, el mayor pecado que cometieron fue ser arrogantes, o unos narcisistas pagados de sí mismos, o unos pijos insoportables, o unos raritos dignos de ser encerrados en un psiquiátrico, cosas que nunca les perdonaste y que te hicieron descartarles y olvidarles de inmediato. En cambio, ese tipo te mintió acerca de su... pasado criminal, se aprovechó de ti y te... borró de su vida para quedar bien con sus exsuegros y aquí estás... teniendo sueños húmedos con él.

—¡Yo no tengo sueños húmedos con él!

—Tiempo al tiempo. A lo que iba... Lo que tendrías que hacer, más que dejar de pensar en él, es odiarle con todas tus fuerzas.

—¿Y eso lo consigo...?

—Tirándote a otro mucho mejor que él. Lo sé, no me mires así, es difícil. —Entonces, me enseña unos pasajes de avión—. Pero, tu amiga tiene la solución...

—¿Qué es eso...?

—Billetes de avión.

—¿Para...?

—Ti y para para mí.

—¿Para...?

—Hoy.

—¿Para...?

—Escapar al país con unas montañas perfectas para escalar y cantidades indecentes de tíos buenos que juegan al rugby.

—¡Déjame acabar la pregunta antes de hablar!

—¡Es que eres muy lenta! Y tienes demasiadas preguntas, cuando la única que me tendrías que haber hecho es: ¿me llevo el bikini? Y la respuesta es sí.

—Pero... No podemos irnos...

—¿Por qué no?

—¿Qué pasa con los clientes y las vistas...? ¿Con los juicios...? Tendríamos que posponerlo todo y...

—Hablas como si fuésemos un bufete importante... Sólo teníamos una cita esta semana, y he llamado para aplazarla. Listo. Todo pospuesto.

—Pero...

—¡Basta de preguntas! ¡Tienes una hora para meter en tu maleta toda la ropa que te quieras llevar y...!

—Pero...

—¡He dicho que no más preguntas!

—Pero, Kelly...

—¡¿Qué he dicho?!

—¡A ver, so loca! —grito—. ¡Intento decirte que la maleta está en mi casa! ¡Toda la ropa que tengo a mano está metida en esa triste mochila de ahí!

Kelly parece haberse dado cuenta de repente de que estoy viviendo en su casa, y que ir a mi casa a por más ropa no entra dentro de mis próximos planes.

—Pues entonces te sobran cuarenta y cinco minutos. Mete todas tus cosas en el neceser. El taxi llegará en un par de horas.

Elliott

—Esta habitación... ¿Es para mí? —me pregunta, con los ojos a punto de salirse de las órbitas mientras yo asiento—. ¿En serio?

—Sí. ¿Te gusta?

—¡Es... genial! —contesta tumbándose en su cama con forma de coche de carreras. Entonces, al mirar el techo, se pone en pie sobre el colchón—. ¿Esas pegatinas se iluminan en la oscuridad?

Yo tampoco había reparado en ellas, y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no parecer sorprendido al observarlas. Rachel pensó en detalles increíbles, poniendo tanto cariño en todo, que me estoy sintiendo como un auténtico cretino. Me cuesta incluso respirar por culpa del nudo que se ha formado en mi garganta. Mientras yo sigo en trance, Holden baja de un salto de la cama y corre hacia la ventana para correr las cortinas mientras su abuela, con una enorme sonrisa dibujada en la cara, apaga la luz. Todos miramos al techo para comprobar cómo decenas de pegatinas con forma de estrella y de pequeños planetas se iluminan.

—Guau... Es genial... Cuando me vaya a la cama y apague la luz, será como si estuviera de acampada... —Entonces, siento sus brazos alrededor de mis piernas—. ¡Gracias, gracias, gracias! ¡Es la mejor habitación del mundo!

Soy incapaz de hablar. Con los ojos llenos de lágrimas contenidas, aprieto los labios con fuerza mientras intento esbozar una especie de sonrisa y le miro. Apoyo la mano en su cabeza y le revuelvo el pelo, en un gesto que intenta ser cariñoso. Entonces, siento los ojos de la señora Miller fijos en mí, analizándome como si, de alguna manera, supiera que todo esto es una farsa, y siento miedo.

—Su... habitación es esta de aquí... —Salgo al pasillo y lo recorro dándole la espalda para que no se den cuenta de mi incomodidad—. Espero que estén cómodos...

Los Miller entran detrás de mí. Henry deja la maleta en el suelo y camina hacia la cama. Se sienta en ella, comprobando la dureza del colchón, y hace una mueca de desaprobación. En ese momento, Mortimer, del cual me había olvidado por completo, entra por la puerta. Pasa por mi lado, caminando con aires de superioridad, mirándome de reojo, y se frota contra las piernas de la señora Miller.

—¿Y tú quién eres? —pregunta ella, agachándose para rascarle la cabeza.

Mortimer se regodea ante las caricias, disfrutando de ellas como nunca ha demostrado hacer, excepto con Rachel. Parece mirarme como si me restregara lo a gusto que están juntos.

—Es... un gato callejero —digo, y le miro entornando los ojos con rabia.

Sé que estoy siendo ridículo, pero una parte de mí quiere que me entienda y mi comentario le haya dolido en lo más hondo.

—Pues, para ser un gato de la calle, está muy limpio, y es muy cariñoso...

—No se crea...

Nada más decir eso, se gira hacia mí y maúlla, enseñándome las uñas.

—Ya veo que no es muy cariñoso contigo, no...

Intento no hacer caso del comentario y seguir comportándome lo más normal posible. Así que, si quiero conseguirlo, me temo que voy a tener que ignorar a ese gato del demonio.

—La habitación no tiene baño propio, pero, al salir al pasillo, hay uno en la puerta de enfrente —recito, recordando las palabras exactas de Rachel—. Tiene mucha luz, y el armario está vacío, así que está a su entera disposición...

—¿Intentas vendernos la casa? Pareces un puñetero agente inmobiliario...

—Henry, por favor... —le increpa su mujer—. Está todo perfecto, Elliott. Gracias.

Sonrío asintiendo, justo en el momento en el que Holden entra en la habitación como un vendaval.

—¡Anda! ¡Esta habitación también está muy chula...! —comenta, curioseando, hasta que ve a Mortimer—. ¡Anda! ¿Es tuyo?

—Es... Más o menos... —decido decir al ver la cara de felicidad de Holden al coger a Mortimer en brazos, al cual estruja contra su pecho—. Se pasa por aquí a menudo, aunque es bastante... independiente.

—¿Cómo se llama?

—Mortimer.

—¿Mortimer? ¡Qué nombre tan gracioso! —comenta sin soltarle, a pesar de los intentos del animal por zafarse. No puedo evitar sonreír, e incluso le miro moviendo las cejas arriba y abajo, en un gesto de superioridad. Sí, lo sé, este duelo que nos traemos entre manos es ridículo, pero me da igual. Necesito

una victoria, y si tiene que ser contra un animal, que así sea—. Y entonces, ¿tú duermes en la habitación que está al lado de la mía, papá?

—Sí.

—¿La que tiene un baño dentro?

—Sí.

—¿Y quién más duerme contigo?

—Eh... Nadie... —contesto, frunciendo el ceño.

—Pues he visto un pijama de chica colgado detrás de la puerta del lavabo.

Abro los ojos como platos, de repente muy nervioso.

—Eh... ¿De chica...? ¿Un pijama...? ¿Estás seguro...? Porque...

—Es de gatitos, así que no creo que sea tuyo...

—Holden, no fisgues. No puedes entrar en las habitaciones sin pedir permiso antes, porque esta no es tu casa —le reprocha su abuela mientras el señor Miller me fulmina con la mirada.

—Lo siento... —dice Holden, agachando la cabeza.

—No pasa nada... No... —Me frotó la nuca, sin saber qué decir—. Oye... ¿Quieres que vayamos al parque? ¿Les puedo enseñar un poco el barrio...?

—¡Sí! ¿Hay muchos parques por aquí? —me pregunta Holden, de nuevo entusiasmado.

—Sí, muchos. Y hay uno enorme que se llama Central Park...

—¡Vamos, vamos! ¡Llévame! ¡Vamos! ¿Puede venir Mortimer?

—No. No puede. A los gatos no les gusta que les saquen a pasear.

—Iremos todos —interviene el señor Miller, pero entonces, su mujer, le agarra del brazo.

—Henry, es mucho trote por un día... Estamos algo cansados y... es mejor que vayan solos...

—Pero... —Empieza a decir él, pero la mirada de ella es suficiente como para hacerle claudicar—. Está bien.

—Será un rato y... —digo, mientras ella asiente. Sé que me está dando un rato a solas con mi hijo y no puedo pensar en cómo agradecersele—. ¡Traeré la cena!

—Puedo cocinar yo...

—No, no, no... Son mis invitados...

—Lo hago encantada. No os preocupéis. Id y pasadlo bien.

—Gracias. Gracias, de verdad —contesto mirándola.

Nada más salir a la calle, Holden me coge de la mano. Agacho la cabeza para mirarle y cuando nuestros ojos se encuentran, todos los miedos y reticencias desaparecen. Sé que esto es lo que quiero, y sé que estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para conseguirlo.

Mientras bajamos hacia Central Park, Holden no para de hablar. No deja de preguntarme cosas acerca de todo lo que ve, interesándose por todo. Es realmente muy curioso, algo que, sin duda, también ha heredado de su madre. Algunas de esas preguntas son imposibles de responder, como si los colegios de la zona ponen muchos deberes para hacer en casa, o si realmente hay caimanes en las alcantarillas.

Una vez en el parque, le llevo al estanque para ver las barcas y las diferentes aves. Luego nos acercamos a uno de los parques infantiles, por el que corretea sin parar, incansable, mientras yo no puedo dejar de mirarle y devolverle el saludo cuando él lo hace.

—¡Eh, papá! ¡¿Me empujas?! —me pregunta al subirse a un columpio.

—Claro —contesto al acercarme a él.

—Papá.

—¿Qué?

—¿Tú sabes cómo murió mi mamá?

Su pregunta me noquea, tanto, que dejo de empujarle y, poco a poco, el columpio se detiene. Al darse cuenta, Holden se pone en pie sobre el columpio, agarrándose de las cadenas, mirándome fijamente. En sus ojos no hay un ápice de reproche ni de tristeza, solo curiosidad.

—¿Estás enfadado conmigo por preguntarlo?

—¿Qué? ¡No! ¡No...!

—Los abuelos nunca me lo han querido contar y se ponen tristes cuando lo pregunto, pero yo no quiero que eso pase...

Me muerdo el labio inferior durante un rato. Entonces, chasqueo la lengua y, cogiéndole en brazos, camino hacia uno de los bancos. Le siento en mi regazo y bajo la vista hacia su mano, la cual reposa sobre la palma de una de las mías, tan pequeña, tan frágil, tan... dependiente de mí. La acaricio lentamente con el pulgar durante un rato, hasta que me coge la cara entre sus manitas y me obliga a mirarle, quedándose a escasos centímetros de mí.

—No me cuentes una mentira... —me pide.

—Tuvimos un accidente de coche, Holden. Yo conducía y... un coche se metió en nuestro carril y... no lo esquivé... y... —Siento cómo los ojos se me humedecen y agacho la cabeza—. Fue mi culpa, Holden... Yo... Debí haberlo evitado... Yo debería haber hecho algo... Yo...

Y entonces, hace algo que nunca habría imaginado. Sin decir nada, sin derramar una sola lágrima, sin increpar ninguna de mis palabras u odiarme por ellas, rodea mi cuello con sus brazos y pega su cuerpo al mío. Escucho su respiración junto a mi oreja, hasta que empiezo a negar con la cabeza.

—No, no, no... Holden, escúchame. —Le separo y le miro. Sorbo por la nariz, sin molestarme siquiera en secar las lágrimas que corren por mis mejillas—. ¿Has entendido lo que te he dicho? Fue culpa mía.

—Fue un accidente...

—Pero yo conducía ese coche. Tienes que odiarme.

—¿Por qué? ¿Por qué iba a odiarte? En realidad, estoy... confuso porque estoy triste y contento a la vez. Y no sé si está bien sentirme así, pero no puedo hacer nada...

—¿Cómo?

—Estoy contento porque en ese accidente, podrías haber muerto tú también y no fue así.

Rachel

—Aquí tienen la llave de su habitación, estos son los horarios del restaurante y del spa. Para reservar solo tienen que llamar a este teléfono de aquí. —El recepcionista mira alrededor, buscando algún prospecto o papel más que darnos, hasta que se encoge de hombros—. Creo que ya está todo. Si tienen alguna duda más, no...

—Estamos muy interesadas en ver rugby —le corta Kelly.

—¿Perdone?

—Sí, ya sabe... Ese deporte que se juega con un melón de cuero y... —El chico empieza a reír, negando con la cabeza—. ¿Qué le hace tanta gracia?

—No parecen ser fanáticas del rugby.

—Pues sí nos interesa. Y mucho. Todo. Así que, díganos, ¿hay algún equipo famoso por aquí?

El chico nos mira con suspicacia, entornando los ojos, sin dejar de sonreír.

—¿Equipo famoso? ¿En serio no conocen a los All Blacks?

—Por supuesto que sí. ¿Y dónde entrenan...?

—Kelly, por favor... —le pido frotándome la sien—. Necesito dormir...

—Calla —me corta, justo antes de volver a centrar su atención en el recepcionista, que nos mira divertido—. ¿Y bien...?

—Es el equipo nacional... No entrenan a menudo...

—Pues menuda ayuda. Necesitamos ir a ver un entrenamiento, o partido, o mejor aún, saber qué bares o discotecas frecuentan los jugadores.

Pongo los ojos en blanco y me doy la vuelta. Entonces veo unos sofás con aspecto de ser comodísimos y arrastro los pies hasta ellos. Me dejo caer en uno y me acurruco, encogiendo las piernas. Cierro los ojos durante unos segundos, pocos, los justos para que él se vuelva a colar en mi cabeza.

Me pregunto cómo le debe ir con Holden. ¿Habrán congeniado? Seguro que sí... Los dos tenían tantas ganas de pasar tiempo juntos... ¿Le habrán gustado las estrellas del techo? ¿Y los libros que compré para su librería?

—Rachel... Eh, Rach... —Alguien me zarandea cada vez con más intensidad, hasta que consigue despertarme—. ¡Eh, Rachel!

—¡Elliott! —grito, descolocada, mirando a un lado y a otro hasta ver a Kelly mirándome—. No, no... Solo estaba...

—Estás peor de lo que pensaba... Menos mal que me tienes a mí. —Se sienta en el sillón de mi lado—. Parece que lo del rugby va a ser complicado, pero estamos apuntadas para hacer una excursión de escalada mañana. El recepcionista me ha dicho que el instructor tiene entre treinta y cuarenta años y cree que no está casado.

—¿En serio le has preguntado eso a ese pobre chico?

—¿No me crees capaz?

—Vale, retiro la pregunta.

—Y ahora, nos vamos a hacer turismo. Por cierto, John tiene treinta y tres años, está soltero y ahora acaba su turno y nos va a llevar a un local de moda cercano.

—¿John?

—El recepcionista.

—Pero estoy muy cansada...

—Y muy necesitada de olvidar también, así que, prepárate porque esta noche empieza tu nueva vida.

Elliott

Camino de vuelta a casa con Holden en brazos. Apoya su cabeza en mi hombro y sus brazos rodean mi cuello. Desde nuestra charla en el parque, está más callado y mucho más pensativo.

—¿Estás bien? —me intereso. Holden asiente con la cabeza—. ¿Seguro? Escucha... No quiero que estés triste, aunque entiendo que lo estés... Yo... Quiero que sepas que yo os quería, aunque, quizá nunca fui un buen padre contigo, ¿sabes? Y creo que tampoco fui muy bueno con tu madre... Creo que no tenía muy claras mis prioridades.

—¿Qué son prioridades? —me pregunta, desenterrando la cabeza de mi hombro para mirarme con sus pequeños e inquietos ojos.

—Son... Vamos a ver... —Levanto los ojos al cielo, buscando las palabras adecuadas—. ¿Qué prefieres, jugar con el coche teledirigido o estudiar?

—Fácil. Jugar con el coche.

—Pero sabes que estudiar es lo correcto, lo que está bien.

—Eh... Sí...

—Pues yo sabía que estar con tu madre y contigo era lo correcto, pero me gustaba mucho salir con mis amigos... Y tu madre se enfadaba cuando lo hacía, pero me quería demasiado como para... dejarme. Tus abuelos, en cambio, pensaban que tu madre se equivocaba queriéndome. Y tenían razón, porque ella se merecía a alguien muchísimo mejor que yo.

—Y ahora, ¿prefieres estar conmigo o salir con tus amigos?

—Prefiero estar contigo a salir con quien sea.

—O sea, que ahora tu prioridad soy yo.

—Exacto. Te explico todo esto porque sé que hice cosas malas en el pasado, pero te quiero, siempre lo he hecho. Quería ser sincero contigo y que supieras por qué tus abuelos están enfadados conmigo, y...

—Quiero quedarme contigo, papá.

—Y yo quiero hacer las cosas bien... Necesito que tus abuelos confíen en mí...

—Te ayudaré.

—¿Y cómo lo harás, si se puede saber...? —le pregunto, sonriente.

—Por ejemplo... diré que todo lo que haces de comer está buenísimo. Y cuando salgamos a la calle, tienes que insistir en que me abrigue mucho. Eso a los abuelos les preocupa mucho. ¡Ah! Y obligarme a que me cepille los dientes. Y esta tarde, te pediré comer chuches y me tendrás que decir que son malas para la tripa.

Río con ganas, estrujándole entre mis brazos, provocando sus carcajadas.

—Es un plan magnífico, aunque creo que hará falta algo más que eso.

—Lo conseguiremos. Equipo Fuller —dice, mostrándome su pequeño puño para que se lo choque.

—Equipo Fuller —respondo casi en un susurro.

No es consciente de lo mucho que esa frase ha significado para mí, y tampoco quiero seguir mostrándome como un blando ante él, así que me limito a sonreír y a tragarme el nudo que se ha formado en mi garganta.

—Siento lo de tu mamá... —le digo—. Lo siento mucho.

—Lo sé. ¿Sabes una cosa? A veces... hablo con ella.

—¿Con mamá?

—Eh... Sí... A veces... por la noche, cuando estoy estirado en la cama... Como si ella se estirase a mi lado. La abuela lo hace, sentarse a mi lado hasta que me duermo. A veces, cuando ella cree que lo he hecho y se marcha, le hablo a mamá. Le cuento las cosas que me pasan y eso... Como si estuviera a mi

lado de verdad. Pero no estoy loco ni nada de eso, ¿eh?

—No pienso que lo estés.

—¿De verdad?

—Yo también tengo... conversaciones... imaginarias.

—¿En serio? ¿Con quién?

—No sé con quién. Con mi cabeza... Conmigo mismo, supongo. Y tampoco creo estar loco...

—A lo mejor un día no me hará falta hablar con ella, porque podré hablar contigo cada noche...

—¿Sabes qué? Que, aunque yo me estire cada noche a tu lado, puedes seguir hablando con mamá.

Incluso puede que le contemos cosas juntos.

Rachel

Llevamos ya un buen rato en el local acompañadas de John, cuando sus amigos hacen acto de presencia. En este rato, nos hemos convertido en algo parecido a la atracción de la noche, ya que todo el mundo se ha acercado a nosotras para charlar e invitarnos a varios tragos.

—Él es Akahata, Aka para todos. —El tipo, después de que John nos presente, nos da un largo abrazo a las dos—. Él es Edwin, Ed para todos. —Este repite la misma acción que su amigo—. Él es Leslie...

—No me lo digas, Les para todos —les corta Kelly, desatando las carcajadas de los chicos. No es que la broma haya sido brillante, sino que parece que todos llevamos más alcohol en sangre de lo aconsejable—. Yo soy Kelly y ella es Rachel, para ti, para vosotros y para toda la humanidad.

—John nos ha contado que mañana vais a escalar —dice uno de ellos—. ¿Sois aficionadas a la escalada?

—No, yo no lo he hecho nunca y tengo serias dudas de que lo haga si con ello voy a echar a perder mi manicura. Y ella es principiante —Kelly me señala con un dedo.

—Entonces, ¿eres amante de las emociones fuertes? —me pregunta otro de los tipos, el cual se acerca a mí, moviendo las cejas arriba y abajo.

—La verdad, no... —contesto, alejándome de él.

—¡Sí! ¡Mucho! —me corta entonces Kelly, la cual me empuja de nuevo hacia él.

La miro frunciendo el ceño, y ella mueve los ojos y hace muecas con la boca. Sé que intenta decirme algo, desesperadamente, y sé lo que es, pero no me apetece hacerle caso. Así pues, me doy la vuelta y me dirijo hacia los lavabos.

—¿A ti qué narices te pasa? —me pregunta cuando me intercepta casi en la puerta—. A ese tipo le gustas.

—Me da igual... Estoy agotada... Ha sido un viaje muy largo, y esto era lo último que me apetecía...

—El propósito de este viaje era pasárnoslo bien y quitarte de la cabeza a Elliott. Tienes la oportunidad de hacerlo con ese tipo, y tú te cierras en banda.

—Kelly, solo hemos cruzado una frase.

—Porque no le has dejado decir nada más.

—¡Ah! —me quejo, apretando los puños, desesperada—. Tú ganas. Voy a tirarme a todo bicho viviente.

En cuanto lo digo, un par de tipos me miran y sonrían enseñando las dos filas de dientes, como si

hubieran visto el cielo abierto.

—¡Esa es mi chica!

—Era solo una forma de hablar —les aclaro a los tipos cuando paso por su lado, dirigiéndome de nuevo hacia John y sus amigos. Cuando llego, me planto frente a Aka y, sin rodeos, le pregunto—: ¿Prácticas escalada?

—He ido un par de veces...

—Me sirve. ¿Y qué me dices del rugby?

—Jugaba en el colegio, en el instituto, en la universidad y lo practico de vez en cuando, aunque me lesioné una rodilla y...

—Me sirve —repito, dejándole con la frase a medias mientras le agarro de la camiseta y tiro de él hacia mí hasta que nuestras bocas se encuentran y le beso.

Al principio, tarda en reaccionar, pero enseguida empieza a mover la lengua dentro de mi boca, jugueteando con la mía, y siento sus manos apretándome el trasero. Escucho los jadeos de Aka, los vítores de sus amigos y sé que Kelly estará igual de satisfecha, así que parece que la única que no está disfrutando de la experiencia soy yo.

No puedo dejar de comparar este beso con los que me daba Elliott. Su lengua me acariciaba, no me saqueaba. Sus manos enmarcaban mi cara con una firme delicadeza. Sus brazos me rodeaban con fuerza, protegiéndome de todo lo que nos rodeaba. Con él era todo tan diferente... No me culpéis... Al fin y al cabo, se trataba de olvidarle, ¿no? Pues para hacerlo tendré que encontrar a alguien mejor y, para ello, tendré que compararle con los... nuevos candidatos a ocupar su puesto.

Apoyo las manos en sus hombros y le separo unos centímetros. Agacho la cabeza cuando siento las lágrimas rodando por mis mejillas. Sorbo por la nariz y me muerdo el labio inferior.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Invítame a una copa —le respondo.

No tengo ganas de explicarle qué me pasa. No tengo ganas de confesarle que le estoy utilizando. No tengo ganas de contarle el motivo de mis lágrimas. No tengo ganas de nada. Ni siquiera de olvidarle.

Elliott

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué vértigo!

—¡Abuela! ¡Mira qué pequeños se ven los coches!

—¡No te acerques tanto al borde, Holden!

—¡Que no pasa nada! ¡Que hay un cristal!

—¡Da igual...!

—No te preocupes, Diane. Desde que acabó de construirse, solo siete personas han muerto involuntariamente, y ninguna fue porque cayó al vacío por accidente. Murieron a causa de un tiroteo... — comenta el señor Miller, sin despegar los ojos del libro que le regalé.

Sonrío satisfecho al ver que, al menos, le está dando uso a mi regalo. Este hecho tampoco pasa desapercibido para su mujer, la cual, a pesar de sus reticencias, decide acercarse al borde para agarrar a Holden.

—¿Creéis que podemos bajar ya? —pregunta.

—¿No te ha gustado, abuela?

—Mucho, pero ya he tenido bastante. Ahora, quizá podríamos hacer algo más a... nivel del suelo —dice, agarrándose de mi brazo, bajo la atenta mirada de su marido. Quizá no le esté gustando que cada vez confíe más en mí, pero yo estoy encantado con ello.

—De acuerdo —claudico después de reír a carcajadas por su comentario—. ¿Qué les parece si les invito a un helado con las mejores vistas de toda la ciudad?

—¡Sí, helado! —grita Holden, levantando ambos brazos.

—Mientras no tengamos que subir cincuenta pisos para comerlo...

—Prometido que no.

—Entonces, de acuerdo.

—¿Qué le parece a usted el plan, señor Miller? —me atrevo a preguntarle—. Prometo que el sitio donde les llevo aparece en ese libro y podrá conocer muchos más datos curiosos.

Él me mira de reojo y, a pesar de que su expresión no se suaviza, puedo notar cómo su coraza se va resquebrajando lentamente. Puede que de aquí a unos años incluso se atreva a estrecharme la mano. Menos es nada, pienso.

—Me voy a pedir el helado de chocolate y galletas —comenta Holden, agarrándose de mi mano mientras esperamos uno de los ascensores para bajar—. ¿Y tú, papá?

—Mmmm... Creo que... Vainilla y nueces.

—¿Es tu sabor favorito?

—Uno de ellos, sí.

—La abuela se lo cogerá de fresa, porque es su favorito. ¿A que sí, abuela? —Ella asiente, justo antes de quedarse muda al escuchar su siguiente pregunta—. ¿Cuál era el sabor favorito de mi mamá?

—Pues... —Intenta recordarlo, mirando a la vez a su marido, que se encoge de hombros—. No lo recuerdo...

—El mismo que el tuyo —contesto yo, convirtiéndome de repente en el centro de las miradas—. Chocolate y galletas...

—¿En serio? —me pregunta, ilusionado.

—Le encantaba... Aunque, cuando lo comía, un escalofrío recorría su cuerpo de pies a cabeza... Era muy friolera... —Sigo hablando, con una sonrisa melancólica en la cara—. Adoraba pasear bajo la nieve, y a pesar de ir abrigada con varias capas de ropa, siempre volvía a casa con las manos y pies congelados, y me obligaba a calentárselos. Era tan friolera que siempre tenía una manta en el sofá, e incluso en verano se tapaba con ella. Luego, cuando nos metíamos en la cama, se acurrucaba a mi lado y me pedía que la abrazara hasta quedarse dormida...

Cuando me doy cuenta del silencio que se ha formado entre nosotros, levanto la cabeza y descubro que los tres me miran fijamente. Y, lo mejor de todo, sonrientes. Incluso Henry.

—Lo siento...

—Gracias —susurra Diane, aún agarrada de mi brazo.

CAPÍTULO 20 - NO PUEDE DEJAR DE PENSAR EN TI

Rachel

—¿Qué tal fue anoche? —me pregunta Kelly, susurrando en mi oreja.

—Bien.

—¿Cómo de bien?

—Bien.

—¿En una escala del uno al diez...?

—Kelly, por favor... Estate atenta a las explicaciones del monitor...

—¿Para qué? No pienso hacerlo, y tú ya tuviste un maestro antes, así que tienes experiencia. Ay, perdona... Ya estoy hablando de él de nuevo. Y hablando del innombrable, ¿Aka es mejor o peor que él en la cama...?

—Paso de ti.

—Así que no niegas que os acostaseis...

Niego con la cabeza cuando siento la presencia del instructor de escalada frente a nosotros. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, y nos mira levantando una ceja.

—Parece que lo tienen todo tan claro que no necesitan de mis explicaciones, ¿no?

Abro la boca para pedirle disculpas, pero Kelly se me adelanta.

—Ella es una experta escaladora, pero tiene un problema. Su antiguo... profesor. Tiene que olvidarse de él, así que, aquí estamos... —Agacho la cabeza, muy avergonzada, y me tapo la cara con ambas manos—. ¿Crees que podrías hacerla olvidar...?

Oh, por favor... Que se calle ya... Afortunadamente, el instructor tiene que estar de vuelta de todo, porque enseguida continúa con la explicación.

—Recordad que nunca debéis quitar un mosquetón sin haber puesto el siguiente... Siempre tenéis que estar sujetas por dos mosquetones...

—Tiene buenos brazos... —Vuelvo a escuchar la voz de Kelly a mi espalda—. El instructor, digo... En una escala del uno al diez, ¿quién tiene mejores brazos? ¿Aka o el “profe”? No, no, no. No me respondas aún. ¿Aka, el profe nuevo, o el antiguo...?

Niego con la cabeza mientras el instructor me hace señas para que me acerque y empezar a ponerme el arnés de seguridad. Instintivamente, mientras me lo cierra alrededor de la cintura, miro hacia arriba, hacia la pared vertical que tenemos delante. Se ve imponente y amenazadora... Entonces, de forma inconsciente, miro los brazos del instructor. Tiene los hombros anchos y con cada movimiento que hace se le marcan los músculos. Es fuerte y seguro que muy experimentado, pero sé que, ni en un millón de años, me sentiré tan protegida como con... él.

—¿Lista? —Asiento sin mucha convicción, aunque con una sonrisa en la cara—. Y usted, señorita, no se ponga cómoda que luego voy a por usted.

—Mmmmm... Interesante proposición —contesta Kelly—. Si lo que me propones es una sesión de sexo desenfundado, aquí te espero. Pero si sigues insistiendo en que me cuelgue de esa pared, lo llevas crudo.

—Sí, es siempre así, Wally —le aclaro cuando nos plantamos frente a la pared.

—No te aburres.

—Nada de nada.

—Mano derecha en el primer saliente de la roca sobre tu cabeza. Pie izquierdo en ese de ahí —dice señalándolo—, y arriba. Recuerda no soltar el mosquetón hasta haber enganchado el otro...

Y sin pensármelo dos veces, le obedezco y empiezo a subir. Él me sigue de cerca, asegurándose de todos y cada uno de mis movimientos. Cuando el sudor ya cubre mi frente y resbala por mi espalda, mis extremidades empiezan a temblar.

—¡Lo estás haciendo genial! —me anima Wally.

—Gracias —le contesto, resoplando.

—Parece que, al fin y al cabo, tampoco tuviste muchos problemas con tu antiguo instructor...

—Créeme, sí los tuve.

—Algo me dice que era algo más que tu instructor de escalada.

—Básicamente, fue todo menos mi instructor de escalada.

—Bueno, pues si te sirve de consuelo, te enseñó bien...

—Gracias. Te daré su teléfono para que le puedas dar la enhorabuena por lo único que hizo bien conmigo.

—¡Vaya! ¿Tan mal acabó?

—Peor.

—¿Cuernos? —Le miro de reajo, soplando para quitar un mechón que me ha caído sobre los ojos—. No me mires así. Solo intento hacer el ascenso mucho más... entretenido. Pie izquierdo... Eso es.

—No. Me engañó, pero no con otra —digo al final, después de varios segundos—. Empiezo a estar cansada...

—Nos queda poco para llegar arriba, y lo estás haciendo genial. Agárrate ahí...

—Se aprovechó de mí... Le creí, me ilusioné y... ¡Mírame ahora...! ¡Aquí estoy, a miles de kilómetros, haciendo locuras para...!

De repente, al gesticular para enfatizar mis palabras, producto de mi cabreo, suelto una de mis manos y uno de mis pies resbala. Escucho gritar a Kelly, asustada. Afortunadamente, las cuerdas cumplen con su cometido y no permiten que caiga. Wally, por su parte, se apresura a subir hasta alcanzarme y colocarse a mi espalda, tal y como hizo Elliott aquella vez. Siento su cercanía, su aliento y los latidos de su corazón. Su voz cerca de mi oreja, tranquilizándome.

—Con calma... Agárrate...

Miro hacia abajo, consciente de golpe de lo alto que estamos. Veo a Kelly apartando las manos de su boca, respirando aliviada al comprobar que estoy bien. Con la ayuda de Wally, subo hasta la cima y, en cuanto lo hago, a pesar de que las piernas y los brazos me tiemblan, me quedo en pie, respirando de forma precipitada.

—¡Te odio, Elliott Fuller! —grito para intentar quitarme de encima la tensión—. ¡Te odio por todo lo que me haces hacer! ¡Te odio por obligarme a escalar montañas para intentar olvidarte!

Me tapo la cara con ambas manos y lloro de forma desconsolada. Y entonces, por fin, me dejo caer y

me siento en el suelo, totalmente derrotada, plenamente consciente de lo que ya sospechaba: que olvidarle no va a ser tan fácil.

Elliott

—Y... Fin. —Cierro el libro y miro a Holden que, aún despierto, apoya la cabeza en mi pecho—. Deberías dormir un poco, ¿no crees?

Niega con la cabeza, y entonces le escucho sorber por la nariz. Dejo el libro a un lado y le agarro por los brazos, atrayéndole a mí. Le estiro sobre mí y cojo su cara para mirarle. Unas tímidas lágrimas resbalan por sus mejillas. Se las seco con los pulgares y le miro frunciendo el ceño, confundido. Enseguida, esconde la cara en mi pecho, agarrándose de mi camiseta con fuerza.

—No quiero irme... —susurra, rompiéndome el corazón.

—Pero...

—¿Tú quieres que me quede?

—Holden, yo...

—Porque si tú quieres, podemos buscar un colegio aquí y...

—Holden. Ya lo hemos hablado antes. Por supuesto que quiero que vivas conmigo, pero tus abuelos son los que han dado la cara por mí todo este tiempo, y ellos también te quieren.

—Ya lo sé. Sé que me dijiste que no habías hecho las cosas bien y que mi... ¿era custodia? —Asiento con la cabeza—. Pues eso... Sé que los abuelos tienen mi custodia, pero creo que estos días lo has hecho súper bien y... Me da pena irme porque sé que aquí sería feliz y... Es decir, mira todo esto... Esta habitación es genial y... la has montado para mí. Tengo una cama súper molona, y juguetes... Libros, incluso. Ahí has estado muy bien, porque la abuela siempre insiste en que lea mucho...

De repente se calla y me mira fijamente a los ojos. Cierra la boca y resopla con fuerza por la nariz. Agacha la cabeza y junta las manos en su regazo. Rodeo su pequeño cuerpo y le vuelvo a atraer hacia mí. Mis manos acarician su espalda y su cabeza, mientras apoyo los labios en su pelo. Inhalo con fuerza su olor, intentando grabarlo en mi memoria para poder sobrellevar esos momentos en los que no estará cerca de mí. Como debí hacer con ella...

Pocos minutos después, su respiración se suaviza y su cuerpo se relaja. Sabiéndole dormido, me remuevo con cuidado para no despertarle y le coloco sobre el colchón. Le tapo con la colcha, le doy un beso en la frente y camino de espaldas hacia la puerta, con sigilo. Antes de cerrar la puerta, me quedo unos segundos mirándole, apoyado en el marco de la puerta. Entonces, Mortimer entra en la habitación y se sienta al lado de la cama. Me mira durante unos segundos.

—¿Quieres dormir a los pies de su cama? —me descubro hablándole, esta vez sin un ápice de rencor en mis palabras. Mortimer maúlla suavemente, casi con dulzura, justo antes de dar un elegante salto y estirarse sobre la colcha, a los pies de Holden—. Confío en ti. Cuida de él.

Cuando cierro la puerta, bajo las escaleras lentamente, arrastrando la mano por la barandilla. Me dirijo a la cocina y apoyo las palmas de las manos en el fregadero. Me balanceo hacia delante y hacia atrás, agarrándome con fuerza hasta teñir mis nudillos de blanco.

—Joder, joder... ¡Joder!

Miro escaleras arriba, inmóvil, intentando escuchar algún ruido, comprobando que no he despertado a nadie. Justo entonces, un trueno retumba en el exterior. Arrastro los pies hasta la puerta principal, la abro y enseguida me invade el frescor de la lluvia y el intenso olor a tierra mojada. Atraído por el ruido de las gotas al caer sobre el cemento, me siento en el primer escalón y, apoyando los codos en las rodillas, me agarro la cabeza. El agua arrastra algunas hojas calle abajo y me tiro un buen rato viéndolas bailar al son que el agua les marca.

Me siento... extraño. Como... melancólico. Debería estar exultante de felicidad por todo lo sucedido no solo este fin de semana, sino durante las últimas semanas. Pero, simplemente, no puedo. Me falta algo en toda esta... ecuación. Algo que tuve y con lo que me sentiría completo y que, simplemente, perdí. Fue por mi culpa, por supuesto, como todo lo que me ha pasado siempre.

—¿Aceptas compañía?

Cuando escucho su voz, giro la cabeza para mirarla. Tapada con una bata, Diane me observa desde el quicio de la puerta. Sonrío y asiento con la cabeza, así que camina hacia mí y, apoyando la mano en mi hombro, se sienta a mi lado.

—Siento si la he despertado antes...

—Ya estaba despierta. ¿Le ha costado mucho dormirse?

—No mucho —contesto, omitiendo la parte en la que me ha suplicado quedarse conmigo.

—Te adora. —Asiento sin decir nada, mirando al infinito mientras enredo los dedos en mi pelo—. Has cambiado mucho, Elliott. Para bien. Y sé que Henry no lo reconocerá nunca, pero le caes bien. A pesar de todo.

Se me forma un nudo en la garganta al escuchar sus palabras. Me falta el aire, así que abro la boca para intentar capturar el máximo posible, pero, aun así, no entra.

—¿Cómo se llama? —me pregunta entonces. Me deja unos segundos para pensar mi respuesta y, al ver que no logro reaccionar, añade—: Sé que ella existe y que, por alguna razón que no entiendo, nos la intentas ocultar.

—Señora Miller, yo... —Chasqueo la lengua y me vuelvo a quedar mudo, incapaz de hablar, incapaz de saber por dónde empezar—. Rachel. Se llama Rachel.

Rachel

—¿Llevabais mucho tiempo juntos? —Giro la cabeza para mirarle. Se encoge de hombros y, cerrando un ojo por culpa del sol que le da en la cara, añade—: Algo me dice que necesitas hablar de él... Tienes... demasiado ahí dentro, pugnando por salir.

Miro al horizonte, respirando profundamente, inspirando grandes bocanadas de aire y soltándolo lentamente. Miro mis manos, que juegan con la tierra, y entonces centro mi atención en Kelly, la cual, pasando completamente de nosotros, se ha puesto unos auriculares en las orejas, ha abierto una lata de cerveza que no sé de donde ha sacado, y está leyendo una revista.

—No estábamos juntos, en realidad —me descubro contestando.

—Ah. Yo pensaba que...

—Es... complicado, supongo —prosigo cuando se queda callado. Es de locos, lo sé, y siento que tengo que justificar mi reacción—. Nosotros nunca tuvimos la intención de estar juntos. Nos conocimos por casualidad... Bueno no. Nos conocimos a través de una de esas páginas para encontrar pareja.

—No fue mucha casualidad, entonces.

—Sí, porque yo no buscaba a tipos como él y él ni siquiera sabía que tenía un perfil creado en esa página. Es una larga historia. Total, que acabamos encontrándonos en ese bar y... Bueno, supongo que no tuvimos un comienzo muy esperanzador. Él me confundió con una prostituta, yo le insulté y ahí acabó nuestra “primera cita”. —Entrecomillo las últimas palabras mientras Wally sigue mi explicación, atento y con la boca abierta—. Luego, no me preguntes cómo, nos volvimos a encontrar...

—¿Cómo? —me pregunta, con una especie de sonrisa burlona en la cara—. Algo me dice que me voy a divertir con esto...

Le miro con una ceja levantada, pero, al final, acabo claudicando y le cuento la historia.

—Sus amigos, los que le crearon el perfil sin él saberlo, se pusieron en contacto conmigo y me dieron su número de teléfono y yo, una noche de borrachera, creí que llamarle y pegarle el sermón era una idea estupenda.

—Uuuuuuh... Pinta mal.

—Mucho. Acabé vomitando en mi coche y él vino a... ayudarme, si se le puede llamar así. Pensó que no estaba en condiciones para conducir, me sonsacó mi ubicación y me encontró.

—Qué rapidez...

—No te creas... No tiene mucho mérito por su parte. Me quedé dormida con la frente apoyada en el volante, rodeada de vómito.

—¡Joder, qué asco!

—Creo que eso mismo dijo él.

Miro al infinito con una sonrisa dibujada en los labios al recordarlo. Sobre todo, cuando imagino su cara de sorpresa al ver el estado de mi casa en ruinas, o al saber que subió las escaleras conmigo a cuestras y me posó en la cama... Una parte de mí quiere pensar que ya por aquel entonces me deseaba y que me imaginó desnuda sobre las sábanas.

—¿Y bien...? —me insta a seguir, ávido de información.

—Yo seguí apuntada a la web, yendo de cita en cita, buscando a mi tipo ideal hasta que...

—¿Hasta que...?

—Me vas a tener que devolver el dinero de la clase...

—Lo que tú digas, pero sigue.

—Bueno, pues estaba en una de esas citas horribles con un tipo con el que se suponía que tenía muchas cosas en común y estaba tan aburrida y asqueada que me escapé al baño y le llamé. No sé por qué razón lo hice...

—Ya. Claro —me corta.

—¿Qué?

—Sabías perfectamente por qué le llamabas. Porque sabías que, aunque no tuvierais nada en común, aunque él estuviera... “prohibido” según tus estandartes de hombre ideal, no te lo podías quitar de la cabeza. Y es por ese mismo motivo por el que él se presentó y volvió a... rescatarte.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque sois de manual. Sois la típica pareja que pierde un tiempo valiosísimo persiguiéndose, o peor aún, negando sus sentimientos. —Me quedo en silencio, mirándole fijamente—. Y por tu silencio, diría que he dado en el clavo.

—Eso parece...

—Entiendo que, aunque no hayáis sido... pareja, habéis tenido algo lo suficientemente intenso como tener que hacer este viaje para olvidarle...

—Nunca lo catalogamos. Lo nuestro, quiero decir. Pero llegó un momento en el que amanecíamos juntos, o comíamos juntos, o salíamos a comprar juntos. Llegó un momento en el que me apetecía hacerlo todo con él. A pesar de que se suponía que no me tenía que apetecer. De repente, me gustaba ir a la montaña a escalar, o verle jugar al rugby cubierta de barro hasta las rodillas. Y quiero pensar que él, de repente, se sentía bien pasando un sábado por la tarde metido en un centro comercial, o vestido de traje en alguna de las cenas del Colegio de Abogados...

Cojo un puñado de tierra, cierro el puño y me quedo ensimismada viendo cómo la arena se escurre entre mis dedos, escapando de mi encarcelamiento. Es como mi felicidad, pienso, que por más que la intento atesorar, se esfuma en cuanto puede, pienso.

—¿Cuándo se torció?

—Cuando averigüé que, en realidad, yo sobraba en su vida.

—No lo creo... No lo puedo creer...

—Me contó su terrible secreto. Hace años, vivía la vida al máximo, drogándose y bebiendo hasta perder el sentido. Estaba con una chica, Stephanie, a la que dejó embarazada. No fue buscado, evidentemente, pero ella sintió que, a partir de ese momento, tenía que sentar la cabeza. Algo que Elliott no hizo. Él siguió bebiendo y drogándose hasta que, una maldita noche, volviendo a casa tuvieron un accidente de coche y ella murió. Los padres de Steph se quedaron con la custodia de su hijo y denunciaron a Elliott, que acabó en la cárcel. Allí tocó fondo, pero también tomó impulso para volver a salir a la superficie. Y desde que salió, todos sus esfuerzos eran para volver a ver a su hijo. Le compraba regalos para Navidad y para su cumpleaños. Llamaba a sus exsuegros para hablar con él, aunque nunca lo conseguía, y guardaba cada céntimo que ganaba haciendo chapuzas y reformas para, en un futuro, intentar comprar una casa para recuperar a su hijo.

—Guau...

—Sí... Una vida complicada...

—Te contó su más oscuro secreto. ¿Por qué dices que sobrabas en su vida?

—Llegó un día en el que consiguió hablar con su hijo y luego fue a verle y, a pesar de la imposición

de su suegro, sobre todo, empezó a estrechar lazos con Holden. Consiguió incluso que la madre de Steph, conocedora de las intenciones de Elliott de recuperar la custodia de su hijo, accediera a ir a Nueva York con el crío para ver si, llegado el caso, podrían confiar en él. Y ahí es donde entro yo de nuevo. Elliott vive en una parte de la ciudad bastante... dejada, en un cuchitril pequeño y oscuro. Se imaginó que sus suegros no permitirían que su nieto se fuera a vivir allí. Así que mintió y les dijo que vivía en mi casa. — Le miro buscando su comprensión y, al no verla, añado—: Sin mí.

—¿Sin... ti?

—Él nunca les habló de mí. Tenía miedo de que no entendieran que podía... rehacer su vida al lado de otra mujer que no era su hija y creyó que no les gustaría que Holden estuviera conmigo... Como si yo fuera a robarle el sitio a su madre...

Wally me mira durante un buen rato, y luego fija la vista en el horizonte. Al fin, se le dibuja una sonrisa en los labios y, negando con la cabeza, se pone en pie y empieza a recoger el material.

—Deberíamos ir bajando.

—¿Así? ¿Sin más?

—¿No pretenderás quedarte aquí arriba a pasar la noche?

—¿Te cuento mi vida, mis penas, y te levantas sin más?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que tienes razón?

—¡Pues claro! ¡Porque la tengo!

—¿De veras crees que alguien capaz de confesarte su más oscuro secreto, arriesgándose a que le dejaras, te quiere fuera de su vida? Permíteme que sea yo el que te abra los ojos, pero no, no tienes razón.

Elliott

—Nunca he creído que, después de Steph, te convirtieras al celibato, Elliott.

—Lo sé, pero... No sé... No quería que nada estropeará mi oportunidad de recuperar a Holden...

—¿En serio crees que alguien capaz de montar todo eso estropearía las cosas? —me pregunta, señalando hacia el interior de la casa.

Agacho la cabeza, totalmente derrotado. Resoplo mientras me agarro la cabeza, consciente de la enorme cagada que he cometido.

—Cariño, no hace falta que la escondas... No... —Chasquea la lengua, con los ojos empañados en lágrimas—. Por supuesto que hubiera deseado un escenario diferente para todo esto. Me hubiera encantado que tú y Steph hubierais criado a Holden juntos y... No sé, siempre pensé que viviríais cerca de nosotros y podríamos recoger a Hold en el colegio cuando vosotros estuvierais trabajando y... que discutiríamos por nimiedades como que le comprásemos demasiados caprichos... Pero esto es lo que hay.

Abre los brazos y, como si lo viera por primera vez, miro alrededor. Ha dejado de llover, pero las luces de las farolas aún se reflejan en los charcos que se han formado en las aceras. A ambos lados de la

calle hay casas iguales a la de Rachel, aunque todas tienen un sello característico. Algunas, una bicicleta en la puerta. Otras, la valla pintada de un color llamativo. Unas tienen grandes macetas con plantas al final de las escaleras, al lado de la puerta. Y esta... Esta es especial por la persona que vive en ella. Levanto la vista hacia la fachada, y sonrío, justo cuando vuelvo a escuchar la voz de Diane.

—Tiene que ser alguien muy especial. —Asiento—. Te tiene que querer muchísimo para acceder a permanecer... escondida.

—Ella es... —Carraspeo para intentar deshacer el nudo que se ha formado en mi garganta—. Perfecta. Ella no lo cree, pero lo es. Ella... Cree en esas chorradas de las compatibilidades y... Nosotros somos muy distintos, pero, de repente, se apareció ante mí, como un regalo. Es como si la vida me quisiera dar una segunda oportunidad... Y yo... no supe apreciarlo.

La señora Miller frunce el ceño y me mira, intrigada.

—Se lo conté todo, ¿sabe? Yo... Le conté lo de mi problema de drogas y lo del accidente... También sabe que estuve en la cárcel y... Bueno, todo. Y, a pesar de todo eso, siguió a mi lado. ¿Y cómo la compenso yo? Mintiéndole de nuevo. A ella y a ustedes. —Hago una larga pausa durante la cual ni siquiera me atrevo a levantar la vista para mirarla—. Yo... Esta no es mi casa, señora Miller. Es la suya. Yo... vivo en un pequeño apartamento en un barrio al otro lado del río. Es lo único que me puedo permitir porque ahorro todo mi dinero para Holden, para que cuando sea mayor de edad, pueda dárselo y que lo disfrute como quiera. Sabía que ustedes nunca accederían a que Holden viviera allí conmigo, así que les conté que vivía aquí. Y también se lo conté a ella y... Preparó toda esa habitación para Holden con toda su ilusión. Invertió mucho tiempo y dinero en dejarla perfecta para él, y cuando me dijeron que venían, tuve que confesarle la verdad, que ella no existía para ustedes y que, en realidad, les dije que vivía aquí, solo.

Cierro los puños y los aprieto contra mis ojos. Respiro de forma precipitada, nervioso, consciente de que, de un momento a otro, lo poco que tengo, este espejismo de vida al cual me aferro, se puede desvanecer.

—Y a pesar de todo —prosigo. Ya no tengo nada que perder y necesito soltarlo todo—, a pesar de las mentiras, me dejó las llaves de su casa para que siguiera con la farsa. Ella quería que recuperara a Holden... Pero yo... simplemente, no puedo hacerlo así. Supongo que, por este motivo, este fin de semana ha sido tan extraño. Estaba exultante de felicidad, pero, una parte de mí, sabía que no estaba haciendo lo correcto. Sé que no he hecho lo correcto, y la echo demasiado de menos... Sé que la he perdido y soy consciente de que les he vuelto a defraudar, pero, como usted dice, esto es lo que hay.

Me pongo en pie y bajo algunos escalones. Me coloco frente a ella, con las manos en los bolsillos. Aprieto los labios y me encojo de hombros mientras ella me observa detenidamente. Entonces, me doy la vuelta y empiezo a bajar los escalones hasta llegar a la acera. No puedo seguir viviendo esta mentira. No soy digno de tenerles. Me merezco estar solo.

—Elliott, espera. —Cuando me doy la vuelta, la señora Miller está frente a mí. Apoya una mano en mi antebrazo y lo aprieta—. No he conocido a nadie más valiente que tú, por todo lo que has vivido, por todo a lo que te has enfrentado, y por estar dispuesto a perderlo todo de nuevo por hacer lo correcto. Pero no puedo permitir que sigas desperdiciando tu vida. ¿En serio crees que Rachel no te quiere? ¿Acaso necesitas más demostraciones? ¡Por el amor de Dios, Elliott! ¡Te dejó esta casa a pesar de que la... apartaste de tu vida!

Un escalofrío recorre su cuerpo, así que tira de mí de nuevo hacia las escaleras. Esta vez, en vez de

sentarnos en ellas, entramos en casa. Me dejo llevar como una marioneta, dejándome caer sobre uno de los taburetes de la cocina mientras ella prepara un café caliente para cada uno. Observo sus movimientos detenidamente, parpadeando a menudo, producto del cansancio. Entonces, ella se sienta a mi lado, poniendo una taza entre mis manos.

—Elliott, esa chica fue capaz de olvidar tu pasado y centrarse en la persona que eres ahora. Vio algo en ti, puede que lo mismo que vi yo cuando te presentaste en la puerta de nuestra casa. Creo que tienes que luchar por ella y hacerle ver que no estaba equivocada.

—Y... ¿Aún estoy a tiempo de seguir luchando por Holden?

—Cariño, me da igual donde vivas, siempre y cuando cuides de ese crío como me has demostrado que sabes hacer.

Sonríó sin despegar los labios, muy emocionado. Ella se da cuenta de ello y posa la palma de su mano en mi mejilla. Me quedo callado durante unos segundos. Aprieto los labios, hago una mueca con la boca y luego aprieto la taza para calentarme las manos.

—A veces no sé por qué tipos como yo tienen segundas oportunidades, ¿sabe? El otro día, le conté a Holden lo que pasó esa noche. ¿Y sabe qué me respondió? Que estaba triste y contento a la vez, porque yo podía haber...

Ella asiente cabizbaja. Se seca unas pocas lágrimas, justo antes de que una tímida sonrisa aparezca en sus labios.

—Yo... Espero que sepa lo mucho que siento todo lo que ocurrió... Sé que nunca me perdonará y créame, yo tampoco lo haré. Pero quiero compensarla, si es que es posible. Y quiero convertirme en el mejor padre para Holden...

—Ella te quería, ¿sabes? Con todas sus fuerzas... Si te soy sincera, Henry y yo llevábamos años preguntándonos qué había visto en ti, pero creo que empezamos a hacernos una idea...

—Si le sirve de consuelo, yo me lo sigo preguntando... Era un completo capullo. Y en cuanto a ahora... Intento ser mejor, aunque soy consciente de que estoy lejos de ser el... yerno ideal.

—Mientras pongas todos tus esfuerzos en ser el padre ideal, me sirve.

Rachel

Agotada, arrastro la maleta escaleras arriba. Sé que mi casa está vacía porque poco antes de despegar de Auckland, recibí un mensaje de Elliott.

“Te he dejado las llaves bajo el felpudo, como me pediste. Gracias por todo”.

Lo he releído decenas de veces. Intenté disimular delante de Kelly, al menos hasta que me pilló.

—Siento que el viaje no haya funcionado.

—Claro que ha funcionado. Me lo he pasado muy bien.

—Pero no ha cumplido su propósito real. —Fruncí el ceño, descolocada, hasta que ella añadió—: Está claro que no has conseguido sustituirle.

La miré de reojo, sin intentar siquiera contradecirla. Entonces, miró la pantalla de mi móvil.

—¿Cuándo piensas hablar con él?

—Nunca —contesté, negando con la cabeza a la vez—. No puedo perdonar que me echara de su vida cuando yo le abrí las puertas de la mía de par en par.

—Pues algo me dice que él, en realidad, nunca ha conseguido echarte. Aunque al principio pensara que hacerlo era una buena idea.

—Creo que... es mejor así. Ya está. Se ha marchado, Nueva York es muy grande y no compartimos nada. Es poco probable que nuestros caminos se vuelvan a cruzar.

—Sí es posible, siempre y cuando los obligues a cruzarse...

Reconozco que, durante unos segundos, valoré la posibilidad de hacerle caso. Quise hacerlo, con todas mis fuerzas. Quise luchar por lo que teníamos, por ese espejismo de relación. Por unos segundos, creí que merecía la pena, pero entonces unas lágrimas rodaron por mis mejillas y me di cuenta de lo cansada que estoy de llorar.

Arrastro mi maleta escaleras arriba. Meto la llave en la cerradura y entro con sigilo. Miro alrededor y, por primera vez en mucho tiempo, siento que la casa tiene vida. No sé cómo explicarlo, pero creo que incluso siento el calor y puedo... olerlo. Todo está limpio y ordenado, tal y como lo dejé, pero aún hay rastro de vida, de la vida que esta casa se merece.

Entonces, al acercarme a la cocina, veo un dibujo y una nota escrita a mano. Dejo la maleta y suelto el bolso. Con una mano temblorosa, cojo ambos papeles. En el dibujo sale un niño estirado en una cama con forma de coche. Está sonriendo de oreja a oreja y la parte superior del papel está llena de estrellas amarillas.

“Para Rachel. De Holden. Gracias por dejarme dormir en esa habitación tan chula”

Se me escapan unas lágrimas, y es solo el principio, pienso. Trago saliva antes de empezar a leer la carta, consciente de que será duro hacerlo, dejándome caer sobre uno de los taburetes.

“Hola, Rachel...”

Te escribo esta carta a sabiendas de que puede que no la leas nunca. No te culpo si al ver mi firma al pie del papel, decides arrugarla o incluso quemarla. Pero, por si acaso decides darme una oportunidad, voy a ello... Sé que debería decirte todo esto en persona, pero sería incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Prefiero tomarme mi tiempo, que calculo que no será poco.

En realidad, lo que quiero decirte es algo muy simple. Son solo dos palabras: PERDÓN y GRACIAS.

PERDÓN por todo el daño que te he hecho. No era mi intención hacerlo. Fui egoísta y no pensé en las consecuencias de mis actos, como casi siempre. Eres muy especial para mí y nunca quise hacerte daño. Espero que me creas.

GRACIAS por hacerme feliz desde el mismo día en el que nos conocimos. Sé que seguramente no lo creerás, pero me cambiaste la vida desde el mismo instante en el que te vi. Y, a pesar de todo lo que te hice, me seguiste ayudando...

Quiero que sepas que se lo he contado todo. He sido completamente sincero con ellos. Saben que esta es tu casa, no la mía. Saben dónde vivo en realidad y... Bueno, parece que van a seguir confiando en mí. Holden también lo sabe. Le dije que esta es la casa de una amiga mía y que ella había montado

esta habitación para él. Por eso te ha hecho ese dibujo, para darte las gracias.

Yo sí sentía cosas por ti. De hecho, las sigo sintiendo. Estoy enamorado de ti y creo que seguiré estándolo durante un tiempo. Puede que toda la vida. Perdóname por ello también. Sé que soy un coñazo y no te merezco. Mereces alguien que te pueda dar todo lo que quieras, que ponga el mundo a tus pies. No alguien como... No sé ni cómo describirme... Así que lo siento. De nuevo. Y gracias por todo. De nuevo. ¿Lo ves? Soy horrible contando lo que siento. Imagínate si te lo hubiera tenido que decir en persona...

Te quiero. Te quise desde el primer día, y te querré para siempre.

Elliott”

Elliott

—¿Cuándo puedo volver? —me pregunta Holden.

—Pronto. Te lo prometo —contesto, mirando a Diane de reajo—. Cuando encuentre una casa nueva donde podamos vivir los dos...

—No tardes, ¿vale?

—Haré lo que pueda. Mientras tanto, pórtate bien y haz caso a los abuelos. Y pídeles permiso para llamarme, no lo hagas a escondidas. Y lávate los dientes y vete a dormir cuando te lo digan, sin rechistar...

—Lo sé, papá... —contesta, poniendo los ojos en blanco—. ¿Me prometes que le darás un beso a tu amiga de mi parte? Para darle las gracias por lo de mi habitación, y eso...

Trago saliva antes de contestar.

—Claro —le miento—. Lo haré.

Me encantaría que fuera verdad, y lo haría si tuviera la oportunidad, pero no creo que ella quiera verme, mucho menos que la toque.

—Yo de ti, intentaría cumplir esa promesa —dice Diane frente a mí, agarrando mi cara con ambas manos. Por el rabillo del ojo, veo cómo Henry nos mira. Estos días, aunque no ha sido desagradable, se ha mantenido al margen en todo, observando detenidamente, pero sin demostrar ninguna opinión.

—Lo veo algo... improbable —susurro mirando de reajo a Holden, el cual, ajeno a nuestra conversación, mira fijamente la pantalla de información de los vuelos, seguramente, buscando el suyo.

—No te rindas, como no te rendiste con nosotros.

Hago un mohín con la boca mientras ella se aparta. Entonces, miro a Henry de reajo. No espero ningún gesto por su parte, por eso, cuando se acerca hasta mí y me tiende una mano para estrechársela, tardo unos segundos en reaccionar. Cuando lo hago, nos miramos a los ojos. Él no abre la boca, pero asiente con la cabeza, y con ese gesto, me demuestra tantas cosas, que se me dibuja una sonrisa.

—Gracias —digo, mientras a la señora Miller se le humedecen los ojos.

Holden nos mira confuso, sin comprender por qué, de repente y sin venir a cuento, nos hemos emocionado tanto.

—Nos tendríamos que ir... —interviene ella, con mucho tiento—. Creo que... nos veremos pronto.

—Eso sería estupendo...

Pocos segundos después, mantengo una mano levantada, diciéndoles adiós, mientras observo cómo traspasan el arco de seguridad. Entonces, Holden se gira para mirarme y sale corriendo hacia mí. Sus abuelos le llaman a gritos, hasta que comprueban que su intención es solo la de abrazarme. Me da un largo beso en la mejilla, apretando sus labios con fuerza mientras sus pequeños brazos rodean mi cuello.

—Ha sido súper guay —me dice cuando se separa unos centímetros.

—Tienes razón.

—Quiero estar contigo, ¿sabes?

—Y yo contigo, ¿sabes?

Holden ríe a carcajadas.

—¿Buscarás un colegio?

—No. Prefiero que lo hagamos juntos. ¿Te parece bien?

—Guay.

—Y puede que a tus abuelos también les guste opinar.

—Bien visto... Te los has metido en el bolsillo —asegura, intentando guiñar un ojo.

Siento el corazón a punto de estallar. Creo que nunca había sentido un amor tan grande por alguien y no quiero dejar de sentirlo jamás. Le abrazo de nuevo con fuerza, apretando su pequeña cabeza contra mi hombro, justo antes de dejarle de nuevo en el suelo.

—Ve con tus abuelos. Corre. No les hagas esperar o perderéis el vuelo.

—Te quiero, papá.

—Y yo.

CAPÍTULO 21 - QUIERO ESTAR CONTIGO

Rachel

—He optado por hacer un cambio en mi vida. Radical. Se acabó la vida sedentaria, el alcohol, salir por la noche y los tíos. No es que me haya vuelto lesbiana, simplemente soy... abstemia sexual eventual.

—¿Perdona?! ¿Seguro que has dejado el alcohol?! Porque esa chorrada solo puede salir de la boca de una tarada o de una borracha.

—Tengo que hacer algo, Kelly. ¿Sabes eso que dicen de que eres lo que comes? Pues yo creo que soy lo que hago... O hacía... O bebía... ¡O... yo qué sé! Pero a partir de ya mismo, cambio radical de vida. Pienso madrugar y tomar zumo de naranja natural, cereales de avena y fruta. Iré a trabajar caminando. Comeré ensaladas y verduras todos los días. Saldré a correr al volver del despacho y cenaré smoothies saludables. Y al final del día, un té depurativo y a la camita con un buen libro.

—Tu magnífico plan hace aguas por todas partes...

—Estoy decidida, Kelly, y nada de lo que digas podrá hacerme cambiar de opinión.

—¿En qué piensas salir a correr? ¿En tacones?

—Tengo las botas de montaña que me compré cuando... Tengo unas botas de montaña. Punto.

—No entiendo mucho de nada que suponga sudar con ropa puesta, pero creo yo que unas botas de montaña no son el calzado ideal para correr.

—Entonces, me compraré unas zapatillas de correr.

—Ajá... ¿Y las frutas y verduras que piensas comer? ¿Las vas a recolectar de tu huerto?

—Las compraré en la tienda.

—¿Acaso conoces otras tiendas de alimentos aparte del Deli del final de la calle que abre las veinticuatro horas? —Le saco la lengua a modo de respuesta, justo antes de dibujar una mueca de burla —. Y eso de ir caminando al despacho... ¿Piensas salir de casa al amanecer para llegar puntual?

—Tampoco hay tanta distancia... —digo, reconozco que con poca convicción.

—Hazme caso, y ve a comprarte ya mismo esas zapatillas de deporte. O mejor aún, unos patines. Y todo esto lo haces con el propósito de... ¿adelgazar?

—Sabes perfectamente porqué lo hago.

—¿En serio crees que podrás olvidar a Elliott de esa manera?

—Si mantengo la mente ocupada en otras cosas, sí.

—Pues buena suerte, entonces. ¿Cuándo dices que quieres que vuelva a activar tu perfil en la web de citas? —La miro entornando los ojos, desafiante, justo antes de coger mi bolso, ponerme en pie y caminar hacia la puerta del despacho—. Quizá, deberías empezar a plantearte tirar esa carta que guardas bajo la almohada.

—¿Cómo sabes que...? —Niego con la cabeza, confundida, hasta que la doy por imposible y reanudo la marcha.

—Deja de leerla cada noche y quizá le olvides.

Elliott

—¿Qué ha cambiado? —me pregunta Ian.

—No lo sé... —Las risas de sus hijos se escuchan a lo lejos, y entonces levanto la vista para mirarles. Les observo jugar a hacer pompas de jabón, Colin sopla demasiado fuerte, escupiendo jabón a su hermana, la cual, lejos de enfadarse, ríe a carcajadas. Las comisuras de mis labios se curvan hacia arriba, y pronto me descubro sonriendo—. En realidad, sí lo sé. Quiero eso.

Ian sigue la dirección de mi dedo, mirando hacia sus hijos.

—¡No se hable más! ¿Te los envuelvo para regalo? —bromea, contagiándome la risa, justo antes de añadir—: ¿Crees que los Miller van a dejarte tenerle?

—Bueno, no lo sé, en realidad... Pero... Voy haciendo pequeños avances... Me dejan hablar con él cada día, a veces durante una hora, incluso. Diane cree en mí. Aunque no olvida lo que pasó, creo que me ha perdonado por ello y... Bueno, no sé... Henry es algo reticente aún, por eso quiero ir lentamente, hacer las cosas bien. He estado valorando la posibilidad de pedirles que le dejen venir de nuevo un fin de semana, esta vez, solo. ¿Crees que es algo pronto?

—¡Guau!

—¿Eso es un sí?

—Es un... guau. ¿Quién te ha visto y quién te ve? Te conozco desde mucho antes de que ese niño existiera, y es la primera vez que... quieres tenerle. Tenerle de verdad. Cuando saliste de la cárcel, decías que querías tener contacto con él, pero nunca hiciste nada al respecto. —Frunzo el ceño mientras le escucho, algo confundido y, por qué no admitirlo, cabreado porque lleva toda la razón—. ¡Y mírate ahora...!

—Bueno... Me ha costado, pero, supongo que me he dado cuenta de que...

—Ni hablar —me corta—. Tú no te has dado cuenta de nada. Ha sido ella. Todo se lo debes a ella. Rachel ha cambiado tu vida, tío. Sin tú quererlo, ella se metió en tu vida y la puso patas abajo. Te ha cambiado, Elliott. Aunque no lo creas. Dime una cosa, ¿cuántos años hace que nos conocemos? Ya te contesto yo: un huevo. Siguiendo pregunta: ¿cuántas veces hemos estado así? Tú y yo tomando una cerveza, viendo cómo mis hijos juegan. Ahora sí puedes contestar.

—Eh... Pocas veces...

—¡Y tan pocas! ¡Como que es la primera vez que pisas nuestra casa!

Me quedo pensativo durante unos segundos, mirando alrededor, dándome cuenta de que tiene razón. En todo. No solo en el hecho de que sea la primera vez que piso su casa.

Abro la boca y, al rato, se me escapa la risa. Ian pasa un brazo por encima de mi hombro y me atrae hacia él.

—De nada.

—¿Por...?

—Porque la conociste gracias a mí.

—No te lo niego, pero, al final, la volví a cagar. Así que, gracias por nada.

—¿Y si a Rachel también le está costando olvidarte?

En ese momento, mi móvil empieza a sonar en mi bolsillo. Lo saco despreocupado, hasta que veo el número de los Miller iluminado en la pantalla. Descuelgo nervioso y me lo llevo a la oreja.

—¿Hola...? —pregunto, algo temeroso.

—Hola, Elliott —me saluda Diane—. No quiero que te asustes... Él está bien, pero... hoy se ha caído en el patio del colegio y está en el hospital. Está bien, en observación. Se ha dado un golpe en la cabeza y, aunque no ha perdido el conocimiento, prefieren que se quede esta noche ingresado por precaución. Creí que deberías saberlo, y...

—¡Voy para allá! —digo, poniéndome en pie.

Ian me imita, mirándome con los ojos muy abiertos. No sé qué hacer con la botella, así que se la acabo tendiendo y empiezo a alejarme de espaldas.

—¿A dónde vas? ¿Qué ha pasado? —me pregunta. Incapaz de hablar, aún con el teléfono en la oreja, levanto la otra mano, en un gesto a medio camino entre despedida y disculpa—. ¡¿Va todo bien?!

Todo sucede muy deprisa desde ese momento. Me monto en la camioneta, arranco el motor y conduzco como un autómatas los ciento cincuenta kilómetros que me separan de mi hijo. Durante todo ese trayecto, a duras penas parpadeo. De repente, a pesar de que Diane me ha asegurado por activa y por pasiva que Holden está bien, me he sentido sobrepasado por un cúmulo de sentimientos, algunos contradictorios. Deseo estar a su lado, me maldigo por no haber estado allí, pero, a la vez, tengo miedo de verle sufrir. Quiero acunarle entre mis brazos, pero a la vez temo no saber consolarle del todo. Necesito prometerle que, mientras yo esté a su lado, nada malo le va a suceder, pero sé que no puedo mentirle.

Siguiendo las instrucciones de Diane, llego al hospital casi dos horas después. Aparco y corro hasta el mostrador.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Mi hijo está ingresado aquí...

—Bien. Dígame su nombre y apellido...

—Holden. Holden... —De repente enmudezco y, aunque por unos segundos dudo, sé que su apellido sigue sin ser el mío. Lo mejor de todo es que me da completamente igual que no lleve mi apellido, porque me siento su padre más que nunca en mi vida—. Holden Miller.

—Aquí está —dice sonriente—. Segunda planta, habitación doscientos cuarenta y siete.

—Gracias.

Subo las escaleras de dos en dos y corro por el pasillo, leyendo las indicaciones como un loco hasta que, plantado frente a la puerta de su habitación, respiro con fuerza para intentar calmarme. Agarro el pomo y abro la puerta lentamente. Doy un par de pasos hacia el interior, hasta ver la cama sobre la que él duerme y a los Miller apostados uno a cada lado.

—Elliot... —me saluda Diane con una sonrisa en la cara, acercándose a mí con los brazos abiertos. Cuando llega a mí, me abraza y susurra en mi oído—. Está bien. Duerme plácidamente.

Cuando se separa de mí, me acerco hasta la cama y me agarro de la barandilla protectora. Henry se separa unos pocos centímetros, como queriéndome dar algo de privacidad. De forma cariñosa, le aparto el pelo de la frente, justo antes de dejarme caer en una de las sillas. Agarro su pequeña mano y apoyo la frente en la estructura de la cama. Solo entonces me permito el lujo de respirar con normalidad, como si hubiera estado reteniendo el aliento desde que Diane me llamó.

—Intentó escalar una pared del colegio. Como hace su papá... —La miro con gesto de preocupación, sin soltar la mano de Holden—. Me parece que vas a tener que darle un par de clases... Y el otro día le castigaron porque en la clase de bellas artes usó la pintura negra para, según él, tatuarse el cuerpo. Como su papá. Después de mucho frotar, conseguí borrar todo rastro, excepto uno que no dejó que le quitara...

Entonces, se acerca a Holden y le levanta la bata para enseñarme su pecho, donde la palabra “papá” está escrita con letra de niño.

—Tengo miedo... —me descubro confesando—. No sé si voy a saber gestionar este miedo... No sé si voy a ser capaz de...

Siento una mano grande sobre mi hombro, apretándomelo. Cuando giro la cabeza, veo a Henry, mirándome con compasión.

—Nunca lo serás, pero aprenderás a vivir con ello.

Y entonces me doy cuenta de la razón que tenía al odiarme. Le arrebaté a su bien máspreciado, su hija. No puedo imaginar semejante dolor... Creo que, si alguien le hiciera daño a Holden, le mataría. Con ese pensamiento en la cabeza, totalmente roto por dentro y con los ojos llenos de lágrimas, me pongo en pie y le miro directamente a los ojos.

—Lo siento muchísimo. Lo siento en el alma...

Henry asiente esbozando una tímida sonrisa, justo antes de agarrarme por los hombros y atraerme hacia él para darme un largo abrazo.

Rachel

Las piernas me empiezan a flaquear y los pulmones me arden. Llevo diez minutos luchando conmigo misma para no abandonar. Después de gastarme un dineral en las zapatillas ideales para “corredores de ciudad” y en ropa de colores llamativos, de haberme empapado decenas de revistas especializadas, no puedo dejarlo a las primeras de cambio. A pesar de que empiezo a sentir un dolor punzante en el pecho.

—Dios mío, ¿me estará dando un ataque al corazón? —Aunque ese pensamiento enseguida se ve sustituido por otro que destruye mi preocupación—. Madre mía, qué pinta tienen los donuts de chocolate de ese escaparate.

Siguiendo los sabios consejos de los gurús de este deporte, intento coger aire por la nariz y soltarlo por la boca. El problema es que estoy algo resfriada por culpa del aire acondicionado de la oficina, y tengo la nariz algo taponada, así que acabo desistiendo y respiro por la boca. Pero eso también me cuesta, porque tengo la boca seca y enseguida empiezo a toser.

Unos metros más allá, veo un puesto callejero y me acerco para comprar una botella de agua. Sin

dejar de moverme para no perder el ritmo, pido la botella al tipo mientras intento sacar del minúsculo bolsillo de mis mallas el billete de cinco dólares que he guardado para este tipo de emergencias. ¿Habéis probado de hacerlo alguna vez? ¿Coger algo de un bolsillo minúsculo mientras intentas correr sin moverte del sitio? Pues es muy difícil, por no decir imposible. Por eso, cuando el tipo ya me mira con una ceja levantada y una media sonrisa en los labios, decido parar unos segundos y forcejear con las mallas hasta sacar el dichoso billete, arrugado y mojado por el sudor. El dependiente del puesto lo coge con dos dedos, sin poder disimular la expresión de asco.

—Gracias —digo con la botella ya en la mano y el cambio en la otra.

Después de otro forcejeo para guardar el cambio en el minúsculo bolsillo, vuelvo a emprender la marcha. Me cuesta lo mío coger el ritmo de nuevo, y las piernas parecen pesarme cada vez más.

Mi idea inicial era llegar hasta Central Park, y una vez allí, dar unas cuantas zancadas antes de volver para casa. Sé que debería haber calculado antes de cuántos kilómetros constaba mi hazaña, pero no lo hice. Ahora mismo puedo asegurar que fui muy optimista con respecto a mi resistencia física. Así pues, era de esperar que en cuanto pisara el parque, después de sortear a decenas de turistas, paseadores de perros y mujeres empujando el carrito de un bebé, y mis ojos fueran atraídos irremediabilmente hacia un puesto de helados, corriera hacia él como si me fuera la vida en ello.

—Buenas tardes. ¿Qué le apetece? —me pregunta el dependiente con una sonrisa de oreja a oreja. Seguro que está pensado: “eso es, so foca. Tira por tierra todo ese esfuerzo y cómete un helado de chocolate con virutas”. En realidad, ya que me concedo este lujo, quizá debería decantarme por un sabor algo más sano, ¿no? Aunque, pensándolo bien, ¿existen los sabores sanos? Es decir, ¿engorda más el helado de chocolate que el de fresa, por ejemplo? Ya sabéis, por eso de que es una fruta...—. ¿Hola? ¿Se ha decidido ya o...?

—Sí... ¿Tiene algún sabor bajo en calorías...?

—¿Perdone?

Aunque, ahora que lo pienso, el motivo por el que empecé a correr no era adelgazar, si no olvidarle. O, al menos, intentarlo... ¡No! ¡No lo voy a intentar, lo voy a conseguir!

—¡De chocolate! —Grito sin saber bien por qué, asustando al tipo y atrayendo las miradas del resto de clientes.

Cuando me lo tiende y lo pago, camino hacia un banco y me dejo caer en él. Quizá debería buscar algo menos... cansado que hacer para olvidarle.

—Has escogido bien —dice una vocecita a mi lado—. Te ha costado, pero has hecho bien.

—¿Ah sí?

Cuando agacho la cabeza y le veo, mirándome con una enorme sonrisa en la cara, se me detiene el corazón.

—Soy un experto en helados. Me suena tu cara...

Y si él está aquí, su padre no debe andar lejos...

—¿¿Holden?!

—¡Voy, papá!

Soy incapaz incluso de girar la cabeza en la dirección de donde proviene su voz.

—¿Rachel?

O no. Ahora que parecía que había conseguido olvidarle... ¿A quién quiero engañar? Estoy a años luz de conseguirlo.

—¡Eh! ¡Hola! —Vale, quizá he querido parecer demasiado entusiasmada por habernos encontrado. Y no es porque no me alegre de verle, con sus preciosos ojos, esos labios carnosos, la cicatriz partiendo su ceja, ese pelo rapado, sus brazos fuertes y bronceados, llenos de tatuajes... Vale, que me estoy yendo por las ramas. Lo que decía, que no es que no me alegre de verle, sino que lo que me cabrea es que haya echado al traste mis planes de...—. He salido a correr.

—Ah... Genial...

No sé por qué narices le he dicho eso, de ahí su cara de asombro, pero es demasiado bueno como para contradecirme.

—Pues no lo parece. Parece que has salido a por un helado.

Pero los arrebatos de sinceridad de los niños los carga el diablo. Sí, como las armas, porque disparan a matar, en mi caso, cualquier oportunidad que tenía de parecer normal ante Elliott.

—¡Holden...! —le reprende él, justo antes de dirigirse de nuevo a mí—. Lo siento...

—No pasa nada. Tampoco hace tanto que corro y estaba algo cansada, y... Bueno, el resto, ya lo sabes. Pero no hablemos de mí, ¿qué tal tú? —Ahora parezco idiota por méritos propios—. Están tus... suegros por aquí...

—No —sonríe con timidez, agachando la vista, desarmándome por completo—. Es el primer fin de semana solo para nosotros, ¿verdad?

—¡Sí! —contesta Holden.

—¡Eso es fantástico! —digo con total sinceridad.

—¿Sabes? Tengo un tatuaje. —Vuelve a intervenir Holden, levantándose la camiseta para enseñarme la palabra “papá” escrita de su puño y letra con lo que parece ser pintura.

—¡Anda! ¡Qué bien! ¡Un tatuaje como el que lleva papá con tu nombre en su pecho!

—¿Cómo sabes que mi papá lleva mi nombre tatuado en el pecho?

Oh, mierda...

—Verás, Holden. ¿Te acuerdas de la casa en la que estuvimos con los abuelos la primera vez que vinisteis? —Holden asiente—. Pues es la suya. Ella es la amiga que decoró esa habitación tan chula para ti.

—¿En serio? —pregunta, mirándome.

—Me encantó tu dibujo.

—¿Ella era tu novia, entonces?

—¡No, no...! —Se apresura a contestar él.

—¡Para nada! ¡Qué va! —Añado yo.

—Éramos... Buenos amigos... —Vuelve a decir Elliott.

—¿Ya no lo sois? ¿Os habéis peleado?

—¿Sabes qué? ¿Quieres que te lleve al zoo?

—Pero si antes me has dicho que no porque huele mal.

—Pues he cambiado de idea.

Holden nos mira a mí y a su padre con la boca abierta y el ceño fruncido. Al rato, se encoge de hombros y dice:

—Pues encantado de conocerte.

—Igualmente.

—Bueno, pues... Ya nos veremos... —dice Elliott, alejándose sin dejar de mirarme.

—Sí, por aquí...

Les sigo hasta perderles de vista. Ninguno de los dos se ha girado para mirarme. Estaban demasiado ocupados charlando entre ellos, y seguro riendo, puede que incluso de mí. Entonces, sin habérmelo acabado, me pongo en pie y tiro el helado a la papelera.

Elliott

—¿Puedo tener un Mortimer?

—No me gustan los gatos.

—¿Y un perro?

—Tampoco los perros.

—¿Y un hámster?

—En realidad, no me van los animales.

—¿Por qué?

—Porque... creo que les caigo mal.

—A Mortimer le caes bien.

—Créeme, nuestra relación ha pasado por muchos altibajos.

—¿Qué es un altibajo?

—Quiere decir que hemos pasado buenos y malos momentos.

—¿Cómo tú y la señora del helado? —Le miro entornando los ojos durante unos segundos. Luego, me tiro del todo a su lado en la cama que compartimos, la única del apartamento, y poniendo un brazo debajo de mi cabeza, fijo la vista en el techo.

—Se llama Rachel.

—¿Te gusta?

—Sí... —Acabo confesando—. ¿Eso te molesta?

—¿Por qué?

—Por... tu madre...

—No me acuerdo nada de ella... No sé... No estoy triste, ni me duele, porque no me acuerdo. Pero tú sí te acuerdas y estás triste, y quiero que no lo estés. A lo mejor Rachel te hace sonreír de nuevo. Sonreír de verdad. ¿Por qué no le dices que te gusta?

—Porque me porté mal con ella y me dijo que no quería volver a verme nunca más.

—Pues hoy te ha visto y parecía contenta.

—No lo creo...

—No creo que disimulara como cuando te tiras un pedo en clase y la profe pregunta quién ha sido y miras para otro lado. Parecía contenta de verdad.

Se me escapa una sonora carcajada.

—¡Serás guarro!

—Mejor fuera que dentro, dice siempre el abuelo.

Aun riendo, le cojo y lo coloco sobre mí. Apoya la barbilla en mi pecho y me mira fijamente. Se sopla un mechón de pelo que le cae sobre los ojos, y se lo acabo apartando con la mano.

—A veces, los adultos simulamos las cosas para... no herir los sentimientos de los demás. Como cuando alguien te regala algo que no te gusta, pero no se lo dices para no herirle.

—¿Y te quedas el regalo, aunque sea una caca?

—Ajá.

—¿Y no es mejor ser sincero y decirle que no te gusta, cambiarlo por otra cosa y que esa persona te vea feliz de verdad con el regalo? Es más fácil preguntar las cosas que imaginarlas.

—¿insinúas que tengo que preguntarle si se alegra de verme antes que imaginarme que no se alegra?

—Eh... —Mueve los ojos hacia el techo, pensando en mi pregunta y valorando la respuesta—. Sí. Creo que sí.

—Vale. Lo haré.

—Hazlo ahora.

—¿Cómo ahora?

—Escríbele un mensaje.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque estará... durmiendo.

—A esta hora, solo los bebés están durmiendo. O la abuela, mientras ve la “Rueda de la Fortuna”.

Le observo detenidamente, justo antes de alargar la mano hacia la silla que hace las veces de mesita de noche y coger mi teléfono.

—Vamos allá... —digo, abriendo el programa de mensajes y pensando qué escribir.

—No te lo pienses. Escribe. Ya.

“Me he alegrado mucho de verte hoy”

—¡Bien! —grita cuando pulso “enviar”.

Y tanto que me he alegrado de verla. Estaba preciosa. Con las mejillas sonrosadas y el pelo recogido con una cinta. Tenía los labios algo manchados de chocolate, y cuando sonreía, se ruborizaba. Su piel estaba brillante a causa del sudor, haciéndome recordar aquellas noches en su casa, cuando nuestra mentira parecía tan real.

“Y yo”

—¿Lo ves?

—Ha sido algo escueta, ¿no? —le pregunto, pero al ver su cara, decido aclararle—. Quiero decir, que su respuesta ha sido muy corta.

—¿Y qué querías que dijera más?

—No sé... Quizá, imaginaba que me lo pondría todo más fácil.

—¿Y si... se lo pones tú más fácil?

—Hablas como una persona mayor.

—He vivido toda mi vida con dos personas mayores.

Rachel

Anoche me costó conciliar el sueño. Verle de nuevo despertó sentimientos que intentaba ocultar y enterró otros que me obligaba a sentir. Así pues, acabé echándole de menos un poquito más y odiándole un poquito menos.

Creo que me rendí a eso de las cuatro de la madrugada, así que no es de extrañar que no me haya despertado hasta las once de la mañana. Da igual, es domingo y tampoco es que tenga un montón de planes apasionantes entre los que elegir.

Para colmo de males, cuando he decidido levantarme para darme una ducha, he descubierto que me duelen todos los músculos del cuerpo, incluso los párpados. Paso más de quince minutos bajo el chorro de agua caliente, dejando que golpee mis hombros y mi cabeza. Reconozco que es bastante relajante, pero empiezo a estar arrugada como una pasa y necesito una enorme dosis de caféina.

Así pues, después de ponerme un vaquero viejo y gastado y una camiseta, bajo a la cocina y enciendo la cafetera. Mientras espero a que se caliente, con las manos apoyadas en el mármol, me muevo hacia delante y hacia atrás. En ese momento, Mortimer se frota contra mis piernas. Me agacho y le cojo, acariciando su cabeza con cariño.

—Buenos días, amiguito. ¿Cómo estás hoy?

Mortimer maúlla y parece sonreír. Juro que a veces pienso que me entiende e intenta mantener conversaciones conmigo. Elliott aseguraba que le miraba mal y yo nunca le creí, pero ahora empiezo a pensar que puede que tuviera algo de razón. Entonces, salta de mis brazos y cae al suelo con las cuatro patas, de forma muy elegante, y se acerca a la puerta principal. Se sienta frente a ella y empieza a ronronear.

—¿Qué pasa, Morty? —le pregunto, justo en el momento en el que alguien llama a la puerta—. ¿Esperas compañía, pequeño diablo? ¿Hola?

—Hola —responde una voz infantil—. Soy Holden.

Tardo unos segundos en reaccionar antes de abrir la puerta. Cuando lo hago, le descubro mirándome fijamente, sosteniendo un papel entre sus manos. Está muy bien peinado y huele a colonia. Viste un pantalón corto con muchos bolsillos y una camiseta de rayas, además de unas zapatillas de deporte.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Él asiente y luego gira la cabeza hacia atrás. Intento seguir su mirada, pero no veo a nadie. Mortimer sale a su encuentro y maúlla mientras frota la cabeza contra las piernas del crío.

—Eh, Mortimer. ¿Cómo te va? —le saluda él, acariciándole—. Tengo que hacer una cosa. Ahora jugamos, ¿vale?

Entonces, vuelve a centrar su atención en mí y, blandiendo el papel entre las manos, carraspea para aclararse la voz y empieza a recitar:

—Hola, Rachel. Soy Holden.

—Lo sé... —contesto, sonriéndole.

—Es verdad —dice, rascándose la nuca.

—¿Has venido solo?

—Eh... —Vuelve a mirar hacia atrás—. Sí.

No le creo, pero sonrío con cariño, asintiendo a la vez con la cabeza.

—Eres un chico muy listo, entonces.

—Gracias —contesta, ruborizado.

—¿Y a qué debo esta visita?

Holden zarandea la cabeza como si recordara su cometido de repente.

—He venido a... He venido a leerte una carta. Estoy aprendiendo a leer aún y no es que se me dé muy bien del todo... A veces confundo algunas letras y Marisa dice que no corra porque cuando lo hago, me invento las palabras.

—¿Quién es Marisa?

—Ah. Ella es mi profesora del colegio —me contesta.

—¿Y te cae bien?

—Sí, es genial.

—Pues entonces deberías hacerle caso y no precipitarte al leer...

—Sí, pero me pongo nervioso porque Cherry Larsson lee a nivel de cuarto curso y...

—¿Quién es...?

—Es mi compañera de pupitre. Y no me cae bien. Es odiosa, tan perfecta... Siempre levantando la mano cada vez que Marisa pregunta algo... Me parece que has hecho mal esa suma, Holden. ¿No te has acordado de hacer los deberes? Parece que alguien se va a tener que quedar a acabarlos a la hora del recreo—. Empieza a imitar a la que parece ser Cherry y realmente suena insufrible—. Y lleva dos trenzas que le llegan hasta la cintura y me dan unas ganas de tirarle de ellas...

—Yo también tuve una Cherry Larsson en mi época de colegio...

—¿Sí? ¿Y cómo...?

Pero entonces se escucha un carraspeo y Holden parece recordar el verdadero motivo de su visita y vuelve a mirar el papel. Frunce el ceño y empieza a mover los labios, antes de leer en voz alta, mientras a mí se me escapa la risa.

—Hola, Rachel. Puede que creas que soy un... co... barde por enviar a Holden en vez de... atre... verme a... hacerlo yo mismo. Sé que te... de... cep... cioné, y estoy a... ver... güenza, estoy vergüenza.

—Avergonzado —le corrijo. Cuando veo que él vuelve a leer la palabra y asiente, le recuerdo—: No hay prisa. No hace falta que corras.

—Avergonzado. Nunca quise... hacerte... daño. Soy un... Soy... un... —Entonces me mira con los ojos muy abiertos, justo antes de volver a girar la cabeza—. Papá... Eh, papá...

—¿Qué...? —escucho la voz de Elliott, usando el mismo tono de susurro que está usando Holden.

—Es que aquí pone una palabrota, y el abuelo no me deja decirlas.

—Pero esa carta la he escrito yo, no tú. Así que, técnicamente, la habré dicho yo.

Holden frunce el ceño, justo antes de mirarme. Hago verdaderos esfuerzos por contener la carcajada, aunque me encojo de hombros para disimular.

—Pero si el abuelo se entera de que la he dicho, con mi voz, no con la tuya...

—Holden, el abuelo no está aquí... Y nadie se va a chivar.

—Está bien. —Parece claudicar al fin, justo antes de encararme de nuevo—. Soy un capullo. —No puede evitar bajar el tono de voz al decir la palabra, antes de proseguir—. Y...

Holden resopla y deja caer los hombros. Vuelve a mirar hacia atrás, se humedece los labios y entonces empieza a doblar la carta. Se la mete en el bolsillo del pantalón y se sienta en uno de los escalones. Preocupada, me siento a su lado, al igual que Mortimer, que se estira en su regazo.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Holden niega con la cabeza.

—Mi papá está triste. Él se piensa que no lo sé, pero lo sé. Intenta sonreír y hacemos muchas cosas juntos, pero su tono de voz es diferente. Cuando hablaba con él hace un tiempo, parecía feliz... como

cuando vas a recibir los regalos de Navidad y estás nervioso, como cuando hablas con Santa Claus. Pero ahora, intenta hacer ver que es feliz. Pensaba que era porque mis abuelos estaban enfadados con él, pero ahora ya casi no lo están, sobre todo la abuela, y sigue igual... Pero entonces, ayer nos cruzamos contigo en el parque y su voz volvió a cambiar. Estaba cagado de miedo, pero feliz... No estoy diciendo que no esté feliz de que yo esté aquí, pero creo que sería más feliz si tú estuvieras con nosotros. Me contó que no se portó bien contigo... ¿Sabes una cosa? Creo que tampoco se portó muy bien con mi mamá, pero intenta arreglarlo. Él arregla cosas y si pudo con mi coche teledirigido, creo que puede con más cosas.

No puedo evitar que se me escapen unas pocas lágrimas, que me seco rápidamente con las manos. Entonces, me abrazo las piernas y apoyo la barbilla en las rodillas.

—¿Sabes una cosa? Hace un tiempo, hubo una persona que me hizo mucho daño. Durante años intenté encontrarle un sustituto, pero, por más que buscaba, nadie me hacía feliz. Y entonces apareció tu padre, ¿y sabes qué pasó? —Holden niega con la cabeza—. Que me hizo darme cuenta de que no quería tanto a ese tipo que me hizo daño. Tu padre me hacía sentir protegida. Tu padre me hacía reír, me encantaba dormirme entre sus brazos y... —Suelto un largo suspiro—. Yo también estoy algo más triste sin él.

Elliott

—Hola... —digo en cuanto salgo de mi patético escondite.

Los dos me miran, Holden con una sonrisa mientras que Rachel lo hace con los ojos bañados en lágrimas. Soy incapaz de enfrentarme a esa imagen, así que le tiendo una mano y, en cuanto me la coge, la ayudo a ponerse en pie y le digo:

—Lo siento. Fue un error borrarte de mi vida. Un terrible error pensar que ellos no te aceptarían. Tenía miedo de perder a Holden, y entonces perdí a la mujer que me ayudó a recuperarlo. Yo... Sé que crees en las compatibilidades y esas cosas, así que estoy dispuesto a moldearme a ti. Puedo vestir diferente y, llevarte a cenar a sitios elegantes. Podemos... hacer lo que tú quieras... Puedo dejar el rugby, si eso te hace feliz o... Joder... Yo te quiero, Rachel, y...

Entonces, ella se acerca a mí y me agarra las solapas de la camisa, dejando nuestras caras a escasos centímetros. Me humedezco los labios y trago saliva, justo antes de verme atraído de forma irremediable hasta sus labios. En un primer contacto, se mantienen quietos, como a la expectativa. A pesar de ello, son igual de acogedores que siempre, calientes y suaves. Abre un poco la boca, dejando escapar un pequeño jadeo.

—Lo siento... —digo al separarme.

—No. Está bien —contesta ella, acariciando mis mejillas con sus dedos.

—Nosotros... —Nos interrumpe Holden que, con Mortimer en sus brazos, señala hacia el interior de la casa, segundos antes de cerrar la puerta a su espalda.

—Te necesito en mi vida, Rachel. Los dos te necesitamos.

—Y yo a ti en la mía. Y a Holden. Lo que te dije cuando nos peleamos, no era verdad... Te necesito en esta casa... No la siento como mía si tú no estás en ella, porque eres parte de ella. Sin ti, en realidad, seguiría siendo la casa en ruinas donde me partieron el corazón. Ahora, en cambio, es mi hogar, donde me he sentido más amada que en toda mi vida. Quiero que sea nuestro sitio, el de los tres. Quiero ayudarte con Holden, y quiero que sus abuelos vengan a verle y... demostrarles que no estás solo y que...

quiero hacerle feliz.

Apoyo la frente en la suya, cerrando los ojos mientras rodeo su cintura con ambos brazos. Me balanceo lentamente a un lado y a otro, apretándola contra mi cuerpo, sintiéndola mía.

Encajamos a la perfección el uno en el otro. Somos totalmente felices juntos. Me encanta compartir todos los momentos que puedo con ella, incluso haciendo cosas que antes ni imaginaba. Quiero comprometerme en esto, quiero compartir el resto de mi vida con ella. Y con todos esos pensamientos rondando en mi cabeza, se me ocurre preguntarle:

—¿Cuánto de compatibles se supone que somos?

—¿Qué más da?

—Simple curiosidad.

—Un 49%

—¿Y te lo crees? —Rachel niega con la cabeza, sonriendo—. ¿Realmente crees que esto que tenemos merece solo un 49%? Porque yo me siento tan bien contigo, que estoy seguro al 100% de que quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. ¿Quieres tú?

—Sí —contesta, secándose las lágrimas con las yemas de los dedos.

—¿Es un “sí quiero”? Porque, no sé si te has dado cuenta, pero eso ha sido una proposición de matrimonio. —Rachel ríe a carcajadas entre mis brazos, echando la cabeza hacia atrás, mientras yo la observo maravillado—. ¿Qué me dices?

—Sí quiero.

—¿Segura?

—Al 100%.

Fin

EPÍLOGO - UNA VIDA LLENA DE VIVENCIAS

Sentado en la arena, observo cómo los niños juegan, corriendo para esquivar las olas cuando rompen en la orilla, mojándose los pies. Está anocheciendo y prácticamente no queda nadie en la playa, solo los que vivimos cerca.

—¡Mírame, papá...! —grita June.

—¡Mira, papi! —repite su hermano pequeño, imitándola.

Les saludo levantando una mano, sonriendo. Sus risas y el sonido de las olas y las gaviotas me envuelven. Son ruidos muy diferentes, pero que juntos forman una melodía que me parece de lo más relajante. Cierro los ojos y respiro profundamente, echando la cabeza hacia atrás.

Hola, mamá... Hacía mucho que no hablaba contigo. Siento haber tardado tanto, aunque sé que no estarás enfadada. ¿Te acuerdas cuando lo hacía prácticamente a diario? Hubo un tiempo en el que, a pesar de no haber sentido nunca el calor de tus brazos, necesitaba sentirte cerca. Y te hablaba. Cada noche. Te contaba todo lo que se me ocurría. Me reconfortaba pensar que me escuchabas, a pesar de que nunca me contestabas y que era un monólogo más que un diálogo. Te imaginaba estirada a mi lado en la cama, sonriendo.

Pero llegó el momento de vivir mi vida, y no tenía tiempo de contársela a nadie. Sé que me veías desde donde estés, así que sabes en quién me he convertido y lo feliz que he sido hasta llegar aquí. Estarás orgullosa, no me cabe duda.

—Jane —la llamo por el intercomunicador del teléfono.

—¿Sí, señor?

—Los planos del hospital. ¿Me los puedes traer, por favor?

—Sí, señor.

Escucho sus tacones contra la tarima de madera del suelo, acercándose de forma apresurada hasta mi despacho. Pica un par de veces y se espera a que le dé permiso para entrar. Cuando lo hago, abre la puerta y me sonrío con timidez. Vestida con una falda de tubo entallada a sus caderas y una blusa de seda blanca, parece aún más delgada de lo que es.

—Aquí tiene, señor.

—Jane, ¿cuánto llevas trabajando para mí?

—Tres meses, señor.

—Y en este tiempo, ¿te ha dado tiempo de intentar averiguar la edad que tengo?

—No entiendo... —me responde con timidez.

—¿Cuántos años tengo?

—Veintinueve...

—Entonces, ¿por qué me tratas de usted si solo nos llevamos cinco años?

—Es que... Es mi... Eres mi jefe.

—Vale, pero, aunque me llames Holden, no dejaré de serlo.

—Está bien...

—Eres estupenda. De lejos, la mejor ayudante que he tenido nunca.

—Abriste el despacho hace seis meses y, por el nivel de desorden de papeles con el que me encontré, dudo que tuvieras otra secretaria antes de mí.

—Así es.

—Pues entonces, soy la única secretaria que has tenido.

—Y no encontraría otra igual, así que, sin duda, eres la mejor que he tenido y tendré, porque no pienso sustituirte por nadie.

—Bueno... Puede que algún día acabe la carrera y quiera montar mi propio despacho de arquitectura...

—¡Estás contratada! ¡Te haré un contrato vitalicio!

—¡¿Qué dices?! ¡Estás loco! —ríe a carcajadas.

—Hablo en serio. —Ella me mira con los ojos abiertos de par en par. Intenta hablar, pero enseguida cierra la boca de nuevo, hasta que por fin consigue balbucear—: No puedes...

—Sí puedo. Es más, voy a subir mi apuesta... ¿Quieres... salir conmigo una noche de estas? —Jane me mira entornando los ojos, algo descolocada—. Antes olvidé decirte que, además de la mejor secretaria que nunca tendré, eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Aunque nos conocimos antes, ese fue el primer día del resto de nuestras vidas. El día que, por fin, me atreví a confesarle mis sentimientos. Hoy en día, seguimos trabajando juntos en nuestro propio despacho. Codo con codo. Como el primer día. Como si nada hubiera cambiado.

Siempre soñé con tener una relación así con alguien. Me fijaba en los abuelos que, a pesar de los años y de que a veces se llevaban como el perro y el gato, se seguían cogiendo de la mano cuando salían a pasear por la calle.

—¡¿Se puede saber en qué estabas pensando?! —me grita el abuelo nada más pisar la acera, al traspasar la puerta del colegio.

—Henry...

—¡Es que...! ¡Es que mírale! ¡Va todo... pintado!

—Yo solo... —empiezo a decir, cabizbajo.

—¡¿Tú solo qué?!

—Henry, tranquilo... Es un niño...

—¡Si yo llego a hacer eso con su edad, mi padre me habría pegado unos azotes! ¡Somos muy blandos con él, Diane!

—Yo solo quería parecerme a mi padre —me atrevo a confesar finalmente, dejándolos a los dos con la boca abierta.

—¿A...? ¡¿A tu padre?!

—Henry...

—Pero...

—Henry...

—¡Es que no lo entiendo! ¡¿Por qué quieres parecerte a alguien que nos ha hecho tanto daño a todos?! ¡A ti también!

—¡Henry, por favor! —grita la abuela, abrazándome al ver las primeras lágrimas asomar en mis ojos.

—¡No te entiendo, Holden! ¡¿Acaso has olvidado lo que le hizo a tu madre?!

—¡Henry, basta!

—¡No me acuerdo! ¡No me acuerdo de mi madre ni de mi padre! ¡Quiero ver a mi padre! ¡Y quiero estar con él! —grito, totalmente fuera de mí, justo antes de soltar la mano de mi abuela y empezar a correr.

Las lágrimas inundan mis ojos y me impiden ver con claridad. Solo soy consciente de estar corriendo, intentando alejarme de ellos, sin rumbo hasta que un tremendo bocinazo me devuelve a la realidad. Giro la cabeza a un lado y me quedo inmóvil mientras veo cómo un coche se acerca. Escucho el chirriar de las ruedas contra el asfalto y cierro los ojos porque, aunque sé que me va a embestir, soy incapaz de hacer nada más.

Justo entonces, siento una mano que se aferra a mi jersey y tira de mí hacia atrás. Caigo de espaldas encima de alguien. Mi pecho sube y baja de forma frenética, tanto, que creo que pierdo un poco el sentido. Solo cuando siento unos fuertes brazos a mi alrededor y escucho su voz susurrándome, me calmo.

—Ya... Tranquilo... Estoy aquí... —me tranquiliza mi abuelo. Agarro su antebrazo con fuerza, tanta que los nudillos se me tiñen de color blanco—. Lo siento. No te asustes. Tranquilo...

—¡Holden, cielo! —grita mi abuela, posando su mano sobre mi espalda y acariciándomela.

Se empieza a congregarse mucha gente a nuestro alrededor para interesarse por mí. Avergonzado, me doy la vuelta y entierro la cara en el cuello de mi abuelo.

—Perdóname por haberte gritado, abuelo —susurro.

—No. Perdóname tú a mí. Estoy asustado porque no quiero perderte, Holden.

—Pero... No me vas a perder... —Me mira intentando sonreír, sin demasiado éxito—. Yo no quiero perderte, abuelo. Solo quiero... tener a papá... Le necesito...

Los abuelos se miran y entonces, agachando la cabeza, dice:

—Lo sé, cariño. Sabía que tarde o temprano llegaría este día, pero no puedo evitar sentir miedo... A veces, intentaba engañarme a mí mismo pensando que yo sería suficiente para ti, que conmigo no le necesitarías a él, pero no es verdad...

Cuando la gente se empieza a dispersar, el abuelo, sin soltarme, empieza a caminar de nuevo hacia casa. La abuela camina también a nuestro lado.

Una vez en casa, después de frotarme el cuerpo con la esponja para intentar borrar todo rastro de pintura, cuando me meto en la cama, agotado, ambos me observan, sentados a un lado de mi cama. La abuela mira al abuelo y mueve la cabeza, asintiendo.

—Díselo... —le apremia.

—Holden... La abuela y yo hemos estado pensando... —Carraspea un par de veces antes de continuar—. Sé que hemos ido a ver a tu padre a su casa y que él ha venido varias veces también... Quizá no es... un padre modélico, pero es tu padre. Y parece que te quiere y, lo más importante, tú también a él... No queremos perderte y no quiero que te pienses que nos queremos deshacer de ti... Si cambias de idea solo tiene que decírnoslo...

—Henry... —se queja la abuela, pero esta vez, con una sonrisa en la cara.

—Sí... Eh... Hemos pensado que, si quieres... podrías vivir con él...

—¿Con...? ¿Con mi padre? —Ambos asienten—. ¿En Nueva York?

—Sería lo más lógico, sí —responde la abuela.

—Solo si quieres —recalca el abuelo.

—¡Por supuesto que quiero!

La última vez que hablamos, no te pude “presentar” a Rachel porque no sabía que existía. Papá y ella estaban... conociéndose cuando yo reaparecí en su vida y, tras las dudas y miedos iniciales, y algún que otro malentendido, se aferraron a lo que sentían el uno por el otro. Al principio, cuando les veía besarse, no podía evitar acordarme de ti. No estés triste, porque papá es feliz. Sé lo que le costó salir del pozo en el que se hundió cuando te fuiste. Creo que por fin se ha perdonado por lo que pasó. Me contó que te echó de menos cada segundo de su vida y, aunque me consta que sigue pensando en ti a menudo, lo hace con una sonrisa en la cara.

Ella nunca quiso ocupar tu lugar, pero sí se convirtió en mi madre. Nunca la he llamado mamá, pero ella sabe lo que siento por ella y sé que, para ella, soy igual de importante que Jacob.

Se empeñaban en hacerme sentir especial, llevándome a sitios chulos, pasando conmigo ratos a solas...

Miro alrededor, alucinado. La gente a mi alrededor baila, canta y salta sin parar. Las luces salen disparadas desde el escenario, iluminando todo el Madison Square Garden. Me encanta este cantante, y sé que les torturo a menudo cuando les pido que me pongan su música en el coche, una y otra vez. A pesar de ello, como regalo por mi noveno cumpleaños, me compraron las entradas para este concierto.

A mi lado, Rachel, me mira sonriente, bailando. Se acerca a mí y choca su cadera contra mí, justo antes de cogerme de ambas manos y hacerme bailar con ella. En ese momento, papá aparece y le tiende una bebida.

—¿Qué pasa, colega? ¿Te mola? —Asiento, aún algo abrumado—. ¿Por qué no bailas? ¿No tenías tantas ganas de venir al concierto del tipo este? ¡Vamos! ¡Esta noche vamos a pasarlo en grande!

Se pone a bailar a nuestro alrededor, blandiendo en alto su vaso, mientras Rachel y yo reímos sin parar. Entonces, la agarra de una mano y ella le imita. Ríen y bailan felices, dándose besos y abrazándose. Papá la hace girar y luego la agarra por la cintura y la inclina hacia atrás para estamparle un largo beso en los labios.

Entonces, cierro los ojos y me dejo llevar por la música. Levanto los brazos y me muevo. Sé que no

soy el mejor bailarín y que no tengo un estilo muy depurado, pero me da igual. Cuando abro los ojos, mi padre está frente a mí, haciendo el tonto, haciéndome reír. Salto a su alrededor, totalmente entusiasmado, cantando a pleno pulmón.

—¡Arriba! —grita mi padre, agarrándome de los brazos y subiéndome a sus hombros.

Desde aquí puedo ver el escenario perfectamente y a Chris Taylor con su guitarra colgada, cantando cerca del micrófono. Las primeras filas de público están llenas de chicas cantando y bailando sin parar. Algunas, incluso le lanzan ropa interior.

Levanto los brazos al aire, cierro los ojos y canto, dejándome llevar, mientras mi padre se mueve y me hace saltar. Al rato, abro los ojos de nuevo y rodeo su cabeza con mis brazos. Él me baja, pero no me deja en el suelo, sino que me coge en brazos, apretándome contra su cuerpo. Sus fuertes brazos llenos de tatuajes me rodean y me protegen, como lleva haciendo desde que nos reencontramos.

—¿Lo pasas bien? —susurra en mi oído.

Incapaz de contestar, muy emocionado, asiento con la cabeza. Él no insiste, y se mueve a un lado y a otro, bailando conmigo.

—La verdad, es que está bien bueno —dice Rachel a nuestro lado. Papá la mira con una ceja levantada—. No me mires así. No es algo que piense solo yo... Mira a todas esas mujeres.

—Pues, para tu información, se ve que va puesto de droga hasta las cejas. Le han pillado varias veces dando la nota en sitios públicos, y no tiene muy contentos a los tipos de su discográfica...

—¿Estás celoso?

—¿Yo? Para nada.

—Será que me gustan sus tatuajes... Pero no te cabrees... —dice Rachel, rodeando su cintura con ambos brazos—. Me gustas más tú.

Pero en realidad, lo que más me gustaba, era pasar tiempo juntos, en familia. Jacob nació dos años después de que papá y Rachel se casaran. Para él siempre he sido su hermano mayor, aunque, cuando tuvo la edad suficiente, le contamos que mi madre no era la misma que la suya. A él no le importó. A mí tampoco. Y a Rachel y papá tampoco.

De todos modos, tengo que confesarte que, a veces, cuando veía a papá con Jacob, sentía una punzada de celos. No porque le cogiera o jugara con él, sino porque conmigo nunca quiso hacerlo. Luego comprendí sus esfuerzos por recuperar el tiempo perdido y por enmendar errores del pasado.

—Buenas noches, papá —le digo cuando me arropa.

—Buenas noches, Holden. Oye, ¿mañana querrás que hagamos algo tú yo solos?

—No... Prefiero quedarme en casa, con Jacob.

—¿Seguro? Ya lo he hablado con Rachel, y no le importa que pasemos el día fuera...

—Seguro. Quiero quedarme aquí.

—¿Eres feliz, Holden?

—Claro que lo soy.

—Me alegro.

—No hace falta que me lo preguntes tan a menudo... Sé que es algo que te preocupa, pero, de

verdad que lo soy. Soy feliz. Mucho. —Mi padre asiente apretando los labios—. Sé que te preocupa que eche de menos a mamá... Y que esté triste por no tenerla y que... te culpe a ti de ello...

Papá me mira fijamente. Permanecemos estirados en mi cama, yo con la barbilla apoyada en su pecho. Apoyo la mano sobre mi nombre tatuado en su piel, justo antes de continuar.

—Nunca te culparé por ello. Fue un accidente. Siento... curiosidad por saber qué es tener una madre, pero sí sé lo que es tener un padre, un hermano, un gato, abuelos... una Kelly. —Me estiro de nuevo sobre el colchón, con la vista fija en el techo—. Además, creo que una madre se parece mucho a Rachel. Sé que no es mi madre, que es la de Jacob, pero va a las funciones del colegio, y a las reuniones con mi profesora. No se pierde ni un partido de rugby y se asusta cuando me golpean fuerte. Me prepara las comidas que más me gustan y me compra cromos a menudo. Se pone pesada con que me lave los dientes varias veces al día y se enfada cuando vuelvo del cole con los pantalones rotos...

—Suenan cosas que hace una madre, sí... —interviene mi padre, sonriente.

—Y a ella la tengo gracias a ti.

Además, aunque sentía algo de envidia, se me pasaba enseguida, lo que tardaba Jacob en sonreír.

No importaba lo mal que me hubiera ido el día, porque, en cuanto le veía y me abrazaba, se me olvidaba todo. Hablábamos y reíamos, compartíamos muchos momentos juntos y siempre, pero siempre, tenía las palabras exactas para tranquilizarme.

Sé que habría sido un padre genial conmigo, tanto como lo es con Jacob. Y me da mucha pena que no quisiera demostrártelo. Sé que está arrepentido, así que quiero que le perdones, como yo hice hace mucho tiempo.

—Ya estamos en casa... —susurra Rachel en cuanto entramos.

Rápidamente, les esquivo y corro hacia la abuela, que me espera con los brazos abiertos en el salón. El abuelo, por su parte, duerme en el sofá, con la cabeza echada hacia atrás, roncando. Echaba de menos verles a diario, por eso me encanta que papá y Rachel les invitaran a pasar unos días con nosotros.

—¿Qué tal te lo has pasado? —me pregunta la abuela.

—¡Ha sido genial...!

—Gracias por cuidar de Jacob —le dice Rachel, posando la mano en su antebrazo.

—Lo hacemos encantados —responde, justo antes de abrazarse con Elliott.

—Gracias, Diane —dice.

—De nada, cielo.

—¿Le ha costado mucho dormirse?

—Un poco. Está incómodo con lo de los dientes... Después de darle el biberón, se quedó adormilado, pero poco después se despertó y empezó a llorar. No ha parado hasta hace una media hora.

—Cuando a mí se me cayeron los de leche y me salieron los otros, no me dolió nada de nada... —digo yo.

—No es lo mismo. Anda, sube a ponerte el pijama, que ahora voy a arroparte.

—¿Puedo entrar a ver a Jacob?

—Claro, pero no hagas ruido.

Subo las primeras escaleras corriendo, pero enseguida me doy cuenta de que estoy haciendo mucho ruido y aminoro el paso, haciendo una mueca de culpabilidad con la boca. Una vez arriba, abro la puerta de la habitación de Jacob con cuidado y me acerco a la cuna. Poso la palma de la mano en su barriga y empiezo a susurrar:

—Hola, colega... ¿Cómo estás? ¿Sabes? He ido a un concierto con papá y tu mamá, y me lo he pasado en grande, pero te he echado de menos. Los abuelos dicen que te ha dolido un poco la boca... Te prometo que mañana me quedaré contigo y te cogeré en brazos, aunque no llores.

—Le tienes muy consentido —Escucho que dice papá a mi espalda.

—Es mi hermano pequeño. No lo puedo evitar.

En ese momento, Jacob se remueve incómodo y, de repente, empieza a llorar de forma desconsolada.

—Lo siento, lo siento... No quería...

—No pasa nada, Holden —me tranquiliza, justo antes de inclinarse sobre la cuna—. Eh, eh, eh... Shhhh... Tranquilo... Papá está aquí...

Papá le coge, apoyando la pequeña cabecita en su hombro, mientras sus manos, enormes comparadas con el cuerpo de Jacob, le abrazan de forma cariñosa. Le observo moverse por la habitación, meciéndole mientras susurra en su oído para intentar tranquilizarle.

Entonces, veo a los abuelos junto a la puerta, observándoles. Miran a papá con orgullo, muy felices.

—Nos vamos a acostar ya... —dice la abuela. Se acerca, seguida de cerca por el abuelo, me da un abrazo y un beso cálido—. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches —respondo.

Entonces, se acercan a ellos. La abuela le da un beso en la cabecita a Jacob, mientras que el abuelo posa una mano en el hombro de papá.

—Gracias... —dice ella. Papá frunce el ceño, confundido—. No solo por no alejarnos de Holden, sino por acercarnos a Jacob.

Papá sonrío agachando la cabeza. Está rojo como un tomate.

—¿Sabes qué, Diane? —pregunta entonces el abuelo—. Tenías razón. Realmente, Elliott es lo mejor que le ha podido pasar a Holden.

Papá levanta la cabeza y le mira. Parece extrañado, sorprendido, y enseguida se le llenan los ojos de lágrimas. Al principio me asusto, pero enseguida me doy cuenta de que no tengo nada que temer.

Entonces me di cuenta de que los abuelos le habían perdonado. Juraron odiarle para siempre, pero papá consiguió hacerles cambiar de opinión. Luchó por mí, pero no contra ellos, como cabría esperar. Luchó por mí intentando ponerles de su parte. Y lo consiguió.

Los abuelos siempre me hablaron de ti y sabía que nunca te olvidarían, pero se dieron cuenta de que papá y yo nos necesitábamos el uno al otro, y desde entonces nos convertimos en algo parecido a una familia.

—¿En serio lo vas a hacer? —me pregunta.

—En serio —asiento convencido, mientras el ruido de la máquina empieza a sonar.

El tipo se acerca hasta mí, haciendo rodar su taburete, con la máquina en una mano.

—¿Listo?

—Eso creo.

—¿Es el primero?

—Sí —contesto. Entonces, miro de reojo a mi padre—. No es que me entusiasmen, pero, se lo debo.

El tipo sonrío y posa la mano enfundada en el guante de látex sobre mi pecho. En cuanto la aguja toca mi piel, tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no gritar. Con una mueca dibujada en la boca, entorno los ojos y aprieto la mandíbula.

Lentamente, las letras negras se empiezan a dibujar sobre mi piel. El dolor es ya soportable, así que me atrevo a bajar la vista para admirar el trabajo del artista. Sonrío a mi padre, el cual me mira con orgullo.

—¿Te gusta? —le pregunto.

—Si te gusta a ti...

—Tú tienes mi nombre tatuado en el pecho, y ahora tengo yo el tuyo en el mío.

—Es como... cerrar un círculo. Estamos unidos... —dice, apoyando la mano en mi cabeza.

—Siempre lo hemos estado. Aun cuando estábamos separados. Siempre has sido mi familia...

Una familia como la que yo he formado con Jane. Una familia a la que me encantaría presentarte. Una familia que siempre sabrá de ti. Una familia que nunca te olvidará.

No me queda nada más que decirte... Creo que esto es algo parecido a una despedida. Nunca te dije adiós, nunca pude hacerlo, y me sentía en deuda contigo por ello. Solo necesitaba que supieras que soy feliz...

—¿Qué haces? —me pregunta Jane, sentándose a mi lado en la arena—. Se agarra a mi brazo y apoya la cabeza en mi hombro. La miro y apoyo los labios en su pelo. Me quedo un rato así, inhalando su olor.

—¡Hola, mami! —la saludan los niños.

—¡Hola! —les contesta, sonriendo de oreja a oreja. Les lanza un beso, justo antes de volverse a centrar en mí. Me observa durante unos segundos—. ¿Estás bien?

Cuando abro los ojos, la veo observándome con cariño. Asiento con la cabeza, justo antes de contestar:

—Estaba hablando con mi madre. —Lejos de asustarse, Jane acaricia mis mejillas y acerca sus labios a los míos. No hace falta que diga nada. Ella lo sabe todo acerca de mi pasado. Sabe que cuando era pequeño necesitaba este tipo de charlas para sentir a mi madre cerca. Sabe también que, con el tiempo, gracias a papá, a Rachel y luego a ella, dejé de tenerlas—. Necesitaba despedirme...

—¿Sabes? No hace falta que lo hagas. Ella siempre vivirá en ti. Ella es parte de lo que eres, y seguro que desde allí arriba te ve todos los días y sonrío orgullosa.

Instintivamente, miro al cielo. Vuelvo a cerrar los ojos, dejándome invadir por el sonido de las olas, las gaviotas y las risas de mis hijos. En ese momento se levanta algo de brisa que mece mi pelo, tapando parcialmente mis ojos. Jane lo aparta de forma cariñosa y apoya su frente contra la mía. Levanta los ojos al cielo, y susurra:

—Gracias, Stephanie.

—Gracias, mamá. Te quiero. — Sonrío sin despegar los labios, y entonces, susurro —: Para siempre.

—¡ Holden! ¡Eh, Holden!

Giramos la cabeza para descubrir a Jacob corriendo hacia nosotros. Papá y Rachel le siguen más o menos de cerca, cargando con unas bolsas enormes.

— ¿Qué...? ¿Qué hacen aquí? — pregunto mientras me pongo en pie.

— Yo los invité — contesta Jane, ladeando la cabeza levemente — . Hace tiempo que no les vemos y creo que necesitabas un poquito a tu padre...

La miro alucinado, mientras las comisuras de los labios se me curvan hacia arriba. Entorno los ojos levemente, durante unos pocos segundos.

— ¡Abuelo! ¡Abuela! — gritan los niños — . ¡Jacob!

— Eres increíble...

— Lo sé.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia, por estar siempre ahí.

A mis tres chicos, fuente de inspiración constante, compañeros de locuras y a los que quiero por encima de todo y de todos. César, Dani, Nico, sois lo más importantes de mi vida.

A mis “malotas”, por tener esos hijos maravillosos que se han convertido en los mejores amigos de los míos y que nos permitieron conocernos. Conchi, Laura, Meri, Milena, Neli, sois tan especiales para mí, que es imposible expresarlo con palabras.

A mis “zapatillas” y sus secuaces, por las risas constantes y las charlas adictivas. ¡Ese chat de Messenger, vale millones!

A mis chicas del “coffee corner”, porque sin ellas, ir a la oficina sería un horror. Bea, Susan, os prometo que os llevaré a todas partes conmigo (está bien, os compraré una máquina registradora).

A mis “lectoras cero”, porque sin ellas (y sus friky libretas), las tonterías que escribo estarían menos disimuladas. Gaby, Ana, Carmiña, Sara, no tengo palabras suficientes para agradeceros todo lo que habéis hecho por mí, por Elliott y por Rachel.

A mis lectoras, por su fidelidad y sus continuas muestras de apoyo. Sois muchas como para nombraros una a una, pero os tengo muy presentes. Cada vez que me escribís un comentario o un mail, lo contesto con una enorme sonrisa en la cara. Así que, ¡no dejéis de hacerlo!

A ti, que te ha caído este libro en las manos por casualidad y has decidido darle una oportunidad, porque este libro trata de eso: de no juzgar la primera impresión y darse una oportunidad para conocerse mejor.